LIBROdot.com

LA HEROÍNA DE FORT HENRY

Zane Grey

ADVERTENCIA

En un apacible rincón de la pequeña ciudad de Wheeling, del oeste de Virginia, hay un monumento que lleva la siguiente inscripción: «A la memoria del sitio de Fuerte Henry, del día 11 de septiembre de 1782, último combate de la Revolución Americana, las autoridades del Estado del Oeste de Virginia.»

Si no hubiese sido por el heroísmo de una muchacha no existiría la referida inscripción ni la misma ciudad de Wheeling.

De vez en cuando he leído en revistas y periódicos artículos e historias que hacían referencia a Elisabeth Zane v a su famosa hazaña; no obstante, todos eran inexactos, debido indudablemente a la falta de detalles qué caracterizan nuestras historias de la frontera del Oeste.

Desde hace un centenar de años, las historias de Betty y de Isaac Zane han sido los imprescindibles relatos de mi familia, contados con aquel justificable orgullo de nuestros abuelos que parece innato en cada uno de nosotros. Yo recuerdo cómo se complacía mi abuela en juntar a los pequeños en círculo a su alrededor para contarles como siendo ella niña se había arrodillado a los pies de Betty Zane, ya anciana, para oír de sus propios labios los relatos de la captura de su hermano por la princesa india, del incendio de la fortaleza y de su propia huída de la misma.

Cuando yo era niño me sabía todos estos cuentos de memoria.

Hace un par de años, mi madre me trajo un viejo cuaderno de notas encontrado entre los trastos viejos arrinconados en el patio y preparados para la hoguera. El libro había permanecido escondido en el marco de un viejo cuadro durante largos años y había pertenecido a mi bisabuelo, el coronel Ebenezer Zane. De sus carcomidas páginas,

descoloridas por el tiempo, he sacado las principales escenas de la presente historia. Lo único que deploro es que otra pluma más autorizada que la mía no haya poseído este precioso material para perpetuar aquellos hechos heroicos y gloriosos.

En nuestros tiempos de progreso y de negocios ya no existen héroes como en los viejos tiempos de la caballería y del romanticismo. Los héroes de nuestros días pasan inadvertidos, por su naturaleza triste y por su carácter paciente. Pero ¿no podemos recordar todos a alguien que haya arrostrado horribles sufrimientos, que haya sido el protagonista de grandes hazañas o que haya muerto en el campo de batalla, y alrededor de cuyo nombre y recuerdo se cierne un nimbo resplandeciente de gloria? Pocos, entre nosotros, serán tan desgraciados que no puedan citar algún pariente o por lo menos algún amigo de brillante historia, el recuerdo de la cual permanece fijo en nuestro corazón como las suaves notas de la trompa de caza percibidas en lejanía durante una fresca mañana de otoño.

Si consigo proporcionar con mi historia unas horas agradables a los que se cuentan entre aquéllos y a los que no pueden complacerse en tales recuerdos, me daré por muy satisfecho.

I N TRODUCCION

El 16 de junio de 1716, el gobernador de la colonia de Virginia, Alexander Spotswood, valiente militar que había luchado en las guerras de Inglaterra al lado de Marlborough, atravesaba una tranquila calle del pintoresco pueblo de Williamsburg al frente de un grupo formado por algunos de sus intrépidos caballeros.

El espíritu aventurero de aquellos hombres los impelía hacia Occidente; aquel Oeste misterioso y desconocido, situado más allá de las crestas azules de aquellas montañas que se erguían majestuosas ante ellos.

Pocos meses después habían llegado a la cumbre de uno de aquellos picos que dominaban el pintoresco valle regado por las aguas del Shenandoah y con los ojos brillantes de emoción contemplaban la vasta llanura que se extendía a sus pies cubierta por el bosque virgen, jamás hollado por ningún hombre blanco.

Al regreso de aquellos valientes a Williamsburg, los relatos de las maravillosas riquezas que el país descubierto ofrecía abrieron el camino al atrevido pioneer que, venciendo todos los peligros y allanando todos los obstáculos, había de crear su hogar en el nuevo mundo.

Y sin embargo, transcurrieron más de cincuenta años sin qué ninguno de aquellos hombres de nuestra raza se aventurara mucho más allá de las violáceas torres de aquellas montañas majestuosas.

Era una resplandeciente mañana del mes de junio del año 1769.

En la cima de unas rocas escarpadas del abrupto promontorio que se eleva al margen del Ohio se divisa la arrogante figura de un hombre robusto y fuerte. No lejos está la entrada del Wheelirng Creek.

Tendido a sus pies descansa un galgo, su fiel amigo, mientras él, . apoyado en su rifle, contempla extasiado el frondoso paisaje. Su corazón 'palpita violento y una leve sonrisa se dibuja en sus bronceadas mejillas, adivinando sin duda el porvenir venturoso de aquella tierra de promisión.

En medio del anchuroso río cuyas aguas mansas se pierden serpenteando en el lejano horizonte, una isla cubierta de verdor parece flotar plácidamente sobre las aguas como un inmensa hoja de nenúfar. Las hojas de los árboles, humedecidas por las cristalinas gotas de rocío, juguetean centelleando con los rayos de sol.

Detrás de él se yerguen los escarpados picos de la cordillera y, enfrente, hasta donde no alcanza la vista, la llanura inmensa cubierta por el bosque virgen.

A su izquierda, en algunos claros, se divisan los restos ennegrecidos de los viejos árboles que un día habían sido presa del terrible incendio. Hoy todo aparece cubierto por los jóvenes avellanos y laureles, mezclados con gayubas y rosales silvestres, entrelazados por las lianas y las madreselvas, cuyo suave perfume llega hasta nuestro héroe.

Un poco más allá, un arroyuelo de rumorosas aguas serpentea entre colinas hasta precipitarse sobre un arrecife al que cubre de blanca espuma antes de perderse mezclando sus aguas con las del anchuroso Ohio.

Nuestro solitario cazador era el coronel Ebenezer Zane.

Cuando se inició la fiebre de la emigración al Oeste, el coronel Zane, valeroso y arrojado, dejó allá en el este de Virginia su hogar, su familia y sus amigos y se internó, solo, a través de aquellas selvas vírgenes.

Después de muchos días de exploración y de camino, llegó a la vista de aquellos fértiles valles del Ohio y tanto debió de impresionar al coronel Zane aquel espléndido paraje, que decidió fundar en él una colonia.

Hizo el acto de posesión de la localidad, el cual consistía en sacar la corteza de algunos árboles con el hacha e inscribir en el pedazo de tronco descortezado alguna señal o las iniciales del colonizador. Luego construyó una tosca choza en donde guarecerse y permaneció todo el verano viviendo de la caza, tan abundante en aquellas riberas.

Al llegar el otoño, regresó a Berkley County, de Virginia, y tal entusiasmo puso en sus narraciones sobre la riqueza y fertilidad del país descubierto, que llegó a convencer a un buen número de colonizadores de su pueblo, de espíritu arrojado como el suyo, para que le acompañaran y se estableciesen en aquellas selvas vírgenes.

Al principio no creyeron conveniente llevar con ellos a sus familias y decidieron dejarlas temporalmente en Red Stone, a orillas del Monongahela;. y, mientras tanto, aquel puñado de valientes, con el coronel Zane y sus hermanos Silas, Andrew, Jonathan e Isaac, los Wetzel, Mac-Collochs, Bennets, Metzars y algunos otros, avanzaron hasta el nuevo país.

La frondosidad de aquellos bosques era tal que parecían impenetrables. El hacha del colonizador resonaba continuamente, cortando la maleza para ceder el paso a los aventureros; y ellos, ignorantes de lo que era el miedo, despreciando la amenaza de un nuevo peligro a cada paso, se complacían con el silbido de las balas, con el grito de un piel roja o con el aullido de una fiera. La caza del indio, sobre todo, era la pasión favorita de los Wetzels, Mac-Collochs y Jonathan Zane. Los Wetzels, particularmente, se puede afirmar que no conocían otra ocupación. Manejaban el rifle maravillosamente y sus sentidos se habían aguzado con la práctica más que los de los mismos zorros. A cuál de ellos más diestro en su especialidad, con ojos de lince, siempre avizores para descubrir una pista, el humo tenue de una hoguera lejana o la más insignificante señal que denunciara al enemigo, aquellos hombres avanzaban cautelosos, pero con persistencia y tenacidad, que eran las divisas del colonizador.

Después de muchos días alcanzaron las escarpadas cumbres de aquellas montañas, desde las cuales se contemplaba la tierra de promisión; y a la vista de tanta belleza, que les brindaba prosperidades sin límites, sus corazones palpitaron llenos de esperanza.

Las afiladas hachas, manejadas diestramente por aquellos brazos robustos, abrieron muy pronto un claro en el bosque y con los troncos de los árboles derribados fueron construídas sobre las rocas que dominaban el valle las cabañas que debían albergar a aquel puñado de valientes.

No tardaron Ebenezer Zane y sus hombres en trasladar sus familias al nuevo poblado y bien pronto la colonia alcanzó prosperidad y renombre.
Sin embargo, las bandas de indios hostiles nunca cejaban en la acechanza del forastero y nuestros hombres veían sus filas diezmadas por los pieles rojas.

En 1774, el general George Rodgers Clark, comandante del departamento militar del Oeste, llegó al pueblecito.

Los colonizadores le comunicaron que temían un ataque, no muy lejano, de los indios; y ante aquella amenaza acordaron levantar un fuerte que les permitiera ponerse a salvo cuando el peligro llegara. El general Clark dibujó los planos; los hombres de la colonia emprendieron la obra y el fuerte no tardó mucho en quedar acabado.

Al principio llamaron a la fortaleza Fincastle, en honor de lord Dunmore; gobernador en aquel entonces de la colonia de Virginia; pero en 1776, el nombre fue cambiado por el, de Fuerte Henry , en honor de Patrick Henry.

Durante largos años fue la más famosa fortaleza de la frontera, habiendo resistido innumerables ataques de los pieles rojas y, sobre todo, dos sitios memorables: uno en 1777, conocido por «el año de los sietes sangrientos», y otro en: 1782, durante el cual los guardabosques ingleses, a las órdenes de Hamilton, hicieron causa común con los indios, dando la que debía ser la última batalla de la revolución.

I

En aquellos tiempos, la familia Zane era una de las más famosas y muchos de sus miembros han pasado a la posteridad con los honores del heroísmo.

El primero de los Zane que dejó sus huellas en los anales de la historia fue un noble danés de rancia alcurnia, quien, desterrado de su país, fue a América con William Penn; gozó de gran fama ,durante largos años en la colonia fundada por éste en el nuevo país, y aun hoy, en Filadelfia, una calle lleva su glorioso nombre. Hombre arrogante y de carácter orgulloso, no supo conservar sus simpatías entre sus hermanos los cuáqueros y se vio obligado a separarse de ellos, emigrando a Virginia y estableciéndose a orillas del Potomac, en la región conocida en aquel entonces con el nombre del Condado de Berkeley, en donde nacieron sus cinco hijos y su hija, la heroína de la presente historia.

Ebenezer Zane, el mayor de los cinco, ,nació el día 7 de octubre de 1747; pasó desde los primeros años de su vida hasta su mayor edad en el valle de Potomac, y allí contra o matrimonio' con Elizabeth Mac-Colloch, hermana de los dos héroes cuyo nombre registra la historia de la frontera.

Por cierto que ningún otro colonizador de su tiempo fue tan afortunado como Ebenezer Zane en la elección de esposa. Elizabeth no sólo era una mujer de singular hermosura, sino que además poseía un excelente carácter v un gran corazón. Se distinguía de una manera muy especial por su talento para tratar las enfermedades; manejaba con gran destreza el bisturí cuando se trataba de extraer una bala o bien una flecha envenenada y en innumerables ocasiones había devuelto la salud a muchos compañeros suyos que ya habían perdido la esperanza de recobrarla.

Los hermanos Zane eran todos particularmente conocidos en la frontera por su complexión atlética, por su maravillosa agilidad y por su conocimiento de la guerra y de la astucia de los indios.

Eran, los cinco, fuertes, extraordinariamente activos y veloces como gamos. Su aspecto era simpático en grado sumo; sus facciones, recortadas y regulares; los cinco, de un maravilloso parecido, tenían ojos oscuros y largo pelo negro.

Cuando todavía eran muchachos, fueron todos ellos capturados por los indios, poco después de su llegada a la frontera de Virginia, y permanecieron cautivos durante dos años. Ebenezer, Silas y Jonathan Zane fueron llevados a Detroit por los indios para su rescate; Andrew, al intentar fugarse pasando a nado el río Scioto, fue muerto por sus perseguidores, y, finalmente, el más joven de los cinco, Isaac, fue retenido en el cautiverio por lazos más fuertes que los del interés o la venganza: una bella princesa india, la hija de Tarhe, el jefe de la poderosa tribu de los Hurones, se enamoró perdidamente de él. Repetidas veces había huido, pero siempre había sido alcanzado por los indios, y en el momento en que la presente historia comienza, hacía largos años que nadie tenía noticias suyas, por lo cual era creencia general que había muerto.

En los tiempos en que comenzaba la colonización de aquellas selvas, Elizabeth Zane, hermana de los cinco Zane citados, residía en Filadelfia con una tía que cuidaba de su educación.

La casa del coronel Zane, un edificio de dos pisos construído con troncos de árbol descortezados, era la que reunía más comodidades de la colonia y ocupaba un pequeño . promontorio al lado de la colina, a unos cien metros del fuerte. Su construcción era recia v, con sus esquinas cuadradas, sus amenazadoras troneras y sus puertas y ventanas fuertemente barradas, ofrecía un aspecto imponente. La planta baja estaba dividida en tres dependencias: la cocina, el almacén para provisiones militares y un gran departamento para usos generales, del cual partía una escalera muy derecha que conducía a los dormitorios, situados en el piso primero.

De ordinario, las viviendas de los colonizadores no ofrecían decorado de ninguna clase: las paredes, desnudas; una o dos camas, algunas sillas, una mesa... en fin, lo más necesario para vivir. Pero la casa del coronel Zane constituía una excepción. Lo más interesante era el cuarto grande las rendijas de entre los leños habían sido revocadas con arcilla; y de las paredes, recubiertas con blanca corteza de abedul, colgaban trofeos de caza, arcos indios, flechas, pipas y tomahawks . Los anchos mogotes de un noble ciervo decoraban la repisa de la chimenea; pieles de búfalo cubrían los camastros y grandes mantas de piel de oso yacían dispersas por el suelo enmaderado. La pared del oeste de la habitación fue construida sobre una inmensa roca en la cual había sido excavado el hogar.

Aquel negro nicho ahumado, en el cual habían sido quemadas dos casas enteras, había reanimado con el calor de su leña ardiendo a los hombres más notables de aquellos tiempos. Lord Dunmore, el general Clark, Simón Kenton y Daniel Boone se habían arrimado a él. Allí Cornplanter, el jefe Séneca, había hecho su famosa negociación con el coronel Zane, vendiendo la isla de la orilla opuesta a la colina por un barril de whisky. Logan, el jefe de los Mingos, gran amigo de los blancos, había fumado allí repetidas veces la pipa de la paz con el coronel Zane. En épocas muy recientes, el rey Luis Felipe, desterrado de Francia por Napoleón, durante el curso de sus errantes viajes melancólicos se hospedó en el Fuerte Henry durante varios días. Su presencia en él fue saludada por la naturaleza con una furiosa cellisca; y el real huésped pasó la mayor parte del tiempo sentado, con el coronel Zane, al amor de la lumbre. ¡Quién sabe si contemplando aquellos crujientes leños vio elevarse, radiante hasta su cenit, la estrella del Hombre del Destino!

Una noche fría y cruda de la temprana primavera, el coronel acababa de llegar de una de sus expediciones cinegéticas. Afuera se percibía, confuso, el piafar de los caballos y las voces de los esclavos negros. Al entrar en la casa, corrieron a recibirle su esposa y su hermana, la última de las cuales había ido a vivir con él en la colonia a causa de la muerte de su tía en Filadelfia, acaecida en el pasado otoño. ¡Cuán agradable y consoladora era aquella escena para el rendido cazador! Los besos tiernos de su bella esposa, los gritos alegres de sus hijos y el chisporroteo del fuego le hacían tan feliz como pudiera serlo un hombre después de tres días de marcha por las selvas.

Colocado su rifle en un rincón y dejada a un lado su húmeda guerrera de caza, se sentó de espaldas al hogar. Vigoroso y todavía joven, el coronel Zane era un bello ejemplar de hombre alto y esbelto, cuya figura denotaba una fuerza grande y una resistencia sin límites. Su barba angulosa cuidadosamente afeitada y sus pobladas cejas, dibujada, de un solo trazo, indicaban una energía extraordinaria. Sus ojos eran oscuros y parecían iluminados por la luz inefable de la bondad; su boca ligeramente contraída denotaba valor y carácter. Un gran perro lobo había entrado con él y, cansado del camino, se había tendido junto al hogar reposando su noble cabeza sobre las patas, que había extendido hacia la, brillante hoguera.

-¡Bien, bien!... He estado a punto de perecer y puedo estar muy contento de haber podido regresar... - dijo el coronel dirigiendo una sonrisa de satisfacción a las humeantes fuentes que el criado negro traía de la cocina.

-Pues imagina cómo estaremos nosotras de contentas de volver a verte en casa - contestó su esposa, cuya cara radiante atestiguaba el placer que llenaba su alma.

-La cena está a punto - dijo Annie poniendo la crema en la mesa.

-Ya sabes - continuó la señora Zane - que nunca estoy tranquila cuando estás fuera de casa; pero cuando sé que te acompaña Lewis Wetzel no sosiego ni un instante.

-Nos hacía mucha falta la caza -dijo el coronel sirviéndose una porción de pavo salvaje asado -. Los osos este año han despertado muy temprano de su sueño de invierno, pero se muestran exageradamente prudentes. Vimos innumerables señales de su trabajo: habían despedazado los troncos podridos para buscar la miel de las abejas o los gusanos. Wetzel mató un espléndido ciervo, mientras nosotros poníamos cebo en un lugar donde habíamos descubierto la pista de muchos osos. Permanecimos toda la noche en acecho esperando inútilmente el momento de disparar nuestros fusiles. Tige v yo nos hemos fatigado mucho. Wetzel, despreciando el tiempo v la mala suerte, ha querido seguir la pista de algunos indios y nos ha dejado volver solos.

-Wetzel es un hombre muy despreocupado -dijo la señorita Zane.

-Mucho peor que eso: Wetzel es demasiado atrevido. Suerte tiene de su incomparable sangre fría, que le salva en muchas ocasiones en las cuales otros seguramente perecerían - dijo el coronel. Y mirando a la muchacha esbelta de ojos negros que acababa de colocarse enfrente, le preguntó -: Bien, ¿y tú, Betty, cómo estás? - Y dirigiéndose a su esposa-: Qué, ¿no le ha ocurrido ninguna nueva aventura a mi hermana? Supongo que la última diablura que hizo dando a beber sidra avieja al pobre oso domesticado la habrá dejado satisfecha por algún tiempo...

-No; Elizabeth ha sido muy buena. No obstante, no creo que sea debido a un inusitado cambio de su temperamento, sino a la lluvia y al frío... Pero te auguro una verdadera catástrofe dentro de poco si tiene que permanecer encerrada en casa durante demasiados días.

-No he tenido ocasión -replicó ella-de ser nada más que una chica bien educada; pero si la lluvia persiste durante muchos días me desesperaré. ¡Yo quiero montar mi caballo, correr por los bosques, remar en mi canoa y divertirme mucho!

-¡Muy bien, Betty! Ya sé que la vida es muy triste para ti; pero no debes desesperar tan pronto. Tú llegaste a fines de otoño y aún no has disfrutado del buen tiempo. ¡Ya verás en mayo y en junio qué días más espléndidos! Entonces yo te prometo llevarte a los bosques, que en aquella época están llenos de madreselvas y de rosas silvestres. Sé que te gustar los bosques, pero has de tener todavía un poco de paciencia.

Elizabeth había sido siempre muy mimada por sus hermanos. ¿Qué muchacha no lo habría sido, entre cinco grandes adoradores? La más insignificante cosa que le ocurriera, para ellos era lo más grave del mundo. Estaban orgullosos de ella de una manera indescriptible: de su belleza, de sus disposiciones, de todo. No tenía nada de extraño; pues, que nunca se cansaran de elogiarla.

Tenía los ojos y el pelo oscuro tan característico de los Zane; el mismo óvalo y las finas facciones de ellos; la línea de su talle era suave y la dulzura de su expresión daba a su rostro un inefable encanto.

Sin embargo, a despecho de esa inocente apariencia, su voluntad era férrea, de modo que se imponía muchas veces a los que la rodeaban; maquiavélica, muy inclinada a la coquetería y, sobre todo, con un genio vivo como la pólvora, que hacía de ella un diablillo irritable con una facilidad asombrosa.

El coronel, ponderando las cualidades de su hermana; solía decir que eran innumerables. Al cabo de pocos meses de estar en la frontera sabía preparar el lino y tejer un lienzo con asombrosa facilidad. Algunas veces, para complacer a Betty, su cuñada, la esposa del coronel, le permitía que preparara la comida, y lo hacía con tal acierto que gustaba a todos y se ganaba las alabanzas de la cocinera, la esposa del viejo Sam, que servía en la familia desde hacía más de veinte años. Los domingos, Betty cantaba en la pequeña iglesia de la colonia, organizaba clases dominicales y jugaba a las damas con el coronel Zane y con el Mayor Mac-Colloch, a los cuales ganaba muy a menudo la partida. En suma, Betty lo hacía casi todo v bien : desde los quehaceres propios de su sexo hasta pintar las paredes de su cuarto, cubiertas de blanca corteza de abedul.

Pero todas estas cosas eran insignificantes a los ojos del coronel Zane. Cuando él alababa las cualidades de su hermana, eran éstas precisamente el objeto de sus ponderaciones: el alababa la velocidad de sus pies, la fuerza de sus brazos, su ojo certero y su espíritu atrevido. M había contado a las gentes de la colonia, incluso a los que no la conocían todavía, que había heredado gran parte de la velocidad de los pies de la familia y que era capaz de conducir su canoa por las peores corrientes. La veracidad de las palabras del coronel no había sido todavía comprobada; pero de todos modos, a pesar de sus defectillos, Betty era muy querida de todos. Por dondequiera que fuere ponía el rayo de sol de la felicidad v de la alegría; los viejos la adoraban, los niños la idolatraban y los jóvenes fuertes se sentían avergonzados, silenciosos, pero felices con su presencia.

-Betty, ¿quieres llenar mi pipa? - pidió el coronel al terminar la cena, acercando su gran sillón a la lumbre.

Su hijo mayor, Noah, un robusto niño de seis años, se encaramó sobre sus rodillas y le acosó a preguntas.

-Papá, ¿has visto muchos osos y muchos búfalos? -preguntó con los ojos desmesuradamente abiertos.

-No, hijo mío; ninguno.

-Y ¿cuánto tiempo tardaré en ser mayor para poder ir contigo?

-Bastante tiempo, Noah.

-Pero, papá, si yo no les tengo miedo a los osos... Mira, el de Betty me gruñe y me enseña los dientes, y yo le tiro astillas. ¿Verdad que la próxima vez ya podré ir de caza contigo?

-Mi hermano - interrumpió la señora Zane - ha venido hoy de Short Creek y se ha ido al Fuerte Pitt. Mientras decía eso se oyó llamar a la puerta; Betty fue a abrir y aparecieron el capitán Boggs, su hija Lydia y el Mayor Samuel Mac-Colloch, hermano de la señora Zane.

-¡Ah, coronel! -exclamó entrando el capitán Boggs, un arrogante militar- Ya esperaba encontrarle en casa esta noche. ¡Mal tiempo para la caza! Y aun parece que no tiene ganas de mejorar. El noroeste sopla fuerte y de seguro que nos trae tempestad...

-¿Qué tal, capitán? - dijo el coronel alargando las manos a los recién llegados -. Samuel, hace mucho tiempo que no te dejas ver...

El Mayor Mac-Colloch era, de los hermanos de este nombre, el de más edad. Como matador de indios, después del intrépido Wetzel, era el más terrible. Pero mientras éste prefería correr la suerte solo siguiendo las pistas de los pieles rojas a través de las selvas

inexploradas, MacColloch era el caudillo de las expediciones que se organizaban contra los salvajes. De estatura gigantesca, de complexión maciza, bronceada la tez y barbudo, era un ejemplar típico del hombre de la frontera. Sus ojos eran azules como los de su hermana y, como ella, tenía un timbre de voz sonoro.

-Mayor Mac-Colloch -preguntó Betty- ¿Te acuerdas de mí?

-¡Ya lo creo que me acuerdo! -contestó sonriendo Mac-Colloch -. Pero la última vez que te vi eras todavía una niña que corría libre por la orilla del Potomac.

-¿Te acuerdas de cuando me subías a tu caballo para enseñarme a montar?

-Me acuerdo mejor que tú. Cómo te sostenías encima de aquel caballo, para mí es, todavía hoy, un misterio.

-Pues bien. Pronto estaré dispuesta a renovar las lecciones de equitación. He oído hablar del maravilloso salto que diste por el precipicio para atravesar el río huyendo de los indios. Yo quiero oírlo de tus propios labios. De todas las historias que he oído desde que llegué a Fuerte Henry, la de tu salto prodigioso para salvarte es la más extraordinaria.

-Sí, Samuel, ella te molestará tanto como quieras con tu salto v quizá te dé lecciones para saltar precipicios. No me sorprendería nada encontrarla probando de repetir la hazaña - decía el coronel Zane -. ¿Has visto el caballito indio que compré para ella a un comerciante de pieles el verano pasado? Pues bien; no obstante ser salvaje como un ciervo, ella lo monta sin domar.

-Otro día te contaré mi salto, Betty - contestó el Mayor sonriendo -. Hoy, tengo que hablar de cosas más importantes con tu hermano.

En realidad algo anormal debía ocurrir, porque poco después se retiraron al cuarto-almacén y conversaron largamente en voz baja.

Lydia Boggs, una rubia de dieciocho años, tenía los ojos azules. Como Betty, había recibido una educación esmerada y, sobre este particular era superior a las muchachas de la frontera, la mayor parte de las cuales apenas sabían arreglar la casa y trabajar el lino.

Al principios de las guerras con los indios, el general Clark había destinado al capitán Boggs al Fuerte Henry y Lydia había vivido allí con él dos años. Va sin decir que desde los primeros momentos de la llegada de Betty, las dos muchachas fueron las mejores amigas del mundo.

Cuando los hombres se retiraron a hablar, Lydia rodeó afectuosamente el cuello de Betty con su brazo y le dijo -¿Por qué no has venido al fuerte hoy?

-Ha hecho un tiempo tan feo y tan desagradable que he preferido quedarme en casa.

-Pues has hecho muy mal... - dijo Lydia con cierta intención.

-¿Qué quieres decir con eso? ¿Por qué he hecho mal?

-¡Ah, quién sabe! Quizás, al fin y al cabo, no te interese.

-¡Cuánto misterio! Claro que me interesará; cualquier cosa o cualquier persona me interesaría esta noche. Dime, ¿qué sucede?

-Poca cosa; que ha llegado, con el Mayor Mac-Colloch, un joven militar.

-¿Un militar del Fuerte Pitt? Seguramente lo conozco: he tropezado ya con todos los militares.

-No, a ése no lo has visto nunca; es desconocido de todos nosotros.

-Bueno, no creo que pueda ser nadie interesante - dijo Betty con aire desengañado -. En realidad, un forastero siempre constituye una rareza en nuestra pequeña población; pero a juzgar por los que hasta ahora han venido, éste no será muy diferente de los demás.

-Créeme: espera a juzgarlo cuando lo veas - dijo Lydia acompañando la frase con un gesto expresivo.

-Vamos, pues - dijo Betty algo picada por la curiosidad -; cuéntame algo de él.

-El Mayor Mac-Colloch lo trajo para ver a papá y me lo presentó. Es del Sur y desciende de una de las familias más antiguas. Puedo decirte que su aire es frío, casi indi-

ferente; pero es guapo, alto y rubio; se inclinó profundamente delante de mí y yo me azaré tanto que apenas pude pronunciar palabra. Ya sabes que estoy acostumbrada a los modales de esos cazadores que te saludan con un apretón de manos tan fuerte que te hace chillar... Pues bien: ese joven es muy diferente. Es un caballero. Todas las muchachas se enamoran de él en cuanto lo ven. Ya verás como tú también te enamoras...

-¿Yo? -dijo Betty, haciendo una mueca-. ¡De seguro que no! De todos modos, no deja de ser muy interesante. A ti debe haberte impresionado profundamente... Recuerdo muy bien lo que en diferentes ocasiones me habías dicho...

-Betty Zane, lo recuerdo muy bien, y este hombre corresponde al tipo ideal que tú describías un día cuando levantábamos castillos en el aire...

-¡Ea, muchachas! No habléis más de tonterías - interrumpió la esposa del coronel, que estaba preocupada por la conversación del otro cuarto, ya que harto sabía la importancia que aquella clase de conversaciones tenían. ¿No podríais hacer algo mejor que charlar?

Entre tanto, el coronel Zane y sus compañeros discutían apasionadamente sobre ciertos rumores que habían llegado aquel mismo día. Un indio amigo había traído noticias de Short Creek (una colonia situada entre el Fuerte Henry y el Fuerte Pitt), según las cuales una expedición de indios se disponía a atacar en toda su extensión el valle del Ohio. El Mayor Mac-Colloch había sido informado por Wetzel de la excitación reinante entre los indios (una especie de fiebre que estallaba aproximadamente cada primavera), y había ido al Fuerte Pitt con la esperanza de traer refuerzos. Desgraciadamente, a excepción del militar que había llegado con él, no pudo recoger ninguna ayuda y había regresado rápidamente al Fuerte Henry.

Aquellas noticias desagradaron en gran manera al capitán Boggs, jefe de la guarnición, porque gran parte de sus hombres habían salido remontando el río para hacer provisión de madera y seguramente no volverían antes de dos semanas.

En aquel momento entró Jonathan Zane, pues le habían mandado llamar, y en pocas palabras le enteraron de lo que ocurría. Los hermanos Zane eran siempre consultados en toda cuestión referente a los indios y siempre proporcionaban soluciones llenas de habilidad y destreza. El coronel Zane tenía una fuerte influencia, por su amistad con ciertas tribus indias, y sus consejos eran siempre de un valor inapreciable. En cambio, Jonathan Zane no podía soportar a los indios ni en pintura y, a no ser por sus servicios en calidad de explorador de avanzada para seguir la pista de los indios y luchar con ellos si la ocasión se presentaba, raras veces era consultado.

El coronel Zane informó a sus hombres del hecho de que Wetzel y él habían descubierto las huellas de los indios a unas diez millas del fuerte. Por otro lado, daba una gran importancia a la desaparición de Wetzel.

-Podéis estar bien seguros de lo que os digo: hay una gran partida de Wyandots en pie de guerra. Wetzel me dijo que volviera corriendo al fuerte mientras él se alejaba precipitadamente. Estábamos cerca del pantano de los Arándanos, al pie de la montaña de Bald. No obstante, no creo que, de momento, seamos atacados. Mi parecer es que los indios seguirán por las altas colinas de Yellow Creek : siempre siguen el mismo camino. De todos modos,, vale más prevenir que curar y presumo que esta noche, o mañana, Lew vendrá con noticias exactas. Mientras tanto, yo creo que lo más urgente es poner algunos exploradores avanzados en los bosques y dejar a Jonathan y al Mayor guardando el río.

-Nos convendría mucho que viniera Wetzel-dijo el Mayor -. Podemos estar seguros de que él, más que nadie, nos traerá noticias exactas de los pieles rojas. No le he visto desde una semana antes de que ustedes salieran de caza; yo iba al Fuerte Pitt para ver si podían proporcionarnos algunos hombres; pero su guarnición es ahora también muy reducida y se encuentran en el mismo caso que nosotros. No se me ofreció nadie más que un joven llamado Clarke, el cual ha venido voluntariamente conmigo. No ha hecho nunca la guerra con los

indios, pero me parece muy inteligente y creo que nos será muy útil. El capitán Boggs le dará un empleo en el blocao si tú no dispones lo contrario.

- ¡Que sea bien venido, de todos modos! - dijo el coronel Zane.

-Eso no tendría tanta importancia - continuó el capitán Boggs con cierta inquietud - si yo no hubiese mandado a los hombres a la parte alta del río...

-Pero ¿es que creen ustedes que se van a encontrar con los indios?

-Es posible - contestó el coronel tranquilamente -, pero no lo creo probable. Los indios están todos en la orilla opuesta del Ohio. Wetzel debe haber ido por allí y llegará mucho antes que ellos.

-Espero que así sea -repitió el capitán Boggs-. Tengo gran confianza en sus opiniones. Voy a mandar algunos exploradores y a tomar todas las precauciones posibles. Vamos, Lydia; nos volveremos a casa.

Cuando se hubieron retirado, el coronel atrancó la puerta.

-¡Uf! Qué tiempo más feo está haciendo esta noche -exclamó el coronel -. Por nada del mundo quisiera pasarla fuera.

-¿Qué debe de hacer Lew Wetzel en una noche como ésta? -preguntó Betty con inquieta curiosidad.

-¡Oh! Lew debe estar tan cómodo como un conejo en su madriguera - dijo el coronel sonriendo-. En pocos momentos se construirá una choza de abedul, encenderá fuego para calentarse y después dormirá tranquilamente.

-Ebenezer -preguntó ansiosa la señora Zane-, ¿cuál es el motivo de esa reunión? ¿Qué te dijo mi hermano?

-Pues que nos amenazan de nuevo las tribus de los Wyandots y de los Shawnees. Pero tranquilízate, Bessie; el peligro no es inminente. Además, estamos muy bien defendidos, a no ser que se trate de un sitio largo.

La contestación algo evasiva del coronel Zane no convenció a su esposa. Ella sabía muy bien que tanto su marido como su hermano no mostraban la inquietud en el rostro a no ser por algún motivo bien fundado. Sus semblantes, de ordinario alegres, se habían mostrado sombríos.

Ella había vivido bastante la guerra con los indios y sólo de pensar en ella se horrorizaba.

Betty, en cambio, parecía no darse cuenta del peligro que les amenazaba. Se había sentado al lado del perro y acariciándole le decía:

-¡Indios, Tige...! ¡Indios!

Y el perro ladraba furiosamente v enseñaba los dientes. Bastaba nombrar a los indios para hacerle rabiar.

-El perro ha estado muy nervioso durante estos últimos días - continuó el coronel -. Él descubrió la pista de los indios antes de que lo hiciera Wetzel. Ya sabéis cómo odia Tige a los indios. Desde que volvió con Isaac, hace cuatro años, ha prestado muy buenos servicios a los exploradores de avanzada. Es un animal muy inteligente. Tige acompañaba a Isaac la última vez que escapó de los Wyandots. Cuando Isaac fue hecho prisionero cuidó con mucho cariño al perro después que los pieles rojas le habían pegado cruelmente. ¿No os habéis fijado en el triste aullido que lanza a medianoche?

-¡Ya lo creo! - dijo Betty -. ¡Tengo que taparme los oídos!

-¡Es que lamenta la pérdida de Isaac! -dijo el coronel.

-¡Pobre Isaac! - murmuró Betty.

-¿Te acuerdas de él? Hace nueve años que no le has visto -dijo la señora Zane.

-¿Que si me acuerdo? ¡Ya lo creo! Nunca le olvidaré. Muchas veces, pienso en la posibilidad de que todavía viva.

-No lo creo probable -dijo el coronel-. Hace ya cuatro años que fue hecho prisionero, y creo del todo imposible que puedan tenerlo cautivo por tanto tiempo, a no ser que se haya casado con aquella muchacha india. La ingenuidad de los pieles rojas es algo extraordinaria: él habría podido engañarles muy fácilmente haciéndoles creer que estaba muy contento viviendo con ellos. De seguro que intentaría escapar de nuevo v al tratar de hacerlo habrá encontrado la muerte como el pobre Andrew.

Los dos hermanos quedaron largo rato sin decir palabra con los ojos fijos en el brillante rescoldo de la chimenea. Su silencio no era interrumpido más que por los prolongados mugidos del viento y por el ruido de la lluvia y e2 granizo al chocar sobre el tejado.

II

El Fuerte Henry se levantaba al borde de un precipicio, de cara al río, y desde él se dominaba un hermosísimo y vasto panorama. Tenía la forma de un paralelogramo de 350 pies de largo por 150 de ancho. A su alrededor había una empalizada de doce pies de altura, con un pasadizo de un metro de ancho en su parte interior y, con los baluartes de las cuatro esquinas suficientemente amplios para resguardar a seis defensores cada uno, ofrecía el aspecto de una fortaleza inexpugnable.

El blocao, situado en su interior, constaba de dos pisos, el superior de los cuales sobresalía algunos pies por encima de la planta baja, y sus gruesas murallas de roble blanca tenían innumerables aspilleras.

Además del blocao, había en el interior del recinto algunas cabañas y pozos en previsión de que las fuentes de los alrededores se secaran.

En todas las historias de la frontera se relatan los medios de defensa que poseían los fuertes para cuando llegaba el caso de defenderse contra los salvajes. Aquellos fuertes eran frecuentemente empleados para vivienda por los colonizadores, quienes se veían muchas veces obligados a pasar largas semanas sin salir de ellos. Estaban construídos exclusivamente de madera y sin ayuda de clavos ni de metal de ninguna clase, por la sencilla razón de que no los poseían. En los tiempos actuales, las referidas fortificaciones parecerían insignificantes; no obstante, en aquel entonces rendían muy buenos servicios a las jóvenes colonias, defendiéndolas de los frecuentes ataques de los salvajes de las tribus indias.

Durante el sitio sufrido por el Fuerte Henry un año atrás, los colonizadores no habrían tenido ni una sola baja si no hubiesen salido de él; pero el capitán Ogle, jefe de la guarnición, salió al frente de una compañía en persecución de los indios, en lucha con los cuales hallaron casi todos la muerte, pudiendo regresar al fuerte muy pocos con vida.

Al día siguiente de la llegada del Mayor Mac-Colloch al Fuerte Henry, todos los colonizadores habían sido llamados, y se les veía abandonar la labores del campo y toda clase de trabajos para dedicarse a llevar al recinto los ganados y en general todos los objetos que quisieran salvar del destructor alud de los pieles rojas. Las mujeres ya tenían bastante trabajo con sus chiquillos, con la limpieza de los rifles, la fundición de las balas y las mil y una cosas que los hombres les dejaban al reservar para ellos las tareas más pesadas.

El Mayor Mac-Colloch, Jonathan y Silas Zane habían madrugado y salido en diferentes direcciones hacia el río, con el fin de observar las maniobras del enemigo. El coronel Zane no quiso abandonar su casa y se propuso defenderla costara lo que costara; por lo cual no sacó nada de ella, a excepción del ganado y de los caballos. El viejo negro Sam almacenaba sacos de heno en el interior de la empalizada, mientras el capitán Boggs destacaba algunos exploradores con el encargo de vigilar estrechamente los caminos. Uno de aquéllos era aquel joven que había acompañado al Mayor desde Fuerte Pitt.

Alfred Clarke, a pesar de vestir el reglamentario traje de cazador, tenía el aspecto de un joven para quien los duros trabajos y las privaciones de los colonizadores eran cosas a las que no estaba acostumbrado. Por lo menos. así creyeron los pioneers al notar su gracioso modo de andar, su fino cutis y sus suaves manos. Y sin embargo, los que habían estudiado cuidadosamente el corte despejado de sus facciones quedaban favorablemente impresionados: las mujeres, por la franca y honesta mirada de sus ojos azules y por la ausencia de toda dureza en las líneas de su rostro; y los hombres, por su buen natural y por aquel algo indefinible, por lo cual se conocía que era un muchacho de buen temple.

Cuando vino de Fuerte Pitt no trajo consigo nada más que su caballo de pura raza, de patas delgadas y piel legra: era lo único, según él mismo confesaba, que podía considerar de su propiedad.

Al pedir al coronel Zane un lugar en la guarnición, le contó que era natural de Virginia y que había sido educado en Filadelfia. A la muerte de su padre, su madre volvió a casarse, y él, llevado por sus deseos de correr aventuras, se decidió a seguir a los intrépidos pioneers y buscar fortuna entre los astutos salvajes de la frontera. A no ser por unos meses pasados bajo las órdenes del general Clark, no sabía nada de la vida de la frontera y estaba ya cansado de pasar el tiempo en la ociosidad. Le dijo que era fuerte, que no le asustaba el trabajo y que, por lo tanto, podría aprender todo cuanto se le enseñara.

Al coronel Zane, que se enorgullecía de saber juzgar los caracteres al primer golpe de vista, le gustó en seguida la robustez del muchacho, y, dándole un rifle y el equipo necesario, le dijo que la frontera necesitaba jóvenes de valor y con mucho fuego, y que si había traído una mano fuerte y un corazón de buena voluntad, podría seguramente hacer fortuna.

Si Alfred Clarke hubiese sabido el destino que le aguardaba, posiblemente habría montado su negro corcel y habría dejado muchas leguas entre él y la frontera; pero como ignoraba el porvenir, se marchó alegremente a cumplir las órdenes que le daban.

Era una alegre mañana de primavera. Alfred Clarke se quedó de centinela en el camino que rodeaba el claro del bosque, a una distancia de un cuarto de hora del fuerte, vigilando atentamente, tal como se le había mandado, la orilla opuesta del río, el cual por la parte superior de la isla, y casi en línea recta al lugar en que él se encontraba, daba una gran vuelta que, desde las ventanas del fuerte, no podía verse. A causa de las lluvias recientes, el río había crecido mucho y la veloz corriente arrastraba leños y despojos de toda clase, con conejos y con toda suerte de pequeños animales encima, los cuales debieron de haberse encontrado sitiados en alguna isla y, al crecer la corriente, se agarrarían a los troncos que el río arrastraba.

Al volver la vista a lo largo del camino, Clarke vio un caballo que galopaba en su dirección. De momento pensó que se trataba de algún mensajero que iba en su busca, pero cuando lo tuvo más cerca vio que era un caballito indio montado por una linda muchacha cuya larga cabellera negra flotaba a merced del aire.

-¡Cáspita! - se dijo -. ¿Qué diablos será eso? Parece una muchacha india... Sea quien sea, monta bien.

Se escondió detrás de una espesura de laureles, al lado del camino, v esperó, mientras el caballito y su cabalgadura se acercaban rápidamente. Cuando estuvieron a pocos pasos de él, saltó fuera de su escondite y, mientras el caballo se encabritaba asustado, Clarke le asió la brida y le hizo bajar la cabeza. Cuando levantó la vista se encontró con la atónita mirada del par de ojos negros más bonitos que había tenido la suerte, o la desgracia, de mirar en su vida.

Betty (pues de ella se trataba) miraba al joven estupefacta, y Alfred estaba todavía más sorprendido y desconcertado. Por un momento se miraron en silencio; pero Betty, que raras veces perdía la palabra, recobró prontamente la voz.

- ¡Bien, señor! ¿Qué significa esto? - preguntó indignada.

-Señorita, significa que usted debe volver al fuerte -contestó Alfred recobrándose también.

Aquel camino de una milla o más de longitud iba a lo largo de la cima y, desde él, se dominaba el río espléndidamente. Era el favorito de Betty, la cual, en aquel momento, o no había oído decir nada de las órdenes del capitán referentes a la prohibición de que nadie saliera del fuerte, o las desobedecía a sabiendas. Probablemente se trataba de lo último, ya que, generalmente, hacía lo que se le antojaba.

-¡Deje libre la cabeza de mi caballo! -gritó con voz irritada, dando un tirón a las riendas-. ¡Cómo se atreve usted! ¿Con que derecho me detiene?

La expresión que Betty vio en la cara de Clarke no le era del todo desconocida y aun le pareció haberla visto en la cara de los jóvenes que frecuentaban la casa de su tía en Filadelfia. Era aquella ligera y provocativa sonrisa peculiar de los hombres ante los caprichos de las mujeres; la expresión de un divertido desprecio hacia sus imperiosos mandatos. Pero no era eso lo que más exasperaba a Betty: era la sangre fría con que él seguía sujetando su caballo sin ninguna clase de miramientos respecto a sus órdenes.

-Le ruego que no se excite -le dijo-. Lamento infinito tener que oponerme a la voluntad de una muchacha tan bonita, pero no dejaré su caballo hasta que usted me asegure que volverá al fuerte.

-¡Caballero! -exclamó enrojeciendo de indignación-. ¡Usted... es... es... muy impertinente!

-De ninguna manera -replicó Alfred sonriendo amablemente -. Por lo menos no es ésa mi intención. El capitán Boggs debió de olvidarse de ponerme al corriente de los pasos desagradables en que podría encontrarme, porque si lo hubiese hecho yo me habría muy bien guardado de aceptar la ocupación presente, no obstante y serme muy agradable en este momento... El capitán habría tenido que advertirme del peligro que correría de ser atropellado por un caballito indio montado por una linda amazona...

-¿Quiere usted soltar la brida o bajo del caballo para irme a pie y pedir auxilio? -gritó Betty alterándose por momentos.

-Pues vuélvase en seguida al fuerte -ordenó Alfred autoritariamente-. El capitán Boggs ha ordenado que nadie salga del claro del bosque.

-Entonces, ¿por qué no empezaba usted diciéndome eso? Yo creía que era usted Simón Girty o algún salteador de caminos. ¿Era necesario retenerme aquí tanto tiempo para, al fin y al cabo, decirme que está usted cumpliendo con su deber?

-Señorita, muchas veces es difícil explicarse de momento - contestó Alfred -. Por otra parte, la situación no dejaba de tener su encanto... No, señorita, no soy ningún ladrón ni quiero creer que usted lo haya pensado; pero sé que he contrariado el capricho de una joven y no ignoro que hacer eso es un gran crimen... En fin, lo siento mucho; usted lo pase bien.

Betty le dirigió una mirada terriblemente despreciativa, volvió su caballo y deshizo su camino a galope. Mientras se alejaba, llegó hasta sus oídos una sonora carcajada y el carmín coloreó nuevamente sus mejillas.

-¡Cáspita! -murmuró Alfred mirando cómo desaparecía el delicioso jinete -. ¡Y qué bonita es la muchacha Y qué carácter tiene!... Me pregunto quién puede ser... Lleva mocasines y guantes; su pelo cae en desorden como el de una muchacha retozona, pero apostaría que no es una muchacha de los bosques... Quizá me he comportado poco finamente, pero después que ella ha tomado, en seguida, aquel tono, yo no podía rebajarme de ningún modo, y mucho menos ante una rapazuela tan altanera y tan desdeñosa... Era una tentación demasiado grande... ¡Y qué ojazos tiene!... Me parece que, muy al contrario de lo que yo esperaba, esta pequeña colonia de la frontera... va a resultar muy interesante.

La tarde había transcurrido lentamente; ya casi tocaba a su término v nada de nuevo había venido a turbar las meditaciones de Alfred, consistentes en imaginarias visiones de ojos

negros y labios rojos, cuando en el preciso momento en que se disponía a volver al fuerte para cenar percibió los ladridos de un perro que había visto pasar corriendo por el camino pocos momentos antes. El sonido venía de la orilla del río y de un sitio no muy alejado del fuerte. Subiéndose encima de una roca pudo ver como un perro negro corría ladrando desesperadamente hacia la orilla, intentaba entrar en el agua y retrocedía; operación que repetía continuamente con gran desasosiego y ladrando cada vez de un modo más furioso. Alfred pensó que el animal se había excitado a la vista de algún zorro o quizá de algún lobo. Bajó hasta la orilla y procuró amansarle; pero el animal, lejos de apaciguarse, empezó a ladrar con más furia e insistencia, mientras corría hasta la orilla del agua, miraba hacia el centro del río y se volvía hacia él con cierta inteligencia, como si le pidiera algo.

Alfred comprendió : inspeccionó el agua sucia que el río llevaba y, de momento, no vio más que los leños y la basura que las aguas arrastraban; pero de pronto vio un tronco con algo que se agarraba a él, un hombre quizá, seguramente un indio. Alfred levantó su rifle, apuntó y, en el momento en que iba a disparar, le pareció percibir un débil gemido. Observó atentamente y vio que la cabeza no aparecía pulida, lisa y adornada con la pequeña mata de velo en el centro, peculiar a los pieles rojas en tiempo de guerra, sino que era una cabeza enteramente cubierta de largos cabellos negros. El leño, con su humana carga, siguiendo la corriente, iba aproximándose gradualmente a la orilla, y cuando estuvo más cerca, Alfred pudo distinguir que era un hombre blanco, el cual con una mano se apoyaba en el tronco v con la otra nadaba con dificultad. Alfred juzgó que el hombre debía estar herido o medio ahogado, ya que sus movimientos iban debilitándose por momentos. Su pálida cara se apoyaba en el leño .y apenas salía ya del agua. Alfred le dirigió palabras de ánimo.

En un recodo del río, una pequeña roca salía algunos metros a flor de agua, v como la corriente conducía el leño hacia allí, Alfred se desnudó de algunas ropas, se zambulló y llego a punto en que tocaba a la roca.

La pálida cara de aquel hombre, pegada al leño, denotaba con toda claridad que estaba completamente exhausto y que la llegada de Alfred le salvaba de una muerte cierta. Éste rodeó con su brazo al cuerpo incapaz de sostenerse y lo llevó nadando hasta la orilla.

El hombre salvado vestía una cazadora de piel de ante v calzaba mocasines y polainas, pero todo completamente desastrado. Las polainas estaban materialmente hechas jirones y los mocasines apenas acertaban a cubrir los pies del desgraciado, en la cara del cual se traslucía el sufrimiento por una bala que había recibido en el brazo, cerca del hombro.

-¿Puede usted hablar? ¿Quién es usted? -le preguntó Clarke mientras sostenía su cuerpo débil.

El hombre, después de algunos esfuerzos, consiguió decir: «Zane». Y quedó sin conocimiento.

Entre tanto, el perro actuaba de una manera rara, y si Alfred no hubiese estado tan atento con el herido, habría podido ver las extrañas maniobras del animal. Corría como un loco por la arenosa ribera, cavaba la arena y los guijarros haciéndolos volar al aire, pegaba cortos y furiosos arranques, saltaba, daba vueltas y, al fin, se arrastraba hasta quedarse pegado a la inmóvil figura de aquel hombre, lamiéndole las manos.

Clarke se convenció en seguida de que no podría llevar el inanimado cuerpo hasta el fuerte, y, por lo tanto, lo depositó sobre sus vestidos y echó a correr sin parar hasta la casa del coronel Zane. A1 llegar allí, la primera persona que encontró fue el viejo esclavo negro que estaba cepillando a uno de los caballos del coronel. Sam era calmoso y, al levantar la vista y encontrarse con Alfred delante, al cual no había visto nunca, se quedó mirándole con los ojos dándole vueltas y sin darse prisa en proporcionarle los informes que le pedía sobre el lugar en que podría encontrar al coronel Zane.

-¡Venga, no me mires como un bobo, condenado negro! - chilló Alfred, acostumbrado a que la gente de color le obedeciera -. De prisa, idiota. ¿En dónde está el coronel?

Pero en aquel momento el coronel Zane salía del granero v se disponía a hablar, cuando Clarke le interrumpió -Coronel: acabo de sacar del río a un hombre que dijo llamarse Zane; o por lo menos, si no quería decir eso, le conoce a usted, porque estoy seguro de que ha dicho Zane.

-¿Qué? - exclamó el coronel dejando caer la pipa de su boca.

Clarke le relató los acontecimientos en pocas palabras abriendo atónita sus grandes ojos azules-. ¡Nunca te había oído hablar en ese tono!

-Te lo contaré, Lydia: yo iba cabalgando tranquilamente por el camino que va hacia el río y llegaba ya al fin del claro del bosque, cuando de detrás de unos matorrales me salta un .hombre y me coge de la brida a Madcap. ¡Imagínate!... Por unos momentos me quedé asustada y casi sin sentido; yo no pensé más que en los Girtys, los cuales, según dicen, tienen gran afición a robar mujeres; pero el mozo me dijo que estaba de guardia, y me mandó que volviera a casa.

-¿Y eso es todo? - dijo Lydia sonriendo.

-No, no es eso todo. ¡Se atrevió a decirme que era bonita y que le contrariaba tener que oponerse a que siguiera mi camino; que la ocupación de aquel momento le era agradable y que aquella situación mía tenía sus encantos! ... ¡Imagínate qué idea! ¡Te aseguro que estaba muy impertinente!

Y mientras iba hablando, las mejillas de Betty iban coloreándose al recuerdo de aquel percance.

-Betty, nunca habría podido pensar que te hubiera ocurrido un caso tan espantoso. Realmente, sólo una cosa así podía sacarte de quicio de esa manera - comentó Lydia riendo de buena gana -. Vamos a ver; seamos ahora formales. Tú sabes bien que nos encontramos en el linde de los bosques y que no debemos esperar gran cosa de los hombres, esos rudos hombres de la frontera que no saben nada de los refinamientos a que tú estás acostumbrada. Algunos de ellos son pacíficos y no hablan más que cuando se les dirige la palabra. Su sencillez es extraordinaria. Lew Wetzel y tu hermano Jonathan, cuando no van detrás de los indios, son dos ejemplos de lo que te digo. Pero por otro lado, algunos son muy violentos y si han bebido un poco llegan incluso a molestar. Mira al cabo de pocas semanas de haber llegado aquí, fui una noche a una tertulia en la cual, por un ardid de un juego, todos los hombres que estaban allí me besaron.

-¡Qué gracioso! Ya me avisarás, Lydia, cuando quieran jugar a ese juego y me apresuraré a quedarme en casa -dijo Betty.

-Hija mía, he aprendido a hacer lo que convenga -continuó Lydia -, y a decir verdad, he aprendido a respetar a esos toscos muchachos. Es cierto que en general son poco sociables y carecen de buenos modales; pero tienen buen corazón y son honrados y sinceros, y esas virtudes de los hombres de la frontera son de mucha más importancia que las pequeñas atenciones y cortesías por las cuales nos dejamos seducir las mujeres.

-Puede que hables razonablemente; ya probaré de seguir, de hoy en adelante, tus consejos. Pero volvamos al hombre que espoleó mi carrera. Ése no es un hombre de la frontera, a pesar de su fusil y de su equipo; ése es un hombre educado; lo demuestran su acento y sus modales. Me miró de una manera muy diferente que los otros, y estoy segura de que es el militar que ha venida de Fuerte Pitt.

-¿El señor Clarke? ¡Pues claro está! -exclamó Lydia batiendo palmas alegremente -. ¡Qué estúpida soy!

-Parece que te divierte -dijo Betty frunciendo el ceño.

-¡Ah, Betty, si es tan gracioso eso!

-¡Te parece! Pues no le veo ninguna gracia.

-Pues yo sí, mujer. ¡Figúrate! Papá le había dicho al señor Clarke que aquí había muchachas bonitas de todas clases y yo le oí contestar que él sabía encontrar estas cosas sin qué nadie le ayudara. Y a la primera que encuentra ya la hace rabiar... ¡Es delicioso!

Y reía a carcajadas.

-¡Lydia! Nunca creí que pudieras ponerte tan... horrible.

-Es evidente que el señor Clarke no solamente no ha sabido distinguir, sino que por añadidura se ha expresado contrariamente a sus pensamientos... Betty, ya verás como eso será una aventura...

-No seas ridícula - replicó Betty ruborizándose -. Al fin y al cabo él estaba en su derecho al detenerme v aun puede que me hiciera un favor impidiéndome que llegara hasta el claro del bosque. Lo que no acierto a comprender es por qué se escondió detrás de los mato-rrales. Bien habría podido comportarse como manda la educación... ¡Vamos, que me enfadé mucho! Además se mostró tan... tan orgulloso... y...

-¡Ah! Ya comprendo-interrumpió Lydia-. Él habría tenido que reconocer toda tu importancia.

-¡No digas tonterías, Lydia! Supongo que no me tienes por una pequeña imbécil. Se trata únicamente de que yo no estoy acostumbrada a esta clase de tratamiento... ¡Vamos, que no lo quiero!

Lydia sentía una cierta complacencia al ver que por primera vez había alguien que no se inclinaba deferentemente ante Betty y determinó tomar el partido de Alfred.

-Vamos, no seas dura con el pobre señor Clarke... Puede que te tomara por una muchacha india... ¿Te fijaste qué guapo mozo es?

-¡Bah! No me acuerdo-replicó inmediatamente Betty.

Claro que sí que se acordaba; pero prefirió callarlo.

Después, la conversación continuó sobre diversos asuntos hasta que anocheció

Cuando Betty se disponía a regresar a su casa sonaron en la puerta unos golpes precipitados.

-¿Quién puede llamar así?-dijo Lydia algo sobresaltada-. Aguarda un momento, Betty, mientras voy a abrir.

En la puerta apareció Clarke con el sombrero en la mano.

-¿Qué hay, señor Clarke? ¿Quiere usted entrar? -exclamó Lydia, sorprendida.

-Gracias, sólo un instante-dijo Alfred-. No puedo permanecer mucho rato con ustedes, ya que sólo he venido a buscar a Betty; ¿está acaso aquí?

Alfred no había visto a Betty porque estaba en el cuarto, a oscuras, y de espaldas a la puerta. A esta pregunta, Lydia se turbó de tal modo que se quedó sin saber qué hacer ni qué decir, mirándole desconcertada. Pero la escena no podía encajar mejor en el estado de ánimo de Betty, la cual, al oír mencionar su nombre de pila de una manera tan familiar por un forastero que ya la había ofendido otra vez aquel mismo día, se quedó por unos instantes muda de sorpresa; pero reaccionando en seguida, salió de la sombra terriblemente indignada. Clarke se volvió y se quedó pasmado al mirar la profundidad de aquellos ojos negros tan desdeñosos y aquella cara pálida de enojo.

-¡Cuando sea necesario para usted usar mi nombre, y no creo que sea posible nunca, haga el favor de ser lo suficientemente cortés para decir señorita Zane! -dijo Betty altivamente.

Lydia, apenas recobró la serenidad suficiente para no tartamudear, intervino

-Betty, permíteme que os presente...

-No te molestes, Lydia. He encontrado a esta persona hoy mismo en otra ocasión y no necesito que me la presentes.

Cuando Alfred se halló delante de la imagen que durante toda la tarde le había acompañado, olvidó por un momento el mensaje que allí le llevaba; pero las palabras de Lydia le volvieron, al fin, a la realidad.

-¡Pero, señor Clarke! Está usted todo mojado. ¿Qué le ha ocurrido? -exclamó al observar el agua que se escurría por todas partes de su vestido.

Un rayo de luz vino repentinamente a aclarar la imaginación de Alfred. Aquella muchachita que había detenido en el camino y «Betty», por la cual preguntaba, eran la misma persona. Su rostro se volvió como la grana y reconoció que su rudeza, en aquella ocasión, merecía toda clase de censuras; pero no justificaba la humillación de que le habían hecho objeto.

Aquellos dos seres que el destino acercaba mutuamente de una manera tan original y sobre los cuales tenía sus impenetrables designios fijados, se miraron insistentemente. ¿Qué fuerza misteriosa hizo que Alfred Clarke se estremeciera y Betty Zane temblara?

-Señorita -murmuró Alfred, volviéndose a Lydia-, por segunda vez soy desgraciado en el día de hoy; pero en esta ocasión soy completamente inocente...

Y en su voz sonora se percibía muy bien una angustia profunda.

-Acababa de salir de casa del coronel Zane cuando ocurrió un accidente -continuó Alfred -, y me mandaron a buscar a Betty" sin explicarme de quién se trataba; el coronel no podía entretenerse en contármelo... Necesitaba a la señorita Zane en casa... y eso es todo.

Y después de dirigir una mirada a Betty, se inclinó profundamente ante Lydia y salió.

-¿Qué ha dicho? -preguntó Betty con un ligero temblor en su voz, completamente desaparecidos su enfado v su resentimiento.

-Pues que ha ocurrido un accidente. No ha dicho a quién, pero debes ir corriendo... ¡Ah, Betty! Espero que no habrá nadie herido... Y has estado muy inconveniente y muy desagradable con el señor Clarke. Estoy segura de que es un perfecto caballero. Podías haber esperado un momento para saber... a quién se refería...

Betty no contestó y salió volando en dirección a su casa. Cuando llegó a la puerta estaba casi sin aliento y titubeó unos momentos antes de decidirse a entrar. Por fin, haciendo un esfuerzo, empujó la puerta y un fuerte olor de linimento llegó inmediatamente hasta ella. Varias vecinas estaban cuchicheando mientras el Mayor Mac-Colloch y Jonathan Zane estaban de pie junto a un camastro, sobre el cual se inclinaba con mucha solicitud la señora Zane. El coronel se hallaba sentado a los pies.

Betty vio todo eso de una ojeada v, como la esposa del coronel se movió a un lado, distinguió sobre el camastro una figura postrada, una cara pálida y unos ojos oscuros que le sonreían.

-¡Betty! ... - murmuraron con débil voz aquellos labios tan pálidos.

El corazón le dio un salto y pareció que cesaban sus latidos. Habían pasado largos años desde la última vez que había oído aquella voz y, sin embargo, nunca había podido olvidarla. Era la voz más querida de su niñez, que venía a traerle gratos recuerdos de su hermano y compañero de sus juegos infantiles... Con un grito de alegría cayó de rodillas a su lado echándole los brazos al cuello.

-¡Ah, Isaac! ¡Hermano, hermano mío! -exclamaba besándole una y mil veces -. Pero ¿eres tú realmente?

-¡Ah, es demasiado bueno para que sea verdad! ¡Gracias, Dios mío! ¡Tanto como había yo rogado siempre para que nos fueras devuelto! ...

Después empezó a llorar y a reír al mismo tiempo, de aquella extraña manera que lo hacen las mujeres cuando tienen el corazón henchido de gozo.

-Sí, Betty, aquí está todo cuanto queda de mi persona -dijo Isaac pasando la mano acariciadora sobre la oscura cabellera que sobre su pecho reposaba.

-Anda, Betty -dijo el coronel-, procura no excitarle.

-¿Y no me habías olvidado? - murmuró Isaac.

-¡Oh, no, Isaac, nunca, nunca te he olvidado! -replicaba con gran ternura Betty-. Justamente la noche pasada estuve hablando de ti. Me preguntaba si todavía
vivirías. ¡Y ahora estás aquí con nosotros! ¡Ah, qué feliz soy!

Y sus labios temblorosos y las lágrimas que brillaban en sus ojos demostraban elocuentemente su alegría.

-Mayor: ¿quiere usted decir al capitán Boggs que venga después de cenar? Isaac podrá ya hablar un poco entonces. Tiene noticias de los indios para comunicarnos -dijo el coronel Zane.

-Y pida al joven que me ha salvado la vida que venga. Quiero darle las gracias - dijo Isaac.

-¿Salvado la vida? -exclamó Betty volviéndose sorprendida hacia su hermano, mientras un rubor intenso subía hasta sus mejillas a causa de la idea humillante que atravesaba su cerebro.

-¡Pues claro está! Salvado su vida-dijo el coronel Zane contestando por Isaac-. El joven Clarke le sacó del río, ¿no te lo dijo?

-No -dijo Betty casi sintiéndose desfallecer.

-¡Ah! Clarke es un muchacho muy modesto. Que él le salvó la vida... no ofrece ninguna duda. Ya oirás cómo lo cuentan después de cenar. Ahora no hagas hablar más a Isaac.

Betty ocultó su rostro en el hombro de su hermano y permaneció quieta por unos momentos. Después, levantándose, le besó en la mejilla y se fue silenciosamente a su cuarto; se echó sobre la cama y probó de coordinar sus pensamientos. Los acontecimientos de aquella jornada, al presentarse después de una interminable serie de días transcurridos en la mayor monotonía, se habían sucedido con tal rapidez que no le habían dejado tiempo para reflexionar. Su encuentro en el camino del río con aquel rudo pero interesante extranjero; el choque sufrido por su femenina dignidad herida; los bondadosos concejos de Lydia; la nueva aparición del forastero, esta vez emergiendo del oscuro abismo de la desgracia para escalar la radiante luz de la gloria, como el héroe que rescataba a su hermano... todos aquellos pensamientos, mezclándose vertiginosamente en su cerebro, la llenaban de confusión. Sin embargo, al cabo de un largo rato, una sola cosa pesaba encima de la conciencia de Betty : se daba perfecta cuenta de que había ofendido a alguien con quien estaría para siempre en deuda. No había medio alguno para alterar aquel hecho y se vería para siempre obligada con aquel hombre que había salvado la vida del ser que más quería en el mundo; había injustificadamente despreciado e insultado al hombre que había salvado la vida de su hermano. Pero a pesar de su carácter apasionado y de su temperamento vivo, Betty era generosa y de corazón tierno, y cuando se dio cuenta de lo injusta v cruel que se había mostrado, se sintió terriblemente desgraciada. Su posición no encontraba refugio. ¿Qué importaba que su orgullo se rebelara y que le disgustase profundamente el tener que retractarse de algo que hubiese hecho? No le quedaba más remedio que presentar sus excusas al señor Clarke. Pero... ¿cómo podría, y qué le diría? Ella recordaba perfectamente lo frío y severo que estuvo el señor Clarke cuando, apartando su mirada de ella, se volvió a su amiga Lydia. Perpleja y desgraciada, Betty hizo lo que cualquier otra muchacha hubiera hecho en su lugar: recurrió al inefable y consolador privilegio de su sexo... un amargo llanto

Cuando se hubo calmado, se levantó, lavó sus mejillas ardientes, cepilló su cabellera, cambió su vestido por otro blanco más conveniente, ató una cintita alrededor de su cuello y adornó su cabeza con una escarapela, olvidando por completo todo lo referente a los indios.

Cuando la señora Zane la llamó a cenar, Betty se había hecho el propósito de pedir perdón al señor Clarke, diciéndole que lamentaba lo ocurrido y que esperaba que en lo sucesivo serían buenos amigos.

La fama de Isaac Zane se había extendido desde Potomac hasta Detroit y Louisville. Muchas madres ansiosas contaban a los niños que mostraban afición a correr por los bosques salvajes la historia de la captura de Isaac por los indios. La noche del regreso de Isaac, todos los hombres de la colina fueron a darle la bienvenida y, a pesar de las negras nubes que sobre ellos se cernían, ninguno de ellos dejó de regocijarse.

El viejo John Bennet, el hombre más divertido de la colonia, entró voceando sus apreciaciones sobre el regreso de Isaac, haciendo retumbarla casa a cada una de sus pisadas; y cuando se plantó delante de él y casi le estrujó la mano entre las suyas, su cara rebosaba' de alegría.

-¡Ah, cuánto me alegro de verlo de nuevo entre nosotros, Isaac! ¡Ya sabía yo que volvería usted! Siempre lo había dicho que no hay pieles rojas en el mundo bastante condenados para guardarle a usted prisionero...

-Pues... ¡ya lo han conseguido durante bastante tiempo! - observó Silas Zane.

-¡Ah, vamos! Aquí viene el héroe-dijo el coronel Zane al ver entrar a Clarke acompañado del capitán Boggs, del Mayor Mac-Colloch v de Jonathan-. ¿Ninguna otra noticia de Wetzel ni de los indios?

Jonathan no había visto todavía a su hermano; fue hasta él y, cogiéndole las manos, las estrechó sin decir palabra.

-No hay ni un indio en este lado del río -dijo el Mayor Mac-Colloch contestando a la pregunta del coronel.

-Señor Clarke -dijo el coronel Zane-: no parece usted muy impresionado por la importancia de su acción. Mi hermana me dijo que no le había contado usted nada de la parte que había tomado en el rescate de Isaac...

-Lo que yo he hecho no tiene ningún mérito -replicó Alfred-. ¡Su perro negro es el que lo tiene!

-Bueno, lo que yo le digo es que el primer día de su estancia en el fuerte no puede ser más satisfactorio. Eso es de buen augurio para la fortuna que ha venido a buscar usted en el Oeste.

-¿Cómo está usted? -preguntó Alfred acercándose al camastro de Isaac.

-Bastante bien, gracias a usted-le contestó éste estrechando calurosamente su mano.

-Me alegro mucho de verlo tan animado - continuó Alfred -. Le aseguro que cuando le saqué del agua creí que estaba usted en muy mal estado.

Isaac, reclinado en el camastro, tenía la cabeza v los hombros levantados con almohadones. Era el más guapo de los hermanos. Su cara, si no hubiese sido por los estragos y el cansancio de la huída, era igual a la de Betty, la misma línea en las cejas, sus ojos oscuros y su misma boca, aunque los labios eran más fuertes y sin aquella línea suave que hacía tan dulce la boca de su hermana.

Betty apareció en la puerta, y al ver tantos hombres en la habitación titubeó unos momentos antes de seguir adelante. Con su vestido blanco tenía un aspecto tan delicado que parecía fuera de su lugar entre la tosquedad de todo lo que la rodeaba. Alfred Clarke pensó para sus adentros que tan encantadora visión era mal empleada entre aquellos rudos colonos, todos vestidos con pieles de ante, ajadas y sucias, ceñidas con el cinturón, del cual pendían el cuchillo y el tomahawk.

El coronel Zane fue hacia Betty, y, rodeando su talle con su brazo, dijo volviéndose orgulloso hacia Clarke

-Betty: quiero presentarte al héroe del momento, Alfred Clarke. -Y, señalando a Betty, continuó -: Mi hermanita.

Betty hizo un saludo a Alfred, pero bajó instantáneamente sus ojos al chocar su mirada con la de Clarke.

-Ya había tenido el gusto de encontrar a la señorita Zane en dos sitios durante el día de hoy -contestó Alfred.

-¿En dos sitios? -preguntó el coronel volviéndose a Betty.

Pero ella no contestó y, desprendiéndose de su brazo, se sentó junto a Isaac.

-La primera vez que la encontré fue en el camino del río; pero entonces no tenía el gusto de conocerla -continuó Alfred, Por cierto que me costó un poco detener su pony, que la llevaba velozmente hacia el Fuerte Pitt o algún otro sitio, río abajo.

-¡Ja, ja!... Bueno, ya sé que Betty monta de firme su bonito pony -dijo el coronel Zane con su risa franca-. Le aseguro, Clarke, que en la colonia tenemos muy buenos jinetes. ¿Ha oído usted hablar del salto del Mayor Mac-Colloch en el monte?

-Lo he oído mencionar; por cierto que me gustaría conocer la historia -contestó Alfred-. Yo siempre he sido muy aficionado a los caballos y me tenía por buen jinete; no obstante, temo verme obligado, entre ustedes, a cambiar el concepto que de mí mismo he tenido hasta ahora.

-Es muy hermoso el animal que usted montaba cuando vinimos del Fuerte Pitt - observó el Mayor -. ¡Ojalá el mío fuera como él!

-Señores, cojan sillas y acérquense-dijo el coronel Zane-. Isaac nos contará su historia.

-Mejor que una historia, tengo algunas malas noticias para comunicaros - dijo Isaac con débil voz -; pero será mejor que deje eso para lo último. Este año cumplía el décimo aniversario de mi cautividad entre los Wyandots. Sin embargo, durante estos últimos cuatro años no he sido maltratado y he disfrutado de muchas más comodidades de lo que pueden ustedes suponer. De seguro que todos ustedes adivinan la razón de mi largo cautiverio. Durante todo este largo tiempo y a causa del interés que por mí se tomaba Myeerah, la princesa india, han estado importunándome para que me naturalizara en su tribu, me casara con «Grulla Blanca», como ellos llaman a Myeerah, y fuera jefe de los Wyandots; a todo lo cual siempre me he negado, teniendo, no obstante, mucho cuidado en no irritarles. En sus campos yo gozaba de la mayor libertad; pero estaba constantemente vigilado. Os confieso que todavía hoy estaría entre ellos si no hubiese sospechado que Hamilton, el gobernador británico, preparaba con los Hurones, los Shawnees, los Delawares y otras tribus un plan para asestar un golpe terrible a los blancos establecidos a lo largo del río. Durante largos meses he estado observando cómo se preparaban los indios para una expedición guerrera de proporciones nunca intentadas hasta la fecha, y, finalmente, supe por Myeerah que mis sospechas eran bien fundadas. Se me presentó una oportunidad de escaparme con algunas probabilidades de éxito y quise aprovecharla. He tenido que ganar corriendo a todos los valientes de la tribu, incluso a Flecha Veloz, el corredor Wyandot más rápido, el cual me hirió de un tiro en el brazo. Durante estos tres o cuatro días lo he pasado muy mal, viviendo de hierbas y raíces, y cuando alcancé el río estaba a punto de desfallecer. Empujé un tronco hasta el agua y empecé a derivar hasta que el viejo perro me descubrió, en cuyo momento conocí que ya estaba salvado si podía sostenerme todavía cogido al madero; sin embargo, cuando vi que aquel joven me apuntaba con el fusil pensé que todo había terminado. ¡Como no tenía fuerzas para gritar...!

-Pero, ¿cómo es que iba usted a disparar? - preguntó a Clarke el coronel Zane.

-Sí, porque de momento lo tomé por un indio. Afortunadamente, llegué a descubrir la equivocación a tiempo -contestó Alfred.

-¿Pero los indios vienen camino de aquí? -preguntó Jonathan.

-No puedo decirlo de momento -contestó Isaac-. Ahora los Wyandots están en su casa, pero sé que el británico y los pieles rojas preparan un golpe combinado contra las colonias. Quizá sea dentro de un mes, o dentro de un año... La cuestión es que eso está viniendo.

-¡Y Hamilton está detrás del plan! -exclamó el coronel Zane con disgusto.

-Los indios cometen sus errores. Yo simpatizo con ellos en muchas de sus cosas. A decir verdad, nosotros les hemos robado sus tierras y luego no hemos mantenido los tratados y hemos roto el pacto de fidelidad con ellos. Hay algunos, como Pipa y Wingenund, que se muestran en toda ocasión cruelísimos con los blancos, y Cornplanter no se queda atrás en eso; yo sé que daría cualquier cosa por cazar la cabellera de Jonathan, del mismo modo que hay algunas tribus que darían de buena gana cien de sus mejores guerreros a cambio de «Viento Negro», como ellos llaman a Lew Wetzel.

-¿Has visto acaso a «Zorro Rojo»? -preguntó Jonathan, el cual había permanecido sentado cerca del fuego, diciendo, como de costumbre, muy pocas palabras.

Jonathan era el más salvaje, el más formidable de todos los Zane. Él pasaba la mayor parte del año internado en los bosques, no tanto para atrapar a los indios, como hacía Wetzel, como por su amor a la vida libre, y cuando volvía a casa se quedaba siempre pensativo y silencioso.

-Sí, le he visto -contestó Isaac-. Es un jefe Shawnee y uno de los guerreros más feroces de aquella tribu. Se encontraba en Indian-Head, uno de los pueblos de los Wyandots, la última vez que lo visité; con él estaban doscientos de sus mejores guerreros.

-Es una mala pieza. Ya le conocemos Wetzel y yo -contestó Jonathan-. Ha jurado colgar nuestras cabelleras en su wigwam.

-Pero, ¿también ha tenido algo contigo? -preguntó el coronel Zane -. De Wetzel no me extraña, pues ya sé que la tiene jurada a todos los indios; pero de ti...

-Sí; ya hace algunos años que Wetzel y yo estábamos cazando río abajo, en el Rincón de Girty, cuando encontramos huellas de cinco Shawnees. Yo era partidario de volvernos a casa, pero Wetzel no quiso hacerme caso de ninguna manera. Seguimos sus huellas y, cuando les alcanzamos, ya entrada la noche, nos lanzamos sobre ellos con el tomahawk. Uno de ellos escapó muy maltrecho, pero no pudimos atraparle. Llevaban prisionera a una muchacha blanca y uno de aquellos demonios rojos, creyendo que éramos una partida que iba a rescatarla, le entró a golpes con el tomahawk: Cuando la recogimos no había muerto todavía e hicimos todo cuanto pudimos para salvarle la vida, pero no lo conseguimos y la enterramos en aquel mismo sitio. Los cinco eran gente de «Zorro Rojo» y se dirigían a su campo con la prisionera. Al cabo de un año, poco más o menos, supe por un indio amigo que el jefe Shawnee había jurado nuestra muerte. De seguro que será uno de los que dirijan el ataque de que nos habla Isaac.

-La verdad es que vivimos unos tiempos terribles -murmuró el coronel Zane-; unos tiempos para poner a prueba el temple de los hombres; sin embargo, yo estoy convencido de que no está lejos el día en que veremos a la gente roja alejada para siempre de la frontera.

-¿Es bonita la princesa india?-preguntó Betty a Isaac.

-Sí lo es, Betty; es casi tan bonita como tú. Es alta y muy blanca, siendo india como es; pero lo más interesante es lo que he descubierto durante los últimos tiempos que he permanecido con los Wyandots. Es el secreto de la madre de Myeerah, tan celosamente guardado hasta ahora. Cuando Tarhe v su tribu de Hurones vivió en el Canadá, estaban establecidos en la región de Muskoka-Lakes, cerca del río Luna, y, todavía hoy, los viejos guerreros cuentan maravillosas historias de la inenarrable belleza de aquel país. Tarhe apresó algunos viajeros franceses, entre los cuales se hallaba una mujer llamada La Durante, madre de una hermosa niña que llevaba consigo. Todos los prisioneros fueron, poco después, libertados, a excepción de aquella niña, la cual, cuando fue mayor, se casó con Tarhe; y Myeerah es su hija. En cierta ocasión, Tarhe llevó a su esposa a Detroit y ésta fue vista por un viejo francés, el cual la reconoció al punto como hija suya. Desde entonces Tarhe ya no volvió más a las colonias de los blancos. Ya ves, pues, que Myeerah es, por línea materna, descendiente de una gran familia francesa.

Aquel viejo francés no debía de ser otro que el caballero La Durante, es decir, el abuelo de Myeerah.

-Me gustaría verla, a pesar de que le tengo odio - dijo Betty-. ¡Qué nombre tan extraño tiene!

-Es el nombre indio de un hermoso pájaro muy raro. Yo nunca he visto ninguno. Los indios le llaman también, por este motivo, «Grulla Blanca» o Paseante de las Aguas», a causa de la afición que tiene a vadear la corriente.

-Bueno; me parece que va hemos hecho hablar bastante a Isaac -dijo el coronel Zane -. De seguro que estará ya cansado. Mayor: cuente usted ahora a Isaac y a Betty, y también al señor Clarke, su salto sobre el peñasco.

-He oído hablar de él a los indios-observó Isaac.

-Mayor, ¿sobre qué roca hizo usted saltar a su caballo? -preguntó Alfred.

-¿Sabe usted aquella roca aguda y escarpada que sobresale en la cima del monte, allí en donde forma aquel recodo? Desde allí vio el coronel Zane, por vez primera, esta llanura. Pues bien; desde allí hice yo saltar a mi caballo. Todavía ahora, cuando miro a menudo aquel peñasco, no puedo acabar de convencerme de que eso sucediera en realidad; pero los indios, el coronel Zane, Jonathan, Wetzel y tantos otros me dicen que lo vieron y no me queda más remedio que aceptarlo como cierto -dijo el Mayor Mac-Colloch.

-¡Parece increíble! -exclamó Alfred-. No me explico cómo un hombre o un caballo puedan saltar ese precipicio y quedar con vida.

-Eso es todo lo que podemos decirle -contestó el coronel-, Supongo que tendré que contar la historia... Aquí, por lo que respecta a luchadores y a protagonistas, no nos faltan; lo único que no tenemos son narradores.

-Estoy ardiendo en deseos de oírla-contestó Clarke -, y tengo una curiosidad inmensa por conocer a ese hombre llamado Wetzel, cuya fama ha llegado tan lejos que hasta en mi casa, en el camino de Virginia, había oído hablar de él.

-No me cabe duda de que pronto verá usted sus deseos satisfechos -dijo el coronel- Bueno, ahora vamos a la historia de la loca carrera de Mac-Colloch y del maravilloso salto que dio con su caballo, desde el monte Wheeling, para salvar la vida. Hace un año, cuando el fuerte estaba sitiado por los pieles rojas, el Mayor logró atravesar las líneas enemigas y llegar a Short Creek. A la mañana siguiente volvía acompañado de cuarenta hombres a caballo y consiguieron todos, a excepción del valiente Mayor, pasar el desfiladero, va que éste quiso ser el último en pasarlo. Al ver que ya era materialmente imposible seguir a los otros, sin exponerse gravemente al fuego de los indios, los cuales venían como disparados, dispuestos a impedir que aquella partida de socorro entrara en el fuerte, espoleó su caballo y, seguido por la gritería de la banda de forajidos, tomó el camino que va desde la espalda del fuerte hasta la cumbre del peñasco. El camino ya saben ustedes que sigue el borde del acantilado, y yo vi agitar su rifle al Mayor, hacia nosotros, sin duda con la intención de asegurarnos de que ya estaba a salvo.

De repente y cuando estaba en la mismísima cumbre del monte, tiró de la brida como si se quedara indeciso. En un instante conocí lo que había pasado el Mayor había corrido derecho a la partida de indios que regresaban después de haber intentado interceptar el paso de nuestros refuerzos, y al cabo de un momento resonaban ya los gritos de triunfo de los salvajes, los cuales empezaron a deslizarse de tres en tres, ensanchando su línea y rodeando al infortunado Mayor. Sabiendo él que los indios le tenían tildado v prefiriendo morir de cualquier manera antes de sucumbir al guante de hierro, al cuchillo, a la estaca o a la antorcha de los crueles salvajes, al ver a sus enemigos salir furtivamente de detrás de las rocas arrastrándose de tres en tres, estrechándole cada vez más el cerco contra el abismo, se asió a una probabilidad desesperada: el intrépido Mayor espoleó a su caballo y se precipitó en el despeñadero. ¡Nunca olvidaré aquel emocionante momento! Los trescientos salvajes se

quedaron quietos y silenciosos al adivinar la intención del Mayor, mientras los que estábamos en el fuerte le mirábamos perplejos y con el corazón encogido. Unos saltos más y el animal se levantaba en alto sobre sus patas traseras, quedaba un instante parado, sus negras crines volando al viento, su cabeza echada atrás, destacando maravillosamente en el azul del firmamento, con sus cascos delanteros pateando al aire como el corcel de Marco Curcio.

Unos instantes después, percibimos el crujido de las ramas de los pinos del fondo, acompañado del golpe, como un estallido, y una nube de polvo se levantaba del sitio en donde había caído. Un bramido indescriptible se levantó de entre los indios, mientras los que estaban más cerca corrían al borde del abismo y se quedaban mirando abajo gesticulando y profiriendo gritos indescriptibles de sorpresa y de rabia. En aquel sitio el precipicio tiene unos trescientos pies de altura y en algunos puntos es casi perpendicular. ¡Imagínese nuestra frenética alegría al ver a nuestro querido soldado y a su caballo salir de entre los arbustos que pueblan el pie de aquel abismo, atravesar el recodo v venir galopando hacia el fuerte, sano y salvo, cuando le creíamos muerto en la oscura hondonada, aplastado y magullado contra las rocas!

-¡Es maravilloso! ¡Maravilloso! -exclamó Isaac con los ojos brillantes de entusiasmo-. ¡He aquí por qué le llaman los indios «Jefe Volador"!

-Si el Mayor no hubiese caído dentro de un grupo de pinos que crecen muy juntos, a unos treinta pies al fondo de la cumbre, no estaría vivo ahora-dijo el coronel Zane-. Estoy segurísimo de ello; pero esto no mengua el valor de su hazaña, ya que no tuvo ni tiempo de escoger el mejor sitio para el salto. No hizo más que optar por la única probabilidad que tenía de salvar la vida y salió bien de ella. Es indudable que este hecho perdurará en la memoria de todos nosotros mientras esté allá abajo, en el fondo, aquella roca como un monumento a la carrera que el Mayor Mac-Colloch hizo por salvar su vida.

Alfred había seguido con un interés profundo el relato del coronel, y cuando lo terminó, aunque su corazón latía aceleradamente y su alma se dilataba ante aquella proeza, en reverencia por aquel héroe, permaneció quieto, sin proferir palabra. Alfred honraba, sobre cualquier otra cualidad, el valor de los hombres y se maravillaba de la sencillez de aquellas gentes de la frontera, las cuales tomaban las aventuras más extraordinarias, las más osadas escapatorias, como hechos completamente naturales de su vida cotidiana. En un solo día había recibido más emociones que en todos los días que hasta entonces había vivido; todo lo cual le hacía temer que aun después del tercer día de su estancia en la frontera, entregado por completo a aquella vida tan activa, no se vería todavía en condiciones de ser útil a aquellas gentes, a pesar de las alabanzas que poco antes le tributaran. Durante la media hora restante de su visita a los amigos recientemente adquiridos, tomó parte en la conversación y permaneció sentado en su sitio, observando quietamente las cambiantes expresiones del rostro de Betty y escuchando los chistes del coronel Zane; y cuando se levantó para marcharse, dio las buenas noches, expresó sus deseos de que Isaac, que se había quedado dormido, tuviera un rápido restablecimiento y se dirigió hacia la puerta, en donde encontró a Betty que le interceptaba el paso.

-Señor Clarke -le dijo mientras le alargaba una pequeña mano ligeramente temblorosa-. Deseo decirle... que... quiero decirle que... mis sentimientos han cambiado. Lamento lo que le dije en casa de Lydia; yo le he hablado de una manera ruda y precipitada... usted ha salvado la vida a mi hermano y yo le estaré eternamente agradecida. Es inútil que pruebe de darle las gracias... yo... espero que seremos buenos amigos...

Alfred encontró desesperadamente duro tener que resistir aquella voz temblorosa y dulce y la mirada de aquellos ojos oscuros que se habían levantado con mucha timidez y que, no obstante, arrostraban valientemente los suyos; pero había sido herido hondamente, y fingiendo no ver la mano amiga que se le extendía, contestó con voz fría

-Me alegro mucho de haber podido ser de alguna utilidad; pero me parece que usted valora demasiado mi acción. Su hermano no se habría ahogado, estoy segurísimo. Usted no me debe nada. Buenas noches.

Betty permaneció todavía unos momentos sorprendida, mirando a la puerta por la cual Alfred se había marchado, antes de darse cuenta de que sus proposiciones de amistad habían sido rehuídas de un modo cortés y ostensiblemente frío. Había sido reprendida, es decir, había ocurrido a Elizabeth Zane lo que parecía imposible que pudiera nunca sucederle. Su primera sensación, al recobrarse de su aturdimiento, momentáneo, fue de diversión. Betty, pues, rió; pero de una manera forzada, mientras sus mejillas se coloreaban violentamente. Miró a su alrededor para ver si alguien se había fijado en el incidente y al ver que nadie había prestado la menor atención a la escena, exhaló un profundo suspiro de alivio. La verdad es que era muy molesto verse reñida a pesar de que no lo viera nadie, pero si alguien la hubiera visto, habría sido demasiado humillante. Los ojos de Betty despedían fuego al recordar el desprecio que había en la cara de Clarke y del cual no había sido suficientemente lista para percatarse a tiempo.

-¡Tige, ven acá! - gritó el coronel Zane -. ¿Qué diablos te pasa, hombre?

El perro saltó un momento a sus pies, pero volvió otra vez a la puerta, en donde se quedó husmeando la rendija del quicio. Su aspecto era fiero y amenazador. Gruñó en voz baja y después dio dos ladridos cortos. Los que estaban en la habitación percibieron al exterior las suaves pisadas de unos pies calzados con mocasines, y al instante siguiente se abría la puerta de par en par mientras una alta figura aparecía en ella.

-¡Wetzel! -exclamó el coronel Zane.

Un silencio profundo reinó entre los reunidos después de aquella exclamación, mientras todas las miradas se dirigían al recién llegado. Bien merecía tan detenida atención. Entró en la habitación, apoyó su largo rifle en la repisa de la chimenea y alargó sus manos al fuego. Iba vestido, de pies a la cabeza, de piel de ante, rayada y bordada de cuentas, la cual presentaba inequívocas señales de una prolongada y ardua marcha a pie, ya que estaba rasgada por diversos sitios, húmeda por todas partes q cubierta de barro. Era una magnífica figura de seis pies de alto y que se mantenía erguida como una flecha. Sus anchas espaldas y sus musculosos aunque no pesados miembros denotaban una maravillosa fuerza y. agilidad. Su largo cabello, negro como el ala de un cuervo, colgaba hasta sus hombros. Después de unos momentos, el recién llegado se volvió y, la luz brilló sobre un rostro extraordinario, tan sereno, tan frío, tan rígido que parecía esculpido en mármol; pero lo más sorprendente de sus facciones era su extraordinaria palidez, la cual hacía resaltar todavía más aquellos ojos negros como el carbón y penetrantes como la punta de un puñal.

-¡Si traes malas noticias - gritó el coronel Zane, impaciente-, desembúchalas en buena hora!

-¡Nada de alarmas! -replicó tranquilamente Wetzel. Y, al ver la cara recelosa de Betty, continuó-: No me mire tan asustada, Betty; los pieles rojas están a muchas millas de distancia y, por ahora, se dirigen a la colonia de Kanawha.

III

Después de los acontecimientos narrados en el anterior capítulo, pasaron para la colonia muchas semanas en la tranquilidad más absoluta. Nuestros hombres se dedicaron a la siembra de sus semillas, a la recolección de las cosechas y al cultivo de sus campos /durante la primavera y el verano, sin que llegaran a oír el temido grito de guerra de los indios.

El coronel Zane, que había sido un arrojado oficial del ejército de lord Dunmore, al servicio del cual había alcanzado el grado de coronel, al llegar el verano visitó el Fuerte Pitt con la esperanza de aumentar el número de soldados de la guarnición de su fuerte; pero todos sus esfuerzos fueron vanos y tuvo que regresar al Fuerte Henry por el camino del río, acompañado de algunos pioneers, entre los cuales se contaba un sacerdote, quien pasaba las semanas dedicado al cultivo de los campos y al llegar el domingo reunía a aquellas gentes en la capilla del fuerte v les predicaba el Evangelio.

Alfred Clarke tenía su domicilio permanente en el mismo fuerte, en donde había sido instalado como uno de los regulares de la guarnición. Sus deberes, al igual que los de los otros nueve miembros que la componían, eran muy leves. De las veinticuatro -horas del día, dos solamente estaban para él destinadas a la guardia. Le quedaba, pues, tiempo de sobra para relacionarse con los hombres de la colonia y con sus familias.

Alfred e Isaac fueron dos amigos íntimos e inseparables. Pasaban muchas horas juntos pescando en el río y, errando por los bosques vecinos, ya que el coronel Zane no permitía que Isaac se alejara demasiado. Alfred fue' un asiduo visitante de la casa del coronel, y; aunque todos los días veía a Betty, nada hasta entonces había acortado la distancia que entre los dos existía. Se mostraban atentos y afables mutuamente cuando la casualidad los juntaba, pero Betty acostumbraba abandonar la habitación al poco rato de haber entrado él. Alfred sentía que durara tanto aquel resentimiento y de buena gana hubiera querido hacer las paces; pero ella no le daba nunca ocasión, ya que cuidaba siempre de evitarle. Sin embargo, aunque Alfred estaba a punto de sucumbir al encanto de la hermosura de Betty, a pesar de que el deseo de estar junto a ella crecía de una manera casi irresistible, su orgullo tampoco había cedido todavía. Durante aquel verano se le podía encontrar muchas noches a la puerta de la casa del coronel, fumando su pipa y jugando con los niños, de los cuales era el mejor y más paciente compañero. Celebraba siempre las historias del coronel Zane y nunca se cansaba de escuchar los relatos de Isaac sobre las costumbres de los pieles rojas; pero de seguro que no habría compartido tan asiduamente la compañía del coronel si no hubiese tenido la probabilidad de ver a Betty, y cuando por casualidad recibía de ella una mirada, aunque fuera más rápida que un relámpago, ya se iba satisfecho. Y al llegar el domingo, asistía a los divinos oficios en la pequeña iglesia y escuchaba extasiado la dulce voz de Betty que cantaba.

A1 llegar aquel día, se reunían allí todas las muchachas del fuerte, entre las cuales era muy popular Alfred, quien parecía tan completamente diferente de la generalidad de los hombres de la frontera que por dondequiera que iba siempre era más que bien recibido. Y es que las muchachas del campo son como las de la ciudad: les gustan las mismas costumbres, los mismos modales francos y amables y, en general, todas aquellas virtudes que comportan cierta cortesía, ciertos miramientos a los cuales no están acostumbradas y que les son siempre en extremo agradables. Alfred tenía siempre para ellas innumerables atenciones; las visitaba a menudo, las invitaba a sus juegos, a dar algún paseo en coche, pero ninguna de ellas podía alabarse de interesarle de una manera especial.

Todas, sin embargo, se habían fijado en que ni al salir de la iglesia ni en ninguna otra ocasión se acercaba nunca a Betty. Aquel detalle era constantemente el tema de sus charlas y, a decir verdad, todas se regocijaban de ello, ya que Betty pasaba siempre por ser la más hermosa y la preferida de la frontera. Con hábiles indirectas y con ligeras sonrisas habían hecho que ella llegara a percibirse de lo que pasaba, y, a pesar de que se mostraba indiferente, la verdad es que aquellas cosas herían su sensibilidad. El resultado fue que Betty creía odiar más que nunca la causa de todo aquello.

¿Qué habría ocurrido si todas las cosas hubiesen continuado por aquel camino? Es imposible adivinarlo, pero seguramente Betty habría continuado pensando que odiaba a Alfred y yo no habría tenido ocasión de escribir la presente historia. Pero el Destino quiso que ocurriera un incidente que hizo cambiar para los dos jóvenes el mundo entero.

Era la tarde de un hermoso día de verano, el más espléndido tiempo del año. Betty, acompañada de su perro, había correteado por los bosques hasta llegar a los vecinos cerros, desde la cumbre más alta de los cuales se veía serpentear el río, mientras una vaporosa neblina flotaba sobre las tranquilas aguas. El bosque parecía invadido por un incendio; las amarillas hojas de los álamos, el grisáceo color de los robles, el encarnado y el púrpura de los sicómoros y el verde intenso de los pinos ardían en una gloriosa llama de luz y de color en medio de la más augusta calma, sólo interrumpida aquí y allá por el gorjeo de los pajarillos que entonaban su canción otoñal al reunirse para emprender su anual peregrinación hacia el lejano Sur.

Betty amaba los bosques y conocía el nombre de todos los árboles y arbustos que los poblaban: el gigantesco roble negro de tronco alisado, de espléndida copa y de robustas ramas; el áspero castaño, de rizadas hojas; el altísimo nogal de descortezado tronco, eran todos bien conocidos y muy queridos de Betty. ¡Cuántas veces había quedado extasiada ante los misteriosos estremecimientos del álamo temblón, cuyas hojas de plata brillaban al sol! Pero aquel día se sentía como pocas veces atraída por tan maravillosos encantos. En los pequeños claros iluminados por el sol, dispersos aquí y allá entre la arboleda, se veía el oro brillante de los arbustos jóvenes, cuyos ligeros tallos se agitaban graciosamente al suave empuje del céfiro perfumado.

Betty cogió algunas ramas y las juntó a un manojo de hojas de sicómoro de rutilante color. El fruto espinoso de los castaños empezaba a abrirse y Betty sintió deseos de alcanzar una rama que descendía hasta encima de unas rocas salientes; quiso encaramarse, puso el pie en falso y se cayo con tan mala fortuna que su pie derecho quedó torcido bajo su cuerpo, causándole tan agudo dolor que no pudo reprimir un grito. Se levantó, colocó cuidadosamente el pie en el suelo, intentó apoyarse en él y el dolor aumentó terriblemente. Desató su mocasín porque el tobillo empezaba ya a hincharse y, al convencerse de que se había dislocado el pie, conociendo las desagradables consecuencias de aquel mal, se vio angustiada. Probó, haciendo un nuevo esfuerzo, de apoyarse otra vez ligeramente en él; pero el dolor fue esta vez tan agudo que renunció a probarlo ya de nuevo. Se dejó caer sentada al pie de un árbol y, apoyando su cabeza en el tronco, empezó a pensar cómo se las arreglaría para salir de aquel mal paso. El fuerte, separado del lugar en que se encontraba sólo por un corto declive cubierto de césped, le pareció a cien leguas de distancia. Miró una y mil veces a su alrededor sin conseguir descubrir alma viviente. Llamó a Tige. Recordaba que pocos momentos antes le había visto persiguiendo desesperadamente a una ardilla. Tige ni se presentó ni dejó que se viera señal de su pelo. ¡Qué fastidioso! Por lo menos, si Tige hubiese estado allí habría podido mandarle a buscar auxilio... Gritó varias veces, pero la distancia era demasiado grande para que su voz fuese oída desde el fuerte v el eco burlón contestaba siempre a sus llamadas desde el pequeño promontorio que se elevaba a su izquierda. Betty empezó entonces a alarmarse seriamente y las lágrimas resbalaron por sus mejillas. El dolor latente de su tobillo, el miedo a tener que permanecer en el bosque cuando llegara la noche y el temor de no ser hallada en muchas horas, abatieron de tal modo su ánimo, generalmente tan valiente, que lloro sin reservas.

Hacía algunos minutos que estaba allí, en aquella situación (aunque a ella le parecieron siglos), cuando ovó detrás de ella las ligeras pisadas sobre el musgo de unos pies calzados con mocasines. Levantóse precipitadamente exhalando un ligero grito de alegría, se volvió y su mirada tropezó con la asombrada cara de Alfred Clarke, el cual volvía de caza por aquellos bosques y, sin conocer la presencia de Betty en aquel lugar, se había dirigido allí casualmente. Con una rápida ojeada vio las flores silvestres esparcidas alrededor de ella, el pequeño mocasín vuelto hacia un lado, sus mejillas húmedas, el dolor pintado en su rostro y adivinó que algo anormal le sucedía.

Confusa y humillada, Betty se dejó caer nuevamente al pie del árbol. De seguro habría preferido ser hallada por Girty o por algún miembro de su banda de pieles rojas antes que tener que sufrir que Alfred descubriera su apuro la única persona del fuerte de la cual Betty no habría querido ser vista en aquel estado.

-¿Qué le pasa, señorita Zane? -exclamó después de un momento de vacilación-. ¿Qué le ha sucedido? ¿Se ha hecho usted daño?

-No, si no es nada - replicó Betty animosamente, mientras recogía las flores v el mocasín y se levantaba despacio a causa de su pie lastimado -. Muchas gracias, señor Clarke, pero no hace falta que usted se espere.

Aquellas frías palabras hirieron tan hondamente a Alfred que estuvo a punto de marcharse; pero se repuso rápidamente y arrostrando la mirada de sus hermosos ojos se detuvo resuelto. Un detenido examen de la expresión de Betty le convenció de que estaba sufriendo muy de veras y de que trataba de ocultarlo con todas sus fuerzas.

-Bien, señorita Zane, aunque no haga falta me quedaré. Usted se ha hecho daño. Apóyese en mi brazo - le dijo suavemente, acercándose a ella -. ¿Me permite que la ayude?

Pero Betty rehusó sus ofrecimientos, ya que por nada del mundo hubiera consentido que le rozara siquiera su cuerpo con sus brazos; pero después de dar algunos pasos vacilantes, se paró y encogió la pierna.

- ¡Bueno -exclamó resueltamente Alfred al notar la repentina palidez de su rostro -, no debe dar ni un paso más! Se ha dislocado el tobillo y está torturándose inútilmente. ¡Déjeme que la lleve!

- ¡Oh, no, no, no! - gritó Betty apuradísima -. Ya iré yo misma. No está tan... muy... lejos...

Y reanudó su dolorosa marcha, pero a los pocos pasos se paró de nuevo y sus labios exhalaron un profundo gemido; se inclinó ligeramente hacia atrás v, si Alfred no hubiese sido listo en dejar caer rápidamente el fusil y sostenerla, indudablemente se habría caído.

-¿Quiere usted... le ruego... ir... por alguien? -murmuró Betty confusamente mientras trataba de separarse de él.

-¡Qué dice usted!-exclamó Alfred, indignado-.¿Tan detestable le parezco que prefiere quedarse aquí más de media hora sufriendo mientras voy a buscarle otra ayuda, antes de consentir que yo la lleve? Yo no necesito para nada llevarla, pero es para mí un deber de cortesía. ¡Sería para usted demasiado duro quedarse esperando aquí!...

Las palabras de Alfred sonaron terriblemente mordaces. Le hería demasiado hondamente el ver que no era aceptada la más pequeña fineza de su parte; apartó la vista de ella y esperó. En aquel instante se percibió un leve y medio ahogado sollozo que removió hasta lo más profundo el corazón de Alfred, quien se volvió rápidamente hacia ella y, al ver correr las lágrimas por sus mejillas, sin más contemplaciones, y antes de que pudiera ofrecerle resistencia alguna, la cogió entre sus robustos brazos mientras reprimía una imprecación sobre la locura de las muchachas, y se dirigió rápidamente hacia el fuerte.

Betty gritó asombrada y forcejeó violentamente por unos momentos para desasirse; y luego, casi repentinamente, permaneció quieta entre los brazos de Alfred, el enojo del cual se trocó muy pronto en reproche contra sí mismo al considerar lo ligera que resultaba su carga. Sin querer miró la oscura cabeza que se apoyaba en su hombro, el rostro de la cual aparecía casi cubierto por la negra cascada de su rizada cabellera, que caía sobre su pecho y rozaba sus mejillas y sus labios. El contacto de aquellas fragantes trenzas era una caricia suave y, casi inconscientemente, la apretó contra su corazón. Una dulce locura invadía su alma y no se daba cuenta de nada más que de que la tenía entre sus brazos y quizás iba a escapársele para siempre, precisamente entonces que él la amaba. Embriagado con aquellos pensamientos, llegó a la casa del coronel y en cuanto les vio el negro Sam, que salía de la cocina, dejó caer el cubo de agua que llevaba en una mano y se metió corriendo dentro de la casa.

Cuando Alfred llegó ante la puerta, Isaac y el coronel Zane salían asustados a su encuentro.

-¡Por Dios! ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Está herida? ¡Tanto como me lo temía! -exclamó el coronel, excitadísimo.

-No se alarmen ustedes tanto, por favor -contestó Alfred-. Sólo se ha torcido un tobillo; pero como quiso andar, vi que empezaba a desfallecer y me decidí a traerla en brazos.

-¿Pero eso es todo? -preguntó la señora Zane, que también había salido-. ¡Y tan terriblemente como nos hemos asustado! Sam ha entrado corriendo, y yo no sé qué historia salvaje nos ha contado, asegurando que él siempre había pensado que usted sería la muerte de Betty.

- ¡Qué ridículo! -exclamó Alfred, mientras entraba a Betty dentro de la casa -. ¡Diablo con el negro, mi coronel! No desperdicia ocasión de poder hablar contra mí.

-No debe usted de haberle caído en gracia; pero no le haga caso. El pobre Sam se está volviendo viejo y quizá somos siempre demasiado condescendientes con él. La verdad es que debemos estarle agradecidos.

Depositó a Betty sobre la otomana, en donde quedó confiada a las expertas manos de la señora Zane, la cual pronosticó que se trataba de una torcedura de muy mal género.

-¡Bien, Betty! -exclamó con un poco de ironía, mientras palpaba cuidadosamente el tobillo hinchado -. Eso te obligará a estar quieta durante algunos días.

-Alfred -dijo Isaac -, está usted siendo nuestro ángel bueno de tal manera que no sé cómo podremos pagarle tantos favores...

-¡Oh, no se apuren por eso! - exclamó Alfred chanceándose- ¡Ya les pasaré la cuenta algún día! Ahora sólo me queda una cosa: debo excusarme por haber desatendido los deseos de la señorita Zane al pedirme que no la ayudara. He creído que no debía hacer otra cosa más que lo que he hecho. Mi rudeza le habrá evitado sufrimiento.

-¿Qué significa eso, Betty? -preguntó Isaac yendo hacia ella, después de haber cerrado la puerta- ¿No querías que te ayudara?

Betty permaneció callada. Estaba sentada en la otomana y la señora Zane sostenía su pequeño pie desnudo mientras iba echando, poco a poco, agua caliente sobre su tobillo hinchado y descolorido. Sus labios estaban completamente pálidos y cada vez que su cuñada le tocaba el pie, todo su cuerpo se estremecía. Sin embargo, no había proferido el más leve gemido.

-Betty, ¿te duele mucho? -le preguntó Isaac.

-¡Claro que me duele! ¿Acaso eres que soy de madera? -replicó Betty- Además, esa agua está tan caliente... ¿No podrías lavármelo con agua fría, Bessie?

-Lo siento, pero no te molestaré más -dijo Isaac, cogiendo la mano de su hermana-. Sin embargo, debo decirte que hemos de estar muy agradecidos a Alfred Clarke, tanto tú como yo. Voy a contarte algo para que sepas una parte de lo que le debes. ¿Te acuerdas que el mes pasado se escapó una de aquellas vaquitas tuyas encarnadas? Pues Clarke estuvo persiguiéndola durante todo un día, hasta que por fin la encontró y le dio caza en los bosques, y para que veas, me pidió que dijera que era yo quien la había cogido... Parece, incluso, que te tiene miedo. ¡Tanto como me gustaría que fuerais buenos amigos! ¡Tan valiente v tan simpático muchacho como es!

La cara de Betty, a pesar del dolor que sentía, se cubrió de grana al oír las palabras de su hermano, el cual, ciego para su hermana, como acostumbran ser los hombres, seguía elogiando a su amigo.

Betty pasó más de una semana sin poder salir de casa y, durante aquella ociosidad obligada, tuvo tiempo suficiente para reflexionar y oportunidad para investigar lo necesario dentro del perplejo estado de su alma.

La pequeña habitación, a la que Betty llamaba "su cuarto", estaba de cara al fuerte y al río. Pasaba la mayor parte del día detrás de la ventana probando de leer sus libros favoritos, pero a menudo su mirada se desviaba hacia la escena tranquila, con el agua mansa del río, los árboles siempre cambiantes y la hierba fresca, sobre la cual pacían tranquilamente las vacas blancas v encarnadas. o bien vigilaba con ojos perezosos v soñadores el vuelo de los cuervos sobre las lejanas colinas o el gracioso movimiento del halcón dando vueltas en lo más alto de la bóveda azul del firmamento, como una vela blanca que se alejara mar adentro en una mañana de verano.

Pero el cerebro de Betty estaba en desacuerdo con aquellas pacíficas escenas v tenía conciencia de un cambio en sus sentimientos hacia Alfred Clarke, que la humillaba y la irritaba de un modo que no sabía explicarse. ¿Por qué pensaba tan a menudo en él? La verdad es que había salvado la vida a su hermano... Sin embargo, se vio obligada a reconocer que no era aquélla la causa de la persistencia de aquellos pensamientos, los cuales, a pesar de todos sus esfuerzos, no podían alejarse de su cabeza. Una y mil veces venía a su imaginación el recuerdo de aquel momento en que él la tomó en sus brazos como si fuera una chiquilla, y un vago estremecimiento removía su corazón cuando recordaba la fuerte pero cariñosa presión de sus brazos.

Varias veces, desde su ventana, le había visto venir del fuerte hacia su casa y, fiel a su sexo, aprovechaba la oportunidad de no ser vista para observarle tranquilamente. ¡Qué noble era su porte! ¡Qué agradablemente sonaba su voz profunda cuando le oía hablar con su hermano!

Día tras día su tobillo iba fortaleciéndose y, comprendiendo que no podría permanecer por más tiempo encerrada en su habitación, a cada momento que pasaba temía más v más el instante en que se encontraría frente a él. Ni ella misma se entendía; tenía sueños extravagantes; lloraba sin tener aparentemente la más mínima causa y se sentía, en fin, terriblemente desgraciada. Al final acabó por enfadarse consigo misma y se riñó acusándose de necia y de sentimental. Aquello le pareció que le devolvía su atrevimiento; pero fue en vano, ya que no pudo encontrar reposo de ninguna manera. Betty ignoraba que el pequeño ciego dios del amor, que se desliza siempre fuertemente, la había marcado como víctima suya, y que toda aquella adorable perplejidad era la inconsciente sorpresa de su corazón.

Una tarde, cuando tocaba ya al fin la reclusión de Betty. dos de sus amigas, Lydia Boggs y Alicia Reynolds, la visitaron.

Alicia tenía unos brillantes ojos azules y el nudo de su pelo castaño colgaba en rebeldes sortijas alrededor de su modesta v bonita cara. Un adorable hoyuelo permanecía oculto en sus rosadas mejillas para descubrirse solamente cuando sonreía.

-¡Estás hecha una perezosa! - exclamó Lydia al entrar -. ¡Mira que pasarse el santo día echada sin hacer nada más que mirar a través de la ventana!...

-¡Cuánto me alegro de que hayáis venido! -contestó Betty-. ¡Me siento más mustia!... Quizá vosotras me animaréis un poco.

-Betty necesita algún representante del sexo fuerte para alegrarse -dijo maliciosamente Alicia mientras centelleaban sus ojos de un modo maquiavélico -. ¿No eres de mi opinión, Lydia?

- ¡Por supuesto! -contestó Lydia-. Por lo menos, yo, cuando estoy sombría...

-¡No continuéis así, por favor! -interrumpió Betty moviendo sus manos en señal de protesta-. No dudo ni un momento de que vuestros remedios masculinos puedan curar todos vuestros males. Las muchachas que han perdido el interés que sentían por sus acostumbradas diversiones y que emplean su tiempo tejiendo lino y fabricando mantas acolchadas, sacrificando su verdadera personalidad ala de un tirano grande y fuerte, no están expuestas a ser sombrías. Pero, gracias a Dios, yo todavía no he llegado a este estado.

-¡Oh, Betty Zane! -exclamó Lydia moviendo amenazadoramente su mano-. ¡Espera, espera! ¡Ya te tocará también a ti el turno! Y en cuanto llegue... no esperes merecer misericordia de nosotras, porque no te la concederemos.

-Pero si tú v Alicia habéis monopolizado todas las atenciones de los dos únicos muchachos elegibles que hay en el fuerte... -replicó Betty riendo sarcásticamente.

-¡Qué disparate! ¡Pero si en el fuerte hay un regimiento de jóvenes, todos dispuestos en tu favor, pequeña coqueta! -continuó Lydia-. Harry Martin, Will Metzar, el capitán Swearenguen, de Short Creek, y tantos otros, demasiado numerosos para ser mencionados. ¿Y qué me dices de Lew Wetzel y de Billy Bennet?

-¡Pues que Lew no se preocupa más que de cazar indios y que Billy es un niño! - replicó Betty.

-¡Bueno! Que cada una siga su destino -dijo Lydia -. Yo sólo te digo una cosa, y es que Billy te adora.

Él mismo me lo dijo. Y un muchacho mejor que ése no ha existido nunca.

-¡Ah, Lydia! -exclamó Alicia-. ¡Te olvidas de incluir a uno de los más rendidos enamorados de los encantos de Betty!...

-¡Pero si es verdad! Te refieres al señor Clarke, ¿verdad? ¡Se me había olvidado! - repuso Lydia-. La verdad es que fue muy extraordinario el hecho de que precisamente fuera él quien te encontrara el día en que te torciste el pie. ¿fue una casualidad?

-¡Claro! Resbalé al subirme a una roca - contestó, Betty.

-No, no; no quiero decir eso. Quiero decir sí el encontrarte él fue debido a una casualidad.

-¿Acaso crees que estaba acechando al señor Clarke y que disloqué mi tobillo adrede? - dijo Betty empezando a enfadarse.

-Ciertamente que no; pero ¡es tan extraordinario que sea siempre él quien socorra a las muchachas que están en peligro! Anteayer detuvo un caballo desbocado y salvó a Nell Metzar que iba en el coche. Se ha enamorado locamente de él. El señor Clarke me dijo...

-No me interesa saber nada de eso - interrumpió Betty.

-¡Pero dinos, Betty! -exclamó con énfasis Alicia, mientras le dirigía una maliciosa mirada -. ¿No es espantoso pensar que te ha llevado en brazos? ¡Tú eres.. todo lo gazmoña que pueda ser una mujer!... Debió de ser muy molesto para ti, teniendo en cuenta lo mucho, que te desagrada el señor Clarke y sabiendo lo enamorado que de ti está él...

-¡Qué odiosas muchachas! -gritó Betty tirando un almohadón por la cabeza de Alicia, el cual fue ágilmente esquivado por ella -. ¡Cuánto me alegraría de que os marcharais y no volvierais más por aquí!

-¡Anda, Betty, ya no te haremos rabiar más! - dijo Lydia rodeando con su brazo el talle de Betty-. Ven, Alicia; vamos a decirle a Betty que ya está decidido el día de tu casamiento... ¡Fíjate, fíjate qué ojos más aten-tos pone! ...

Los jóvenes de la frontera acostumbraban casarse antes de los vente años. El objeto de los pioneers al movilizarse hacia el Oeste era, como es natural, el mejoramiento de su situación; pero el hecho de depender los unos de los otros, de tal manera que la comunidad de trabajos y los terribles peligros a que estaban tan constantemente expuestos obligaba a que todos se sintieran unidos como si constituyeran una gran familia, hacía que los asuntos amorosos fueran generalmente bien vistos y alentados y acostumbraban terminar siempre en prontos casamientos. No obstante, no crea el lector que la senda de los jóvenes enamorados estuviera sembrada de flores, ya que muy a menudo tenían que sufrir molestias y penalidades sin cuento. Muchas y variadas eran las jugarretas de que los rivales hacían víctima al afortunado galán, el cual, si obtenía el favor de una doncella tenía que mostrarse muy valiente. Si por la noche acudía a casa de su amada, era siempre objeto de innumerables bromas pesadas, con las que se divertía incluso la familia de la novia, y por la madrugada,

cuando salía de la casa, tenía que soportar muchas veces algo peor que bromas. Si era en invierno se encontraba con una descarga de bolas de nieve o de cubos de agua helada; o ya se le venía encima, desde algún tejado, una montaña de nieve arrojada por algún muchacho que había estado esperando pacientemente tal oportunidad. En las noches de verano, su caballo era internado en los bosques o bien las ruedas de su carruaje, quitadas y escondidas, a fin de que tuviera que regresar a su casa a pie. De ordinario, si el galán vivía lejos de casa de la novia, iba a visitarla sólo una vez por semana, y muy entrada la noche. Silenciosamente, y como un malhechor, protegido por la oscuridad, se arrastraba sobre la hierba, por entre los arbustos, hasta llegar al pie de la ventana de su amada y, a una señal convenida, se deslizaba hasta la puerta sin molestar para nada a los padres. Temiendo encender la luz y, seguramente, alegrándose de aquella excusa, se sentaban tranquilamente a oscuras y permanecían charlando en voz queda hasta que los primeros albores anunciaban la llegada del nuevo día, en cuya hora el feliz galán se marchaba a sus trabajos.

En aquellos tiempos, un casamiento era celebrado con mucho mayor placer, tanto por los jóvenes como por los viejos. Prácticamente significaba la única reunión de colonizadores no motivada por el trabajo de recolección de cosechas, de construcción de una cabaña, para proyectar alguna expedición de socorro a algunos colonizadores que vivían distantes o para tratar de la propia defensa contra algún enemigo que amenazara. Por todo eso significaba unos cuantos días de bullicio y de alegría general para todos; una fiesta para los viejos, al ver a sus hijos regocijándose y, para los jóvenes, la agradable ruptura de la monotonía de aquella vida tan ocupada; un día de diversión y de charla, un día de novela, con una boda v (lo mejor de todo) con una buena sesión de danza. No hay que decir, pues, que la boda de Alicia Reynolds fue un gran acontecimiento para los habitantes del Fuerte Henry.

El día amaneció claro y brillante. El sol, levantándose como una bola de oro bruñido, iluminaba sobre los blancos tejados de las cabañas haciendo centellear la capa de nieve que las cubría y la superficie helada del río.

William Martin, el novio, y sus acompañantes se reunieron para celebrar una vieja costumbre que tenía lugar antes de ir a casa de la novia: «La Carrera de la Botella ».

Cierto número de muchachos elegidos por el novio eran invitados a tomar parte en aquella carrera, que tenía lugar por el más escabroso y peligroso sendero que pudiera imaginarse; por el camino más horrible, con el mayor número de zanjas, charcos, árboles, tocones, haces de leña y, en fin, con los más insospechados obstáculos, a fin de dar ocasión a los intrépidos jinetes de lucir sus habilidades. La carrera inglesa de zorros, ahora tan famosa en los tres continentes, aunque muy arriesgada y a veces peligrosa, no puede en modo alguno compararse con la « Carrera de la Botella» por lo que respecta a azar, viveza y animación.

La de aquel día no fue menos emocionante que de costumbre. Los caballos fueron dispuestos, en lo que fue posible, en fila, y el que daba la señal de partida profirió un grito indio. En el mismo instante empezó el chasquido de los látigos, el furioso pisoteo de las pesadas herraduras, las órdenes de los contendientes y los gritos de los espectadores. Unos momentos después tomaban aquel loco camino, que se extendía en línea recta, una milla aproximadamente, hasta el recodo de la hondonada. Durante los primeros cien metros los caballos iban apretujados y a montones, pero al llegar a la primera zanja, un poco más allá del recodo, un hermoso y aseado animal se destacó del grupo que galopaba furiosamente y saltó por encima de aquel hondo surco como un pájaro. Todos conocieron al jinete, Alfred Clarke, montando un negro cada a la frontera, si no hubiese desdeñado los consejos que Lydia quiso darle, no se habría encontrado tan apurada; pero ella estaba segurísima de su dignidad. ¡Pobre Betty! El primer hombre que se acercó a ella fue Jorge Martin; un grande y vigoroso muchacho que estrechó a la novia de su hermano en un rudo abrazo, mientras le daba un beso que resonó por toda la habitación. Al dejarla, satisfecho, se volvió a Lydia y a Betty con las mismas intenciones. Lydia pudo esquivarle, pero una de las enormes manos del muchacho

alcanzaron a Betty por el vestido. Betty se irguió mirándole severamente, pero al ver que todo el mundo se reía en medio de aquel ambiente de felicidad y de honrada diversión, no pudo menos de volver la cara a un lado mientras el inmenso Jorge depositaba otro beso ruidoso en su mejilla. Un alud de muchachos se precipitó inmediatamente hacia Betty, la cual, con el rostro encendido e incapaz de permanecer quieta ni un instante más, corrió hacia su hermano el coronel en busca de protección; pero éste lo que hizo fue empujarla en medio de aquella algarabía, mientras se reía a carcajadas. Betty vio que el Mayor Mac-Colloch le tendía los brazos y, libertándose de un muchacho que la había cogido de una mano, se echó en ellos. Pero ¡pobre Betty! El Mayor tampoco pudo resistir la tentación de besarla y aprovechó la ocasión.

-¡Traidor! -gritó Betty indignadísima, desprendiéndose de él.

Es imposible describir la desespetación de Betty en aquel trance. Iba ya a rendirse cuando vio la amable figura de Wetzel; corrió casi sin pensarlo hacia él y, el cazador, rodeando con uno de sus robustos brazos su talle, dijo

-Yo guardaré a usted, Betty. -Y dirigiéndose a los muchachos, con una burlona sonrisa en su rostro, generalmente serio, exclamó-: ¡A ver quién es el valiente que se acerca! Betty no quiere ser besada y si alguno de vosotros prueba de hacerlo tendré que arrancarle el pericráneo.

Pero no por eso quedó la alegría truncada; antes bien, fue creciendo a medida que el día iba avanzando. Durante la fiesta de bodas, el entusiasmo de todos fue creciendo, pero cuando culminó fue durante el baile que siguió a la comida. La vasta sala del blocao había sido profusamente adornada; el techo y las paredes estaban completamente cubiertos de follaje y de doradas ramas de otoño y gran número de nudos de pino encendidos iluminaban y daban calor a una escena que en cuanto a color y animación no podía ser superada.

Sam, el viejo esclavo negro del coronel Zane, encargado de proporcionar la música, estaba sentado en una plataforma levantada al extremo de la habitación, y el delirio con que aserraba su violín, la violencia de los movimientos de su brazo, la agitación de todo su cuerpo y el pataleo de sus enormes zapatos indicaban bien a las claras que tenía perfecta conciencia de la importancia del trabajo que le estaba encomendado.

Sobresaliendo por encima de toda la gente, que estaba en pie o sentada cerca de la plataforma, podían distinguirse las altas figuras de Jonathan Zane, Mayor Mac-Colloch y Wetzel; todos vestidos, como de costumbre, con el traje de cazador, y con el rifle en la mano. El resto de los asistentes a la fiesta habían hecho lo posible para mejorar su aspecto y muchos de ellos habían reemplazado sus guerreras de piel de ante por brillantes camisetas o camisas de tejido. El Mayor Mac-Colloch hablaba con el coronel Zane, y la expresión que en los rostros de ambos se pintaba reflejaba el gozo que sentían de ver a la juventud cómo se divertía. Jonathan Zane estaba de pie cerca de la puerta, mirando el baile silenciosa y sombríamente. Wetzel estaba arrimado contra la pared, con el negro cañón de su rifle apoyado en el brazo, contemplando a los que tomaban parte directa en aquella fiesta nupcial bailando a más no poder. Cuando terminó la danza, Lydia y Betty se pararon enfrente de él y la segunda le dijo

-Lew, ¿no vas a comprometernos ningún vale?

-El cazador miró, sonriendo a su manera, aquellas caras radiantes y contestó embarazosamente.

-Zapatero... a tus zapatos.

-¡Pero tú sabes bailar! Anda, quiero que dejes a un lado tu largo fusil y vengas a bailar esta danza conmigo. Si tuviera que esperar a que vinieras tú a pedírmelo, me parece que tendría que esperar sentada. ¡Anda, Lew-dijo Betty adulándole con voz picarona-, no te hagas rogar cuando hay tantos hombres que se están muriendo de ganas de bailar conmigo!

Wetzel nunca se negaba a ningún capricho de Betty, y por lo tanto, dejó el arma en un rincón v se puso a bailar con ella ante la sorpresa v admiración de toda la concurrencia. El coronel Zane batió palmas y todo el mundo quedó atónito a la vista de semejante suceso sin precedentes. Wetzel no bailaba mal, v sus piernas eran maravillosamente largas. Su arrogante figura, la severidad de su rostro, con su largo pelo negro y los caprichosos bordados del vestido que usaba, contrastaban extraordinariamente con la delgada y graciosa figura de Betty y con su vestido gris.

-¡Muy bien, Lewis! - exclamó el coronel riendo y aplaudiendo cuando pasaron delante de él -. Nunca lo hubiera creído si no lo hubiese visto.

-Pues ya podrían estar contentas las muchachas si todos los hombres bailaran como Lew -dijo Betty.

-Y usted, Betty, cada día más bonita -dijo el viejo John Bennet, que estaba en pie junto al coronel y al Mayor-. Si yo tuviera algunos años menos, de buena gana probaría fortuna con usted, y no crea que pudiera darme fácilmente por vencido.

-Tío John -contestó Betty sonriendo al viejecito, con el que simpatizaba mucho-, de seguro que si usted fuera joven v me galanteara, no se llevaría ningún desaire de mi parte.

De pronto sonó cerca de Betty una voz grave.

-Señorita Zane, ¿quiere usted bailar conmigo?

Betty reconoció la voz v una terrible timidez se apoderó de ella. Ella se había hecho el firme propósito de contestar al señor Clarke, si éste le pedía algún baile, que estaba cansada o bien que ya lo tenía comprometido, a fin de evitar el tener que bailar con él; pero he aquí que en el momento preciso olvidó su resolución o bien le faltó valor para ponerla en práctica, y en el instante en que empezaba la música se volvió, v sin decir palabra apoyó su mano en el brazo de Alfred. Él la hizo girar vertiginosamente, y deleitándose con aquel paso que le era tan familiar; ella le miró sorprendida y se entregó por completo a los encantos de la danza, sostenida por aquel brazo fuerte, flotando por la habitación como en un sueño. El modo de bailar de la pareja era una cosa nueva para los jóvenes del fuerte, va que era un estilo muy en boga en el Este. Todos, pues, seguían con extraordinario interés las evoluciones de la pareja; pero pronto terminó la danza, y antes de que Betty- tuviera tiempo de recobrarse, su pareja la había acompañado a sentarse en un asiento alejado, al extremo de la sala. El banco estaba sumido en una media oscuridad a causa de la sombra que sobre el mismo proyectaban algunas de las ramas que guarnecían la sala.

-Para mí ha sido muy agradable esta danza - dijo Alfred -. Ya me dijo la señorita Boggs que usted bailaba muy bien la danza de las vueltas...

-Para mí ha sido una sorpresa muy agradable -contestó Betty, que en realidad se había divertido.

-Ha sido una :jornada deliciosa -continuó Alfred, viendo que Betty estaba todavía algo confusa -. Yo no sé cómo no me he matado esta mañana con aquella endiablada carrera de la botella. En mi vida había visto montones de leña, de troncos, de raíces y de maleza como aquéllos. Estoy seguro de que si la fiebre del atrevimiento que parecía flotar por el ambiente no se hubiese apoderado de mí, nunca habría expuesto mi caballo a semejantes saltos.

-He oído decir a mi hermano que su caballo es uno de los mejores que ha visto en su vida y que usted lo monta admirablemente -murmuró Betty.

- ¡Bueno; honradamente, lo que yo le aseguro es que va no volveré a tomar parte en semejante carrera! Eso no puede favorecer de ningún modo al caballo.

-¿Qué tal le va pareciendo el fuerte durante este tiempo?

-Señorita Zane, voy aprendiendo a querer a esa vida libre y salvaje. Yo creo que he nacido para la vida de la frontera. Las costumbres de aquí, que al principio me parecían muy raras, son ahora para mí muy aceptables. Encuentro a todos los hombres de aquí

honradísimos, sencillos v valientes. Aquí, para vivir no tiene uno más remedio que trabajar. ¿Sabe usted? Antes de venir al Fuerte Henry, yo en mi vida había trabajado y me había criado siempre en la ociosidad más inútil...

-Apenas puedo creerlo - replicó Betty -. Usted bien ha aprendido a bailar, y a montar, y...

-¿Y qué más? -preguntó Alfred sonriendo, al ver que Betty titubeaba.

-No importa; pero es una cualidad que las muchachas dicen que usted posee -dijo también sonriendo Betty.

-Ya supongo de qué se trata, pero creo que no lo merezco. Tengo entendido que por ahí se dice que tengo una singular aptitud para descubrir las muchachas que se encuentran en algún apuro.

-Y con los muchachos de aquí, ¿está usted en buenas relaciones? -preguntó Betty para cambiar de tema.

-¡Oh, sí! Y especialmente con su hermano Isaac. Es el muchacho más simpático y más interesante que he conocido. También me gusta extraordinariamente el coronel Zane. El sombrío y tranquilo Jack o John es muy diferente de los otros hermanos... En cambio, Wetzel me inspira. cierto temor... Pero todos se muestran siempre tan amables conmigo, que casi he olvidado que soy un vagabundo.

-Pues me alegro de que así sea -dijo Betty.

-Miss Zane -continuó Alfred -. Sin duda habrá usted oído decir que yo he venido al Oeste porque me he visto obligado a abandonar mi casa. Yo le ruego que no crea nada de lo que oiga decir de mí. Quizás algún día si usted quiere tomarse la molestia de oírme, le contaré mi historia. Bástele, por ahora, saber que si he dejado mi casa ha sido por mi propia voluntad y que si quiero volver a ella puedo hacerlo mañana mismo.

-¡Oh, yo no quise significar...! -murmuró Betty ruborizándose.

-Ya lo supongo. Pero... dejemos eso. Cuénteme usted algo de sí misma; no será tan sombrío oír hablar de usted como de mí.

-Pues yo estoy en la frontera sólo desde el invierno pasado; sin embargo, he pasado el verano contenta y feliz. Claro que ésta no es la vida de Filadelfia, y echo muy de menos el movimiento y la alegría de casa de mi tía; pero yo comprendí que mi sitio estaba entre mis hermanos. ¡Bien procuró convencerme mi tía de que me quedara a vivir con ella v de que no viniera a estos lugares salvajes! Yo tenía allí todo cuanto pudiera apetecer... lujo, fiestas, reuniones, bailes, vida de sociedad, buenos amigos, todo, en fin, lo que el corazón de una mujer pueda desear. Y sin embargo preferí venir a esta pequeña colonia de la frontera. Qué elección más extraña para una muchacha, ¿verdad?

-¡Sí que es raro! - contestó gravemente Alfred -. Y no puedo menos de preguntarme la secreta causa que haya podido traernos, tanto a usted como a mí, al Fuerte Henry. Yo vine en busca de fortuna; usted vino a traer un rayo de sol a la casa de sus hermanos, dejando detrás de usted la fortuna que le sonreía. El motivo de su venida era un elemento de nobleza, mientras el mío no ha sido más que fruto de la ociosidad... ¡Cuánto me gustaría leer en el futuro!

-No creo que sea bueno tener semejante deseo. Cuando el velo estuviera descubierto, ¿podría usted trabajar tan duramente y cumplir tan bien con su deber? Yo prefiero ignorar el porvenir. ¡Quién sabe si una parte de él sea desgraciada! De buena gana me cambiaba en seguida por usted. Un hombre tiene el mundo por conquistar; en cambio una mujer... ¿qué puede hacer? Amasar el pan, trabajar con la rueca y sentarse detrás de la ventana, mirando y esperando...

-¡Bien! Dejemos esos pensamientos melancólicos para otro día. Todavía no le he dicho nada de lo que pensaba decirle. Señorita Zane, siento mucho haberme comportado de una manera tan grosera con usted el día en que su hermano volvió a casa. Yo no sé qué

demonio me impulsó a obrar de aquella manera; pero le aseguro que me he arrepentido muy de veras... ¿Quiere usted olvidarlo y que seamos buenos amigos?

-Yo... yo no sé... - murmuró Betty, sorprendida y vagamente turbada por la ardiente mirada de Alfred.

-¡Vamos! Seguramente querrá usted justificar la viveza de su temperamento; pero usted sabe muy bien... que estuvo...

-Sí; me acuerdo perfectamente. Estuve violenta y molesta. Pero también sé que reparé mi error, o por lo menos, traté de repararlo.

-Usted probó de disimular mi estupidez... ¡Vamos! No he de parar hasta conseguir que lo olvide. Considere lo mucho que puede usted evitar mostrándose generosa...

-Bueno, pues... queda olvidado -contestó sonriendo Betty.

-Gracias. Le prometo que no se arrepentirá usted nunca de haberme perdonado. ¿Y el tobillo enfermo?... Debe de estar va del todo bien, porque he advertido que bailaba usted magníficamente.

-Empiezo a creer lo que todas las muchachas dicen de usted... Usted tiene una singular predilección por los cumplidos... Mi tobillo está casi bien del todo; gracias. Pero de vez en cuando me duele todavía un poco...

-¿Se acuerda usted del día en que le ocurrió el accidente? -dijo Alfred sin quitarle la vista de encima y con la intención de inquietarla un poco, a pesar de que no estaba en terreno muy seguro -. Yo había pasado todo el día en el bosque sin más compañía que la de mis pensamientitos, en su generalidad sombríos. Cuando la encontré fingí sorprenderme, pero en realidad no fué así, ya que había seguido durante un rato a su perro. El animalito me tomó afición yo estaba extremadamente complacido; se lo aseguro. Pues. bien: yo había visto ya su cara un momento antes de que usted supiera que yo estaba cerca. Cuando usted percibió mis pasos se volvió rápidamente dando un grito de alegría; pero en cuanto vio que era yo quien venía en su auxilió, la alegría de su expresión desapareció corno por encanto. ¡Ni que se le hubiera aparecido un Wyandot hostil habría usted ofrecido un aspecto menos amistoso! Yo en mi vida había visto una cara más dolorosa, más contrariada y más anegada en lágrimas...

-¡Señor Clarke! No me hable más de eso -suplicó Betty con dignidad -. Deseo que lo olvide.

-Todo lo olvidaré a excepción de que fui yo quien tuvo la suerte de encontrarla y de ayudarla. Eso no podré olvidarlo nunca, y estoy seguro de que a no ser por este accidente nunca habríamos llegado a ser amigos.

-Ahí viene Isaac -interrumpió Betty levantándose-. De seguro que está buscándome.

-Espere... ¡Un momento más, por favor!... Ya la encontrará- dijo Alfred deteniéndola -. Desde que ha sido tan amable conmigo me siento más confiado... ¿Puedo ir mañana a verla?

Y se quedó mirando fijamente sus ojos oscuros, los cuales oscilaron un momento y se bajaron. tímidamente antes de que terminara su pregunta.

-Ahí está Isaac... Desde aquí no puede verme... Debo ir... -dijo la muchacha.

-Sí; pero antes debe contestarme... ¿Qué habré ganado con que usted olvide todo aquello si tengo que continuar sin verla? ¡Por favor, dígame que sí!

-Pues bien; puede venir-contestó al fin Betty, algo intrigada por aquella insistencia- Yo creí que usted podría suponer que semejante permiso quedaba concedido al olvidar lo que usted quería.

En aquel momento sonó allí mismo la voz de Isaac

-¡Vamos; al fin te encuentro! Hace la mar de tiempo que estoy buscándote.

Y acercándose a ellos con el rostro encendido y los ojos brillantes de excitación, continuó

-Amigo Alfred, ¿qué significa eso de alejar de este modo a la bella de la danza? Vamos, Betty, quiero bailar contigo; hace siglos que no he bailado más que danzas indias. ¡Bueno! Estoy pasando unos días espléndidos... Siento mucho tener que quitársela, amigo Alfred... ¡Y va veo que ella no 'viene conmigo de muy buena gana. Ja, ja, ja! ...

Y dirigiendo una maliciosa mirada a los dos, se llevó a Betty a bailar.

Alfred se quedó en el mismo sitio perdido en un mar de pensamientos. De pronto advirtió que podría parecer extraño si no se mezclaba con la alegría general procurando hacerse agradable, y se levantó y fué en busca de pareja. Bailó con Alicia, con Lydia y con otras muchachas v al cabo de una hora se deslizó hacia su habitación. Quería estar solo; tenía necesidad de meditar sobre si sería mejor para él quedarse en el fuerte o bien marcharse al galope y desaparecer en la oscuridad para no volver nunca más. Al amistoso contacto de la suave mano de Betty, aquella locura contra la cual había estado luchando durante largas semanas se apoderó nuevamente de él, más fuerte que nunca; v aquel adorable contacto, aquella suave y pequeña mano, sintió que todavía permanecía entre las suyas y la apretaba contra su corazón y contra sus labios, cubriéndola de besos.

Durante más de una hora permaneció sentado detrás de la ventana, contemplando la línea plateada del anchuroso río que se dibujaba vagamente en lontananza a través de la leve cortina de niebla gris, al pie de la mancha oscura de los bosques, y la fresca brisa, al bañar su rostro ardiente, lo calmó en su soledad.

IV

Buenos días, Harry. ¿Adónde vas tan temprano? - preguntó Betty desde la puerta de su casa a un muchacho que pasaba por delante de ella con un rifle más grande que él mismo.

-Muy buenos días, Betty; me llego hasta el riachuelo a ver si encuentro aquel pavo que se oye cantar -con-testó aquél sonriendo cariñosamente y parándose un momento junto a la puerta de Betty.

-¡Hola, Harry Bennet! -exclamó el coronel asomándose-. A la caza de algún pavo, ¿verdad? Le he oído cantar algunas mañanas y me parece que tiene que ser un pavo muy rollizo; mira, aquí viene Wetzel; de seguro .que tendrás un buen compañero.

-Buenos días, Lew -le dijo Betty -. ¿También vas a la caza del pavo?

-¡Atención! -exclamó el cazador parándose de repente.

Todos permanecieron silenciosos escuchando atentamente. El silencio más apacible reinaba por todos aquellos contornos, sólo interrumpido por el sonido leve de la esquila de una vaca que pacía tranquilamente en el prado, cerca de la casa del coronel. De pronto un canto estridente rompió aquel silencio

-Chec-ey-lec, chec-ey-lec, chec-ey-lec.

-¡Pues vaya si es un pavo! ¡Y un señor pavo! -dijo el coronel Zane cuando el canto terminó.

-¿Lo ha oído Jonathan? - preguntó Wetzel.

-No, que yo sepa. ¿Por qué me lo preguntas? - interrogó el coronel, bajando la voz -. Oye, Lew, ¿crees que no es un pavo de veras el que canta?

-Bueno, adiós, Harry -dijo Betty entrando en la casa -. Apunta bien y tráeme el pavo.

-Me parece-contestó el cazador-que el «pavo» es rojo.

Y haciendo una seña al muchacho de que se quedara en el fuerte, se alejó a toda prisa con el rifle al hombro.

De todos los Wetzel, una familia de gran fama en toda la frontera, Lewis era el más célebre. Los principios de la historia de Virginia y de Ohio están llenos de hazañas las más atrevidas de este explorador de las selvas, cazador solitario y Némesis insaciable, justamente llamado el más terrible destructor de indios conocido.

Cuando Lewis tenía veinte años de edad y sus hermanos John y Martin poco más, salieron de su casa para una cacería que debía durar algunos días, y cuando regresaron de ella encontraron su hogar convertido en un montón de ruinas humeantes, y entre ellas los cadáveres mutilados de sus padres, los cuerpos desnudos y violados de sus hermanas y el de su hermanito pequeño ensangrentado y sin pericráneo.

Lewis Wetzel juró venganza eterna contra toda la raza de los indios y ejecutó inexorablemente su voto. Desde aquella fecha se pasaba la mayor parte de la vida acechando en los bosques y no había indio que cruzase delante de él v saliera con vida. Las diversas tribus de sus víctimas le conocían por distintos nombres: los Shawnees le apodaban «Cuchillo Largo»; los Hurones, «Destructor» ; los Delawares, «Viento de la Muerte»; cualquiera de aquellos nombres era suficiente para encoger el corazón del guerrero más valiente.

Para la mayor parte de los cazadores y exploradores de su época, la guerra contra los indios era una cosa secundaria, y si se quiere, precisa muchas veces; pero para Wetzel era el fin principal de su vida. No pensaba más que en matar indios. Se lanzaba atrevido a la guerra con ellos y nunca se sentía mejor que cuando recorría las selvas solitarias persiguiendo a los pieles rojas hasta sus propias viviendas, o bien emboscado cerca de las sendas que conducían a sus poblados, como un león al acecho de su víctima. A menudo, por la madrugada, los indios dormidos alrededor de una hoguera despertaban sobresaltados por un grito terrible; se incorporaban un momento y caían al instante, víctimas del tomahawk de su enemigo irreconciliable o bien para oír silbar una bala de su rifle y ver, sólo por un instante, una figura con largo pelo negro que desaparecía con vertiginosa velocidad en la espesura del bosque. Wetzel dejaba siempre la muerte por doquiera; se alejaba antes de que el eco de su grito demoníaco hubiera dejado de resonar en la selva; y aunque a menudo se vio perseguido, siempre conseguía escapar de la persecución de los indios, ya que era el más veloz corredor de la frontera.

Durante largos años fue considerado el brazo derecho de la defensa del fuerte, y el simple hecho de que se supiera que él estaba en una colonia había impedido más de una vez que ésta se viera atacada, ya que los pieles rojas le tenían un miedo supersticioso.

Muchos miraban a Wetzel como a un salvaje, como a un hombre loco por la sangre de los pieles rojas y sin cualidad alguna que atenuara sus defectos. Sin embargo, aquella opinión era injusta, ya que cuando aquella fiebre indomable de venganza (que afortunadamente no le atacaba constantemente) se le calmaba, era completamente pacífico y tranquilo e incluso amable para las personas que intimaban con él. A pesar de todo, Wetzel, aunque conocido de todos, se preocupaba sólo por muy contadas personas; gastaba muy poco de su tiempo en las colonias y raramente hablaba si no se dirigían a él directamente.

La Naturaleza le había dotado singularmente para su posición preeminente entre aquellos cazadores y exploradores. Era alto y ancho de espaldas; su fuerza, agilidad y resistencia eran maravillosas; tenía la vista de águila, la sagacidad de un sabueso y aquella intuición que juega tan importante papel en la vida de un cazador. No conocía el miedo y era osado siempre que el atrevimiento fuera aconsejable; astuto, diestro e inconmovible, Wetzel no tenía, en fin, comparación en sus vocaciones.

Su largo cabello, negro como las alas de un cuervo, y del cual se sentía orgulloso, le llegaba, cuando se peinaba, casi a un pie del suelo. ¡De buena gana habrían dado los indios una fortuna por su cuero cabelludo!

Uno de los recursos favoritos de los pieles rojas para atraer a sus víctimas era el de imitar el canto del pavo.

¡Cuántos habían salido de la colonia para ir a la caza del pavo que se oía cantar y ya no volvieron más!

Ya hacía algunos días que Wetzel había oído cantar aquel pavo por la mañana, y aquel día decidió convencerse de su autenticidad. En el lado este del remanso de la colina había una cueva, a unos cincuenta metros sobre el río, la boca de la cual estaba disimulada por unos matojos y viñas salvajes. Wetzel la tenía muy conocida; atravesó la corriente, dio una gran vuelta, se situó encima de la entrada, escondiéndose entre unos arbustos y aguardó a que se dejara oír de nuevo el famoso pavo. No había esperado muchos minutos cuando a sus mismos pies oyó el conocido grito.

-Chec-ey-lec, chec-ey-lec, chec-ey-lec.

En aquel mismo instante, por la boca de la cueva asomaron la pulida cabeza y los hombros musculosos de un guerrero indio, quien dirigió una cautelosa mirada a su alrededor, repitió el canto y volvió a esconderse. Wetzel se acurrucó en su sitio y dejó que el salvaje repitiera su grito por lo menos. diez veces, a fin de cerciorarse de que se hallaba solo en la cueva. En cuanto se hubo convencido, así que el indio volvió a asomarse le descerrajó un tiro, y sin mirar el resultado (tanta era la seguridad que de su puntería tenía), se deslizó precipitadamente v entró en la cueva, en la entrada de la cual estaba echado boca abajo el corpulento piel roja, sosteniendo aún entre sus dedos la flauta de cuerno con que imitaba el canto que fue causa de su muerte.

-Un Hurón - murmuró Wetzel mientras le arrancaba la piel de la cabeza con su acerado cuchillo.

En la cueva existían claros indicios de que había sido ocupada durante varios días. Halló un hogar construído con piedras y pedazos de corteza de abedul, tan bien arreglados, que hacían imposible que del exterior de la cueva pudiera verse ni una rendija de luz. Las cenizas estaban todavía humeantes; un poco de maíz cocido quedaba encima de una piedra limpia, cerca de la pared, en donde colgaba de un clavo una bolsa de cuero con un pedazo de carne.

De pronto Wetzel se arrodilló y empezó a examinar las huellas que se observaban en el suelo arenoso de la caverna; midió la planta del pie del indio muerto; observó cuidadosamente las pisadas del mocasín y se arrastró hasta la boca de la cueva examinando detenidamente el musgo. De repente se puso en pie. Un cambio extraordinario se observaba en su rostro; su mirada tranquila había desaparecido para dar lugar a una expresión de fiera amenaza; sus labios eran ahora una línea recta de brutal expresión mientras una luz brillaba en sus ojos. Echó a andar despacio en dirección al río, parándose de vez en cuando para escuchar atentamente. Las mil voces raras de la selva no guardaban para él ningún secreto y le eran todavía más conocidas que las de los hombres.

Entonces se acordó de que al dar el rodeo por detrás de la colina, para situarse encima de la cueva, había oído en lontananza, hacia el castañar, el tiro de un rifle, del cual no había hecho ningún caso sabiendo que aquel sitio era el lugar preferido por sus compañeros para cazar ardillas. Ahora aquel disparo le parecía asaz significativo. De pronto abandonó el sendero y bajó precipitadamente por el despeñadero, atravesó el remanso y continuó corriendo por una senda escondida entre los sauces llorones que tan profusamente se criaban en aquella orilla. Corría con facilidad y velozmente, según su costumbre, de tal manera, que en pocos minutos había recorrido un par de millas. Al llegar al precipicio que señalaba el fin de la sierra, paró su veloz carrera y empezó a andar despacio a lo largo de la orilla. Muy pronto encontró las pisadas de los indios en el sitio por donde habían atravesado el río, sagazmente adivinado por él. Se veían claramente las huellas de varios mocasines en la arena mojada y en algunas de ellas se notaban perfectamente todavía los bordes de sus tacones redondos, y el agua turbia que en ellos había aún era, para sus ojos expertos, señal evidente de que los pieles rojas habían pasado por allí aquella misma mañana.

Las huellas remontaban la colina v se internaban muy pronto en la espesura del boscaje y el cazador las seguía con absoluta seguridad. Como una sombra se escurría por entre los árboles y arbustos, cautelosa y silenciosamente, hasta que, al penetrar de lleno en la Selva Negra, la maleza, los árboles caídos, los arroyos y los zarzales dificultaron su carrera. Ante aquellas defensas casi invencibles se paraba unos momentos para examinar los accidentes que le rodeaban y deducir rápidamente el camino probable que habrían seguido los pieles rojas, y entonces daba algún rodeo para evitar el mal camino. A veces aquellos rodeos se reducían a un centenar de metros; otras, en cambio, llegaban a algunas millas. Aquel conocimiento tan extraordinario de las costumbres de los indios al atravesar las selvas y que ningún hombre habría podido poseer sin dedicar su vida entera a la caza de los pieles rojas, era el detalle más importante que le hacía superior a los demás cazadores y tan temible a los indios.

Bajando una colina entró por una cañada en donde los árboles eran más claros y los arbustos llegaban sólo hasta sus rodillas. El suelo ennegrecido indicaba claramente que allí se había encendido fuego, y a la orilla de un murmurante arroyo Wetzel dio con unas huellas que le arrancaron una interjección: claras e inconfundibles se veían las pisadas de los mocasines de un blanco, y, en sentido contrario a las mismas, las de un piel roja. Algo más lejos, el musgo aplastado le indicó que un cuerpo pesado había caído allí; seguramente algún gamo, ya que a lo largo del camino, al lado del arroyo, había advertido las pisadas de este animal. Un poco más allá, una mancha de sangre rodeada de numerosas huellas de mocasines indios, las cuales, desde allí, se dirigían en línea recta hacia Occidente, indicando claramente que por algún motivo los pieles rojas habían cambiado repentinamente de dirección.

Aquel nuevo cambio llenó de confusión al cazador, quien se apoyó en el tronco de un árbol mientras meditaba las razones que habrían obligado a los pieles rojas a cambiar de dirección de aquella manera que él juzgaba inopinada. Las huellas que había seguido Wetzel durante aquel tiempo eran las de unos indios cazadores al acecho de su víctima, hombre o animal. Las huellas que seguían repentinamente hacia el Oeste emprendían una línea recta como el vuelo de un cuervo. Para una mirada inexperta se habría tratado solamente de las pisadas de un indio; Wetzel comprendió en seguida que todos habían andado, desde aquel momento, sobre las pisadas del jefe que debía ir a la cabeza, y según costumbre, decidió rápidamente lo que debía hacer. Calculó que la partida debía de ser de cuatro indios, descontando el que había matado en la cueva. Aquella partida habría matado o bien apresado al blanco que debía de estar cazando por aquellos alrededores. Wetzel pensó en la probabilidad de que algunos de los indios avanzaron a toda prisa mientras algunos de ellos se quedaban emboscados o bien se rezagaban un poco para vigilar si eran perseguidos.

Una hora de paciente espera, durante la cual no se movió de su posición, justificó su prudencia. De repente, por entre el boscaje, entrevió un bulto pardo que se movía detrás de unos árboles. ¿Era un pájaro o una ardilla? Pasaron algunos minutos durante los cuales Wetzel ni se movía ni respiraba. La sombra había desaparecido detrás de un árbol; fijó allí su mirada ardiente v de pronto vio como aquella sombra se deslizaba de detrás de aquel árbol para esconderse detrás de otro. Después, una... dos... tres formas oscuras siguieron a la primera. Eran guerreros indios, y se movían con tanta prisa que sólo los ojos de un hombre como Wetzel habrían podido descubrir sus movimientos desde tan larga distancia.

Probablemente la mayoría de los cazadores habrían dado media vuelta y hubieran aprovechado el tiempo en largarse; pero semejante idea ni por asomo se le ocurrió a Wetzel. Levantó despacio el gatillo de su rifle y esperó a que los indios salieran al descubierto para cerciorarse de que no sospechaban su presencia. Poco después, según su costumbre, los pieles rojas emprendían de nuevo su camino. Cuando el primer guerrero llegó a un gran roble, a unas doscientas yardas de distancia, el negro cañón del rifle de Wetzel se levantó poco a poco, casi imperceptiblemente, y cuando llegó al nivel justo, el salvaje que en aquel momento

se separaba del árbol, vaciló un instante y se desplomó al mismo tiempo que retumbaba en el aire el agudo sonido de un disparo.

Acto seguido, sabiendo Wetzel que su única salvación estaba en la rapidez de su huída, se levantó de un salto y profiriendo su grito peculiar arrancó en vertiginosa carrera. Los indios descargaron sus fusiles contra el fugitivo, pero fue en vano. Corría tan pronto a la derecha como a la izquierda, por entre los árboles, de tal modo, que la puntería se hacía del todo imposible. Con un espantoso griterío, los indios emprendieron su persecución blandiendo los tomahawks y confiando en darle alcance.

En sus primeros años de caza india, Wetzel se había perfeccionado en una práctica que le había salvado la vida innumerables veces al mismo tiempo que contribuía a aumentar su fama. Consistía en volver a cargar su rifle sin dejar de correr a toda velocidad. Su extraordinaria ligereza le .permitía conservar la distancia que había entre él y sus perseguidores hasta que su rifle volvía a estar cargado. En esta ocasión empleó también su táctica : siguió corriendo en línea desigual hasta que su fusil estuvo nuevamente a punto, en cuyo momento se volvió rápido contra el indio que estaba más cerca, el cual cavó muerto en redondo. Entre tanto, el indio que le seguía se había adelantado lo suficiente para arrojar su tomahawk, el cual pasó silbando por encima de la cabeza de Wetzel; pero él siguió corriendo y pronto su rifle estaba nuevamente a punto. Cada vez que se volvía, los pieles rojas trepaban rápidamente a los árboles para no ofrecer blanco a su arma infalible. Después de correr de esta suerte poco más de una milla, se volvió contra sus perseguidores. El indio que seguía primero se escondió detrás de un árbol, pero antes de que tuviera tiempo de guardarse del todo, fue también víctima del rifle de Wetzel. Debió de herirle de gravedad, ya que el otro piel roja que le seguía abandonó la caza y fue en su ayuda, desapareciendo pronto en el bosque los dos.

Cuando Wetzel vio que ya no era perseguido, dejó de correr y regresó tranquilamente al fuerte.

En aquel mismo día, pocas horas después de la salida de Wetzel a la caza del pavo, Alfred Clarke callejeaba por la colonia cuando, al pasar por delante de la casa del coronel Zane, encontró a éste cuidando diligentemente el contenido de una gran caldera de cobre que colgaba encina de un buen fuego de leña. La fragancia melosa de una conserva de manzanas se mezclaba con el olor picante del nogal quemado.

-¡Hola, Alfred! - saludó el coronel -. Ya ve cómo me hacen trabajar.

-Ya se ve - contestó Alfred sentándose en un montón de leña -. ¿Y se puede saber qué es lo que remueve con tanta energía en esa gran caldera?

-Conserva de manzanas, hijo mío, conserva de manzanas. Cuando la preparo no consiento a nadie, ni siquiera a Bessie, que me ayude.

-Señor coronel - continuó al cabo de un momento Alfred -, he venido para pedirle un favor. Desde que usted nos avisó de que intentaba mandar una expedición remontando el río, estoy inquieto por mi caballo Roger. Es demasiado ligero para servir de caballo de carga; y como no puedo llevar dos...

-Bueno; le dejaré llevar mi bayo, que es bastante grande v fuerte. Aquel negro suyo es muy hermoso. Lo que puede hacer, mientras está usted fuera, es dejarlo en mi cuadra. En el caso de que no vuelva... ¡tendré un caballo más! ¡Ja, ja, ja!... Pero oiga, Clarke, hablando en serio: esa expedición es una empresa muy peligrosa y si quiere quedarse en el fuerte...

-Se equivoca, mi coronel - interrumpió Alfred, que se había puesto colorado -. Yo nunca me he preocupado por mí; pero el caballo es otra cosa. Iré, mi coronel, por mala que sea de tomar la medicina.

-Muy bien, muchacho: ha de pensar siempre así en sus caballos. Haré que Sam cuide el suyo mejor que usted mismo.

-¿Qué clase de expedición es ésa, mi coronel? ¿Estaremos mucho tiempo fuera?

-Jonathan, que es el encargado de guiar la partida, dice que necesitará unas seis semanas si hace buen tiempo. Pasaréis por Short Creek, en donde ayudaréis a levantar un blocao; después al Fuerte Pítt; allí embarcaréis en una balsa con las provisiones que yo necesito y volveréis por el río. Pero de seguro oleréis la pólvora antes de llegar a casa.

-¿Y qué haremos de los caballos?

-Pues llevarlos con vosotros en la balsa, naturalmente.

-¡Nuevo manera de viajar con caballos! -exclamó Alfred, mirando inquieto la veloz corriente- ¿Y no habrá manera de recibir noticias del fuerte mientras dure la expedición?

-Sí; irán a vuestro encuentro algunos recaderos.

-Señor Clarke: si quiere usted ver a mis animales domesticados, ahora voy a darles la comida -interrumpió una voz que hizo volver rápidamente la cabeza a Alfred y ponerse en pie.

Era Betty, seguida de su perro, que llevaba el cesto en la boca.

-Me gustaría muchísimo verlos - contestó Alfred -. Pero ¿tiene usted otros animales además de Tige y de Madcap?

-¡Ya lo creo! Tengo un oso, seis ardillas, una de ellas blanca, y varios palomos.

Betty le acompañó a un recinto junto al pajar del coronel. Era un cuadro de unos veinte pies, cercado de retoños de pino clavados en el suelo. Mientras Betty apartaba el barro de la entrada y abría la puerta, unos palomos bajaron del tejado del pajar y alguno de ellos se posó en sus hombros. Un osezno salió en seguida de una perrera y se acercó perezosamente a ella dando evidentes muestras de alegría, pero evitando acercarse demasiado a Tige y mirando algo desconfiado al muchacho. Sin embargo, en cuanto Alfred le hubo acariciado la cabeza hablándole como a una persona, pareció dispuesto a su amistad; empezó a husmearle las rodillas v por fin se puso en pie con las patas apoyadas en los hombros del joven.

-¡Baja, César! ¿Oyes? ¡Baja en seguida! -gritó Betty -. Siempre tiene ganas de luchar; sobre todo con las personas que no le inspiran desconfianza. Es muy manso; yo creo que se lo haré hacer todo. De veras. Se maravillaría usted de su inteligencia. Jamás olvida una ofensa. Si alguien le engaña, le aseguro que no encontrará una segunda oportunidad de hacerlo. La noche que lo cazamos, Tige le persiguió hasta el pie de un árbol y Jonathan se encaramó a él y le apresó con el lazo. Pues bien, desde entonces siempre ha mostrado un odio terrible a Jonathan y si dejara a Tige solo con él de seguro que se armaría una gorda. Si no fuera por eso incluso se le podría dejar suelto por el recinto.

-Parece muy listo e inteligente- comentó Alfred.

-Lo es de verdad; pero algunas veces es algo malicioso. Un día me hizo morir de risa. ¿Sabe usted Bessie, mi cuñada? Pues tenía una gran caldera en el fuego, como la que ha visto usted hace un momento. Estaba hirviendo jarabe de sicómoro. Como Tige había salido con dos hombres, dejé un buen rato suelto a César. Si hay algo que a él le guste de veras es el azúcar de sicómoro. Así, pues, en cuanto lo olió derribó la caldera y se quemó el hocico con el jarabe hirviente. ¡Bueno! No puede usted imaginarse de qué modo aullaba. Pero lo más cómico fue que el pobre creyó que todo estaba hecho adrede y estuvo más de quince días enfadado conmigo.

-Señorita Betty, comprendo perfectamente su afición a los animales -dijo Alfred -. Hay muchas cosas interesantes en el carácter de las fieras. En Virginia, que es en donde yo vivía antes, hay, muy pocos animales, y no tuve nunca oportunidad de estudiarlos.

-¡He aquí mis ardillas! -dijo Betty abriendo la puerta de la jaula.

Al momento salieron varios animales de aquella especie. Unas saltaron al suelo; otra se encaramó encima de la jaula y una de ellas saltó al hombro de Betty.

-Todas las noches las encierro porque tengo miedo de que las zorras o las comadrejas me las apresen - continuó Betty -. La blanquita es el único ejemplar albino que se ha visto por

aquí. Jonathan estuvo más de quince días para fiarle caza; una vez apresada, en seguida se volvió mansa. ¿Verdad que es bonita?

-Muy bonita; nunca había visto ninguna blanca ni sabía que existiera un animal tan hermoso - contestó Alfred admirando el gracioso animalito que saltaba del anaquel al brazo de Betty y empezaba a tomarle la comida de la mano mientras le rodeaba el cuello con su gran cola blanca.

-Oiga -continuó Betty-, ¿ve usted esa ardilla grande, de color castaño? La llamo Capitán porque siempre quiere mandar a los demás. Tuve otra mayor que ésta que también quería mandarlo todo a su gusto, hasta que un día todas las otras grises se unieron, y si no llego a tiempo creo que la habrían despedazado. Pues bien: ésta empieza por el mismo camino. ¿No oye usted ese ruidito extraño? Pues lo hace Capitán con los dientes, porque está celoso de que acariciemos a la blanquita. Siempre hace lo mismo. Si no tuviera mucho cuidado, reñirían continuamente. Sin embargo, me extraña de veras que la blanca sea tan poco belicosa. O no puede pelear o es demasiado bien educada. Verá usted; enseñe esta nuez a Bola de nieve v escóndala en su bolsillo. Ya verá como se la encuentra en seguida.

Alfred hizo lo que Betty le decía, pero en lugar de dejar la nuez en el bolsillo se la guardó en la misma mano disimuladamente. La ardilla favorita saltó con extraordinaria ligereza al hombro de Alfred, se deslizó por su pecho atisbando todos sus bolsillos y llegando incluso a levantarle la gorra de la cabeza. Finalmente, bajó por el brazo de Alfred, husmeó la manga de su abrigo y acabó metiendo su helado hocico por entre sus dedos cerrados.

-¡Ah! ¿Ve usted? -exclamó Betty riendo con alegría-. Usted no ha jugado limpio; pero no le ha valido.

Pero Alfred no veía más que el cuadro que ofrecía Betty con su boina encarnada sobre aquellos cabellos tan negros y la sonrisa de entusiasmo que se dibujaba en sus labios cuando hablaba de sus animalitos. Un palomo blanco, de cola de milano, había volado a su hombro y picoteaba el pedacito de pan que ella tenía en sus labios; las ardillas se habían quedado todas sentadas con una nuez entre sus patitas, vigilando de reojo para evitar que ¡es fuera quitada nuevamente; César se había echado y, sin dejar de gruñir, iba comiendo su almuerzo mientras el perro miraba orgullosamente a todos los demás, como si supiera que a no ser por él, que había traído el cesto, se habrían quedado todos sin almuerzo.

-¿Le gustaría ir al río en canoa? -le preguntó Betty cuando venían del cercado.

-Ya lo creo. Isaac me ha llevado consigo algunas veces. Es una cosa que podría gustar muchísimo a una señorita, pero nunca he conocido ninguna que tenga afición a la pesca.

-¡Pues aquí tiene usted una! ¡Cuánto me gusta el viejo Isaac Walton! ¿Ha leído usted sus libros?

-Me avergüenza tener que decirle que no.

-¿Y usted se llama pescador? Vamos, pues; va le daré ocasión de divertirse y de enterarse un poco del «Recreo del hombre contemplativo». Ya le prestaré mis libros.

-Desde mi llegada a Fuerte Henry no he visto ni uno.

-Yo tengo una pequeña biblioteca muy buena y todos mis libros están a su disposición... Pero volvamos al asunto de la pesca. A mí es lo que más me divierte; pero casi siempre dejo escapar al pez. Algunas veces he logrado llevar a casa un «pez del sol» y lo he puesto en una tinaja para intentar domesticarlo, pero nunca lo he conseguido. ¡Hay tantas cosas que hacen interesante la pesca! La canoa resbalando veloz por la corriente, el aire libre, el cielo azul, los pájaros, los árboles, las flores de las riberas, son cosas que yo quiero tanto... Verá usted, venga, venga, que le enseñaré mi canoa.

Así iba charlando Betty mientras conducía a Alfred a través de la sala y de la cocina en casa del coronel Zane, hasta llegar al almacén. Era éste un departamento bajo de techo, atestado de un sinfín de cosas variadas. Cajas, barriles v diversos utensilios de la granja llenaban un rincón; fardos de cueros secos apilados tocando a la pared; pieles de nutria y de

zorra, tendidas; varios barriles de pólvora colocados en un estante, y de unas cuerdas atadas en las vigas del techo colgaba una esbelta canoa, magnífico ejemplar trabajado por los indios. Tenía unos catorce pies de largo y estaba hecha de corteza de abedul sujeta a un armazón de madera muy ligera. Su proa se encorvaba graciosamente hacia arriba y quedaba rematada por una cabeza de guerrero indio, mientras las bandas estaban decoradas con fantásticos dibujos del mismo estilo.

Sacaron la canoa afuera y Betty continuó

-Me la hizo el guía indio de mi hermano, que se llama Tonepomehala y es uno de los jefes de la tribu de los Shawnees. Mire usted el dibujo de la proa. ¿Ve usted esta saeta y este brazo? En el idioma indio significa «La carrera es ganada por el más veloz y más fuerte». Es la mar de ligera; fíjese. Yo misma puedo llevarla con facilidad.

Y así diciendo, la levantó del suelo sin el menor esfuerzo.

Después entró nuevamente en su casa y salió en seguida con dos cañas de pescar, un libro y una cesta.

-Estas cañas son de Jack, y hemos de tener mucho cuidado con ellas. Dice que las hizo del corazón de unos árboles de diez años.

Alfred las examinó con aire de persona entendida y las consideró excelentes.

-Se ve que están hechas por un virtuoso de la pesca. ¿Y qué vamos a emplear para cebo?

-Sam me ha traído gusanos esta mañana.

-¡Entonces ya tenía usted el propósito de salir de pesca! -exclamó sorprendido Alfred.

-Sí; y como he sabido que iba usted a visitarnos, se me ha ocurrido invitarle a que me hiciera compañía. -¡Ah! Es usted muy amable...

-Oigan, ¿adónde van los señoritos? -preguntó el coronel Zane interrumpiendo un momento su tarea.

-Vamos a pescar, bajo el sicómoro -contestó Betty.

-Pues mucho cuidado en quedarse a la orilla y no salir hacia el centro de la corriente.

-¡Vamos, eh! Cualquiera diría que el señor Clarke y yo somos un par de chiquillos -exclamó Betty.

-No eres tú gran cosa más; pero... ¡Nada! O se obedece o no se sale del fuerte -insistió el coronel Zane.

-Está bien, hermano; no olvidaremos tu consejo - dijo Betty con formalidad mirándole algo sorprendida.

El coronel no había hablado esta vez en broma como de costumbre y Betty se quedó algo desconcertada.

-Venga usted, señor Clarke; lleve usted la canoa v sígame por esta senda. Mucho cuidado en tropezar con alguna piedra o con alguna raíz y caer de narices...

-¿En dónde está Isaac? -preguntó Alfred levantando con facilidad la canoa y cargándosela en hombros.

-Hace poco más de una hora que ha salido hacia el castañar con el rifle.

Una marcha de pocos minutos por una vereda orillada
de sauces llorones les condujo al remanso del río, en donde la corriente se estrechaba hasta unos cincuenta pies de anchura y corría ruidosamente por un bajío lleno de piedras.

-¿No será arriesgado ir por allí? -preguntó Alfred fijándose en la velocidad de la corriente y en los muchos guijarros que asomaban su traidora cabeza fuera del agua.

-¡Claro que lo es! Precisamente eso es lo que más me gusta cuando voy en canoa- contestó Betty tranquilamente -. Si prefiere usted ir siguiendo a pie...

-¡Oh, no; de ningún modo! Iré aunque supiera que tenía que ahogarme; pero lo decía por usted.

-Si sabe usted manejar el canalete no hay que temer nada -dijo Betty sonriendo-. Eso, claro está, descontando que la pareja sepa colocarse bien en la canoa.

-Lo mejor sería que me dejara usted remar a mí -insistió Alfred- ¿En dónde ha aprendido usted a patronear una canoa?

-¡Vamos, señor Clarke, que usted tiene miedo! ¿No ve usted que yo he nacido a la orilla del río Potomac y he usado el canalete desde que tuve fuerza para levantarlo? Venga; ponga la canoa en el agua. No dejaremos la orilla hasta que lleguemos al remanso. Hay una pequeña catarata que me gusta mucho saltarla con la canoa.

Alfred sostuvo la embarcación con una mano mientras le ofrecía la otra para ayudarle; pero Betty saltó ligeramente a bordo sin necesidad de ayuda.

-Aguarde un momento -dijo Alfred -. Voy a coger algunos grillos y langostas.

-¡Dios mío, qué pescador! ¿Pero no sabe usted que ha habido helada?

-¡Toma, pues es verdad! - exclamó Alfred, avergonzado.

-Sin embargo, puede que todavía encuentre algunos debajo de aquellos troncos caídos-dijo Betty riendo alegremente ante el espectáculo que le ofrecía Alfred andando a gatas por el suelo e improvisando una trampa con su sombrero para dar caza a un pequeño insecto.

-Ahora- continuó Betty -suba usted a bordo con cuidado y, de paso, empuje un poco la canoa... ¡Ajajá! Ya estamos en marcha.

La pequeña embarcación resbalaba ligera por la corriente, al principio siguiendo la orilla como si se resistiera a entrar de lleno en el río; pero poco a poco fue internándose hasta que unos suaves golpes de canalete la situaron en medio de la corriente. Betty, apoyada sobre una rodilla, empleaba la boga india, consistente en remar sin sacar el canalete del agua.

-¡Qué agradable es esto! -exclamó Alfred echándose de espaldas a la proa y quedando de cara a ella-. i Qué más puede desearse l Esta corriente clara y tranquila, el aire tan fresco, la línea de las orillas dorada por las hojas coloradas del otoño, un guía que...

-¡Mire! -exclamó Betty-. Ahí está la catarata que debemos saltar.

Alfred se volvió al frente y vio que se acercaban con gran celeridad a dos piedras enormes que salían en medio de la corriente. Les separaban de ellas sólo unos cuantos metros y, a su alrededor, asomaban una infinidad de pequeños arrecifes, por entre los cuales se precipitaba el agua espumante.

-¡Por favor, no se mueva usted! -gritó Betty con los ojos radiantes de excitación.

La verdad es que la situación era demasiado original para que Alfred pudiera hacer otra cosa más que alegrarse. Él pensaba para sus adentros que de seguro pescaría un remojón; pero al ver la cara sonriente y resuelta de Betty y la seguridad y fuerza con que gobernaba la embarcación, se tranquilizó. En realidad la catarata no era de gran importancia, pues sólo tenía una altura de unos cuantos pies; pero el agua corría allí como en el canal de un molino, y Alfred sabía que si chocaban con alguna roca, el golpe sería desastroso. Unos veinte pies antes de llegar a la ola de espuma que indicaba la catarata, Betty dio un fuerte golpe de revés con el canalete; un golpe tan violento que incluso refrenó por un instante la canoa a pesar de la velocidad de la corriente; luego, con otro golpe más suave, en sentido contrario, por debajo de la popa, enderezó la embarcación, la cual emprendió recto el camino entre las dos piedras. Mientras Betty levantaba el canalete y lo dejaba dentro de la canoa, la proa se hundía en el vacío con aquel excitante movimiento que tanto gusta a los aficionados, v eran proyectados por la lisa pendiente contra una nube de blanca espuma, en la cual se perdían por unos momentos, para quedar, al cabo de un instante, flotando en la más tranquila y cristalina laguna.

-¿Le ha gustado? -preguntó Betty con una chispa de triunfante orgullo en los ojos.

-Señorita Zane, ¡mucho más que gustarme! Le pido mil perdones por mi desconfianza; la destreza de usted es extraordinaria. Sólo quisiera, para el viaje por el río de

mi vida, que unos ojos y una mano tan seguros como los de usted me guiaran por entre los escollos y rápidos peligrosos...

-¡Qué poético está usted! -exclamó Betty riendo y sonrojándose a la vez-. Pero tiene usted razón por lo que respecta al guía. Jonathan siempre dice: «Procúrese un buen guían. Y como guiar es su trabajo, bien tiene motivo para saberlo. Pero eso no tiene nada que ver con la pesca y he aquí mi lugar favorito, a la sombra de aquel sicómoro.

Y con un fuerte golpe de canalete llevó la canoa al lado de una roca de debajo del frondoso árbol que extendía sus largas ramas por encima de la corriente y sumía aquella laguna en una agradable media luz. Su tronco nudoso y lleno de cicatrices indicaba claramente haber vigilado aquel solitario lugar durante muchos siglos; sus ramas altas, que se estiraban hacia el cielo, estaban muertas y semejaban los secos y descarnados palos de un buque azotado por la tempestad. En cambio, sus ramas bajas, cubiertas de exuberante follaje, eran blanquísimas y con pedazos de corteza que al desprenderse se enrollaban como el viejo pergamino. Debajo del árbol, el suelo estaba tapizado de sedoso musgo con matas de helechos esparcidas aquí v allá, y del corazón de la roca que colgaba en la orilla brotaba una fuente murmurante de agua límpida como el cristal.

Alfred aparejó las cañas v, poniendo un gusano en el anzuelo, enseñó a Betty a echarlo lejos y dejar que el flotador quedara fijo en el remolino. Betty siguió sus instrucciones y apenas hubo llegado el sedal al sitio indicado, en donde bullía la espuma blanca, una ligera picada le hizo exhalar un gritó mientras se levantaba en pie encima de la canoa, sosteniendo fuertemente la caña.

-¡Cuidado! -exclamó Alfred-. Siéntese usted; si no, hará volcar la canoa. Sostenga firme la caña v el sedal tendido... Eso es. Ahora acérquelo poco a poco hacia mí... Así.

Y empuñando el sedal, sacó una hermosa perca.

-¡Oh, cómo me exalto siempre! -gritó Betty casi sin aliento -. Es una cosa que no puedo evitar. Jonathan nunca quiere llevarme a pescar por eso. ¡Déjemelo ver! Es un «ojiabierto». ¡Qué bonito! ¿Verdad? ¡Fíjese, fíjese cómo guiña los ojos! -Y levantando cautelosamente el pez por la cola, lo dejó caer nuevamente en el agua diciéndole -: Y ahora, señor Ojiabierto, si es usted listo, guárdese de los gusanos tentadores.

Durante una hora tuvieron una pesca magnífica, ya que en la laguna abundaban en gran manera los «peces del sol», y apenas el gusano tocaba en el agua, una nube de peces anaranjados se precipitaban encima. De vez en cuando, un enorme pez negro se lanzaba por entre los demás), les robaba el bocado, o bien un sollo de agudo hocico y ojos de fuego (el buitre de las aguas) subía hasta la superficie, soberbio en su indiferencia, nadaba perezosamente como para tratar de descubrir el motivo de todo aquel tumulto entre los peces y luego, de un bocado, se llevaba el cebo del anzuelo.

De pronto, algo se cogió al anzuelo de Betty y huyó hacia el centro de la laguna; ella tiró fuertemente y la caña se dobló hasta sumergir su nunca en el agua.

-¡Levante la caña! -gritó Alfred-. ¡Démela en seguida!

Pero ya era demasiado tarde. Un tremendo tirón del pez hizo balancear la canoa y un instante después el sedal flotaba roto en el agua.

-¡Qué lástima! ¿Verdad? -exclamó Betty-. ¡Me ha roto el sedal! ¡Dios mío! Yo en mi vida había sentido un tirón tan fuerte... ¿Qué haremos ahora?

-Pues dar gracias de que no la haya hecho caer al agua. Desde que hemos empezado a pescar tengo miedo de eso, porque usted se mueve en la canoa lo mismo que si estuviera en tierra. A ver, déjeme remar hasta aquel escarceo y probaremos suerte allí. Después, lo dejaremos ya porque veo que usted empieza a estar cansada.

Cerca del centro de la laguna, una roca que salía a flor de agua frenaba la corriente y causaba un pequeño remolido en el cual había visto Alfred desaparecer varias veces la sombra parda de un pez de grandes dimensiones al mismo tiempo que una bandada de otros

más pequeños huían vertiginosamente. Cuando su anzuelo, con un pequeño pescado en lugar de gusano, cayó al agua, salió de su oscura madriguera un bulto largo y amarillento. Alfred sintió una picada fuerte como un golpe corto de canalete; el pez del anzuelo desapareció y la vigorosa cola de un pez enorme batió por un instante la superficie de las aguas. Alfred dio un fuerte tirón, y cuando el pez aleteó en el aire sacudiéndose convulsivamente para librarse del anzuelo, pareció que todas las aguas de la laguna entraban en ebullición. Al caer nuevamente en el agua empezó a nadar vertiginosamente de un lado a otro, ya hacia la corriente veloz, va debajo de la canoa, hacia la catarata o contra las piedras; pero no había remedio. Alfred iba acortando poco a poco el sedal y los tirones del pez eran cada vez más débiles, hasta que, finalmente, en un esfuerzo magnífico, lo levantó en el aire y quedó rendido boqueando al lado de la canoa.

-¿Tiene usted miedo de tocarlo? -preguntó Alfred.

-¡De ninguna manera! -replicó Betty.

-Pues siga el sedal con la mano hasta cogerlo por las agallas y levántelo con cuidado dentro de la canoa. Lo menos pesa cinco libras - dijo Alfred cuando lo vio dentro de la canoa -. Es el más grande que yo he pescado de los de su clase. ¡Qué lástima, sacar de su elemento a un animal tan hermoso!

-¿Lo soltamos otra vez? - exclamó Betty.

-¡No, no! Usted ha dejado que se le escaparan todos, incluso el sollo, que yo habría condenado irremisiblemente. Éste lo guardaremos vivo y lo pondremos en el estanque del patio del fuerte.

-Me gusta ver jugar así a un pez prisionero -dijo Betty -. Jonathan los saca siempre en seguida fuera del agua; usted, en cambio, lo ha dejado correr un rato y después lo ha frenado. Primero le dio hilo para que pudiera correr en todos sentidos y de seguro debía sentirse nuevamente libre cuando usted lo ha sacado del agua.

-Señorita Betty, está usted manifestando unas aficiones que siempre han sido, son y serán muy del gusto del bello sexo... - contestó sonriendo lacónicamente Alfred mientras arrollaba el sedal en su carrete.

-¿Quiere usted explicarse? -preguntó ella sonriendo desorientada.

Alfred estaba a, punto de contestarle entre carcajadas cuando en la cercana colina sonó el disparo de un rifle, al cual contestaron los ecos de las colinas hasta perderse en el valle.

-¿Qué será eso? -preguntó Alfred algo inquieto, acordándose del extraño aviso que el coronel Zane les diera al salir del fuerte.

-No estoy muy segura, pero me parece que mi pavo debe de haber caído, a no ser que a Lew Wetzel se le haya ocurrido fallar el tiro-contestó riendo Betty-; y eso es una cosa tan extraordinaria que apenas puede imaginarse. Los pavos andan muy escasos esta temporada y Jonathan dice que es porque las zorras y los lobos se han comido las polladas. Ya hace algunos días que Lew le oía cantar, y esta mañana, cuando el niño Harry Bennet salía con el rifle para ir en su busca, Lew le ha hecho volver a casa y ha ido él en persona a la caza de ese señor cantarín.

-¿Nada más que eso? ¡Ah! Entonces no hay por qué inquietarse; de momento he tenido un susto, o, mejor dicho, no sé qué presentimiento me ha asaltado...

Vararon la canoa y> dispusieron la merienda a la sombra del sicómoro, al lado de la fuente. Alfred se echó sobre la hierba y Betty se sentó de espaldas al tronco; tomó un bizcocho con una mano, un pedazo de escabeche con la otra y empezó a charlar con Alfred de su vida de colegio, de Filadelfia v de las muchas amistades que allí tenía; pero al fin, advirtiendo la distracción de su compañero, exclamó

-¡Bueno! Ya veo que no me escucha usted.

-¡Ah, perdóneme! Sin querer, mi pensamiento ha empezado a divagar. En este momento estaba pensando en mi madre. En usted hay algo que me la recuerda. No sé bien lo que será; quizá sea el gesto de encoger los labios cuando duda o cuando se queda pensativa...

-A ver; cuénteme algo de ella - dijo Betty al observar el cambio de la expresión de Alfred.

-Mi madre era hermosísima y tan buena como hermosa. Yo nunca tuve que inquietarme por nada hasta que murió mi padre. Después ella volvió a casarse y, como mi padrastro no me gustaba, me marché de casa. En cuatro años no he vuelto a Virginia.

-¿Y siente mucha nostalgia?

-Mucha. Mientras estuve en Fuerte Pitt, pasé algunas crisis de tristeza que me duraron días enteros. Aquí he pasado una temporada bastante distraída; pero me temo que vuelva de nuevo mi desasosiego. Puedo hablarle con entera franqueza porque sé que usted puede comprenderme y estoy seguro de su simpatía. Mi padre me mandó al seminario de Princetown, en donde, durante dos años, intenté seguir la carrera eclesiástica. Al morir mi padre tuve que regresar a casa para cuidar de todo; pero al volver a casarse mi madre todo cambió para mí. Me marché de casa y después he sido siempre un vagabundo. No me siento de ninguna manera perezoso y no le tengo ningún miedo al trabajo; pero se han amontonado cuatro años sobre mí y no tengo nada hecho con lo que pueda demostrar lo contrario. Estoy desalentado y puede que no tenga motivo de estarlo; pero ¿cómo evitar eso? No tengo ni el estoicismo del cazador Wetzel ni la filosofía de su hermano; aunque no puedo contentarme con sentarme en el umbral de mi casa fumando tranquilamente mi pipa mientras veo crecer el trigo y el maíz, y, a pesar de que me atrae v me fascina esta vida de la frontera, tan rodeada de peligros de todas clases, me espanta el temor de caer víctima de la bala o de la lanza de un indio y quedar enterrado en una sepultura anónima.

Un prolongado silencio siguió a las palabras de Alfred. Éste había hablado quedo y con un dejo de amargura que había entristecido a Betty al ver por vez primera una sombra dé pena en sus ojos. Ella miró a lo lejos sin ver el valle, ni las colinas morenas v doradas, duramente recortadas en el cielo azul, ni la belleza del río, iluminado por los tenues rayos del sol poniente. Las palabras de su compañero habían hecho vibrar una cuerda hasta entonces desconocida de su corazón; y cuando el fin se volvió para contestarle, en sus ojos profundos brilló radiante aquella luz que no fulgura ni en la tierra ni en el mar: la luz femenina de la esperanza.

-Señor Clarke - le dijo dulcemente en voz baja -, no soy, más que una chiquilla, pero le comprendo; usted es desgraciado; pruebe a reaccionar. ¿Quién sabe todavía lo que puede ocurrir en esta pequeña colonia? Lo mismo puede verse arrasada por los salvajes, que crecer v convertirse en una ciudad poderosa; hay que correr el riesgo, lo mismo usted que todos nosotros; y ya que usted está aquí, acepte su trabajo, hágalo de buena gana, honradamente, y deje que el porvenir corra su camino. Y ahora...

no se ofenda), permítame que le dé un consejo: guárdese de la holgazanería y de beber demasiado. Son dos peligros tan grandes o peores que los indios.

-Señorita Zane, si usted me pide que no beba nunca más, le juro que ni una sola gota volverá a tocar mis labios -contestó solemnemente Alfred.

-No, yo no le pido eso -contestó Betty sonrojándose ligeramente-. Pero me acordaré de su promesa y quizás algún día se lo pida.

Alfred contemplaba admirado a aquella muchachita que tenía a su lado. Había pasado la mayor parte de su vida entre gente educada e instruida; había vivido unos años en los bosques, y, a pesar de su experiencia, tuvo que reconocer que aquella joven era para él una revelación. Ella podía montar a caballo como un piel roja y tirar con el rifle de un cazador; había oído decir que podía correr tan rápida como sus hermanos; no tenía miedo de nada y buena prueba le había dado, hacía pocas horas, de su valor; era alegre, inteligente, seria y

honrada; dotada de todas aquellas suaves gracias tan exquisitas de sus hermano y aquella delicada finura femenina, más adorada de los hombres que cualquiera otra virtud.

-¿Conoció usted al señor Miller en el Fuerte Pitt, antes de venir aquí? -le preguntó Betty.

-¿Por qué me pregunta usted eso?

-Porque me parece que me habló de usted alguna vez.

-¿Y qué le dijo?

-¡Ah, señor Clarke! Apenas me acuerdo.

-Ya comprendo - contestó Alfred poniéndose sombrío -. Aunque le haya hablado de mí, no me importa lo que haya podido decirle. Nos conocimos en Fuerte Pitt y nos disgustamos; pero estoy seguro de que de este asunto no habrá dicho ni una palabra, ya que su papel no fue muy brillante; pero vale más dejarlo. Yo no soy soplón.

-No es difícil adivinar que no le es simpático. A Jonathan tampoco le gusta; dice que el señor Miller era muy amigo de Mac-Kee y del celebre Simón Girty, los desertores de Fuerte Pitt que se ¡untaron con los indios. Sin embargo, las chicas lo encuentran simpático.

-A las mujeres, en general, les basta con que un hombre sea guapo y agradable. Por cierto que me fijé en que
estuvo muy atento con usted en el baile; bailó tres veces con usted.

-¿De veras? ¡Qué buen observador es usted! -dijo Betty mirándole de soslayo- Bueno, pues es muy agradable y baila mejor que muchos jóvenes.

-Me pregunto si Wetzel habrá matado el pavo. No se ha oído ningún otro tiro-dijo Alfred indicando claramente que quería cambiar de tema.

-¡Oh, mire, mire allí! -exclamó Betty señalando hacia la colina.

Alfred miró; en la dirección indicada y vio un gamo hembra seguida de un pequeño cervato manchado, vadeando la corriente sombría. La madre se quedó quieta un momento con la cabeza levantada y las orejas estiradas; después bajó graciosamente la cabeza y empezó a beber con avidez en el agua fresca, mientras el cervato chapoteaba alegremente a su lado, o bien entraba unos pasos en la corriente como para ver si la madre lo aprobaba; ésta dejaba de beber y llamaba al pequeño a su lado con un ligero berrido como una caricia. De pronto el gamo levantó la cabeza, como si oliera el aire; con las orejas levantadas, fue penetrando hacia la corriente y dio la vuelta a una roca que asomaba en la superficie; después se volvió y llamó al pequeño. Este, a su vez, empezó a vadear la corriente v, cuando el agua le llegó a las rodillas, dio unos balidos lastimeros; pero animado por la llamada cariñosa de la madre, se sumergió en el agua profunda y atravesó nadando la corta distancia que de ella le separaba. Cuando llegó a la otra orilla, sus débiles patitas temblaban de cansancio o de miedo; se juntó a la madre y ambos desaparecieron entre los sauces que bordeaban el pie de la colina.

-¡Qué preciosidad el pequeño! ¿Verdad?-dijo Betty-. Alguna vez he tenido algún cervatillo, pero nunca he tenido corazón para retenerle.

Y como viera que Alfred continuaba sin decir nada, exclamó

-¡Qué callado se ha quedado usted!

-No tengo nada que decir. Usted me encontrará seguramente tonto; pero el hecho es que cuanto más profundamente siento, tanto menos capaz soy de expresarme.

-Voy a leerle algo - dijo Betty cogiendo el libro

El se echó sobre el césped y se quedó ensimismado
contemplando los árboles multicolores que bordeaban la colina lejana o la abrupta roca de Mac-Colloch, cuya ladera imponente se abalanzaba amenazadora. Un águala de pecho plateado volaba majestuosamente dando vueltas y más vueltas en el cielo azul, altísima sobre las altas rocas, v Alfred se preguntaba qué extraño poder sostenía a aquel pájaro solitario en los aires sin que sus anchas alas hicieran el más mínimo movimiento y envidiaba al rey de las

aves su reino, aquel espacio sin límites, aquella vista inmensa, aquella libertad tan absoluta. El águila, mientras tanto, iba dando vueltas y más vueltas, remontando cada vez más su vuelo, describiendo los más perfectos círculos, hasta que por fin se paró un momento balanceándose como si tratara de detenerse en el altísimo peñasco solitario y, de repente, se lanzó vertiginosamente abajo con la velocidad de una saeta.

La voz melodiosa de Betty, el agua que caía rumorosa en la catarata, las grandes hojas amarillas cayendo sobre el espejo de la laguna, la brisa suave meciendo los racimos colgantes de los dorados parrales; todo llegaba suavemente a los oídos de Alfred mientras yacía allí con los ojos medio cerrados; y el tiempo pasaba veloz, tal como acostumbra ocurrir en semejantes ocasiones.

-Temo que el espíritu melancólico de la jornada haya prevalecido en usted - dijo Betty algo pensativa -. Ni se ha enterado usted de que dejaba de leer ni ha oído usted mi poema favorito. He intentado hacerle pasar una tarde agradable... ¡y he fracasado!

-¡Oh, no! -exclamó Alfred mirándola ardientemente con una llamarada azul en los ojos -. He pasado una tarde magnífica, pero he olvidado mi papel y he dejado que viera usted mi verdadero yo, que tanto he cuidado de disimular ante los demás.

-¿Y siempre que se muestra sincero está usted triste?

-No siempre; pero a menudo estoy triste. ¿Lo encuentra usted raro? ¿Acaso no es triste toda la Naturaleza? ¡Atienda! ¿Oye usted el canto de la oropéndola? Interrumpe la quietud del lugar con su tristeza; la brisa murmura lúgubremente; este día moribundo del estío indiano derrama sombras de tristeza por todas partes... ¡Incluso la vida es triste!

-¡Oh, no! La vida es hermosa.

-¡Es usted una niña! -dijo Alfred con un ligero estremecimiento en su voz queda-. Le deseo que siempre se conservé usted así: su corazón, por lo menos.

-Ya es tarde; tendremos que irnos. Ya empieza a anochecer.

-¿Sabe usted que mañana me marcho? ¡Y de buena gana no me iría 1 Quizás es eso lo que ha hecho que estuviera tan tonto esta tarde. No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que no he de volver.

-Lo siento que tenga que marcharse.

-¿Lo dice usted de veras? - preguntó Alfred inclinándose hacia ella -. No sé si sabe usted que esa expedición es muy peligrosa... ¿Le importaría a usted que yo no volviera más?

La mirada de Betty se cruzó con la de Alfred. Ella levantó la cabeza arrogantemente como si quisiera preguntar con qué derecho le hablaba así; pero, cuando vio la expresión de los ojos de su compañero, su vista vaciló un instante y se bajó al suelo mientras el rubor mas encendido abrasaba sus mejillas.

-Sí; lo sentiría mucho - murmuró en voz baja.

Y rehaciéndose al cabo de un momento, continuó

-Tendremos que llevar la canoa a cuestas hasta encima
de la catarata. Desde allí ya podremos remar otra vez hasta el sendero.

Remontaron silenciosamente el río y el camino, y, al llegar al poblado, al volver la esquina, vieron al coronel Zane en pie a la puerta de su casa hablando con Wetzel. En seguida advirtieron que el coronel estaba pálido y el rostro del cazador aparecía sombrío y taciturno.

-¿Has matado mi pavo, Lew? -preguntó Betty después de un momento de indecisión, mientras un miedo horrible asaltaba su pecho.

Por toda contestación, Wetzel levantó un poco el faldón • de su chaqueta y mostró un penacho de cabello negro que colgaba de su cinto. Betty adivinó que se trataba de la piel del cráneo de un indio, y cogiendo al cazador por el brazo, palideciendo, le preguntó ansiosamente

-¿Qué quieres decir, Lew? Eso es la cabellera de un indio... Lew, pareces muy excitado... Dime, ¿es que hemos corrido algún peligro saliendo con la canoa?

-Betty - dijo el coronel con voz lúgubre -, los indios han apresado otra vez a Isaac.

-¡Oh, no, no, no! -exclamó Betty en un doloroso grito, retorciéndose las manos. Y exaltándose, continuó-: Pero bien se puede hacer algo... ¡Oh, Lew, señor Clarke, tienen ustedes que seguirles! ¿No podrán salvarle? Todavía no habrán tenido tiempo de alejarse mucho...

-Isaac salió esta mañana hacia el castañar - continuó el coronel pausadamente -. Si no se hubiera alejado de allí no le habría ocurrido nada; pero se internó Selva Negra adentro y 1 he aquí el resultado! El canto del pavo que oíamos al otro lado del remanso lo hacía un indio Wyandot escondido en la cueva. Lewis me dice que han estado acampados durante muchos días en su interior una partida de pieles rojas. Ha matado al que imitaba el canto del pavo y ha seguido a los otros hasta encontrar el lugar en donde debieron hallar las huellas de Isaac...

Betty se volvió hacia el joven, y con los ojos anegados en lágrimas, con voz suplicante imploró nuevamente que salvaran a su hermano.

-Estoy dispuesto a seguirle - dijo Clarke a Wetzel.

El cazador negó con la cabeza, pero no contestó ni una palabra.

-¡Es aquella odiosa « Grulla Blanca»! - exclamó Betty desesperada mientras la esposa del coronel se la llevaba llorando dentro de la casa.

-¿Ha disparado usted más de una vez? -preguntó Alfred.

El cazador asintió mientras una sardónica sonrisa alteraba sus austeras facciones. Él nunca hablaba de sus hechos; por esta causa muchas de sus emocionantes aventuras han quedado para siempre ignoradas.

Aquella noche, la cena en casa del coronel Zane transcurrió en el más profundo silencio y faltó en absoluto la acostumbrada animación del coronel, sus bromas con Betty y su alegre conversación. Betty se sentó por unos momentos a la mesa, pero al fin se levantó y salió del comedor diciendo que no tenía ganas de comer. Jonathan, al enterarse de la nueva desaparición de su hermano, no dijo una palabra y se retiró en medio del silencio más sombrío. Silas fue el único de la familia que no se puso triste del todo; dijo que algo peor habría podido ocurrirle, que había que aceptar las cosas tal como se presentaban y que lo mejor que podía hacer Isaac era casarse pronto con la princesa india para seguridad de su pellejo y bienestar de todos.

-Me acuerdo perfectamente de Myeerah - decía tranquilamente- Ahora hace ocho años no era más que una chiquilla; pero era soberbia v arrogante... ¡La más guapa chica que he visto en mi vida!

Alfred Clarke se quedó hasta muy tarde en casa del coronel Zane aquella noche. Antes de ausentarse por tanto tiempo quiso todavía pasar unos momentos más a solas con Betty; pero la oportunidad no se presentó hasta que se hubo despedido de todos, cuando Betty le acompañó hasta la puerta. fue entonces cuando le dijo en voz baja.

-Mire qué luna más espléndida hace; ¿quiere acompañarme usted hasta el rastrillo?

La luna brillaba sobre la colina y anegaba con su radiante luz blanca los valles y las montañas, arrancando un sin fin de centelleantes estrellas al reverberar sobre la inquieta corriente del río, cuya cinta plateada serpenteaba por la llanura hasta perderse en las oscuras lejanías.

-Tengo que despedirme de usted-dijo Alfred al llegar al rastrillo.

-Los amigos tienen que separarse; siento mucho que se marche usted, pero estoy segura de que volverá sano v salvo -contestó la muchacha-. Parece que fue ayer cuando salvó usted la vida de mi hermano, ¡tan contenta y agradecida como estaba! ¡Ahora todo se ha perdido!

-Señorita Zane: usted no tiene que entristecerse tanto por eso-dijo Alfred cariñosamente-. La tristeza no le devolverá a su hermano ni le mejorará. Al fin y al cabo, peor

habría sido que hubiese caído en poder de otra tribu. Wetzel asegura que Isaac ha sido apresado vivo... ¡Por favor, no se entristezca así!

-He llorado tanto que ya no puedo más. ¡Es tan triste para mí l Hemos estado siempre juntos cuando niños y le he querido siempre más que a nadie desde que murió mi madre. ¡Recobrarle y volver a perderle! ¡Oh, no puedo conformarme!

Y escondió la cara entre sus manos mientras trataba de ahogar unos sollozos.

-¡Pero no se desespere usted así! -exclamó Alfred con voz trémula tomando sus pequeñas manos entre las suyas, que le retiraba de la cara.

Betty temblaba. Había algo en la voz del muchacho que antes no había advertido y se asustó. Le miró ignorando
todavía que Alfred retenía sus manos entre las suyas nunca estuvo tan hermosa como en aquel instante.

-¡Usted no puede comprender mi desesperación!

-Quise mucho a mi madre...

-Pero usted no la ha perdido y en eso está la diferencia.

-Amiga Betty, quisiera consolarla... i y me veo incapaz! Yo quisiera decirle lo que... lo que yo...

Y se quedo callado. Mirando aquel hermoso rostro vinieron a sus labios mil palabras ardientes y apasionadas; pero enmudeció y no pudo articular ni una. Había pasado todo aquel día en un sueño y ahora se daba cuenta de que solo le quedaban unos instantes de estar junto a aquella niña a quien tanto adoraba, de la cual tenía que separarse y a la que quizá no volvería a ver más, o, si volvía, quién sabe si estaría ya prometida a algún otro; y una agudísima pena despedazó su corazón.

-¡Pero... usted... está apretando mis manos! -tartamudeó Betty con voz entrecortada, mirando su cara pálida por la emoción retenida.

Alfred estuvo de veras loco y lo olvidó todo. En aquel momento, el mundo para él no contenía nada más que aquel hermoso rostro y aquellos ojos negros, de la mirada profunda, fijos en los suyos y que a la luz pálida de la luna brillaban con un resplandor suave. Era una mirada dulce, llena de pena y de inocente tristeza, que le atraía de una manera irresistible, v sin darse cuenta de lo que hacía, cedió a su impulso; se inclinó y besó aquellos labios tré-mulos.

- ¡Oh! -exclamó Betty quedándose quieta como una estatua y mirándole sorprendida con los ojos desmesuradamente abiertos.

Y en el mismo instante, al recobrar su dominio, arrancó violentamente sus manos de entre las suyas, mientras una llamarada de rubor encendía su cara. y le dio un bofetón.

-¡Por Dios, Betty; yo no quise hacer eso! ¡Espérese un momento! Tengo que decirle una cosa... ¡Por amor de Dios, déjeme explicar! - suplico Alfred precipitada-mente, siguiéndola, cuando la enormidad de su ofensa apareció en su conciencia; pero Betty, sorda a su voz suplicante, corrió a su casa y le dio con la puerta en las narices. Él la llamo repetidamente, pero fue en vano; ni la puerta se abrió de nuevo, ni obtuvo contestación alguna. Se quedó quieto un rato tratando de ordenar sus pensamientos y de encontrar el medio de rectificar su mal paso; y cuando se dio cuenta de la verdadera importancia de lo que había hecho, se desesperó. ¡ Qué loco había estado! Dentro de pocas horas tenía que emprender un viaje peligroso y dejar a la niña que adoraba ignorante de sus verdaderas intenciones. ¿Quién podría decirle que él la amaba locamente? ¿Quién iba a decirle que todo su corazón y su alma entera habían ido en aquel beso?

Con la cabeza colgando sobre el pecho empezó a andar lentamente hacia el fuerte. ¡Poco podía pensar que una jovencita estaba mirándole por las rendijas de su ventana, con las manos prietas sobre el pecho, tratando de apaciguar su corazón que latía locamente, hasta verle desaparecer en la sombra del blocao!

Alfred estuvo paseando por su cuarto durante las cuatro horas restantes de aquella noche extraordinaria; hasta que los albores levantinos, las voces toscas de los hombres y el impaciente piafar de los caballos le anuncio que la hora de la partida había llegado. Se sentó a su mesa y a la luz de una tea escribió una apresurada carta a Betty, mientras una leve esperanza reanimaba su corazón al pensar que quizá podría mejorar su situación con aquellas líneas. De seguro encontraría a alguien levantado a quien poder entregar la carta, y en caso contrario, iría y la dejaría debajo de la puerta de la casa del coronel Zane.

Y en las sombras de la madrugada, Alfred salió con aquella cuadrilla de gente armada hasta los dientes, todos severos y silenciosos, con el pensamiento del hombre que conoce la posibilidad de que no vuelva más; y pronto la colonia desapareció detrás de ellos entre las sombras rezagadas de la noche.

V

En aquellos últimos días, durante los cuales la helada había abierto las nueces del nogal y éstas eran recogidas activamente por las ardillas que preparaban ya sus provisiones para el invierno, Isaac había salido, como de costumbre con su rifle al hombro. había remontado la colina y pasado la mañana en aquellos bosques. En aquella fría mañana de otoño se disponía a hacer lo mismo cuando el coronel Zane, su hermano, le hizo retroceder un momento para recomendarle que no se alejara demasiado de la colonia. Aquella amonestación, aunque bondadosa y fraternal, molestó a Isaac. Como todos los Zane, sentía éste una manifiesta inclinación a la soledad de los bosques, de tal manera, que en muchas ocasiones nada podía satisfacerle tanto como su calma profunda; cosa que le ocurría aquel día. Valiente hasta la temeridad y atrevido hasta la imprudencia, Isaac hizo caso omiso de la recomendación del coronel y del sereno juicio de Jonathan. Impaciente por las restricciones a que le tenían sujeto, de carácter independiente y (debe reconocerse) inclinado a hacer lo que le parecía y no lo que debía, se parecía más a Betty que a ninguno de los otros hermanos. Se tenía por hombre acostumbrado a los bosques y por cazador experto y, por lo tanto, sintiéndose seguro de su capacidad para cuidar de sí mismo, decidió internarse en la espesura.

Aquella resolución fue instigada por el hecho de que él no podía dar crédito a lo que el coronel y Jonathan le habían dicho sobre la probabilidad de que algunos guerreros Wyandots estuvieran merodeando por los alrededores, al acecho de la primera ocasión que se les presentara para matarle o bien para capturarle nuevamente, de lo que no tenía ningún miedo.

En cuanto hubo llegado a la sombra de los frondosos árboles del bosque, su mal humor se disipó como por encanto, y olvidándose de todo, excepto de la felicidad de verse rodeado de robles silenciosos, se internó más y más en aquellas selvas. El roce de una rama contra un árbol, el chasquido de una nuez que caía, la carrera veloz de una ardilla, la vista de una cola hirsuta desapareciendo entre los matojos... todas aquellas cosas que indicaban el constante trabajo de pequeños sujetos grises y que tantas veces le habían dado motivo para detenerse un rato a descansar, ahora parecía que todavía excitaban su deseo de internarse más y más. De vez en cuando se paraba un instante para examinar los tiernos retoños que crecían al pie de un sasafrás o las huellas que descubría en la arena húmeda de la orilla de un arroyo, pero en seguida reemprendía su marcha.

Al cabo de dos horas llegó a la orilla de un arroyo poco profundo, cuyas murmurantes aguas se deslazaban suaves sobre las piedras cubiertas de verde musgo. El bosque era allí espesísimo; los corpulentos robles y los altos álamos sobrepasaban la cima de las hayas; los parrales silvestres se enroscaban en los viejos troncos como serpientes gigantescas hasta

llegar a las ramas superiores, con las cuales formaban un espeso tejido impenetrable para los rayos del sol; las madreselvas y los laureles se entrelazaban caprichosamente; viejos monarcas de la selva, caídos al fiero azote de alguna tempestad, yacían medio carcomidos en aquellos parajes abruptos, y en algunos lugares, las ramas tronchadas por el viento eran tan espesas que hacían imposible adelantar un paso más.

Isaac titubeó un momento al darse cuenta de que quizá se había internado demasiado en la Selva Negra. El paraje era sombrío; reinaba en él la más profunda calma, aquella calma del desierto, sólo interrumpida de vez en cuando por el canto lejano del tordo ermitaño, aquel pájaro cuyo grito solitario, dado sólo a largos intervalos, aumentaba el misterio de aquellos lugares.

A pesar de que Isaac no había visto ninguno de aquellos pájaros, aquel grito le era familiar, no obstante y no dejarse oír más que en las profundidades de los bosques, lejos de los lugares frecuentados por el hombre.

Una ardilla negra se deslizó desde la cima de un árbol, y al ver al cazador huyó precipitadamente, alarmada. Isaac conocía bien las costumbres de estas ardillas; eran animales que sólo habitaban los bosques alejados de toda civilización, y su presencia y el canto del ermitaño fue lo que le detuvo un momento para reflexionar. fue entonces cuando advirtió que se había alejado del fuerte más de lo que se proponía, y ya se disponía a volver sobre sus pasos cuando un leve ruido procedente de la hondonada llegó a sus agudos oídos. Ningún instinto le advirtió de que una cara horriblemente pintada había aparecido entre las ramas de un laurel, a su izquierda, y que unos ojos vivos y penetrantes espiaban todos sus movimientos.

Inconsciente, e incapaz de evitar todo mal, Isaac se paró y miró a su alrededor; de pronto, a través del murmullo de las aguas del arroyo y del roce de la brisa, por entre las hojas, percibió nuevamente el ruido que le llamara la atención. Se agachó junto al trono de un árbol y aguzó el oído. Todo permaneció tranquilo por unos momentos.

Después oyó las pisadas de unos pequeños cascos que iban acercándose poco a poco por el lado del arroyo, unas veces casi imperceptiblemente, otras veces perfectamente claras. Luego, el chapoteo en el agua y el ruido de unas patas entre los guijarros, hasta que, por fin, cesó todo ruido.

Con gran precaución, Isaac asomó la cabeza por detrás del árbol y vio un gamo hembra en la orilla del arroyo, unos cincuenta metros más abajo del sitio en que él estaba. Se paró un momento temblando como si dudara, levantó las orejas y encogió una pata como un perro perdiguero de pura raza. Isaac sabía que la hembra iba siempre a la cabeza y que si iba acompañada de algún otro venado, éste vendría siguiendo a aquélla en su camino a través de las selvas. De pronto se separaron los tupidos ramajes v un. gamo magnífico, con sus inmensos mogotes abiertos, apareció y quedó inmóvil en la orilla. A pesar de estar lejos, Isaac comprendió que aquellos animales sospechaban algún grave peligro ya que no separaban la vista de un macizo de laureles que él tenía a su izquierda; pero a pesar de reparar en este detalle, no comprendió su verdadero sentido hasta mucho más tarde.

A la detonación del rifle de Isaac, el gamo se lanzó a toda carrera a través de la corriente, saltó convulsivamente sobre la orilla hasta alcanzar la cumbre y, desde allí, faltándole las fuerzas, resbaló de nuevo hasta el agua, en donde, en sus estremecimientos mortales, estuvo agitándose hasta morir, mientras la hembra desaparecía como una flecha.

Contento Isaac de la fortuna de su disparo, ya que ¡«más un gamo muere sobre sus trazas, aunque la bala le atraviese- el corazón, abandonó su posición incómoda, se incorporó y se dispuso a cargar nuevamente el rifle. Con sumo cuidado puso la cantidad de pólvora justa en la palma de su mano izquierda, introdujo la carga en el cañón, puso en la boca un pequeño taco de trapo engrasado, sobre el cual colocó una pequeña bala de plomo, v con la ayuda de la baqueta empujó el taco hasta el fondo del cañón.

Detrás de él se percibió un roce suavísimo que a Isaac le pareció el ruido de una serpiente de cascabel deslizándose por entre la hojarasca. Se volvió en redondo, pero era ya demasiado tarde. Un corpulento piel roja le asestó con un mazo un golpe tan terrible en la cabeza que le derribó instantáneamente sin sentidos.

Cuando Isaac volvió en sí sintió un dolor tan agudo en la nuca que, a pesar de que pudo entreabrir los ojos, estaba tan aturdido que no podía discernir los objetos que le rodeaban. Al cabo de un rato fue recobrando la vista y al intentar cambiar de posición descubrió que sus manos y sus pies estaban atados con cuerdas de piel de ante. A su lado vio dos largas estacas formando una especie de litera mediante tiras de corteza de árbol tierna y pedazos de sarmiento entrelazados, sobre la cual debía haber sido conducido hasta allí. De la humedad de sus vestidos y de la posición del sol, ya muy bajo hacia el Oeste, dedujo que debían haberle llevado remontando el río y que debía estar a muchas millas de distancia del fuerte. Cerca de él vio tres indios sentados alrededor del fuego, uno de los cuales estaba cortando delgadas tajadas de una pierna de ciervo, mientras el otro bebía en una calabaza y un tercero asaba un pedazo de venado que sostenía con un palito puntiagudo. Isaac vio al punto que eran indios Wyandotts y que iban pintados para la guerra. No eran jóvenes guerreros, sino hombres de mediana edad, y en uno de ellos reconoció a «Cuervo», jefe de una de las tribus, guerrero famoso por su intrepidez y por su habilidad en seguir el camino en línea recta a través de los bosques salvajes.

«Cuervo» era un indio de baja estatura, pero corpulento, y su aspecto revelaba una fuerza extraordinaria. Tenía la frente ancha, los pómulos algo salientes y la nariz bien dibujada; su rostro, en fin, habría podido calificarse de hermoso si no hubiera sido por una cicatriz que atravesaba su mejilla y que le daba un aspecto siniestro.

- ¡Hugh! - exclamó « Cuervo » cuando, al levantar la vista, vio a Isaac que le estaba mirando.

Los otros indios dieron rienda suelta a otra exclamación parecida.

-«Cuervo», me has dado caza otra vez-dijo Isaac en lengua Wyandot, que hablaba correctamente.

-El jefe blanco es rápido de pies y seguro de ojo; pero no puede escapar al Hurón. “Cuervo” ha estado cinco veces sobre su pista desde que la luna está brillante; pero los ojos del jefe blanco estaban cerrados y sordos sus oídos -contestó el indio altivamente.

-¿Cuánto tiempo has pasado cerca del fuerte?

-Los guerreros de Myeerah han empleado dos lunas para dar caza al rostro pálido.

-¿Vienen más guerreros contigo?

El jefe asintió; le dijo que una partida de nueve Wyandots había estado en las vecindades de Wheeling durante un mes, y le nombró a algunos de sus guerreros. Isaac se sorprendió al enterarse de que los más famosos jefes habían sido los encargados de ir a capturarle. Sin contar a «Cuervo», habían ido los jefes Delawares llamados Wapatomeka y Son-of-Wingenund, los indios más sagaces del Oeste; y eso le indicó que Myeerah no le había olvidado durante aquel año de ausencia.

«Cuervo» desató las manos de Isaac y le dio agua y carne de venado; después recogió su rifle y sin decir palabra se metió por entre la maleza que bordeaba las orillas de aquel pequeño valle y se perdió de vista.

A Isaac le dolía tanto la cabeza que después de satisfacer su hambre y su sed no tuvo ánimo de hacer nada más que cerrar los ojos y recostarse contra el tronco del árbol que tenía a la espalda. Sumergido en los recuerdos de su hogar, que ya no volvería a ver, permaneció más de una hora sin hacer el más leve movimiento; hasta que las exclamaciones guturales de los indios vinieron a sacarle de sus meditaciones. Abrió los ojos y vio a «Cuervo» y a otro indio entrar en la cañada, conduciendo o casi llevando en brazos a otro piel roja. Le condujeron hasta el leño, en donde se sentó trabajosamente, sosteniendo una mano sobre su

pecho. Era un magnífico ejemplar de indio en la edad viril; casi un gigante de estatura y de anchas espaldas. El aderezo de su cabeza v los anillos de oro que rodeaban su brazo musculoso indicaban que se trataba de un poderoso jefe. Llevaba siete plumas de águila en la cabeza, que representaban siete guerreros muertos por él en batalla; pequeñas agujas de madera pintadas de diversos colores, entrelazadas con su pelo, negro como el azabache, indicaban las veces que había sido herido de bala, o de cuchillo, o de tomahawk. En su rostro tranquilo no aparecía ningún signo que revelara su sufrimiento, y miraba al fuego mientras desataba calmosamente su cinto que sostenía el tomahawk y el cuchillo. Los otros levantaron sus armas delante de él y describieron un círculo en el aire por tres veces; después fueron bajándolas hasta tocar el suelo en señal de que su trabajo sobre la tierra había llegado al fin.

Había anochecido y la brillante llama del fuego alumbraba aquel grupo de tal modo que Isaac podía ver perfectamente al jefe sentado en el leño y detrás de el a «Cuervo» sosteniendo una consulta en voz baja con los otros indios. Isaac oyó lo suficiente para reconstituir los hechos: el jefe había sido gravemente herido por los rostros pálidos que les seguían la pista y, por lo tanto, debían ponerse inmediatamente en camino. Isaac reconoció al jefe herido: era el Delaware Son-of-Wingenund. Estaba casado con una mujer Wyandot y había tomado parte en las expediciones guerreras que ambas tribus amigas habían emprendido contra otras tribus. Isaac había cazado con él, había dormido bajo la misma manta con el y en su compañía se había hecho hombre.

Isaac cambió ligeramente de posición y, al verle, el jefe se enderezó, separó la ropa de su guerrera de caza y señaló un pequeño agujero que había en su ancho pecho. Un hilo de sangre brotó de la herida y corrió pecho abajo.

-«Viento de la Muerte» es un gran jefe blanco; su fusil está siempre cargado -dijo pausadamente mientras un destello de orgullo iluminaba su cara, revelando el honor que para él era morir herido por tal guerrero.

«Viento de la Muerte» era uno de los muchos nombres que los pieles rojas daban a Wetzel, y un rayo de esperanza iluminó el corazón de Isaac al saber que los indios temían que éste estuviera sobre su pista. Sin embargo, su esperanza pronto se vio disipada al considerar las posibilidades de éxito de aquella persecución, ya que sabía que ésta sólo podría provocar su muerte, antes de que sus compañeros pudieran echarse sobre los indios; y sabiendo que Wetzel conocía a fondo las costumbres de los pieles rojas, dedujo que sería él el primero en perder la esperanza de rescatarlo y que, por lo tanto, ni lo intentaría siquiera.

Los cuatro indios volvieron a la hoguera y permanecieron al lado del jefe cuyo fin veían inminente. Éste cantaba en voz baja el canto de la muerte de los Hurones y sus compañeros bajaron silenciosamente la cabeza. Cuando terminó el canto, se puso en pie mostrando imponente su arrogante y gigantesca figura. Poco a poco sus facciones
fueron perdiendo su rígido orgullo, su expresión se suavizó y, con sus ojos oscuros fijos en la espesura del bosque, empezó a hablar a una visión sobrehumana.

-Wingenund ha sido un gran jefe. El ha cruzado su último camino. Las hazañas de Wingenund serán contadas en los wigwams de Lenape.

Y se desplomó en brazos de sus camaradas, quienes lo depositaron cuidadosamente en el suelo. Un temblor convulsivo estremeció la figura gigantesca del guerrero; después levantó un brazo y agitó nerviosamente sus dedos en el aire como si quisiera agarrarse a la vida que se le escapaba.

Isaac vio la sombría luz de los ojos del moribundo, la palidez de la muerte extenderse por su faz, y desvió su mirada para no ver lo doloroso del espectáculo. Cuando volvió a mirar, la majestuosa figura del guerrero yacía inerte.

La luna, asomándose por entre unos nubarrones, extendió su pálida luz sobre la pequeña cañada y alumbró a los cuatro indios que cavaban una fosa al pie de un roble. Todos hincaban silenciosamente sus tomahawks en la tierra blanda y pronto su tarea estuvo

terminada. Un lecho de musgos y helechos forró la última morada del jefe; sus armas fueron colocadas a su lado para que con ellas pudiera ir a la Tierra Feliz de la Caza, la eterna mansión de los pieles rojas, en donde brillará siempre el sol con todo su esplendor y en donde se verán para siempre libres de sus crueles enemigos blancos.

Cuando la fosa estuvo nuevamente tapada, los indios se quedaron unos momentos en pie alrededor de ella pronunciando algunas palabras en voz baja, mientras el viento de la noche gemía un lúgubre responso por la muerte del jefe.

A pesar de que Isaac estaba .acostumbrado a los sangrientos conflictos comunes de los indios y a las tragedias que rodean la vida del hombre de la frontera, el fúnebre espectáculo le había enervado y sintió que nunca podría olvidar la postrera mirada del guerrero moribundo ni su cara sombría, iluminada por la luna, que había asomado su faz piadosa en el firmamento. Sus tristes pensamientos se vieron interrumpidos por la voz ronca de «Cuervo » que le mandaba levantarse. Le fue advertido que la menor tentativa de su parte, de marcar sus huellas o de retardar la marcha sería la señal de su muerte. Dicho esto, «Cuervo» desató las ligaduras que sujetaban los pies de Isaac y, colocándole entre dos de los indios, emprendió la marcha a través del bosque.

Moviéndose como espectros a la luz de la luna, anduvieron horas y más horas. «Cuervo» merecía bien el nombre que llevaba. Les guió por lugares rocosos en los cuales sus pisadas no dejaban la huella más mínima y por donde ni el perro de mejor olfato habría podido seguir su pista; o bien por la corriente de algún arroyo, cuyas aguas cuidaban bien de borrar sus huellas, ya por las hondonadas sombrías, ya por los llanos cubiertos de hierba tierna que retenían levísimas las impresiones de sus mocasines. Todos andaban en fila detrás de él y siempre sobre sus mismas pisadas que, a la luz de la luna, les conducían con paso igual y rápido por aquellos bosques casi impenetrables, evitando los lugares demasiado peligrosos con aquel instinto peculiar de los indios.

Hacia la madrugada, la luna se escondió sumiéndoles en la oscuridad; pero eso no influyó lo más mínimo en su marcha, porque «Cuervo», guiado por las estrellas, siguió su camino en línea recta sin pararse ni un momento hasta que hubo despuntado el alba.

A la orilla de una estrecha corriente, los indios encendieron una hoguera y asaron un poco de venado. «Cuervo» dúo a Isaac que si quería podía descansar un buen rato, y éste no se lo hizo repetir, quedándose poco después sumido en el más profundo sueño a causa de su agotamiento. Tres de los indios siguieron su ejemplo mientras «Cuervo», incansable, se quedaba de guardia, paseando de un lado a otro. vigilando atentamente.

El sol estaba ya muy alto cuando la partida emprendió nuevamente la marcha hacia el Oeste. «Cuervo» se metió en el arroyo y lo remontó varias millas antes de internarse otra vez en los bosques del otro lado. Isaac sufrió mucho a causa de las agudas y resbaladizas piedras del fondo, las cuales no molestaban lo más mínimo a los indios; pero a pesar de que sus pies estaban magullados, siguió la marcha sin proferir ni una queja. Descansaron durante la mayor parte de la noche, v al día siguiente, libres ya del temor de verse perseguidos, continuaron su camino sin preocuparse más de las señales que dejaban.

Al atardecer llegaron a la orilla de una corriente muy rápida y ligera que se dirigía hacia el Noroeste. «Cuervo» y otro indio separaron el ramaje de un sauce que colgaba en la orilla y sacaron una canoa de abedul allí escondida; la pusieron en el agua y embarcaron en ella. Isaac reconoció en seguida el lugar en donde se hallaban ; estaban cerca del nacimiento del río Mad, que atravesaba las tierras habitadas por los Wyandots. Dos de los indios se sentaron en la proa; Isaac y otro, en medio, espalda contra espalda. «Cuervo» se arrodilló en la popa.

Emprendido aquel viaje en canoa, pronto olvidó Isaac su fatiga y su magullamiento. La noche era espléndida, e Isaac era algo sentimental y pronto se entregó al encanto de la luz plateada de la luna jugueteando con las aguas tranquilas del río, a su armonioso murmullo y

al cambiante paisaje de las orillas. Si no hubiese sido por la severidad del rostro de «Cuervo» habría imaginado hallarse en una de aquellas canoas encantadas del país de las hadas, tantas veces leído durante su niñez. El panorama variaba constantemente, mientras la canoa, gobernada por vigorosos brazos, volaba sobre el brillante espejo de aquellas tranquilas aguas. Aquí, en un recodo muy pronunciado, había un paraje en el cual el río se estrechaba hasta tal punto que los árboles que bordeaban ambas orillas entrelazaban sus ramas hasta ocultar la corriente a los rayos de la luna, sumiendo aquel oscuro y misterioso retiro en las sombras más profundas. A continuación, las aguas serpenteaban caprichosamente entre ondulaciones del terreno que levantaban suaves oleajes; más abajo se ensanchaba la corriente y nuevamente sus aguas mansas reflejaban la luna y las estrellas; y sin el más leve rumor, la canoa, como una sombra, se deslizaba plácidamente, mientras los remos se sumergían de un modo rítmico, levantando cada vez innúmeras gotas de agua que a la luz de la luna corrían a sumergirse de nuevo en las aguas, entre destellos diamantinos.

Al dar la vuelta a otro remanso, un ruido parecido al de la tempestad que se acerca empujada por el viento rompió violentamente aquel silencio. La corriente se estrechó de súbito, el agua corrió más ligera, las orillas rocosas iban alcanzando mayor altura. .Cuervo. se levantó y miró a lo lejos ; luego volvió a arrodillarse y gobernó la canoa hacia el centro de la corriente. El ruido se hizo ensordecedor. Volviéndose hacia la proa, Isaac vio que estaban entrando en una oscura garganta. Un instante después la canoa se balanceó sobre una catarata y atravesó vertiginosamente entre dos agudos promontorios rocosos. Aquellas paredes, por entre las cuales se deslizaba ahora la canoa, se levantaban casi perpendicularmente hasta dos mil pies de altura; el espacio que quedaba entre ellas era apenas de veinte pies de ancho v el agua, al precipitarse locamente a través de aquel estrecho paraje, levantaba un ruido atronador. Hacia el centro, las aguas volvían a correr tranquilas como una centelleante cinta de cristal encantado, bordeada de espumeantes olas que se despedazaban contra sus límites de piedra.

A pesar de que el paso era peligrosísimo y la muerte acechaba por entre aquellas escabrosas rocas y por aquellas ennegrecidas paredes, Isaac no sintió temor alguno : él conocía la fuerza de aquel brazo que les conducía, tan pronto rígido como el hierro, como moviéndose con la velocidad de un relámpago; él conocía el poder del ojo vigilante que los guiaba.

Un poco más abajo dejaba contemplarse nuevamente el estrellado firmamento. Escollos, estrechos pasajes y toda suerte de obstáculos fueron atravesados rápidamente, y, al fin, cuando el cielo empezaba a esclarecerse, pasaron por el pié de un risco que llamaban la Roca Empinada, gigante de piedra en cuya cabeza parecía adivinarse un rostro humano, y que recibió el nombre referido o bien el de Tarhe, jefe de todos los Hurones.

A la vista de aquel tan conocido paisaje de las vecindades del poblado Wyandot, se mezcló a la sensación de desaliento y de tristeza de Isaac otro sentimiento dulcemente grato; sintió que su pulso se aceleraba mientras la imagen de una muchacha de ojos oscuros, de la cual huyera un año atrás, aparecía en su pensamiento.

-¡Cu-Cuí... co-ouí! -gritó uno de los indios de pronto.

La señal fue oída en seguida desde el noblado, ya que una inmensa gritería se levantó inmediatamente en la orilla. Unos momentos después, cuando la canoa rozaba ligeramente la grava de la ribera, Isaac distinguió entre la niebla de la mañana el perfil de las chozas y wigwams y comprendió que nuevamente se encontraba en el país de los Wyandots.

Muy entrada la tarde despertaron a Isaac de su pesada modorra y le dijeron que el jefe le esperaba. Se levantó de la yacija de pieles de búfalo en donde se echara aquella mañana, estiró sus miembros doloridos y se dirigió hacia la puerta de la habitación.

Todo lo que le rodeaba le era tan familiar que tuvo la sensación de haber vuelto a su hogar después de una larga ausencia. Los postreros rayos del sol poniente brillaban rojizos por encima de la Roca Empinada cubriendo de oro las cabañas y wigwams que poblaban el pequeño valle y arrancando mil brillantes reflejos de las juguetonas aguas que se deslizaban rumorosas sobre su lecho de rocas. En la orilla del río se veían largas hieras de canoas y, aquí y allá, algún puente formado con troncos de árbol atravesaba la tranquila corriente. A través del poblado, delgadas columnas de humo azulado se elevaban perezosamente y gigantescos manzanos, con sus vestidos de púrpura y oro, asomando por encima de los wigwams, añadían una rara belleza a aquella escena tranquila.

Cuando Isaac pasó a lo largo de una calle estrecha, formada por dos líneas de tepees[1] , los indios que le vieron no hicieron las demostraciones que acostumbraban cuando capturaban algún rostro pálido. Algunas de las viejas mujeres levantaban los ojos de su trabajo, alrededor de las hogueras en donde humeaban las calderas, y murmuraban algún regaño entre dientes mientras pasaba el prisionero. Los guerreros que estaban sentados sobre sus mantas fumando tranquilamente sus largas pipas o paseaban alrededor de la llama ardiente, guardaban la más absoluta indiferencia. Las muchachas sonreían melancólicas y, en tanto, los chiquillos indios, de los cuales Isaac había sido siempre tan buen amigo, corrían detrás de él manifestando su alegría, hasta tal punto, que uno de los más pequeños se le agarró a una pierna y no le soltó hasta que le separaron.

En el centro del poblado había un grupo de cabañas juntas, más altas que los tepees que las rodeaban; eran los wigwams del jefe, a los cuales era conducido Isaac. Los guardas que le acompañaban le dejaron solo en una habitación circular que no contenía más que un asiento bajo y una nudosa maza de guerra. Al cabo de un momento Isaac oyó el ruido de los collares y adornos de cuentas y garras de oso y se volvió al mismo tiempo que entraba un indio alto y majestuoso. Era Tarhe, el jefe supremo de los Wyandots. A pesar de tener unos setenta años andaba erguido y su cara tranquila y oscura como una máscara de bronce no indicaba su avanzada edad. Las líneas y facciones de su cara indicaban la pureza de su raza; su alta frente, el ángulo de su mandíbula saliente, su boca encogida, su mirada de halcón... todo denotaba el orgullo y la voluntad indomable del último de los Tarhe.

-«Águila Blanca» está otra vez en poder de Tarhe -dijo el jefe en su lengua nativa-. Aunque él tiene la velocidad del ciervo o el vuelo del águila, no le ha valido. Los gansos silvestres en su vuelo hacia el Norte no son más veloces que los guerreros de Tarhe; pero más veloz que todo eso es la venganza del Hurón. El joven rostro pálido ha costado la vida de algunos grandes guerreros. ¿Qué es lo que tiene que decir?

-Yo no tengo la culpa de eso - replicó Isaac vivamente-. Fui golpeado por detrás y no tuve ni ocasión de usar mis armas. Yo nunca he levantado mi mano contra un Wyandot; "Cuervo" puede atestiguarlo. Si mi gente v mis- amigos matan a vuestros valientes no debe dárseme la culpa a mí; a pesar de que tengo sobrados motivos para derramar la sangre del - Hurón ya que vuestros guerreros me han sacado de mi casa y me han herido varias veces.

-El jefe blanco habla bien. Tarhe cree en sus palabras - contestó Tarhe con voz sonora -, pero el Lenape quiere la muerte del rostro pálido. Wingenund llora la muerte de su hijo y él es el amigo de Tarhe. Tarhe es viejo y sabio, y es el-rey de su pueblo.. Él puede salvar al jefe blanco de las iras de Wingenund y de Cornplanter si me escucha. Tarhe es viejo y no tiene ningún hijo; él le hará jefe y le dará sus tierras, sus honores y sus valientes guerreros. No le pedirá que levante su mano contra sus hermanos, sino que le ayude a poner paz. Tarhe no quiere la guerra porque es amigo de la justicia y sólo desea conservar sus tierras, sus ganados y sus gentes. El jefe blanco es conocido como un valiente; su paso es ligero, su ojo, perspicaz y su bala certera. Durante muchas lunas la hija de Tarhe ha sido como un pájaro cantor sin su

[1] Cabañas indias.

compañero y ya no ha cantado más: ella será la esposa del jefe blanco. Ella tiene la sangre de su madre y no la del último de los Tarhe; así el error de la juventud de Tarhe viene ahora a amargar su vejez. Él es amigo del joven rostro pálido. Tarhe le ha dicho todo cuanto debía. Vaya ahora y haga las paces con Myeerah.

Y así diciendo, el jefe se volvió hacia el interior del recinto. Isaac fue en dirección contraria, atravesó otra habitación espaciosa que debía ser la del jefe, ya que estaba adornada con salvaje y bárbaro esplendor, al extremo de la cual colgaba una cortina de piel de oso. Isaac titubeó un momento delante de ella. Otras veces había estado allí, pero nunca asaltado por las encontradas emociones de aquel momento. ¿Qué era lo que hacía latir con fuerza su corazón? Con rápido movimiento levantó la cortina y pasó por debajo de ella.

La habitación en donde había entrado aparecía adornada con todos los colores y con todo el lujo conocido de los indios. Pieles de búfalo cubrían la lisa y dura superficie del suelo de arcilla; pinturas alegóricas con animales y caprichosos dibujos indios decoraban las paredes; arcos y flechas, escudos, hileras de cuentas de variados colores y mantos indios colgaban alrededor de la habitación, cuyos muros estaban hechos con pieles de ciervo unidas y clavadas en largas estacas que se encorvaban en su parte superior hasta unirse para formar el techo, por donde penetraba la luz, gracias a una abertura ovalada. A través de la estrecha abertura que daba paso a la habitación contigua, más pequeña, podía verse un camastro cubierto con mantas encarnadas y el reflejo rojizo de diversos adornos que colgaban de las paredes.

Cuando Isaac entró en la habitación, una esbelta muchacha corrió impulsivamente hacia él y echándole los brazos al cuello ocultó la cara en su pecho, mientras entrecortadas e incoherentes palabras salían de sus labios.

Isaac se desprendió sin violencia de los brazos que le retenían. El rostro que se levantó hacia él era extraordinariamente hermoso, de forma ovalada, con anchas y bien dibujadas cejas, de facciones correctísimas y tan blanco como el suyo. Sus ojos eran grandes y oscuros y se dilataban excitados por el fuego de la pasión.

-Myeerah - le dijo Isaac-, he sido nuevamente capturado, pero esta vez ha habido derramamiento de sangre. Han matado al jefe Delaware y no sé cuántos indios más. Todos los jefes piden mi muerte; estoy en un peligro terrible... ¿Por qué no me dejas en paz?

A las palabras de Isaac, la muchacha sonrió tristemente
y desvió su mirada del rostro contrariado del joven, y después de un corto silencio preguntó en inglés

-Entonces... ¿no estás contento de volver a ver a Myeerah?

Y su voz, que sonaba dulce y queda, era todo música.

-¡Qué tiene que ver eso! -replicó Isaac-. En otras circunstancias estaría muy contento de ver de nuevo a Myeerah; pero ahora verme arrastrado hasta aquí y quizás asesinado... ¡no puede alegrarme mucho! ¡Mira la señal del porrazo que me dio «Cuervo»

Y bajando rápidamente la cabeza, le enseñó la herida que recibiera al ser apresado.

-¡Qué mal me sabe! -exclamó dulcemente Myeerah.

-Estoy en un peligro inminente.

-La hija de Tarhe salvó ya antes la vida del rostro pálido y también volverá a salvarla ahora.

-Pueden matarme a pesar de que tú no lo quieras.

-No se atreverán. No debes olvidar que te salvé de los Shawnees. ¿Qué te ha dicho mi padre?

-Me aseguró que él era mi amigo y que me protegería de las iras de Wingenund a cambio de que me casara contigo y me convirtiera en uno de los de la tribu; pero yo no puedo hacer eso y por ello estoy convencido de que me matarán.

-Tú estás enfadado ahora; pero yo te diré que Myeerah ha probado duramente de vencer tu amor, y cuando huiste de ella, se quedó altiva y orgullosa durante mucho tiempo; pero no había canto en los pájaros ni música en las aguas, ni belleza en nada desde que tú la dejaste, y su vida se volvió insoportable sin ti. Entonces Myeerah se acordó de que era hija de reyes; citó a los más grandes y valientes guerreros de las dos tribus y les dijo: «Id y traedme a «Águila Blanca" vivo o muerto. Si lo traéis vivo, Myeerah sonreirá de nuevo a sus guerreros. Si lo traéis muerto, volverá a mirar su rostro y morirá.. Myeerah ha pensado, pues, siempre en ti. ¡Preferirías que fuera inconstante como la luna!

-No es eso lo que yo quisiera, Myeerah; pero es que no puedo vivir siempre sin ver a mi gente. Ya te lo dije hace un año.

-Pero también me dijiste otras cosas, en aquel tiempo pasado, antes de tu huída. Eran palabras tiernas que sonaban dulcemente al oído de la niña india. ¿Las has olvidado ya?

-No las he olvidado, Myeerah, ni he perdido todavía los sentimientos; pero tú no comprendes. Desde que he estado en mi casa esta última vez, me doy todavía más cuenta de que no puedo vivir fuera de ella.

-¿Hay alguna muchacha en tu vieja casa a la cual has aprendido a querer más que a Myeerah?

Isaac no contestó en seguida y miró tristemente por la abertura de la pared. Myeerah se había cogido de su brazo y al no recibir contestación a su pregunta, se lo apretó violentamente diciéndole

-¡Pues no te tendrá jamás!

Aquellas palabras, pronunciadas en voz baja y profunda, vibraron con intensa emoción, indicando su resolución tenaz. Isaac la miró sonriendo amargamente. La cara de Myeerah estaba pálida y sus ojos ardían como el fuego.

-No me sorprendería que me entregaras a los Delaware - dijo Isaac fríamente -; ya estoy preparado a ello y no me preocupa gran cosa. He perdido toda la esperanza de civilizarte lo bastante para hacerte comprender el sufrimiento de mi hermana y de toda mi familia. ¿Por qué no dejas que me maten los indios?

Él sabía muy bien cómo conquistarla. Un vivo y tembloroso grito salió de los labios de Myeerah y permaneció delante de él llorando con la cabeza baja. Cuando volvió a hablar, su voz era plañidera y entrecortada por los sollozos.

-Eres cruel e injusto. Aunque Myeerah tenga sangre india en sus venas, es una mujer blanca y puede sentir como tu gente y, en tu enfado y amargura, olvidas que ella te ha salvado del cuchillo de los Shawnees. Tú olvidas su ternura; te olvidas que ella te prodigó sus cariñosos cuidados cuando estabas herido. Myeerah tiene un corazón muy tierno. ¿No ha sufrido ella? ¿No ha sido burlada y llamada despreciativamente rostro pálido por las otras tribus? Pero ella da gracias al Gran Espíritu por la sangre india que le ha dado y que la mantiene sincera y fiel. Los hombres blancos cambian sus amores y sus esposas y eso nunca lo hacen los indios.

-Pero, Myeerah, yo no quise decir eso con mi silencio; te prometo que no hay ninguna otra mujer. Lo único que hay es que tengo el corazón enfermo y que me siento
muy desgraciado. ¿No ves tú que esos amores acabarán algún día en tragedia? ¿No te das cuenta de que seríamos más felices si me dejaras marchar? Si tú me quieres no desearás verme muerto, y si no me caso contigo me matarán irremisiblemente. Si pruebo de escaparme otra vez, me matarán también; ¡déjame, pues, ir libremente!

-¡No puedo, no puedo! -exclamó ella-. Tú me has enseñado muchos de los males de tu gente, pero no puedes cambiar mi naturaleza.

-¿Y por qué no puedes dejarme en libertad?

-¡Porque te quiero y no puedo vivir sin ti!

-¡Entonces, vente conmigo y viviremos juntos en mi casa! -exclamó Isaac rodeando con sus brazos a Myeerah -. Yo sé que mi gente te recibirá bien...

-No; Myeerah se vería despreciada y vejada por los tuyos-replicó ella moviendo la cabeza.

Isaac se esforzó denodadamente en resistir, pero como hombre mortal tuvo al fin que rendirse a los encantos de Myeerah y se sintió dominado por su amor. Aquellos ojos tan oscuros, tan orgullosos para los demás, le miraban tan ardientemente, que conmovieron profundamente su corazón; besó sus mejillas anegadas en lágrimas y le sonrió con ternura.

- ¡ En fin ! - exclamó -. Ya que una vez más me encuentro prisionero, no me queda más remedio que tomármelo lo mejor que pueda. ¡Anda, no me mires tan triste! Ya hablaremos de eso otro. día. Vamos a encontrar a nuestro pequeño amigo el capitán Jack. Todavía se acuerda de mí, porque cuando me traían aquí corrió a agarrarse a mis rodillas...

VI

Cuando los primeros exploradores franceses invadieron el Noroeste, hacia el año 1615, los indios Wyandots ocupaban los territorios de Ontario, entre la bahía Georgian y los lagos Muskoka, y fueron aquéllos los que los designaron con el nombre de Hurones.

En aquellos tiempos, la tribu estaba en guerra con los iroqueses y la lucha continuó todavía hasta el año 1649, en que los primeros sufrieron la derrota decisiva que les obligó a abandonar sus poblados y emigrar hacia el Sur en busca de otras tierras donde abundara la caza, llegando hasta las riberas del Ohio, al sur y oeste del lago Erie, en donde se establecieron definitivamente. En nuestro tiempo se denominan aquellos lugares Zanesfield[2] , nombre que les dio Isaac Zane, y señalan la región en que un tiempo vivió la más grande tribu de Hurones.

En unos terrenos poblados de manzanos, a orillas de un río pequeño y ligero llamado Mad, construyeron aquellas gentes sus chozas v wigwams. El magnífico alce y el ciervo gracioso abundaban en aquellos fertilísimos alrededores. Allí llevaron los Hurones, durante largos años, una vida tranquila y feliz, sin que se oyera jamás en sus aldeas el terrible grito de guerra, y viviendo en buenas relaciones con las tribus vecinas. Tarhe, el jefe Hurón, tuvo gran influencia sobre los Delawares y cultivó una profunda amistad con el jefe de los Mingos.

Con la invasión del valle del Ohio por los blancos y la marcha a través de los bosques de aquella raza de héroes, entre los cuales descollaron los Boone, los Kenton, los Zane y los Wetzel, la naturaleza y el carácter de los indios fue cambiando gradualmente hasta convertirse en los más feroces y encarnizados enemigos de los blancos..

Los Hurones se habían puesto al lado de los franceses en la guerra de Pontiac, y durante la Revolución ayudaron a los británicos. Se aliaron con los Mingos, Delawares y Shawnees y, juntos, hicieron una guerra feroz a los pioneers de Virginia. ¡Quién sabe la poderosa influencia que debió de engendrar aquel odio implacable de aquellas tribus, y en especial de los Mingos y Wyandots, contra los blancos!

Aquella guerra entre los indios y los colonizadores, a lo largo de las fronteras de Pensilvania y Oeste de Virginia, fue conocida por la «Guerra de Dunmore». Los Hurones,,

[2] Tierra de Zanc.

Mingos y Delawares, que vivían en el «Paraíso del Cazador., al oeste del río Ohio, se encolerizaron al ver su país vendido por los iroqueses y sus posesiones ocupadas por una banda de hombres blancos atrevidos; pero acordándose de la sangrienta guerra pasada y del castigo que les habían infligido los británicos, procuraron conservar la paz y poco a poco fueron emigrando hacia Occidente. En 1774, una canoa llena de Wyandots amigos fue atacada por los blancos a su paso por el Remanso Amarillo, viéndose todos sus ocupantes asesinados. Poco más tarde, en el mismo año, otra partida, a las órdenes del coronel Cresop, atacó cobardemente a la familia de Logan e hizo con ellos una verdadera carnicería. Aquel ataque, sobre todo, cubrió de deshonra a todos los blancos ante los indios y fue la causa principal de la larga y sangrienta guerra que siguió a aquellos hechos. Sabiendo los colonizadores que los indios se vengarían de aquellas crueles acciones, erigieron fuertes y blocaos y mandaron mensajeros al gobernador Dunmore en Williamsburg en busca de refuerzos.

Logan, el famoso jefe Mingo, había sido muy amigo de los blancos, pero después del asesinato de los suyos les declaró una guerra sin cuartel. Incitó la cólera de los Hurones y Delawares, y cuando su sed de venganza se vio satisfecha mandó la notable carta siguiente a lord Dunmore:

«Yo apelo al testimonio de cualquier blanco para que diga si alguna vez entró en el hogar de Logan desnudo y frío y Logan no le vistió y le dio carne. Durante el curso de la pasada guerra, larga y sangrienta, Logan permaneció tranquilo en su hogar y abogó siempre por la paz. Tal era mi voluntad por los blancos, que mis gentes me señalaban al pasar diciendo: «Logan es el amigo de los rostros pálidos». Yo pensé siempre mantenerme así con vosotros, pero no ha podido ser a causa de las injurias que hemos recibido de uno de vuestros hombres, el coronel Cresop, el cual, en la pasada primavera, asesinó cobardemente y a sangre fría a toda mi familia, incluso a mi mujer y a mis hijos. Ya no corre hoy ni una sola gota de mi sangre por las venas de ningún otro ser viviente. Eso clamaba venganza y la busqué. He matado a muchos y he saciado mi sed. Ahora me regocijaré de ver que los rayos de la paz iluminan otra vez mi país; pero no penséis que ese deseo pueda ser hijo del miedo. Logan nunca ha sentido el temor y nunca volvería sobre sus pasos para salvar su vida, porque en la tierra no queda nadie que pueda llorar su muerte.

Sin embargo, la guerra entre los indios y los pioneers continuó durante largos años. Los colonos persiguieron siempre hasta las profundidades de las selvas a los indios, y éstos, así como al principio sólo procuraron salvar sus familias y sus haciendas, después sólo buscaron la venganza. Y he aquí por qué aquellas gentes ambiciosas que iban en busca de fortuna hacia aquellas fronteras, llevaban siempre la vida pendiente de un hilo ante el peligro constante de recibir un tiro o el terrible tomahawk de detrás de un árbol, y he aquí por qué las mujeres, y los niños sobre todo, vivían en un constante sobresalto a causa del miedo que les infundían sus terribles enemigos.

Arrastrarse por los bosques para caer sobre un enemigo y matarlo en la oscuridad era el sistema de guerra de los indios, ya que para ellos no era deshonroso ni cobarde. El piel roja estaba enseñado a arrastrarse sobre la hierba como las serpientes, a disparar desde su escondrijo y a continuar su camino a través de las selvas como un gusano, tratando de descubrir siempre las huellas del rostro pálido; pero nunca, antes de la guerra que los blancos hicieron contra ellos, se oyó hablar de las horribles crueldades cometidas por los pieles rojas, tales como torturar a los prisioneros y quemarlos vivos atados a una estaca.

En nuestros tiempos se conoce muy poca cosa del verdadero carácter de los pieles rojas. Nosotros mismos, al leer el sitio de Pontiac, en Detroit; la batalla de Braddock's Feid o la última carga de Custer, seguimos con emoción creciente y con el corazón encogido aquellas acciones y en cuanto el día de los horribles pieles rojas ha pasado respiramos

profundamente satisfechos. Pero como quiera que se ha escrito muy poco sobre este asunto, no Pensamos en los largos años de falacia y de traidoras prácticas sobre Pontiac ; ignoramos las causas que motivaron la carnicería de la armada de Braddock y sabemos muy poco de la vida de amargura sufrida por Sitting Bull.

Muchos de los blancos inteligentes que conocieron a fondo la verdadera vida de los indios antes de ver devastados sus hogares, antes de verse sumidos en la desesperación por los pioneers, han dicho que la acción de éstos sobre los indios fue cruelmente injusta. Muchos de los héroes de aquellos tiempos se complacieron tanto en la vida de los pieles rojas, que dejaron sus colonias y se fueron a vivir con ellos. Boone, que pudo conocer a conciencia el carácter de aquellos pueblos, ha dicho que la honradez y la sencillez de los pieles rojas eran extraordinarias; Kenton ha declarado que vivió muy feliz entre los indios; el coronel Zane; que vivió la mayor parte de su vida con los Wyandots, dijo siempre que los pieles rojas americanos habían sido equivocadamente juzgados como salvajes sanguinarios, ignorantes, ladrones miserables e incapaces de ninguna virtud v ha afirmado que la vida pintoresca de libertad entre ellos habría apetecido a muchos blancos por estar llena de maravillosos encantos, y que antes de la guerra defensiva que se vieron obligados a hacer contra sus enemigos los rostros pálidos, se portaron siempre bondadosamente con los prisioneros y siempre trataron de conseguir que éstos se quedaran con ellos y fueran sus hermanos. Relataba Isaac Zane la facilidad con que los niños blancos se indianizaban : tan bien se encontraban en la vida salvaje. Y si alguna vez conseguían sus padres rescatarlos, les era imposible volverlos a la vida civilizada. A los chiquillos prisioneros les permitían crecer salvajemente con los muchachos indios; pescar con ellos, disparar y nadar, jugar sus juegos... vivir, en fin, su vida alegre y ociosa. Contaba haber sido testigo del hecho antes aludido, de que muchachos blancos que habían sido rescatados, una vez llegados a sus hogares tenían que ser estrechamente vigilados, va que, en cuanto podían, trataban de escaparse y volver a la aldea india. En verano, sobre todo, una vez vueltos a la civilización, era imposible hacerlos ir vestidos, y en cuanto se descuidaban un poco sus vigilantes, ya los encontraban bañándose en el río o bien dando volteretas en la arena.

Si creemos, pues, lo que aquellos hombres han dicho (y no hay ninguna razón para dudar de ello), los pieles rojas eran muy diferentes de como nos los han querido pintar. No cabe la menor duda, pues, de que el piel roja llevaba una vida noble y sin tacha; era honrado v valiente; tenía en una tal consideración el honor y el respeto a lo prometido, que excedía en mucho a lo que tales conceptos merecían a los blancos. Basta nada más conocer las hermosas poesías y leyendas que aquellos hombres silenciosos nos han legado; aquellos hombres que pasaban gran parte de su vida en los bosques; cuya música predilecta era la del gemido del viento, la del roce de las hojas, la del murmullo de los arroyos; aquellos hombres para los cuales los goces preferidos estaban en la caza del ciervo y en la contemplación de los ojos oscuros de una muchacha.

Sin embargo, si queremos encontrar el verdadero tipo de indio americano, tenemos que remontarnos a la época anterior a que éste se viera obligado a emigrar hacia el Oeste perseguido por el pioneer y antes de que se degradara por el alcohol que le vendiera el mercado francés.

Los franceses que invadieron aquellos países reivindicaron todas las tierras regadas por el Misisipí y sus afluentes. El franco-canadiense era el tipo de aventurero errante y su principal vocación consistía en el comercio de pieles. Esta clase de negocio dio lugar a una clase de gentes, llamadas bushrangers, que se dedicaban a recorrer las riberas de los ríos y lagos con sus canoas para adquirir las valiosas pieles almacenadas por los indios, a cambio de botellas de aguardiente; y a ellos deben los pieles rojas del Oeste su degradación; a aquellos famosos bushrangers o vagabundos de los bosques deben aquellas pacíficas gentes el haber caído en la barbarie y en la degeneración.

Los escasos viajeros que en aquellos tiempos recorrían los poblados indios quedaban a menudo sorprendidos al encontrar en los wigwams de los pieles rojas hombres de nacionalidad francesa que habían borrado todo su aspecto de hombre blanco, pintado abominablemente sus caras con ocre y bermellón, dejando crecer su pelo y «domándolo con plumas, al estilo de los pieles rojas. Vivían en sus tepees con sus mujeres indias que les guisaban la carne de venado y hacían todos sus trabajos mientras ellos se pasaban la vida tendidos en sus yacijas fumando tranquilamente, entregados a la ociosidad más despreciable. Aquellos eran los comerciantes aventureros que desde el año 1748 hasta el 1783 fueron usurpando los bienes de los indios, explorando las selvas v buscando las tribus más alejadas, comerciando con el vil alcohol a cambio de pieles raras; hasta que en 1784, las autoridades francesas se dieron cuenta de la desmoralización que aquellos vagabundos sembraban entre los indios y capturaron a todos los que pudieron y los desterraron al Canadá.

Pero era demasiado tarde porque el daño ya estaba hecho. El pobre salvaje, incauto y confiado, había probado ya la terrible agua de fuego., como ellos llamaban al aguardiente, y su ruina era inevitable.

Era un hecho singular el de que los indios que probaban una vez las bebidas alcohólicas eran incapaces de resistir su deseo una vez más. Cuando uno de aquellos comerciantes desaprensivos llegaba a una aldea india, los valientes perseguían en seguida algún barril de ron; se reunían en consejo para decidir quiénes beberían y quiénes no, a fin de que quedaran serenos cierto número de ellos, los cuales debían guardar la seguridad de los otros, y después de esconder las armas bebían hasta embriagarse. Cuando el barril se había terminado, se compraba inmediatamente otro, y cuando se habían embriagado todos, el comerciante podía trasladarse a otro poblado tranquilamente. Cuando la embriaguez se disipaba, la aflicción de aquellas pobres gentes no tenía limites al ver que, en su frenesí, mientras se hallaban bajo los efectos del alcohol, habían herido y más de una vez dado muerte a algún ser querido.

Logan usaba de toda su influencia para impedir aquellos estragos; viajaba de pueblo en pueblo y visitaba sus tribus, ante las cuales pronunciaba discursos exhortando a sus súbditos a que se apartaran de la mortal «agua de fuegos y clamaba contra los blancos que introducían los licores entre su pueblo y lo envilecían; pero al fin él mismo fue víctima del repugnante vicio. Aquel inteligente y noble jefe fue asesinado en una lucha entre borrachos, poco después de haber mandado su famosa carta a lord Dunmore.

He aquí, pues, las causas de la ruina del pacífico pueblo de los pieles rojas: la firme y creciente ola de los colonizadores que fueron a robarles sus tierras y dominios hacia el Oeste y la envilecedora bebida insidiosa, que destruye a un tiempo los cuerpos y las almas.

Isaac Zane, no del todo desgraciado, volvió a ocupar su lugar en el wigwam, en las partidas de caza y en los juegos de los indios.

Mientras los guerreros estaban en el campo, empleaba la mayor parte de su tiempo en partidas de tiro, carreras a pie o en canoa, en la lucha cuerpo a cuerpo o en el juego de pelota, mientras los jefes, los viejos valientes, que ya en sus tiempos habían conquistado sus laureles, las muchachas y los' chiquillos de la tribu, miraban y aplaudían.

Isaac participaba de todos estos pasatiempos, en parte porque le gustaban, y en parte porque quería reconquistar la consideración de que gozara en otros tiempos entre los indios. En las luchas cuerpo a cuerpo y en aquellas diversiones que requerían pesadez y resistencia, sufría generalmente una derrota; pero en las carreras de velocidad a pie no había guerrero en la tribu que pudiera igualarle. Sin embargo, en lo que Isaac conquistaba mayor ventaja era en el tiro. Los indios nunca aprendieron a manejar perfectamente el rifle y, a pesar de que alguno de ellos llegaba a disparar bastante bien, no pasaban nunca de ser más que unos medianos

tiradores. Por consiguiente, fácilmente se, comprenderá que 'siempre llevaran a Isaac a las partidas de caza que organizaban para atender a la provisión de carnes para el invierno, y especialmente a las expediciones contra los osos.

La caza del oso era un trabajo interesantísimo y peligroso y tenía lugar antes de que llegara el invierno y los fríos hicieran retirar a los osos a sus guaridas en el agujero de algún árbol o bien en alguna cueva natural entre las rocas, en cuyos sitios invernaban; pero su sitio predilecto era el primeramente citado. Cuando los indios encontraban uno de aquellos árboles con indicios y rasguños y una cavidad bastante grande para contener el cuerpo de alguno de aquellos animales, uno de los cazadores trepaba por el tronco hasta su parte superior y, con una estaca, inquietaba al animal hasta hacerle salir de su madriguera. Muy a menudo era ésta una empresa arriesgada, porque el oso, irritado de que su sueño de invierno fuera interrumpido, salía antes de que el indio tuviera tiempo de ponerse a salvo; y eso cuando no eran dos o tres los osos que salían del mismo agujero. Otras veces el animal no quería salir de ningún modo y había necesidad de apelar al fuego. Ataban un pedazo de leña seca y podrida a lo largo de un palo largo, le prendían fuego y lo metían por la boca de la cueva, y a los pocos momentos salta el oso disparado, resollando y gruñendo.

El búfalo y el alce eran cazados con el arco y las flechas, armas que tenían la ventaja de no hacer ruido. Los indios se arrastraban por entre la hierba alta hasta llegar al sitio conveniente y muchas eran las veces que mataban algún búfalo sin asustar al resto de la manada, lo cual les permitía repetir el tiro contra algún otro de aquello: la carne era cortada en largas y delgadas tajadas y puestas a secar al sol, y luego colgada del techo de las habitaciones. Las pieles eran asimismo secadas, utilizándose, una vez curtidas, como vestidos o bien para recubrir las paredes y techos de los wigwams.

A los pieles rojas les gustaba mucho la miel y el azúcar de sicómoro, y el encuentro de una colmena o de una grieta en alguno de aquellos árboles, goteando su savia azucarada, era motivo de regocijo general.

Las colmenas se encontraban generalmente en el hueco de algún árbol. El azúcar de sicómoro lo extraían, de dos maneras distintas, de la savia del referido árbol. Una vez recogida la savia en vasijas, mediante unos tubos de abedul que introducían en las grietas del tronco, la hervían hasta que el agua se había evaporado. Cuando no tenían calderas a propósito, la extracción del azúcar se practicaba por el frío: dejaban la savia disuelta en poca agua, en vasijas de poco fondo, al aire libre durante la noche para que se helara, y al día siguiente quitaban la capa de hielo y encontraban el azúcar en el fondo de la vasija, pues va es sabido que con la congelación el azúcar se elimina del agua.

Isaac hacía todo lo que podía para ayudar a los indios a completar sus provisiones de invierno y empleaba muy buenos ratos en aquellas tareas. Se complacía particularmente en las partidas de pesca que se organizaban especialmente en el mes de noviembre durante la noche. Salían en canoas con grandes antorchas encendidas en la proa y remaban procurando no hacer ruido. El brillo de las antorchas, a través de las aguas transparentes, atraía y fascinaba a los peces, los cuales acudían en grandes bandadas apretujándose alrededor de la canoa hasta tocar el fondo del riachuelo. En una de aquellas noches iba Isaac de pie en la proa, con el arpón en la mano, y al ver un enorme pez hizo seña a los indios de que fueran con precaución. Los gulas remaron sin hacer ruido mientras Isaac levantaba el brazo preparando el arpón. Un instante después había lanzado el hierro con tal furia que se abalanzó y cayó de cabeza al agua, con el consiguiente susto y chapoteo. Va sin decir lo que se divertían los indios con todos aquellos incidentes

Durante las noches de otoño, antes de que apretaran demasiado los fríos, se organizaban las danzas de los enamorados. Todas las muchachas y los jóvenes solteros esperaban con ilusión poder tomar parte en aquellas fiestas. A la luz de enormes hogueras y teniendo por espectadores a los jefes, ancianos, mujeres y chiquillos de las tribus, las

muchachas y muchachos, ataviados con vistosos trajes, danzaban formando dos círculos concéntricos. Ellos llevaban en la mano derecha una calabacita seca que contenía algunos guijarros, y con ellos marcaban el ritmo de la danza. El círculo de los muchachos iba estrechándose, y cuando llegaban a tocar al de las muchachas, murmuraban una palabra al oído de su pareja; una nota más fuerte y más aguda del canto daba la señal y los dos círculos cambiaban de dirección, continuando así hasta que terminaba el canto.

Isaac, como ya se ha dicho otras veces, tomaba parte en todas aquellas fiestas y diversiones y ocupaba su lugar como uno de tantos en todas las fases de la vida india : cazó, jugó, trabajó, bailó y cantó siempre de muy buena gana; pero cuando llegaron los largos y tristes días del invierno con sus heladas que obligaban a la gente a permanecer ociosa en el interior de los wigwams, se impacientó de un modo indescriptible, hasta tal punto que algunas veces se pasaba varios días taciturno y sombrío, arrinconado en su camastro, sin mezclarse para nada con los indios. Cuando esto sucedía, Myeerah le dejaba para no importunarle.

Pero a pesar de todo, ni en sus horas más felices se divertía demasiado. Lo único que nunca le cansaba era la observación y el estudio de los niños. Las mujeres indias ataban a sus bebés con correas a un pedazo de madera llana y lo cubrían todo con un ancho pedazo de piel de ante, y así dispuestas colgaban aquellas rudimentarias cunas de algún gancho de su tepee o bien de la rama de algún árbol, en donde los pequeñuelos se pasaban el tiempo sin llorar ni proferir el más mínimo grito. Cuando se le presentaba la oportunidad de no ser observado, lo cual sucedía sólo muy raramente, Isaac se divertía con los pequeños. A menudo levantaba la piel de ante que cubría aquella especie de cuna y miraba al pequeño sujeto que estaba allí escondido, el cual a su vez se quedaba mirándole sorprendido y con los ojos abiertos de par en par.

El amigo más íntimo de Isaac era un hermoso niño de seis años a quien él llamaba Capitán Jack, hijo del jefe de guerra de los Hurones llamado «Trueno de las Nubes.. A pesar de su tierna edad, se sostenía perfectamente montado en un caballo salvaje, y con su pequeño arco colocaba flecha tras flecha alrededor del blanco. Se había pintado unos dibujos guerreros en su casaca de pierde ante y había querido que le hicieran un gorro de guerra adornado con las correspondientes plumas como los de los hombres. Conociendo que Capitán Jack sería algún día un poderoso jefe, Isaac le enseñó a hablar el inglés y procuró hacerse querer del muchacho a fin de que cuando llegara a hombre se acordara de su hermano blanco y se mostrara clemente con los prisioneros que cayeran en. su poder.

Otro de los favoritos de Isaac era un viejo indio que se había medio criado en Ottawa y era pariente lejano de Tarhe. Era tan viejo que nadie sabía su edad; su cara arrugadísima estaba cubierta de cicatrices; andaba muy encorvado bajo el peso de sus años, y a pesar de que pasaba la mayor parte de su vida durmiendo, cuando se despertaba era arrogante y simpático, sobre todo cuando contaba sus proezas guerreras.

Una de sus historias favoritas era la de la parte que él había tomado en los acontecimientos de aquel fatal y memorable día 2 de julio de 1775, cuando el general Braddock y sus tropas inglesas fueron exterminados por los franceses y los indios cerca del Fuerte Duquesne.

El viejo contaba cómo Beaujeu con sus franceses y él con sus quinientos guerreros indios prepararon la emboscada contra el ejército de Braddock; cercaron sus tropas, pusieron fuego a la hierba alta y a los árboles de la hondonada y arrojaron una granizada de balas sobre aquellos desconcertados soldados ingleses, quienes, no acostumbrados a su mortal y oculto enemigo, se precipitaron unos contra otros como una manada de asustados carneros, muriendo casi todos sin poder llegar a defenderse. Recordaba luego que, quince años después de aquella batalla, fue a la colonia de Kanawka para parlamentar con el Gran Jefe, el general George Washington, quien viajaba por aquel país, y después de contarle que él había dado

muerte al general Braddock y que había disparado repetidas veces sobre él sin conseguir tocarle, no obstante matar dos de los caballos que montaba, renunciaba definitivamente a levantarse contra él porque estaba convencido de que le protegía el Gran Espíritu, el cual lo reservaba para un glorioso porvenir.

Myeerah era el nombre indio de un raro y hermoso pájaro, la grulla blanca, más comúnmente conocido por ellos con el nombre de «paseante de las aguas" Había sido el nombre de la madre y de la abuela de Tarhe. La actual Myeerah era hija de una mujer francesa que había sido hecha prisionera cuando niña, adoptada por la tribu Hurón y casada más tarde con Tarhe, su jefe. El único vástago de aquella unión fue Myeerah, conocida en los fuertes de Detroit y Canadá como la hija blanca de Tarhe. El jefe Hurón visitaba a menudo las ciudades que había en las orillas del lago y estaba orgulloso de llevar siempre consigo a la hija. Hubo hombre blanco que vino de lejanos países para admirar la belleza de la joven india, y muchos fueron los militares franceses que la pretendieron en vano.

Cuando Myeerah sólo tenía cinco años, los guerreros de su padre capturaron a los hermanos Zane y ya desde aquella temprana edad se sintió atraído por Isaac, quien debía unirse a ella para toda la vida. Al cabo de dos años vinieron de Detroit para rescatar a los hermanos prisioneros y ella mostró tal pena cuando supo que su amigo Isaac iba a ser devuelto a su gente, que Tarhe no quiso aceptar ningún rescate por él; y cuando la niña creció, su afición infantil se trocó en un amor tan inmenso que le salvó en más de una ocasión la vida, mientras se mostraba inexorable en la cuestión de devolverle la libertad.

Era bondadosa y clemente con los prisioneros blancos que caían en poder de los Hurones; había curado con sus propias manos a muchos heridos y había salvado de la estaca y del cuchillo a muchos desgraciados ; y cuando sus esfuerzos para persuadir a su padre de que perdonara a alguien eran inútiles, se retiraba entristecida a su habitación y se quedaba allí horas y horas llorando.

Su enamoramiento por "Águila Blanca- (el nombré Hurón de Isaac) era una vieja historia conocida de todas las tribus. Al principio, algunos guerreros Delawares y Shawnees, que habían fracasado en la conquista del amor de Myeerah, la habían escarnecido abiertamente por el amor al .rostro pálido- ; pero los guerreros Wyandots, que consideraban a Isaac como al hombre amado por ella y habrían ido sin titubear a las garras de la muerte a la más leve indicación de su princesa, se resintieron de los insultos dirigidos a ella y los lavaron en seguida con sangre. Ahora nadie se habría atrevido a echárselo en cara.

En la primavera siguiente a la captura de Isaac le ocurrió a éste un serio accidente. Isaac había llegado a ser muy hábil en el juego indio de la pelota, muy parecido al lacrosse[3] canadiense y del cual, sin duda, deriva éste. Se colocaban unos marcos a los dos extremos de una llanura lisa y cada uno de los dos bandos elegía uno de ellos que tenía que defender, al mismo tiempo que intentar la introducción de la pelota en el marco contrario. Un bien dispuesto juego de pelota indio ofrecía una maravillosa escena de movimiento y de color, ya que se veían correr sobre la llanura a cientos de guerreros fuertes y ágiles arrojándose aquí y allá, o luchando en masa, pateando y combatiendo todos con el loco afán de alcanzar la pelota.

Como Isaac poseía la tradicional ligereza de los Zane, eran muchas las veces que, gracias a ella, alcanzabas la pelota, arrancaba en vertiginosa carrera a través del campo y, esquivando a los defensores del marco contrarió, tiraba la pelota entre los postes, hecho del cual podía estar muy orgulloso el muchacho que lo conseguía.

[3] Juego parecido al basa-ball y al rugby.

En él curso de uno de estos partidos, «Zorro Rojos, un guerrero Wyandot enamorado desde mucho tiempo sin esperanza de Myeerah y que, por lo tanto, aborrecía con todo su corazón a Isaac, aprovechó la ocasión para vengarse. Era, como Isaac, un corredor veloz y en una de aquellas luchas cuerpo a cuerpo para conseguir el dominio de la pelota, al verse derrotado, dio rienda suelta a su celosa locura y le descargó con su palo corvo un golpe terrible en la cabeza. La suerte de Isaac estuvo en que el golpe fue corto y rápido, porque de no haber sido así, de seguro habría quedado muerto en el acto. Así y todo, la herida causada era profunda y manaba sangre en abundancia. Le llevaron a su cabaña y fueron rápidamente llamados varios médicos de la tribu. En cuanto Isaac recobró el conocimiento llamó a Myeerah y le rogó encarecidamente que no fuera castigado -Zorro Rojo-, ya que pensaba que aquel castigo no conseguiría nada más que agravar la situación, mientras que si conseguía el perdón del agresor que le había herido de una manera tan cobarde, movería a una mayor simpatía a los demás indios. Sin embargo, sus ruegos no consiguieron ningún efecto en Myeerah. Estaba furiosa y dijo que si "Zorro Rojo., que había escapado, volvía a la aldea, pagaría con su vida su acción, aunque ella misma tuviera que. darle muerte con sus propias manos.

Isaac sabía bien que Myeerah cumpliría su palabra, y cada mañana, cuando la vieja india que le llevaba la comida entraba en su habitación, temía recibir la noticia de que su agresor había recibido la muerte. «Zorro Rojo» era un muchacho muy popular y muchos fueron los indios que no creyeron que el golpe hubiese sido intencionado. Sin embargo, Isaac se inquietó inútilmente, ya que «Zorro Rojo» no volvió nunca más al poblado ni se supo nada más de él.

Durante su convalecencia fue cuando Isaac aprendió a amar de veras a la muchacha india. Ella mostró tal aflicción durante los primeros días que siguieron a su agravio y tal su alegría cuando supo que estaba fuera de peligro, y durante su convalecencia, que Isaac quedó maravillado., Lo cuidó con ansiosa solicitud; cuando lavaba y vendaba su herida, cada contacto de sus dedos era una tierna caricia; pasaba largas horas sentada a su lado y su voz sonaba melodiosa cuando quedamente murmuraba los cantos de amor de los Hurones. ¡ Qué misterioso encanto invadía el alma de Isaac cuando a la luz condensada del crepúsculo, Myeerah apoyaba su cabeza sobre su hombro y escuchaba el canto vespertino del whip-poor-will!.[4]

Los días pasaban, y una tarde, cuando Isaac estuvo ya restablecido, paseando los dos por la orilla del río, mientras soplaba dulcemente el tibio aliento del verano, Myeerah le dijo

-Ya vuelves a estar triste.

-Siento nostalgia. Necesito ver a mi gente. Myeerah, tú me has dado un nombre muy adecuado; el águila no puede ser feliz sino en libertad.

El águila es feliz con su compañera; y ¿qué vida puede ser más feliz que la de los Hurones? Pero yo confío en que al fin estarás siempre contento.

-¡Cuánto tiempo que no te he hablado de mi libertad! Myeerah, ¿quieres libertarme? ¿O quieres que otra vez persiga aquellas terribles probabilidades de escapar? ¡Yo no puedo conformarme a vivir siempre así, aquí, de este modo! Algún día no podré aguantarme; probaré de huir nuevamente y me matarán; y si tú me quieres no podrás olvidarlo nunca.

-¿No te quiere de veras Myeerah? -preguntó ella mirándole con ojos tristes y llorosos.

-No lo dudo; pero algunas veces pienso que no es ésa la verdadera manera de amar; es una manera demasiado salvaje. No se encontraría ningún hombre que se aviniera a estar prisionero por la simple razón de que una mujer le ama. Myeerah, he probado de enseñarte muchas cosas: el lenguaje de mi gente, sus modales e ideas, pero no he conseguido

[4] Pájaros de aquellas latitudes que, a semejanza del ruiseñor, canta durante la noche.

civilizarte. No puedo hacerte comprender que no es propio de una mujer... Ven, no te alejes. Yo no soy indiferente. He aprendido ya a quererte; tu belleza y tu ternura han hecho imposible en mí ningún otro amor más que el tuyo.

-Myeerah está orgullosa de su belleza si gusta al «Águila Blanca». Su belleza y su amor son suyos; pero las palabras del «Águila» entristecen a Myeerah porque ella no puede decirle lo que siente. Las palabras del rostro pálido vuelan ligeras y suaves como las aguas murmuradoras del arroyo; pero el corazón de Myeerah rebosa mientras sus labios son mudos.

Isaac y Myeerah detuvieron sus pasos bajo un olmo frondoso cuyas ramas tupidas caían hasta el río proyectando sobre sus aguas una dulce oscuridad. La acción prolongada de las aguas en las grandes avenidas había ido llevándose la tierra de sus raíces dejándolas desnudas y secas cuando la corriente era baja; y como si la Naturaleza hubiese cuidado con celo de los intereses de los enamorados, las había retorcido y encorvado de tal manera, que formaban un banco de caprichosa forma colgando sobre las aguas, cuidadosamente oculto a los ojos de todo el mundo, excepto a los del castor y a los de la almizclera. El banco estaba tapizado de musgo fresco y húmedo de rocío y a su alrededor las violetas y las campanillas azules ocultaban sus modestas corolas bajo hojas verde oscuro, mientras los delicados helechos tejían sus maravillosos encajes que la fresca brisa de verano mecía dulcemente.

-Entonces, si el jefe blanco ha aprendido a quererme, no probará a escaparse - murmuró tiernamente Myeerah mientras se abandonaba a los brazos de Isaac y apoyaba su cabeza sobre su pecho-. ¡Te amo, te amo!... ¿Qué sería de Myeerah si la dejases? ¿Podría nunca ser feliz? ¿Podría olvidar jamás? ¡Oh, no, no! ¡Quiero guardarte cautivo conmigo

-¿Cómo convencerte de que me dejes ir?

-Si te libertara, vendría aquí para ir a dormir allí al fondo -replicó Myeerah señalando el oscuro charco.

-Entonces, ¿por qué no venir conmigo a mi casa y vivir allí conmigo?

-¿Ir contigo al pueblo de los rostros pálidos, en donde Myeerah sería escarnecida, burlada, despreciada y señalada como tu raptora? ¡Oh, no, no!

-¡Pero al ir lo serías! - exclamó vivamente Isaac Serías mi esposa; mi hermana y mi gente te amarían como a mí mismo... ¡Myeerah, ven y sálvame de este cautive-rio! ¡Vente conmigo a mi hogar y te haré feliz!

-No podrá ser nunca - murmuró ella tristemente después de una larga pausa -. Porque, ¿cómo poder alcanzar el fuerte por el gran río? Tarhe ama a su hija y no la entregará. Si probamos a huir, sus guerreros nos alcanzarán y Myeerah no podrá salvar tu vida... ¡Te matarían! ¡ Oh, yo no me atrevo a probarlo! ¡ Myeerah te ama demasiado para eso!

-Pues deberías probarlo - insistió Isaac -. Si me quieres de veras no puedes verme sufrir.

-¡No me digas eso nunca más! -exclamó Myeerah con nerviosidad y con una profunda pena pintada en sus ojos -. ¿Puede una princesa india, que tiene sangre de los grandes jefes en sus venas, probar su amor de una manera que ella no debe? Algún día comprenderás cómo me has ofendido. ¡Soy la hija de Tarhe, y un Hurón no puede mentir.

Poco a poco emprendieron el regreso al poblado, ambos con el corazón transido de dolor. Isaac, anhelando con vehemencia volver a su hogar, su familia y sus amigos, a pesar de sentir una entrañable ternura por aquella muchachita india que no quería libertarle. Myeerah, llena de piedad y de amor por él, y de temor de que su sueño querido no se viera nunca realizado.

Una noche lóbrega y tempestuosa, mientras la lluvia caía a torrentes y el crecido río rugía al lado del poblado, Isaac se deslizó fuera de su vivienda sin ser visto, y envuelto por las profundas tinieblas de la tormenta se arrastró por entre las líneas de tepees hasta llegar al río. ¡Por fin se le ofrecía aquella oportunidad por la que tanto había suspirado! Se zambulló en las aguas y flotando a merced de la corriente ligera, pronto. perdió de vista las luces

vacilantes de la aldea. Media milla más abajo salió del río y corrió por la orilla hasta encontrar un árbol gigantesco que le sirviera de guía y allí volvió bruscamente hacia el Este y se internó en la espesura de los bosques. Estuvo andando durante toda la noche y al día siguiente en aquella dirección sin descansar y sin tener nada para comer más que un pequeño pedazo de carne de búfalo que había tenido la precaución de guardar en uno de los bolsillos de su camisa de caza, Durante la segunda noche de su huída descansó un rato; y a la mañana siguiente continuó su precipitada marcha hacia el Este. Él esperaba alcanzar el río Ohio durante aquel día, pero no sólo no fue así, sino que observó que el terreno parecía levantarse gradualmente. No había atravesado parajes pantanosos ni vio hierbas altas ni vegetación, característica de las tierras bajas. Se detuvo e intentó orientarse. El país le era completamente extraño, a pesar de que creyó conocer el lecho general de aquellas cumbres y el curso de las aguas.

El cuarto día, Isaac se hallaba perdido sin esperanza en medio de aquellas selvas desconocidas y empezaba a sentir los dolores del hambre, pues sólo había comido algunas hierbas y bayas durante aquellos días. Sus vestiduras de piel de ante estaban hechas jirones; sus mocasines, reventados, y los pies, lacerados por las piedras y espinas de los abruptos parajes que atravesara. Empezaba a oscurecer cuando por primera vez tuvo conciencia de que se había extraviado. Sin embargo, aguardó esperando a que llegara la noche para orientarse con la estrella del Norte, el guía más fiel de los cazadores; pero el cielo estaba cubierto por las nubes y le fue imposible distinguir ni una estrella. Muerto de cansancio y perdida toda esperanza, dejó caer su extenuado cuerpo en un macizo de laureles y aguardó que' amaneciera.

El lúgubre graznido de una lechuza, las pisadas furtivas de algún animal de patas ligeras al pasar cerca de aquellos matojos y los tristes gemidos del viento al azotar la cumbre de los árboles, le tuvieron desvelado durante largas horas; pero al fin le rindió el cansancio y se quedó dormido.

VII

Habían pasado las frías lluvias otoñales con sus ráfagas de nieve y ya el invernal solsticio con sus borrascas heladas había Regado. Los encendidos rojos y amarillos de la Selva Negra en .otoño habían cedido a los colores sombríos del invierno y su otoño era indescriptiblemente triste y desolado. En el remanso del río, a la cabeza de la isla, el hielo había formado. una estrecha garganta, y de orilla a orilla, los troncos y la maleza arrastrados por las aguas, junto coro gigantescos témpanos de hielo, habían formado una presa que llegaba a resistir el poderoso empuje de la corriente. Aquella presa natural permanecía sólida hasta que el tibio aliento de la primavera hiciera desaparecer los restos helados del viejo invierno. Todas las colinas de los alrededores del Fuerte Henry aparecían cubiertas por la nieve. Los despojos que el agua había arrastrado subían hasta el nivel de la valla del coronel Zane, llegando, en algunos sitios, incluso a cubrirla, mientras los pinos del patio se doblaban perezosamente bajo el peso de su blanquísima carga.

Los únicos seres vivientes que en esta mañana de enero se veían por los alrededores de la colonia eran un hombre y un perro que subían por la colina de Wheeling. El hombre llevaba un rifle, un hacha y varios cepos de acero. Sus botas de nieve se hundían en la maleza al remontar trabajosamente la escarpada colina, cuando repentinamente se detuvo. El perro había levantado su hocico y olfateaba el aire frío de la mañana.

-¿Qué es, Tige? - dijo en voz baja Jonathan Zane al perro-. ¡Anda, viejo, dímelo!

El perro contestó con un leve gruñido. Jonathan recorrió con la mirada todo cuanto le rodeaba, arriba y abajo, hacia la cañada del valle y a lo largo de la ladera de la colina, sin que consiguiera descubrir la menor señal de ser viviente alguno. Sólo nieve y nada más que nieve por todas partes con 1a inmensa monotonía de su blanco sudario, sólo interrumpida aquí y allá por la negra mancha del tronco de algún árbol. Tige continuó olfateando y, finalmente, gruñó de nuevo. Aguzando el oído hacia el lado de donde venía la brisa, a Jonathan le pareció percibir unos débiles berridos lejanos que venían de lo alto de la colina. Levantó su hacha y sus cepos y salvó lo más rápidamente que pudo la corta distancia que le faltaba para llegar a la cumbre de la colina, y al llegar alli distinguió perfectamente los aullidos de los lobos.

Desde allí, la colina descendía en una suave pendiente que terminaba en una amplísima llanura cubierta de nieve, al extremo de la cual, a un cuarto de milla de distancia, aparecía el bosque, bordeado por espesas matas de laurel. Jonathan no veía a los lobos, pero distinguía perfectamente sus entrecortados aullidos, señal evidente de que debían perseguir a algún ser viviente, hombre o animal. Su incertidumbre no se prolongó mucho, porque al cabo de unos momentos apareció un venado en la espesura. Jonathan vio que se trataba de un ciervo. El pobre animal estaba exhausto; su cabeza colgaba de mi lado a otro y, por fin, cayó despacio sobre sus rodillas dando señales de su angustioso agotamiento. Un instante después resonaban de nuevo, hacia la derecha, los aullidos de los lobos, y el animal después de mirar a su alrededor, al descubrir a Jonathan y a su perro, se tambaleó un momento sobre sus patas y, en un supremo esfuerzo, se incorporó y echó a correr hacia ellos. A -una palabra enérgica de Jonathan, el perro se echó sobre la nieve mientras él trataba de esconderse detrás de un árbol a fin de disparar cuando el ciervo estuviera bien cerca. Pero el animal, lejos de querer guardarse del hombre y de su perro, vio en ellos unos enemigos menos terribles que los que aullaban detrás de él y fue en derechura, con su trote desigual, hacia el árbol en que se escondiera Jonathan, y se dejó caer a un metro de sus pies, temblando y encogiéndose de dolor, mientras unas gotas de sangre teñían la nieve a cada resuello. Sus grandes ojos pardos tenían una mirada triste y cansada, una expresión casi humana en su agonía.

Otro aullido prolongado hizo volver la cabeza a Jonathan hacia la espesura y vio que de allí salían cinco lobos, y hambrientos, que, con el hocico pegado a la nieve, seguían las huellas del venado, y al llegar al sitio donde había caído primeramente rompieron el silencio de aquellos lugares con un coro de hambrientos aullidos.

-¡Bueno!-:exclamó Jonathan -. Procuraremos que no nos muerdan mientras tratamos de cumplir con nuestro deber. Tige, vamos a salvara ese ciervo de los dientes de esos demonios verdes, aunque, nos cueste una pierna. Ahora, quieto aquí, viejo; espera...

Cuando los lobos estuvieron a unos cincuenta metros del árbol hacia el cual se dirigían con extraordinaria ligereza, Jonathan se echó el rifle a la cara y disparó mientras gritaba, con toda la fuerza ida sus pulmones

-¡ Sus, Tige, ; ¡sus ! . .. ¡ ellos! ... ¡Cógelos!

Al tratar de detenerse repentinamente en su veloz carrera, los lobos resbalaron sobre la nieve helada y rodaron sobre sí mismos dando volteretas. Uno de ellos quedó muerto:-en el acto y otro herido-por los disparos de Jonathan, mientras los demás volvían la cola y se largaban a todo correr hacia la espesura, al tiempo que Tige se precipitaba sobre el herido y daba buena cuenta de él.

-Buen Rabo Blanco-dijo Jonathan mirando al ciervo-, aunque fueras el último ciervo del valle no te haría el menor daño. Anda, ya no tienes nada que temer de aquel hatajo de cobardes.

Y así diciendo, llamó a Tige y emprendió el regreso a la colonia, y una hora después ya estaba sentado ante el hogar de la confortable casa del coronel Zane, en la cual todo respiraba alegría. Unos troncos de nogal crujían, ardiendo en el fuego.

-¡Hola, Jack! ¿De dónde vienes? -dijo el coronel, que en aquel preciso momento entraba -. No te había visto desde que estamos cubiertos de nieve. ¿Has ido a ver los cabellos? Yo en tu lugar no emprendería el camino de Fuerte Pitt hasta que mejorara el tiempo. Claro que puedes ir en trineo; pero si escucharas mi consejo te quedarías en casa. Este tiempo durará todavía... Créeme; deja que esperemos a lord Dunmore.

-Es verdad. Me parece que vamos a tener un tiempo de más demonios.

-No te quepa la menor duda. Ya se lo dije a Betty en otoño, que íbamos a tener un invierno crudísimo. No tienes más que mirar y todo lo indica: mira las secas y apretadas hojas del maíz, las agrietadas cáscaras de las nueces, la corteza de los árboles, encogida como yo nunca había visto. En octubre, Tige mató un coatí, con el pelo más largo y espeso que en mi vida he visto... En fin; podría darte a docenas las señales que indican el rigor de este inviernos,, y todavía tenemos para cinco o seis semanas. Dentro de ocho días mataremos el puerco; lo mejor que puedes hacer es esperar hasta entonces y luego ya decidirás.

Pero, Eb; es que ya empieza a aburrirme el cortar leña y merodear por esos alrededores.

-¡Vamos! ¡Otro lunático! -exclamó el coronel mirando bondadosamente a su hermano-. Créeme, Jack; si estuvieras casado dominarías fácilmente al demonio azul de tus alunas». Yo también las sufría antes, porque es un mal de familia. ¡Cuántas veces vi a nuestro padre coger el fusil y marcharse a los bosques y no volver hasta que le había pasado! Yo también lo hice muchas veces; pero desde que me casó con Bessie se me han acabado las alunas». Créeme, Jack, cásate; te instalarás, trabajarás y no tendrás más tiempo para irte solo a rondar por los bosques.

-Prefiero las alunas», como tú las llamas-replicó Jonathan-. Un hombre de mis disposiciones no tiene derecho a casarse. Este tiempo me pone a prueba porque me veo obligado a permanecer en casa. No tengo que salir de caza porque no necesitamos carne, y aunque la necesitáramos no tendría necesidad de salir del fuerte. Esta misma mañana he visto tres venados delante del granero. Estaban casi muertos de hambre. En cuanto me han visto, se han alejado un poco, pero volvieron en seguida a comerse el heno que yo les dejé alli. Esta misma tarde Tige y yo hemos salvado la vida a un ciervo muy grande que una manada de lobos perseguía. El pobre animal vino derecho a mí, de tal modo, que habría podido tocarle con la mano... Este tiempo tan infernal echa a los pobres animales de los bosques y de todas partes.

-Es ,verdad; este tiempo destruye más venados que el que destruiría todo un ejército. ¿Has hecho algo con tus cepos?

- Sí; tengo treinta prados afuera.

- Si sales, encárgale a Sam que baje otra carga de forraje. para el ganado antes de soltarlo..

-¡Vamos, Eb: - exclamó la esposa del coronel Zane cuando Jonathan hubo cerrado la puerta -, que no tengo paciencia con el carácter de tus hermanos! Todos son iguales: siempre necesitan salir.¡Vaya una idea la de remontar el río con este tiempo! Si Jonathan no se preocupa por él, debiera por lo menos preocuparse por sus caballos.

-Querida mía: yo era tan salvaje y malhumorado como Jack antes de conocerte a ti - replicó el coronel-. Puede que tú no me creas, pero yo te aseguro que una bonita mujer de su casa puede hacer milagros con un hombre, en este sentido. Mis hermanos no tienen nada que les detenga en el hogar.

-Puede que sea por eso. Pero yo no creo que Jonathan llegue a casarse nunca. Silas, en cambio, ya es más fácil que se decida. Ya estuvo galanteando durante una temporada a Mary Bennet. Pero el único que ha podido vencer este espíritu aventurero y este deseo constante de pasarse la vida en la soledad de los bosques en busca de algo para matar, has sido tú. Tu mismo hijo Noah crece igual que todos los Zane. Lucha con todos los niños de la colonia y

no puedo corregirle de eso. No es malo, porque nunca le he visto cometer ninguna crueldad; pero tiene ese espíritu de lucha vuestro.

-¡Ja, ja, ja! Me parece que lo que es de eso, ni tú ni nadie lo corrige - contestó riendo el coronel -. Me divierte que hayas observado que sigue el mismo camino de todos los Zanes Pero... ¿qué me dices de los Mac-Colloch? Tu padre, el Mayor y John Mac-Colloch, ¿son algo distinto de los luchadores? Pero no te preocupes por eso; aquí, en la frontera, ése es el mejor rasgo que pueda tener la juventud, porque le es necesario. ¿En dónde está Betty?

-Le he encargado que saliera a dar un paseo en trineo con los niños. Betty necesita distraerse. Pasa demasiado tiempo encerrada en casa y de una temporada a esta parte está muy pálida.

-¿Qué dices?-preguntó extrañado el coronel-. ¿Que Betty no tiene buen aspecto? ¡Si nunca ha estado enferma! Francamente, yo no he advertido nada.

-Ya me lo figuro. Los hombres no advertís fácilmente estas cosas. Lo que yo te digo es que Betty es muy diferente de las otras muchachas de su edad. Se pasa la mayor parte del tiempo encerrada en su cuarto, detrás de la ventana, y eso para una chiquilla tan movediza como ella, que cuando no batallaba con los niños se distraía con el dedal, es una cosa muy extraordinaria. Ayer mismo, sin ir más lejos, cuando entré en su cuarto, cogió apresuradamente un libro y, fingiendo que estaba leyendo, se tapó con él la cara. Vi que había llorado.

-¿Quién sabe si la habré descuidado un poco? -dijo gravemente el coronel -. ¿Crees que se siente desgraciada entre nosotros? ¿Cuándo advertiste por primera vez ese extraño cambio en ella?

-Poco después de haberse marchado el señor Clarke, en otoño pasado.

-¡Clarke! ¿Qué tiene que ver Clarke con Betty? No entiendo a dónde quieres ir a parar con eso'- exclamó el coronel parándose repentinamente delante de su esposa y palideciendo ligeramente -. Ya había olvidado enteramente a ese muchacho. Pero, Bess, ¿qué quieres decir con eso?

-¡Vamos, hombre, no pongas esa cara, que me asustas! -replicó su esposa cogiéndole tranquilamente del brazo-. No quise decir nada extraordinario, o mejor dicho, nada malo contra el señor Clarke: El muchacho era un perfecto caballero y a mí me gustaba del todo...

-Y a mí también me gustaba- interrumpió el coronel.

-Pues me parece que a Betty le interesaba, porque observé que con él se mostraba diferente que con los otros. Pero se ha marchado y la ha olvidado. Eso es un poco raro para nosotros, porque no podemos concebir que haya alguien que se muestre indiferente con nuestra hermosa Betty. Pero no hay más remedio que reconocer que, por muy atractiva que una mujer sea, los hombres a veces sois así; las amáis y después os alejáis de ellas y las olvidáis fácilmente... Oigo que vienen los niños. Procura que Betty no adivine que hemos estado hablando de ella, porque es más viva que una trampa de acero.

Afuera resonaron los chillidos y las risotadas de los pequeños; la puerta se abrió y Betty entró corriendo seguida de los vigorosos rapaces de mejillas coloradas, cubiertos, los tres, de nieve.

-¡Ah, cómo nos hemos divertido! - gritó Betty -. Hemos ido hasta la orilla del río. Una vez allí, hemos dado una voltereta al trineo y lo hemos dejado entre la nieve. ¡La batalla que se ha armado con las bolas de nieve! Nada, que los niños me han hecho salir los colores volando hacia casa.

El coronel Zane observaba con atención a su hermana. Sus mejillas resplandecían de salud y sus ojos centelleaban de placer. No pudiendo encontrar en Betty ningún detalle que le obligara a deducir que su esposa estaba en lo cierto, concluyó que las mujeres están mucho mejor indicadas que los hombres para juzgar a las de su propio sexo, y tuvo que confesarse que el único cambio que en Betty podía observarse era el de su hermosura, cada día en aumento.

-¡Oh, papá! -exclamó Noah-. Con una bola de nieve tremenda he tocado a Sammy en la mismísima cabeza y a Betty la he hecho venir corriendo hasta aquí. Yo me he deslizado hasta el extremo de la colina... ¡Lo asustadísimo que estaba Sammy!

-Noah : si Sammy vio que era peligroso y se deslizó contigo, señal de que es más valiente que tú. Anda; ahora id corriendo a Annie para que os quite esa ropa que está mojada.

-Yo también voy a ponerme un vestido seco -dijo Betty -. Estoy casi helada, y el frío aprieta cada vez más. He visto entrar a Jack. ¿Va a ir al Fuerte Pitt?

-No; ha decidido esperar a que mejore el tiempo - contestó el coronel -. Esta tarde he encontrado al señor Miller cerca de la fortaleza y quiere que vayas en su trineo al baile de esta noche en casa de Watkins. Irá toda la gente joven. Es un trayecto un poco largo, pero me parece que no habrá ningún riesgo. Silas y Wetzel irán también. Te vistes bien abrigada y vas con ellos. Tú no conoces todavía a la vieja abuela Watkins.

-Me gustaría mucho ir -contestó Betty subiendo a su cuarto.

La habitación de Betty era muy pequeña si se tiene en cuenta que era uno de los departamentos de la casa de un pioneer. Tenía dos ventanas, la mayor de las cuales se abría de cara al río. Las paredes habían sido cuidadosamente revocadas, cubiertas con blanca corteza de abedul y decoradas con caprichosas pinturas y adornos indios. Una brillante alfombra cubría el pavimento; en un rincón había una pequeña estantería con libros y los muebles restantes consistían en dos sillas, una mesita, una cómoda con su espejo y un gran guardarropa, en el que Betty guardaba los vestidos que se había traído de Filadelfia y que constituían la admiración de todas las muchachas del poblado.

-Yo me pregunto por qué me miraría Eb con tanta atención-murmuraba Betty mientras .se quitaba los pequeños mocasines-. De ordinario no le gusta mucho que vaya tan lejos y fuerte, y en cambio ahora quiere que vaya a divertirme a ese baile. Pero yo me pregunto qué le habrá dicho Bessie.

Después echó un poco de leña al fuego, que ya empezaba a apagarse, se sentó cerca de él y se quedó un rato pensativa.. Como todos los que tienen un secreto humillante, Betty estaba en una eterna sospecha y temía, incluso, que las paredes pudieran adivinarlo. Ligero como la luz le vino el pensamiento de que su hermano y su cuñada pudieran haberlo sospechado y hubieran estado hablando de ella; quizás, incluso compadeciéndola. Ante aquel pensamiento le vino el temor de que hubiera podido traicionarse a sí misma ante ellos y, por lo tanto, antes los demás; y con él, la sospecha de que las muchachas hubieran podido reírse de ella, todo lo cual llenó su corazón de amargura y de vergüenza.

¡Cuántas semanas habían transcurrido desde aquella noche en que Betty y Alfred habían estado juntos!

En dos grupos había vuelto la gente del coronel Zane, y Betty supo por Jonathan que Alfred les había dejado en Fuerte Pitt diciéndoles que tenía que irse hacia el Sur, a su casa. Al principio estuvo esperando alguna palabra de Alfred; una carta o, por lo menos, una excusa por su conducta de aquella noche; pero Jonathan no le trajo ni una palabra de su parte; y después de pasar día tras día esperando inútilmente aquella carta que no había de llegar, se hundió, por fin, en la desesperación más amarga.

Los últimos meses; sobre todo, habían cambiado su vida de la manera más absoluta; la habían cambiado de aquélla manera terrible que un pensamiento y un sufrimiento constantes, oculto al mundo, pueden cambiar la vida de una muchacha. Estaba tan abismada en si misma, tan concentrada en sus sueños, que ni siquiera prestaba la más mínima atención a la gente que la rodeaba, sin pensar que los seres que la querían y que estaban constantemente procurando por su bienestar advertían inmediatamente el más leve cambio que en ella se observara. Con repentina sorpresa descubrió que aquel mismo día hacía justamente un mes que no había jugado con dos niños. El pequeño Sammy le había

preguntado candorosamente por qué ya no reía nunca. ¡he aquí el porqué de las extravagantes locuras de Tige aquella mañana! ¡He aquí la causa de los relinchos de alegría de Madcap, de los chirridos de las ardillas y de las travesuras de César en la nieve! Sin darse cuenta había ido desatendiendo a sus favoritos; había ido descuidando su trabajo, las lecciones de los niños, sus amistades y sus hermanos. ¿Y por qué? ¿Qué deberían decir sus amigos? De seguro que dirían que había estado pensando en un galán que la había olvidado completamente; v si decían eso, decían la verdad, ya que Betty había estado pensando constantemente en él.

Con amarga pena iba recordando los días en que le conoció y que ahora parecían tan lejanos. ¡Cuánto le había disgustado Alfred! ¡Qué enfadada había estado con él y cuán desdeñosamente había rechazado su primera tentativa de amistad! Pero su orgullo había sido vencido poco a poco mientras empezaba insensiblemente la lucha con su corazón. ¡Y no se había dado cuenta, hasta que Alfred se hubo alejado, de que los instantes más dulcemente felices de su vida habían sido los que a su lado pasara! Recordaba su figura, tal como siempre la había visto, y ¡qué gusto daba mirarle tan fuerte, tan enérgico y, no obstante, tan amable

-¡Ah, no puedo soportarlo! -murmuró al fin Betty sollozando, dando así vuelta al impulso de su tierno sentimiento -. ¡Le amo; le amo y no puedo olvidarle! ¡Oh, qué vergüenza!

Y bajó la cabeza hasta las rodillas y su forma esbelta tembló durante un largo rato. Media hora más tarde, cuando levantó la cabeza, su cara estaba pálida y fría. Tenía el aspecto de una muchacha que se dispone a hacer frente a la lucha que ante sí se presenta. Una firme resolución se leía en sus ojos brillantes y ni el más leve temblor agitaba sus apretados labios.

Betty era una Zane, y los Zanes eran una raza de luchadores. Su sangre había sido siempre ardiente y apasionada, como la de aquellas gentes prontas a amar o a odiar con todo el corazón; como la de aquellas gentes atrevidas que han luchado y muerto por su patria; como la de aquellos guerreros que han conquistado a sus amadas con la espada en la mano. Era aquel instinto el que ahora se despertaba en el espíritu de Betty, dándole fuerza y orgullo para defender su secreto y para luchar contra el más ferviente deseo de su alma.

-¡Quiero olvidarle! ¡Quiero desterrarle para siempre
de mi corazón! -exclamó apasionadamente-. Él nunca mereció mi amor y fui demasiado tonta al permitirle que se divirtiera conmigo. Yo no le importé nunca desde el momento que se marchó y me ha olvidado. ¡Le odio!

Al fin, Betty, vencida su excitación, bajó a cenar, procuró estar alegre como antes y charlar con vivacidad. -Bessie, estoy convencido de que has exagerado la nota-dijo el coronel Zane cuando Betty se hubo marchado a su cuarto a vestirse para el baile -. Al fin y al cabo puede que no sea otra cosa más que su aburrimiento y que ya empieza a cansarse de este desierto espantoso; y si es así no hay de qué extrañarse. Tú sabes muy bien que ella estaba acostumbrada a la comodidad de la ciudad. a la vida de sociedad, a la gente joven... y a todas esas cosas. Éste es el primer invierno que pasa en la frontera. ¡Ya cambiará!

-Bueno, como quieras -contestó su esposa con una irónica sonrisa en los labios-. Sea como sea, ¿qué opinas de ese muchacho, Ralfe Miller, que últimamente ha galanteado a Betty?

-No conozco mucho a ese muchacho, Bessie. Parece agradable y tiene buen talante. ¿Por qué lo preguntas? -El Mayor me dijo que, en Pitt, Miller tenía muy mala fama y que era muy amigo de Simón Girty antes de que éste renegara de los suyos y fuera contra ellos al lado de los indios.

-¡Hum! Tendré que hablar de eso con Sam. De todos modos, por el simple hecho de conocer a Girty no se le puede condenar. Todas las mujeres creéis que Simón Girty es el mismísimo príncipe de los demonios. Pues bien; yo he conocido a Girty antes de que se fuera

con los indios y Simón no era un mal muchacho. Su hermano James es el que ha cometido los hechos que han infamado el nombre de Girty.

-Pues bien; a mí no me gusta nada ese Miller -continuó la señora Zane -. Debo confesar que no tengo fundamento alguno para pensar así; el muchacho se muestra complaciente y agradable, pero detrás de todo eso yo adivino un doble fondo. Yo creo que ese hombre maquina algo.

-Si está enamorado de Betty, como tú crees, ya tiene bastante para maquinar. De todos modos ya me informaré, para "maquinar". De, todos modos ya me informaré - dijo el coronel Zane -. Betty tiene una acentuada inclinación al coqueteo, y si es cierto que le gusta Clarke, habrá recibido una buena lección.

-¡Ya quisiera que estuviese casada! Porque yo no dudo de que allá, en Filadelfia, no fuera ningún peligro para ella verse rodeada de admiradores; pero aquí en la frontera eso no puede ser. Aquellos hombres no son peligrosos; en cambio, aquí, las coqueterías de Betty pueden acarrearnos un trastorno algún día.

-¡Por Dios, Bessie, no exageres! ¡Si Betty es todavía una chiquilla!

-¿Qué quieres que haga? ¿Casarse con el primer hombre que la pretenda?

-¡ Mira, ya están aquí los bailarines! - interrumpió la señora Zane al percibir fuera de la casa el cascabeleo de los caballos rompiendo el silencio de la noche.

El coronel Zane se levantó, abrió la puerta y un ancho torrente de luz salió por ella a iluminar el camino. Tres espléndidos tiros uncidos a sendos trineos se detuvieron delante de la puerta y un coro de alegres exclamaciones saludó al general Zane al aparecer bajo el umbral.

-¡Muy bien, muy bien! - exclamó al ver bajar a Betty engalanada.

El coronel la envolvió con un abrigo de búfalo, en el rincón del primer trineo, y colocó bajo sus pies un saco de piel de ante que contenía una piedra caliente que la señora Zane había previsoramente preparado.

-¿Ya estamos a punto? ¡Pues adelante! -exclamó el coronel -. Tendréis un tiempo claro. A la vuelta seguid bien el rastro y muy alerta con los lobos.

Chasquearon los látigos, resonaron los cascabeles, y los caballos, impacientes, emprendieron el trote largo sobre la nieve resplandeciente, desapareciendo muy pronto de la vista del fuerte. La noche era clarísima y helada; innumerables estrellas salpicaban, brillantes, la negra bóveda del firmamento mientras la luna pálida derramaba su luz invernal sobre la tierra helada y blanca. Mientras se deslizaban las correderas ligera y suavemente, una fina polvareda de nieve seca y helada se levantaba bajo los cascos de los caballos, blanqueando los oscuros vestidos de las figuras que aparecían encima de los trineos.

El camino conducía colina abajo, pasado el fuerte, hacia el puente de la cañada, y bordeaba la Selva Negra. El trayecto era bastante largo, y remontaba colinas y pasaba cañadas a través del estrecho sendero. A menudo los conductores hacían ir al paso a los caballos para ganar una pronunciada pendiente, desde la cumbre de la cual emprendían nuevamente el galope sobre la nieve helada. Al volver un recodo del camino, vieron, a lo lejos, una brillante luz que señalaba el término del viaje y en menos de cinco minutos los caballos llegaron a un ancho rellano, en medio del cual ardía una inmensa hoguera frente a una construcción de dos pisos, a través de cuyas ventanas se percibían los gemidos de los violines, las risas alegres de los invitados y el animado bullicio de la danza. Fueron desenganchados los caballos, de los cuales se desprendía humo como si ardieran, conducidos a las cuadras y cubiertos con mantas, mientras el alegre tropel se introducía bulliciosamente en la casa.

La fiesta tenía lugar en celebración del cumpleaños de la hija de Dan Watkins, uno de los más antiguos colonizadores de aquella parte del río, que se había instalado allí pocos años después que el coronel Zane fundara la colonia. Era muy conocido por su liberalidad y por su

buen corazón. ¡Cuántas cabezas de ganado había prestado y no le fueron devueltas jamás, y cuántos sacos de trigo salieron de su molino sin que le fuera pagado ni un solo grano I Era un tirador excelente; podía derribar un árbol con la facilidad del que no ha hecho en su vida otra cosa más que manejar el hacha y, era capaz de tragar más whisky que ningún otro hombre del valle.

Dan, de pie a la puerta de su casa, recibía a los visitantes con una sonrisa de bienvenida en su rostro arrugado y tenía una palabra cariñosa y un cordial apretón de manos para cada uno, mientras su hija Susan saludaba a los hombres con una pequeña reverencia y besaba a las muchachas en las mejillas. Susan, aunque no era bonita, era muy simpática, fuerte y robusta, y como sus risueños ojos azules aseguraban las mejores disposiciones, se había granjeado una veintena de pretendientes.

La gente joven no quería perder el tiempo, y pronto el piso se vio lleno de parejas de bailarines.

En una de las esquinas de la habitación estaba sentada una viejecita apergaminada, de cabello blanco y brillantes ojos oscuros : era la abuelita Watkins. Era tan vieja que nadie sabía su edad, pero se conservaba, todavía bastante fuerte para hacer su trabajo cotidiano con mucho más agrado que muchas mujeres jóvenes. En aquel momento estaba hablando con Wetzel, quien se apoyaba en su rifle inseparable y escuchaba complacido su charla. Al cazador le gustaba el carácter de la vieja dama y cuando regresaba de sus expediciones, camino de la colonia, se detenía a menudo en aquella casa y dejaba en la mesa algún pavo o una pernera de venado.

-Lew Wetzel: estoy avergonzada por usted - le decía la abuela Watkins-. ¡Deje en seguida ese condenado fusil en un rincón y vaya a bailar como los otros! ¡ Si es usted un muchacho todavía!

-Prefiero mirar, abuela - replicó el cazador.

-¡Pero si puede usted saltar y voltear como el mejor de ellos! ¡Y reír, incluso, si le da la gana! Además, me parece... que la bonita hermana de Eb Zane ha cautivado sus pensamientos...

-No creo que tenga ninguna inclinación a que yo le guste -replicó Lew amablemente-. Yo no tengo las gracias necesarias para llamarle la atención.

-¿Las «gracias» necesarias, dice? ¡Vamos, no hable usted así a una mujer que ha vivido tres veces más que usted o más! -exclamó la viejecita apasionadamente-. No son agracias» lo que una mujer necesita aquí en el Oeste; y si agracias» son lo que ella busca, no hará nada de bueno por aquí. Lo que necesita es un brazo fuerte que construya la vivienda, un ojo rápido con un rifle y un corazón valiente. Las mujeres de aquí deben criar hombres fuertes que puedan alejar a los pieles rojas; hombres que puedan cultivar los campos o que puedan hacer cualquier cosa buena que alivie nuestros sufrimientos y privaciones.

-¡Tiene usted razón! - murmuró Wetzel reflexivamente-. Pero yo no puedo ni siquiera pensar en ver una flor como Betty Zane en la tosca cabaña de un cazador.

-Mire: he conocido a los Zane desde hace cuarenta años y nunca he visto uno que tuviera miedo al trabajo; usted tiene que conquistarla, cueste lo que cueste, si no quiere que se pierda la especie de los locos como usted que corren detrás de los indios. Si yo fuera su mujer, no toleraría que por más tiempo se dedicara usted a eso. ¿No ha matado bastantes indios todavía para estar satisfecho?

-Abuela Watkins, el perseguir á los pieles rojas es. para mí algo inevitable-. contestó el cazador moviendo negativamente la cabeza -. Si me casara, esta fiebre continuaría igual que ahora; dejaría mi casa y,... ¡Nada! Que no soy bueno para una mujer. Yo no sirvo para nada más que para luchar.

-Entonces, ¿por qué no lucha por ella? Vamos, permita usted que se la lleve uno de esos chiquillos. ¿Ve usted? A ella le gusta divertirse y que la admiren; usted debe ocuparse de ella. ¿Por qué no probar de conquistarla? Pero Wetzel guardaba el silencio más absoluto.

-¿Y quién es ese hombre alto que está con ella? - continuó la dama en vista de aquel silencio -. Deben haberse ido a la otra habitación. ¿Quién es él?

-Se llama Miller.

-Pues no me gusta, Lewis. He estado observándolo toda la noche. Ya sé que soy una vieja discorde, pero he visto muchísimos hombres en mi vida, y la cara de ése no es honrada. Sé que está enamorado de ella. Lo que falta saber es si a ella le interesa.

-No; a Betty no le interesa Miller. Lo único que hay es que ella es una muchacha llena de juventud y le gusta divertirse.

-¿Y si se equivoca usted? Mire que todos los Zane son fuego y azufre, y esa chiquilla es una Zane de pies a cabeza... !Ande, Lewis! Vaya a buscarla y tráigamela; después ya le diré si hay buenas probabilidades para. usted.

-Querida abuela, ya no sé si en el cielo hay alguna. esposa para mí; pero lo que es en la tierra, le aseguro a usted que no hay ninguna -contestó el cazador con una triste sonrisa.

Ralfe Miller, cuyas acciones habían ocasionado las observaciones de la vieja dama, era un hombre bastante distinto de los demás. Había algo de atrayente en su rostro sombrío y, no obstante, dejaba en una rara perplejidad al observador. Su mandíbula cuadrada, sus ojos hundidos y su boca contraída denotaban una firme e indomable voluntad; y en conjunto, tenía el aspecto de un hombre con el cual era peligroso cruzarse.

Poco se sabía de la historia de Miller. Había venido del Fuerte Pitt, en donde tenía fama de buen soldado, pero de carácter agrio y pendenciero. Se susurruba que era aficionado a la bebida y que había sido muy amigo de los renegados Mac-Kee, Elliott y Girty. Había servido en la guarnición de Fuerte Henry durante el otoño y el invierno v desde que conociera a Betty le había dedicado todas las atenciones posibles. Aquella noche, un observador inteligente habría visto que Miller actuaba movido por fuerte impulso, ya que un fuego mal reprimido resplandecía en sus ojos oscuros y un peculiar movimiento de las ventanas de su nariz traicionaba su mal disimulada excitación. Durante toda la noche estuvo persiguiendo a Betty como una sombra y parecía que su amabilidad le daba ánimos. Ella bailó varias veces con él y mostró una cierta preferencia por su compañía. Lydia y Alicia estaban perplejas ante el comportamiento de su amiga. Dada su amistad íntima, ellas creían saber sus gustos y preferencias; y ¿no les había dicho más de una vez que no le interesaba Miller en lo más mínimo? ¿Qué significaban, pues, aquellas maliciosas miradas que le dirigía, si en realidad no le interesaba? Las sonrisas de Betty no podían maravillar a nadie, porque en realidad era muy pródiga en ellas; pero alentar a un hombre con ellas era una cosa que Betty no había hecho nunca.

Sin embargo, lo único que había de cierto era que Betty empezaba a poner en práctica su nueva resolución: mostrarse tan alegre y encantadora como pudiera serlo cualquier muchacha libre de amores y, sobre todo, lo más lejos posible de parecer una damita que estaba pensando por un galán ausente y desdeñoso; y hay que reconocer que estaba representando su papel a las mil maravillas.

A excepción de Wetzel, a cuyos ojos penetrantes no se escapaba ningún detalle, nadie encontró raro el exceso de hilaridad que tuvo Miller por unos momentos y la repentina meditación a que se entregó después. La mayor parte de los muchachos habían dado buena cuenta de las añejas bebidas del viejo Dan y no era sólo debido a la danza el que sus caras estuvieran congestionadas y sus espíritus exaltados.

Al terminar un baile, Miller condujo a Betty a una de las habitaciones contiguas, débilmente iluminada, alrededor de la cual había unos bancos en los que estaban sentadas algunas parejas. Betty no estaba nada tranquila y en aquel momento se arrepentía de no

haberse quedado en casa. Cuando la música inició otro baile habían cambiado algunas frases sin importancia, y Betty, levantándose, exclamó vivamente

-Mire, los otros ya se han ido; vamos allá.

-Espere un momento- interrumpió Miller apresuradamente-. No se vaya todavía; tengo que hablarle. Le he preguntado muchas veces si quería casarse conmigo, y ahora tengo que preguntárselo otra vez.

-Señor Miller, yo le agradezco como merece su proposición, pero le ruego que no se moleste ni me moleste más insistiendo sobre este asunto - contestó Betty con dignidad -. Si usted persiste, no podremos continuar siendo amigos por más tiempo.

-¡Espere, espere, por favor! Ya le he dicho que no me conformaba con un "non". La amo con todo mi corazón, con toda mi alma, y no puedo avenirme a renunciar a usted.

Y su voz, profunda y ronca, llevaba el estremecimiento de la profunda pasión de un hombre. Betty le miró en la cara y sus ojos se anegaron en lágrimas de compasión, mientras su corazón se suavizaba y sentía en el alma el dolor del remordimiento. ¿No habría estado en su poder alejar aquella escena a tiempo? No había duda de que ella tenía una gran parte de culpa y ante aquel pensamiento su voz sonó dulcemente queda cuando contestó.

-Señor Miller, me gusta usted como amigo; pero no podremos ser nunca nada más que eso. Estoy apenada por usted y enfadada conmigo misma por no haber procedido de tal manera con usted que no hubiese hecho posible su pretensión. Por favor, le ruego que no me hable más de este asunto. Vamos a reunimos con los otros.

Estaban completamente solos en la habitación y cuando Betty, al terminar sus palabras, se dirigió hacia la puerta, Miller le interceptó el paso. Ella, al advertir la palidez de su rostro, se alarmó.

-¡No, Betty, no se vaya todavía! Yo no renuncio tan fácilmente a usted. Ninguna mujer juega conmigo como con un chiquillo, atándome y desatándome tan tranquilamente, ¿entiende, Betty? ¿Qué ha estado usted haciendo conmigo durante este invierno? Ha estado alentándome, ¡usted sabe que lo ha hecho! -exclamó Miller violentamente.

- ¡Pensé que era usted un caballero! Lo que yo he hecho ha sido tomarme la molestia de defenderle de las acusaciones de ciertas personas que evidentemente no se engañaban al juzgarle.

-¡ No le escucho ni un momento más! - exclamo Betty fríamente.

-¡Usted me escuchará! -murmuró violento mientras la cogía del brazo y la empujaba hacia atrás.

Todas las pasiones brutales del hombre asomaron en aquellas palabras. La fiera sangre de la frontera bullía en el pecho de Miller, quien, desenmascarado, se mostraba a sí mismo con la cruda veracidad de sus colores violentos. Sus ojos sombríos resplandecían lóbregamente bajo su ceño fruncido y una risa sarcástica, corta y desesperada pasó por sus labios contraídos.

-¡Yo haré que me quiera, sea como sea, esa orgullosa belleza! ¡Has de ser mía aunque te pese

-¡Suélteme! ¿Cómo se atreve a tocarme?-gritó Betty mientras una oleada de sangre ardiente enrojecía su rostro.

Con su mano libre le dió un puñetazo y forcejeó con toda su energía para libertarse, pero era impotente contra aquella garra de hierro que la atraía hacia sí mientras le decía roncamente

-Aunque me costara la vida te besaría por ese golpe que me has dado.

-¡Ah, cobarde! ¡Canalla! ¡ O me suelta o grito en seguida!

Y ya había abierto los labios para pedir auxilio, cuando, vio una figura oscura atravesar el quicio de la puerta ¡era Wetzel!

El cazador estuvo un segundo parado y, de repente, con la ligereza de la luz, se lanzó hacia delante. Con un solo empujón de su brazo, Miller rodó por el suelo entre un banco y la pared, haciendo crujir ruidosamente el entarimado. Con alguna dificultad Miller se levantó y se quedó en pie con una mano en la cabeza.

-¡Lew, no quiero que saques el cuchillo! -exclamó Betty horrorizada, al ver que la mano de Wetzel se introducía en el faldón de su guerrera.

Y con angustia indescriptible se puso delante de él mientras Miller acababa de levantarse, y sus diminutas manos se agarraron con todas sus fuerzas al musculoso brazo del cazador. Pero no pudo impedir que la mano se deslizara hasta el cinturón.

-¡Por Dios Santo, Lews, no le mates! - imploró Betty
muerta de espanto al ver brillar los ojos del cazador-. ¡Ya le has castigado bastante! Él sólo intentaba besarme y, en parte, tengo yo la culpa. ¡Deja tu cuchillo, Lew! ¡No derrames sangre, por Dios! ¡Hazlo por mí, Lew!

Y al ver que no podía sostener el brazo de Wetzel, Betty echó sus brazos alrededor de su cuello y se agarró a él con toda la fuerza de su juventud, y no cabe duda de que su acción evitó una tragedia. Sin embargo, si Miller hubiese tenido intención de sacar algún arma, habría tenido entonces una buena oportunidad. Tenía fama de ser muy diestro con el cuchillo y muchas de sus pasadas pendencias atestiguaban que no era ningún cobarde. Pero no hizo ningún esfuerzo para atacar a Wetzel, antes bien, midió con la vista la distancia que había entre este y la puerta para tratar de escabullirse. Y es porque Wetzel no era como los otros hombres; aparte de su maravillosa fuerza y, agilidad, había algo especial en el cazador de indios que aterrorizaba a todos los hombres. Ante su mirada, Miller se encogió conociendo que nunca, en toda su vida de aventuras, había estado tan cerca de la muerte como en aquel momento, ya que entre él y la eternidad solo se interponían los delicados brazos de aquella frágil muchacha; y a una ligera señal de la mano del cazador, se volvió hacia la puerta y salió rápidamente.

-¡Oh, qué horroroso! -exclamó Betty, dejándose caer sobre un banco -. ¡Cuánto te agradezco que hayas llegado a tiempo! Pero me has asustado más tú que él. Prométeme que no le harás nada. ¡Y pensar que si os hubieseis peleado quizás uno de los dos ya estaría muerto por mi culpa! ¡No me mires así, Lew! No quiero a Miller, ni nunca le quise, y ahora más que nunca me doy cuenta de que le desprecio. Perdió el conocimiento y trató de besarme... ¡Yo misma habría podido matarle si hubiese querido!...

Y mientras le hablaba retenía su mano entre las suyas, apretándosela impulsivamente. Wetzel permanecía silencioso.

-Ya comprendo - continuó Betty - lo difícil que es para ti tolerar un insulto dirigido a mí; pero yo te lo pido. Tú eres mi mejor amigo, casi mi hermano. Yo te prometo que si alguna vez se atreve a decirme algo inconveniente te lo diré en seguida.

-Le dejaré, ya que usted se empeña.

-Pero de todos modos, Lew, no debes olvidar que él
es muy vengativo; debes de estar, pues, muy alerta - continuó Betty al recordar la maligna mirada de Miller.

-¡No es más peligroso que una serpiente de mocasín[5] que se arrastra por la hierbal - replicó despreciativamente el cazador.

-¿Estoy bien ya? -preguntó Betty, levantándose y componiéndose-. ¿Tengo el aspecto arrebatado, o... o excitado... o algo?...

Lewis sonrió mientras ella daba una vuelta sobre sus pies, delante de él. Su pelo estaba un poco revuelto y el lazo de su cuello desarreglado. No había recobrado todavía su

[5] Alusión a los indios.

aspecto corriente; sin embargo, Lew recorrió con la mirada la esbelta figura de la muchacha y después de asegurarle que estaba como siempre, la condujo de nuevo a la sala de baile.

-¡Entonces, ésta es Betty Zane! ¡Qué linda muchacha! Anda, hija, dame un beso - exclamó la abuela Watkins al verla llegar del brazo de Wetzel -. Y ahora déjame que te mire bien... ¡Ah, es una verdadera Zane! Ojos y pelo negros; toda fuego y orgullo. ¿Sabes, hija mía, que yo conocí a tu padre y a tu madre mucho antes de que tú vinieras al mundo? Tu padre era un hombre muy guapo y muy arrogante, pero muy orgulloso. Y qué: ¿te gusta la frontera, hija mía? ¿Te diviertes mucho?

-¡Oh, sí; ya lo creo! - exclamó Betty sonriendo amablemente a la vieja dama.

-Bueno, bueno, querida; diviértete mucho mientras puedas. La vida es muy dura en la cabaña del pioneer; y has de pensar que el sostén del coronel no ha de durar eternamente... Ya me han dicho que has estado mucho tiempo en una gran escuela de Filadelfia; aprender siempre es cosa buena; pero eso no te servirá de gran cosa en la cabaña de uno de estos hombres rudos.

-Es porque hay una gran falta de educación en todos los hogares de la frontera. Yo he persuadido a mi hermano Eb de que en la primavera próxima instalemos una escuela en el fuerte.

-Lo que hay que enseñar a los muchachos es a labrar la tierra, y a las niñas a hacer Johnny-cake. Pero ¡cuánto te pareces a tu hermano Isaac! Él acostumbraba venir a verme muy a menudo, y en cuanto venga el buen tiempo, tú deberías hacer lo mismo. ¡Pobre muchacho, quizá. ya esté muerto! ¡A cuántos valientes y guapos mozos he visto desaparecer! Pero... ¡vamos, vamos! No quiero ponerte triste - exclamó la anciana sonriendo y dando unos golpecitos en la mano de Betty.

-Isaac me había hablado muchas veces de usted y me dijo que un día vendríamos a visitarla - contestó Betty -. Ahora se ha ido...

-Sí, se ha ido, pero tú no tienes que estar más triste ya, siendo, como eres, tan joven. ¡Ya te quedará tiempo de estarlo cuando seas vieja como yo! ¿Cuánto tiempo hace que conoces a Lew Wetzel?

-De toda la vida; ¡si ya me llevaba en brazos cuando era chiquitina! Naturalmente, yo no me acuerdo de eso; pero por lejos que vaya con mi memoria siempre veo a Lew. ¡Y las veces que me ha salvado de alguna desgracia. Pero... ¿por qué me lo pregunta usted?

-Porque me parece que Lew Wetzel se interesa más por ti que por nadie del mundo... Es reservado como un indio, pero yo soy ya muy vieja... y sé leer en el corazón de los hombres. Si se pudiera hacer que renunciara a su vida errante, sería el mejor hombre de la frontera.

-¡Oh, sí! Pero me parece que usted está equivocada; Lew no se interesa por mí en ese sentido - murmuró Betty, sorprendida y turbada por la vehemencia de la vieja dama.

El fuerte sonido de un cuerno de caza sorprendió la atención de todos los invitados y les hizo volver la cabeza hacia la plataforma del extremo de la sala, encima de la cual aparecía de pie Dan Watkins. Paró la música, los qué bailaban se detuvieron y todo el mundo se quedó mirándole con gran expectación. La escena no podía ser más sencilla ni más intensamente alegre y pintoresca. La luz de los ojos de aquellas muchachas era brillante como la de las teas encendidas en los garfios de las paredes, mientras aquellos hijos de la selva, que no conocían el miedo, aquellos atrevidos hijos del progreso, allí de pie, sosteniendo las manos de su pareja, con las caras radiantes de felicidad, olvidaban, por el goce de aquellos momentos, los innumerables peligros que les rodeaban y la posibilidad de que a la mañana siguiente tuvieran que ir a jugarse la vida para defender los hogares y la de sus seres queridos.

-¡Amigos míos! -gritó Dan en cuanto el murmullo se hubo apagado -. Yo nunca habría podido pensar que tuviera que verme aquí arriba dispuesto a echaros un discurso. Sea como sea, la madre y Susan dicen que ya es bastante tarde y que ya empieza a ser hora de

cenar. Pero antes tengo que haceros una observación : en la gran torta que os espera está escondido un anillo de oro. Si lo encuentra alguna de las muchachas aquí presentes, puede guardarlo como un recuerdo de Susan, y si lo encuentra un muchacho, podrá regalarlo a la chica que él prefiera y, además, tendrá derecho a besar a Susan. Ya podéis pensar que Susan ha protestado de esta parte del juego, pero yo dejo a la voluntad del afortunado la decisión de este asunto. Y ahora... ¡todo el mundo de cabeza al plato.

Una salva de aplausos acogió las últimas palabras del viejo Watkins, y acto seguido todos los invitados se dirigieron al comedor, en donde hicieron justicia a los pavos, a la carne de venado y de oso, a las deliciosas manzanas en almíbar, a los pasteles de calabaza, .que habían conquistado gran fama a la abuela Watkins, y a todos los suculentos manjares, los cuales fueron desapareciendo como por arte de magia, acompañados de la dulce sidra, la manteca de manzanas y las tortas de fruta.

Cuando la gigantesca torta estuvo repartida entre los comensales, Wetzel descubrió el anillo de oro en su pedazo. Ofreció la sortija a Betty y cedió a George Reynolds el privilegio de besar a Susan con la siguiente observación.

-George, me parece que Susan estará más contenta, de que te encargues tú de la cuestión del beso...

Todo el mundo sabía que George era, desde mucho tiempo, un ardiente admirador de la muchacha y se sospechaba que ella no se le mostraba indiferente. Pero a pesar de esto, Susan protestó ruidosamente diciendo que aquello no era justo y George tuvo que comportarse como el hombre ante el cual se presentaba la única oportunidad de su vida. En medio de ruidosas carcajadas empezó a correr persiguiendo a Susan por toda la sala v, en cuanto la alcanzó, separó tranquilamente las manos que tapaban su ruborizado rostro y le dio con toda su alma un ruidoso beso en la mejilla. Ante la sorpresa de todos y el gran desconcierto de Wetzel, Susan se dirigió a éste y le dijo:

-¡Usted se ha salido muy tranquilamente del compromiso; y en justo castigo voy a vengarme besándole a usted!

Y así lo hizo antes de que Wetzel volviera de su asombro. ¡Pobre Lewis! ¡Qué expresión de indescriptible congoja adquirió su rostro ! ¡ Sí, de seguro que era la primera vez en su vida que le besaba una muchacha!

Las horas felices transcurrieron con la velocidad del viento. Terminado el festín, los invitados fueron despidiéndose; las muchachas fueron abrigándose en los calientes abrigos de pieles, ya que el frío apretaba de un modo terrible, y pronto los caballos estuvieron listos para emprender el largo camino de regreso. En la cuadrilla que volvía a casa se notaba la ausencia más absoluta de aquella alegría que les animara a la ida. Las campanillas y cascabeles fueron quitados de los caballos antes de que los trineos dejaran el blocao, y los arreos y jaeces examinados y atados con el cuidado de quien está receloso de algún peligro inminente.

En invierno, los más temibles enemigos de los colonos eran los lobos. Millares de aquellas bestias salvajes invadían las regiones de los bosques que lindaban con los caminos solitarios y su maravilloso olfato y su ligereza incansable en la persecución de alguna presa hacían que un trayecto largo a atravesar durante la noche fuera una cosa temible. Mientras los caballos corrieran ligeros, la amenaza de aquellos animales no era muy grave; pero un pequeño descuido en las guías del trineo o en la rueda del carruaje había sido más de una vez la causa de una espantosa tragedia. No es, pues, de extrañar que en cuanto nuestra gente hubiera alcanzado la cumbre de la última colina, un suspiro de descanso se escapara de sus pechos.

Las muchachas permanecían quietas y, cansadas y frías, se apretujaban unas contra otras, mientras los hombres vigilaban silenciosamente el camino y sus alrededores.

Cuando estaban a la mitad del camino del fuerte y acababan de alcanzar el linde de la Selva Negra, el agudo oído de Wetzel percibió el lejano aullido de un lobo que procedía del

Sur. Sonó tan débilmente que el cazador creyó al principio haberse equivocado. Unos momentos pasaron, durante los cuales Wetzel estuvo escuchando hacia aquella dirección y, cuando ya empezaba a creer que aquel aullido había sido fruto de su imaginación, el fuerte soplo del viento les llevó otro, claro e inconfundible ; después, otro, tan claro y distinto, que el que conducía se volvió y murmuró unas palabras a Wetzel. Éste contestó en voz baja y aquél fustigó un poco a los caballos. Poco después, de las profundidades de los bosques oscuros, por entre los cuales galopaban, llegó un prolongado y espantoso aullido. Era otro lobo que contestaba a la llamada de su compañero. Esta vez fue oído por los caballos, ya que echaron atrás las orejas y redoblaron su desenfrenada carrera. Las muchachas lo oyeron asimismo y se apretujaron contra los hombres.

Cuando uno está a salvo en su casa, sentado tranquilamente delante de un buen fuego, el corto y agudo aullido del lobo que está al lado de una cabaña esperando las sobras de la cena del colono es igualmente estremecedor que el del lobo en plena caza detrás de su presa, corriendo incansablemente; pero ¡cuán terriblemente distinto suena a los oídos del que se ve perseguido!

Betty no lo había oído nunca tan cerca, y, aunque era una muchacha valiente, cuando el aullido que venía del bosque obtuvo contestación en otro aullido que provenía de la cañada, deslizó su mano enmitonada por debajo del brazo de Wetzel y le miró con ojos asustados.

En menos de media hora resonó horriblemente por los aires un coro de chillidos y alaridos; y la siempre creciente manada de lobos podía ser vista apenas a cien metros, detrás de los trineos, y el ruido de sus ligeras patas al galopar sobre la nieve helada se distinguía a cada momento más cerca.

Ahora los lobos se habían acercado de tal modo que los ocupantes de los trineos distinguían perfectamente sus fosforescentes ojos, brillantes como pequeñas ráfagas de fuego azulado. Uno de ellos, más delgado y más atrevido que los otros, evidentemente el jefe de la manada, saltó más adelante hasta que estuvo sólo a pocos metros del último trineo. A cada salto abría sus enormes mandíbulas y lanzaba un agudo aullido como si alentara a sus compañeros. De pronto, casi simultáneamente con la llama encarnada que salió del fusil de Wetzel, se oyó el agudo alarido de agonía del jefe, que cayó rodando por la nieve. Unos momentos después seguía una horrible mezcla de regaños y aullidos, crujido de huesos y el fragor de !a lucha de los que se disputaban la carne de su compañero.

Aquella corta tregua dio alguna ventaja a los caballos, y cuando los lobos volvieron a aparecer, un largo trayecto les separaba de los trineos. La distancia del fuerte se había acortado bastante y los caballos seguían galopando con todas sus fuerzas. Al llegar al puente del remanso, al lado del molino, los lobos fueron cediendo terreno, sus aullidos fueron oyéndose cada vez más lejanos y, finalmente, sus siluetas parduscas se perdieron en la oscuridad.

VIII

El invierno transcurría para Betty sin nada de extraordinario. De un carácter completamente distinto del de las otras muchachas de la colonia, que empleaban su tiempo en remendar la ropa, tejer el lienzo y hacer los quehaceres de la casa. Betty no se distraía con nada sino con sus bordados o con sus lecturas, y aun esto era bastante aburrido para ella en muchas ocasiones. Su criada la quería mucho y nunca la dejaba nada por hacer. Era la hija del

viejo Sam y había servido a Betty desde su niñez. La limpieza, el zurcido... cualquier trabajo que hubiese podido distraer a Betty estaba siempre listo antes de que ella hubiese podido pensar en dedicarse a él.

Se pasaba una gran parte del día en su cuarto, y muchas de sus horas soñando detrás de la ventana. Lydia y Alicia iban alguna vez a verla y a darle algún buen rato con su ligera charla, alegre y chistosa; con sus ruidosas risotadas, con sus ilusiones y sus historias de héroes y de amor, el eterno asunto de las muchachas, en las cuales no olvidaban al señor Clarke. Pero viendo que Betty se molestaba seriamente con aquel tema, dejaron sus chistes sobre aquel muchacho para hacer objeto de sus bromas al señor Miller.

Por su miedo a la ira de sus hermanos, Betty no les había dicho nada de su incidente en el baile con aquel sujeto, ya que conocía demasiado la tosca justicia de la frontera para adivinar el resultado de su queja si la hubiese formulado. No negó, pues, a Miller la entrada en su casa, pero nunca permitió que le hablara a solas. Él le dijo varias veces que durante la noche del baile se comportó tan equivocadamente por culpa de la bebida que le dió Daniel Watkins, la cual le trastornó la cabeza y le hizo proceder de aquella manera que tanto le había disgustado; y se esforzó todo cuanto pudo para obtener el perdón de Betty. Pero ella, siempre amable, a pesar de que no confió nada en sus palabras, le contestó que podían continuar siendo amigos, pero que aquella amistad dependería del respeto que hacia ella supiera guardar. Miller, en cambio, le prometió no hacer referencia en su vida a aquella vieja cuestión.

Cualquier motivo de distracción que se presentara en aquellas largas veladas de invierno era recibido por Betty con albricias. Algunas veces iban a su casa algunos muchachos y muchachas y cantaban y bailaban, asaban castañas y cocían manzanas al rescoldo del fuego y se divertían jugando. A menudo iban Wetzel y el Mayor MacColloch después de cenar y Betty les cantaba canciones o rogaba a Wetzel que les contara leyendas de los indios y de las selvas. Otras veces ella jugaba a las damas con el Mayor y si lograba ganarle la partida, cosa que no ocurría muy a menudo, se burlaba despiadadamente de él.

Cuando el coronel Zane y el Mayor se sentaban para echar una partida, todos los ataques de los indios no habrían podido distraer su atención. Entonces Betty se sentaba al lado de Wetzel y realizaba el milagro de hacer charlar a aquel adusto cazador que bien había merecido el dictado de hombre silencioso de las selvas.

El pequeño Noah, en una de aquellas veladas, mientras el coronel Zane, su esposa y Betty entretenían al capitán Boggs, al Mayor Mac-Colloch y a varias muchachas amigas de Betty, después de la acostumbrada sesión de música y canciones, explicó su hazaña del día en que se había encaramado al manzano del cercado para atrapar un coatí que se había escondido entre las ramas.

-Un día -decía el gracioso pequeño - oí a Tige que ladraba en el huerto como un condenado. Salí corriendo y vi una cómica pelotita de piel muy rara encaramada en el árbol, con una cola negra y con unas líneas como anillos blancos, que parecía un gato muy bonito con el hociquito muy afilado. Cada vez que Tige ladraba, el pequeño gatito le enseñaba los dientes y erizaba los pelos. Pensé vas a cazarlo para domesticarlo. Pedí un saco a Sam y subí al árbol. Cuanto más me acercaba a él, más se alejaba al extremo de la rama. Fui acercándome más hasta que pude ponerle el saco encima de la cabeza; pero entonces, va ¡y me pega un mordisco en la mano! ¡Claro: caímos los dos del árbol! Pero Tige lo cogió de un bocado y lo mató. Después Sam lo cogió y me lo disecó.

-Noah es un cazador muy valiente -dijo Betty con énfasis -. Pero ahora le toca el turno a Jonathan. Acuérdate que me has prometido contarme cómo encontraste a Daniel Boone.

-Fue en el río Muskingong, cerca de la boca de Sandusky. Estaba cazando en el bosque abierto, cerca de la orilla, cuando vi a un indio en el mismo instante en que él me veía a mí, y nos escondimos los dos inmediatamente detrás de un árbol; esperaba oír de un

momento a otro el silbido de la bala del piel roja, cuando oigo una voz sonora y muy simpática que me grita: « ¡Por Dios, muchacho, tienes que probar alguna trampa mejor que eso!

Me asomé y vi que se trataba de un hombre blanco que había salido tranquilamente de detrás del árbol y estaba riendo a carcajadas. Me acerqué a él y vi que era un hombre fornido, con la cara honrada y alegre. Cuando estuve más cerca me dijo: «Soy Boone»; y yo me quedé asombrado. Estuvimos cazando los dos juntos durante una semana, viviendo en el mismo campo, cerca del río, y cuando llegamos a las cascadas del Muskingong, me dejó para irse a su casa de Kentucky.

-¡Aquí está Wetzel! -interrumpió el coronel Zane, que se había levantado para abrir la puerta -. Anda, Betty, a ver si consigues que nos cuente algo.

-Ven, Lewis, siéntate en esta silla... Así... A mi lado -dijo Betty sonriendo-. Acabamos de pasar muy bien el rato contando cuentos de osos, de serpientes, de fantasmas... de todo. ¿No quieres contar tú uno de los tuyos?

-¿Has tenido nunca ocasión de matar algún indio enemigo y no la has aprovechado? -le preguntó burlonamente el coronel.

-Una - contestó Wetzel.

-Pues cuéntanosla. Tiene que ser interesante a la fuerza.

-Cosas raras, me parece que he visto algunas; pero no sé contar bien. El único piel roja que he dejado escapar fue durante una caza de otoño cerca del río Sandy, hace tres años, cuando encontré una partida de Shawnees. Maté al jefe y empecé a correr. Algunos de ellos corrían mucho, y no pude quitármelos de encima en campo abierto. Al llegar al Ohio me eché al agua y lo atravesé nadando sosteniendo el rifle y la pólvora con una mano fuera del agua para que no se mojaran. Cuando salí a la otra orilla, me escondí en un juncal y esperé. Tres de mis perseguidores tuvieron un pequeño conciliábulo y se echaron los tres al agua. Eso era lo que yo esperaba. Cuando ya casi habían atravesado el río, maté de un tiro al que estaba más cerca y volví a cargar rápidamente el rifle por dos veces, consiguiendo cada vez un buen blanco. Sin embargo, el último indio no se hundió y vi cómo la corriente se lo llevaba río abajo. Esperando a cada instante ver como desaparecía bajo las aguas, pues apenas sacaba la cabeza, vi como llegaba a un montón de troncos caídos al lado de una pequeña isleta, y una vez allí, con grandes esfuerzos, se arrastraba por encima de la maleza. Fui corriendo hacia abajo y, dejando entre él y yo la isleta, me acerqué con precaución al herido, el cual estaba apoyado en un tronco de un gran árbol. Saqué mi tomahawk y pasé al otro lado. El indio probaba de secar la sangre que manaba de la herida que tenía en un costado, y en cuanto me vio intentó, en un supremo esfuerzo, ponerse en pie; pero estaba demasiado agotado. Sonrió y, mientras con un dedo me indicaba su herida, dijo: «Viento de la Muerte no acostumbra fallar el tiro. » Y bajó la cabeza esperando el golpe de mi tomahawk. No sé por qué lo recogí y lo llevé a la orilla, cerca de una fuente; construí una choza y me quedé con él hasta que hubo mejorado lo necesario para poder andar. Entonces lo llevé a la otra orilla, le di un trozo de venado y le dije que se marchara v que si volvía a encontrarle en mi camino cuidaría muy mucho de no errar el tiro. Un año después estaba siguiendo la pista de los Shawnees y me encontré en el campo de Wingenund. En un momento me vi rodeado y preso. El jefe de los Delawares era mi más terrible enemigo y mandó que me apalearan y que me tiraran tiros de sal a las piernas. Me hicieron «correr el “guantelete”, me ataron a un caballo salvaje, y finalmente se dispusieron a quemarme vivo. Aquella noche me pintaron la cara de negro y bailaron las acostumbradas danzas de la muerte. Algunos de los guerreros se emborracharon y yo pensaba no volver a ver la luz del día cuando vi que uno de los guerreros que me vigilaba era el indio a quien había perdonado la vida en el otoño anterior. Parecía no haberme reconocido cuando, a la luz de la madrugada, mientras los otros dormían, sentí el acero frío penetrar entre mis dos muñecas al tiempo que mis ligaduras de piel de gamo caían. Después

cortó las cuerdas que sujetaban mis pies. Miré a mi alrededor y a la tenue luz del crepúsculo reconocí a mi joven guerrero. Sin decirme una palabra me devolvió el rifle, mi cuchillo y mi tomahawk, mientras ponía un dedo en sus labios; y con una sonrisa de satisfacción, como si quisiera indicar que nuestra cuenta estaba saldada, me señaló el camino hacia oriente, y en pocos momentos me perdí de su vista.

-¡Qué nobleza!-exclamó Betty con los ojos brillantes -. Te pagó su deuda quizás al precio de su propia vida.

-Yo nunca he conocido ningún indio que haya olvidado ni su promesa, ni un favor recibido, ni una ofensa - comentó el coronel Zane.

-Entonces, ¿son tan malos como se dice? - preguntó Betty -. Porque yo he oído contar tantas historias de su nobleza como de sus barbaridades.

-Los indios creen que nosotros les hemos robado y echado de sus hogares, y lo que nosotros encontramos odiosamente inhumano no es más que su guerra de defensa -contestó el coronel Zane.

-Cuando yo vine aquí, procedente de Fuerte Pitt - repuso el capitán Boggs -, esperaba pelear todos los días con los pieles rojas y, sin embargo, he estado aquí en Wheeling cerca de dos años sin ver ningún indio hostil; o por lo menos, si ha habido algunos por nuestros alrededores, yo ni siquiera los he visto. Claro que no soy muy experto en las tretas de los pieles rojas, pero me parece que los resultados del último sitio les habrán escarmentado por mucho tiempo y no creo volver a ver ninguna lucha contra ellos.

-Pues, señor capitán - exclamó el coronel Zane dando un puñetazo en la mesa -, yo le apuesto mi mejor caballo contra un barril de pólvora, que antes de que tenga usted un año más de edad habrá usted visto tantos indios y en tales condiciones que le hagan maldecir la hora en que oyó hablar de la frontera del Oeste.

-¡Y yo apuesto otro tanto! - gritó el Mayor Mac-Colloch.

-Capitán -continuó el coronel Zane -, usted conoce poco el carácter de los indios. Tenemos pruebas evidentes de que durante estos últimos meses los Delawares y los Shawnees están preparando una expedición contra nosotros, y estamos plenamente convencidos de que el día menos pensado tendremos que resistir otro sitio más prolongado y más duro que el anterior. ¿Qué dices a esto, Wetzel?

-Yo no digo mucho, pero este verano no tengo intención de emprender ninguna cacería larga-contestó el cazador.

-¿Y crees que Tarhe, Wingenund, Pipa, Cornplanter y todos los demás jefes se unirán para atacarnos? -preguntó Betty a Wetzel.

-Cornplanter, no. Ha cobrado buenas sumas por la venta de sus terrenos y no está enfadado con los blancos. Tarhe tampoco creo que nos moleste; pero Pipa, Wingenund y «Zorro Rojo» ... todos desean nuestra sangre.

-¿Has visto alguna vez a esos jefes? -siguió preguntando Betty.

-Sí. Todos nos conocemos - contestó expresivamente el cazador-. He seguido muchas veces sus pistas esperando que caiga alguno de ellos. Si alguna vez consigo matarlos dejaré ya la caza de indios y volveré a dedicarme a la agricultura. Bueno, buenas noches, Betty.

Cuando todos los visitantes se hubieron marchado, Betty se quedó meditando.

-¡Qué hombre más raro Wetzel! -murmuró al cabo de un rato-. ¿Sabes, Eb, que Lew no se parece en nada a los demás? Todas las muchachas, sólo de oírle nombrar, se estremecen y dicen que no pueden soportar de ningún modo su mirada. Pues a mí no me produce este efecto. Claro que muchas veces no puedo lograr que hable ni media palabra; pero, en cambio, otras veces me cuenta cosas magníficas de su estancia por las selvas, de cómo vive en el desierto, de sus chozas bajo los grandes árboles; me cuenta la gracia particular v la virtud que para él tiene cada hoja o cada hierba de los bosques; cómo se esconde por la noche en sus cabañas de corteza de abedul y se duerme arrullado por los mugidos del viento al soplar entre

las copas de los pinos. Me ha dicho que a veces se ha pasado horas enteras contemplando las estrellas. Sé que en un sitio desconocido, en lo más profundo de la Selva Negra, hay una cascada magnífica. Pues bien: Wetzel va muchas veces allí sólo para sentarse y quedar contemplando durante horas y más horas cómo cae el agua en aquel precipicio.

-Wetzel tiene un carácter admirable, aun para los que no le conocen más que como un hombre que no busca otra ocupación sino la de matar pieles rojas. Algún día saldrá para una de sus largas cacerías y ya no volverá más; y mucho me temo que este día se acerca demasiado de prisa. ¡Tan necesario como nos es Wetzel! Huele a los indios lo mismo que Tige. Yo creo, Betty, que si Lewis te habla tanto y es tan bueno para ti, es porque te quiere.

- ¡Claro que me quiere! ¡Y mucho que me gusta que así sea! -replicó Betty -. Lo que no me quiere es de la manera que tú crees. La abuela Watkins también me dijo lo mismo; pero tanto tú como ella os equivocáis completamente.

-¡Ah! ¿La madre de Dan también te dijo eso? Pues es muy lista. Yo lo creo muy probable. Me parece que tú, en cambio, no eres tan lista como antes para advertir esas cosas.

-¿Qué quieres decir? - preguntó rápidamente.

-Pues que antes yo te veía... muy diferente de ahora -le contestó sonriendo su hermano dándole unos golpecitos en la espalda.

-¿Quieres decir que estoy más pensativa?

-Sí; y a veces pareces, incluso, algo triste.

-Siempre he procurado comportarme ante vosotros lo
más feliz, contenta y valiente que he podido - dijo Betty con la voz algo trémula.

-Sí, si, ya lo sé, Betty. Tú has hecho la mar de bien aquí, en estos lugares moribundos y aburridos; pero dime, ¡no te enfades! ¿No piensas demasiado en alguien?

-¡Tú no tienes derecho a preguntarme eso! -exclamó Betty, abochornada, marchándose precipitadamente hacia la escalera.

-¡Bueno, pequeña, dispénsame! Yo no he dicho nada. Buenas noches, Betty.

El coronel Zane se quedó todavía, después que Betty hubo subido a su habitación, durante largo rato sentado al lado del hogar. De vez en cuando atizaba el fuego. Pensaba en su vieja casa de Virginia y en la sonrisa de su madre. ¡Parecía que sólo habían pasado unos días desde que prometiera a su madre cuidar de su hermanita pequeña! ¡Con qué vertiginosidad vuela el tiempo! He aquí que Betty es ya una mujercita y, en el preciso instante en que su niñez adorable toca a su fin, una sombra tenue oscurece su rostro y su alma; la sombra de una secreta tristeza.

Cuando hubo pasado el mes de marzo con sus borrascas tempestuosas, el corazón de los colonizadores pareció aligerarse a los tibios rayos del sol y a las tenues lloviznas de abril que reverdecían las laderas de las colinas, los tallos de las lilas y los pimpollos de los sicómoros. Ayer mismo, un aguzanieve (el mejor precursor de la primavera) se posó en el techo de la empalizada y entonó un canto plañidero. Unos días más y el campo se cubriría de flores, y los capullos rojos, el espino albar y la madreselva salpicarían con sus variados colores la verde alfombra de los bosques y los prados.

-¡Ya tenemos aquí la primavera, Bessie! -dijo el coronel desde la puerta de su casa -. ¡Qué aire tan fresco y qué tibios los rayos del sol! ¡Fíjate cómo cantan los pájaros!

-¡Cuánto me alegra el retorno de la primavera! -contestó su esposa-. Y, sin embargo, en invierno estoy más tranquila. Cuando se acerca el verano, la inquietud no me deja vivir en paz. Siempre estoy asustada de que los niños se alejen de mi vista y si tú sales de caza no me tranquilizo hasta que vuelvo a verte seguro en casa.

-Pues mira; si este verano nos dejan tranquilos los pieles rojas, podrás decir que ha sido un verdadero milagro -contestó el coronel riendo-. Antes que se me olvide, Bessie :

anoche llegó gente nueva al fuerte. Bajaron por el río, en una balsa, desde las colonias de Monongahela y llevan una mujer que lo ha pasado muy mal. He decidido cederles la caseta de la colina hasta que puedan cortarse árboles y construir su vivienda. Sam me dijo que el techo de la caseta tenía muchas goteras y que la chimenea no tiraba; pero de todos modos creo que, arreglándola un poco, estarán mejor allí que en el blocao.

-Es la única caseta vacía del poblado. Si te parece, podemos acomodar a las mujeres aquí.

-Ya veremos. No quiero molestaros ni a ti ni a Betty.
De momento mandaré a Sam a la caseta para que la arregle un poco y la ponga en condiciones.

La puerta se abrió repentinamente para dar paso al hijo del coronel Zane. Venía con la cara sucia, la nariz ensangrentada y el ojo derecho hinchado y acardenalado.

-¡Dios mío! -exclamó su madre al verlo-. Pero, ¿qué has hecho? A ver, niño, mírame... ¡Noah, ven aquí en seguida!

Noah se acercó a su madre mientras con la falda de su delantal trataba de esconder su cara. La señora Zane le hizo volver, v mientras le limpiaba la cara con una toalla mojada, le sacudió ligeramente diciéndole

-Noah, ¿te has peleado otra vez?

-Anda, déjale que se vaya y ya te lo contaré todo - dijo el coronel sonriendo. Y cuando el pequeño se hubo escabullido, continuó -: Después del desayuno, Noah ha querido venir conmigo al molino y cuando he entrado en la herrería de Reihart para recoger la reja del arado que estaba en reparación, he dejado un momento al niño fuera, en donde había un coro de chiquillos jugando, cuando, de repente, exclamó el herrero señalando a la calle: ¡Mire, mire usted esos corderillos! » Me volví y vi como Noah se acercaba a un muchacho y le decía algunas palabras. El chiquillo era un forastero; creo que debe ser de la familia recién llegada, de la cual te he hablado hace un momento. Era mayor que Noah y, al principio, parecía mostrarse amigable con los otros y como si quisiera juntarse a su juego. Me parece que Noah no debió de aprobarlo porque después de haber examinado al forastero de pies a cabeza le dió un puñetazo. ¡Bueno! Debo decirte que el chiquillo le ha devuelto la paga, pero con creces.

-¡Pero Virgen Santísima! ¡Qué criatura más terrible es este hijo mío 1 -exclamó la señora Zane -. ¿Y tú te has quedado mirando cómo se peleaban? ¡Y aún te ríes! De seguro que aún debías azuzarlos como hacías cuando se peleaban los negritos. Bueno, a Noah le está bien lo que le ha pasado, y ojalá le sirva de escarmiento.

-Pues yo, Bessie, te apostaría cualquier cosa - dijo el coronel riendo de nuevo - que si no encierras con llave a Noah, va a pelearse con aquel muchacho todos los días.

-¡Demasiada razón tienes! -exclamó resignadamente su esposa.

-¿En dónde está Betty, que no la he visto todavía
hoy? Mañana pienso llevarla conmigo a Short Creek. Tengo que ir a buscar la autorización para fundar otras colonias en este lado del río y para arreglar varios asuntos en esta primavera. La señora Rayner estará contentísima de ver a Betty, ¿no te parece?

-Sí, sí. Creo que la excursión será muy de su gusto. Siempre se distraerá.

-¡Pero, chica! -exclamó el coronel al ver a Betty que entraba por la puerta-. ¿Qué te ha ocurrido?

Betty estaba encantadora con su gorrita granate sobre su negra melena; pero su traje aparecía en desorden y la falda cubierta de heno.

-He subido al henar-dijo Betty mostrando una cestita -. Ya hacía una semana que aquella vieja gallina negra no se dejaba atrapar; pero por fin la he vencido.

He descubierto su nido en el rincón del fondo del henar.

-Pero, ¿cómo has subido allí?

-Bessie, he subido con la escalera de mano... ¡Ah, qué alegre estoy esta mañana! Me siento con el corazón más ligero que de costumbre; pero todavía no le han salido del todo las alas. ¡Figúrate! Sam me dijo que no podría subir por la escalera. ¡En cuatro saltos he estado arriba!

-Pues haces muy mal en subir así - replicó seriamente la señora Zane -. El otoño pasado, el niño de Hugh Bennet resbaló desde allí, cayó al pesebre y uno de los caballos lo coceo de tal modo que por poco lo mata.

-¡Pero, Bessie, yo no soy ningún niño! -replicó Betty enfáticamente -. Además, en la cuadra no hay ningún caballo que pueda cocearme.

-¡Sí! ¡Fíate del caballo negro que dejó aquí el señor Clarke! Es capaz de volverse contra el más diestro. -¡Oh! A mí no me haría ningún daño.

-Bueno, Betty; ya hemos tenido bastante buen tiempo durante estos tres días - dijo el coronel algo serio -. Has dejado que se escapara tu oso loco, para que pusiera todo el fuerte en revolución; ayer me quedé con las manos completamente emporcadas con la pintura que le has dado a tu canoa. Si me hubieses pedido consejo te habría dicho que todavía era temprano para pintarla y que no debías hacerlo, por lo menos, hasta dentro de un mes. Silas me dijo que te habías caído en la colina, cerca del remanso Sam notificó que habías probado de conducir los caballos hasta el desfiladero para hacérselo saltar..., etc., etc. ¡Claro que nos complace verte recobrar tu antiguo buen humor! Pero bien podrías tener un poco más de juicio. Tu variabilidad es una cosa fantástica, y nunca sabemos qué es lo que debemos temer más. El día menos pensado te traerán a casa descalabrada y sin esa cabellera negra, que irá a adornar la casa de algún Hurón.

-¡Bueno! Lo que yo te digo es que estoy loca de contenta de ver que ha mejorado el tiempo y que ya puedo volver a salir. Ya estaba aburrida de tener que estar durante tanto tiempo encerrada en casa. Esta mañana creí llorar de alegría. Ya sé que Bessie estará en seguida dispuesta a reñirme por Madcap y a advertirme constantemente que no puedo pasear a caballo más allá del fuerte; pero lo mismo me da. Tengo el propósito de pasear por todas partes.

-¡Betty! No quiero que pienses que te riño por vicio -replicó la esposa del coronel-; pero estás loca como un conejo de marzo, y es necesario que se te adviertan ciertas cosas. Escúchame bien: mi hermano, el Mayor, me ha dicho que Simón Girty, el renegado, ha dicho en alguna parte que había visto a la hermanita de Eb Zane y que, si lograba ponerle la mano encima, haría de ella una squaw[6]. No me burlo de ti y sólo te digo la verdad más estricta. Girty te vio hace dos años, cuando estuviste en Fuerte Pitt. Y vamos a ver: ¿qué harías si te apresara en uno de tus paseos y. te llevara a su wigwam? No hace mucho tiempo ya hizo algo parecido. James Girty apresó a una de las Johnson, y cuando sus hermanos intentaron rescatarla, perdieron todos la vida. Es una de las trampas más conocidas de los indios.

-¿Que qué haría si el señor Simón Girty intentaba hacer de mí una squaw? - exclamó Betty echando fuego por los ojos-. ¡Pues le mataría!

-Lo creo, Betty; palabra de honor que lo creo - dijo el coronel -. Pero deja que confiemos en que nunca verás a Girty. Lo único que te pido es que seas prudente. Mañana iré a Short Creek, ¿quieres venir conmigo? La señora Rayner estaría muy contenta de verte.

-¡Oh, Eb, ya lo creo! ¡Será delicioso!

-Pues conformes. Pero tienes que prepararte para salir muy temprano.

Dos semanas más tarde, Betty regresó de Short Creek y no parecía la misma. El coronel Zane dijo con gran satisfacción a su esposa que Betty había recobrado su antigua alegría.

[6] Mujer india.

Al día siguiente del regreso de Betty hizo un tiempo espléndido; era el primer día de mayo. El sol lucía con sus rayos tibios de primavera, las flores de mayo abrían sus cálices, las gayubas perfumaban el aire suave, la hierba de los prados y las hojas de los árboles habían reverdecido, las golondrinas entraban y salían chillando por la puerta del granero, las nevatillas trinaban sin cesar en los árboles vecinos, la alondra entonaba en el cercano prado su dulce melodía y el zumbido de las trabajadoras abejas, alrededor del manzano florido y perfumante, se oía desde bastante lejos.

-Señolita Betty, Madcap espela empaciente osté-dijo el viejo Sam en su jerga pintoresca, llevando del bocado al caballo.

Betty rió y saltó ligera a la silla; y al cabo de un instante emprendía volando su camino familiar a través del puente de la cañada, pasaba por delante del molino y se alejaba a través de la loma escarpada que dominaba el río. El caballito indio era muy fogoso, y tan pronto galopaba furiosamente como trotaba juguetón dando corcovos; en aquellos momentos se habría dicho que le llevaba la misma alegría de su dueña. Primero corrió aproximadamente una milla con su máxima velocidad y al volver un recodo, Betty le obligó a ir al paso. De repente sus meditaciones se vieron interrumpidas por el golpe que la rama de un árbol le dió en pleno rostro. Paró repentinamente el caballo y rompió con rabia la rama ofensora. Cuando miró a su alrededor, un recuerdo atravesó como un rayo su imaginación. Era allí mismo en donde había sido detenida por aquel hombre que tan violentamente había cruzado por su vida, y ante aquel recuerdo volvió a meditar sobre la vieja pregunta: ¿No era posible que hubiese habido algún error? ¿No podía haberle juzgado precipitadamente y, por lo tanto, mal? Y el viejo sentimiento revivió en ella de una manera suave, y la lucha consigo misma empezó de nuevo. Betty dejó que su espíritu se hundiera poco a poco en aquellos tristes pensamientos que volvían a ella como los melancólicos acordes de una música lejana, cantada en otros tiempos por voces muy amadas que ahora habían enmudecido para siempre. Y sin darse cuenta dirigió el caballo hacia el viejo sicómoro. La jaca volvió por el sendero de la izquierda, que conducía al pie del escarpado promontorio, y con pie seguro condujo a su jinete por entre las rocas abruptas y retorcidas raíces que entorpecían la marcha a través del solitario camino. Ya desde lejos el corazón de Betty latió con violencia al descubrir la frondosa copa de aquel noble árbol bajo cuyas ramas había transcurrido el día más feliz de su vida. Las más terribles borrascas no hacían mella en el viejo monarca del bosque, cuyas exuberantes hojas cubiertas de rocío centelleaban ahora a los rayos del sol.

Betty soltó las riendas del caballo y quedó extática contemplando el árbol, destacando sobre el fondo del estanque, cuyas aguas profundas reflejaban el cielo nítido de aquella mañana de primavera; pero sus ojos, iluminados por la luz misteriosa del ensueño, no veían el paisaje;. veían sólo el pasado sin distinguir la más ligera imagen del presente.

De pronto sus reflexiones fueron interrumpidas por la inquietud de su jaca. Madcap había levantado la cabeza, vuelto sus orejas y empezaba a escarbar el suelo con la pata delantera. Betty dirigió su mirada alrededor para tratar de descubrir la causa de aquella inquietud. ¿Qué era aquello? Vio, al fondo, apoyada contra la roca, una figura esbelta, vestida de gris, con la caña de pescar en la mano. ¿Qué podía ser lo que hacía tan familiar a los ojos de Betty el aspecto de aquella figura? Madcap, con su piafar nervioso, levantó una piedra del sendero, la cual fue rodando por el pronunciado declive hasta caer en el agua. El pescador se volvió rápidamente hacia el promontorio, y... ¡era Alfred Clarke! Por un momento, Betty creyó que estaba soñando. ¡Había soñado tantas veces en el viejo sicómoro! Volvió a mirar detenidamente y no le cupo la menor duda: era él; algo más pálido, parecía más viejo... pero las facciones eran las de Alfred Clarke. El corazón de Betty dió un gran vuelco y pareció que quería dejar de latir, al mismo tiempo que una inefable alegría se apoderaba de todo su ser, sumiéndola en una loca agonía que la hacía desfallecer. ¡Entonces, vivía aún! Aquél fue su primer pensamiento, dulce y triste a la vez; después, recobrando su memoria, palideció, y con

los dientes apretados, tiró de la rienda a Madcap obligándole a dar una violenta vuelta, y golpeándole con la fusta le hizo emprender una furiosa carrera hacia casa.

En aquel momento, el coronel Zane salía del granero, v al ver el loco galopar del animal llevando a Betty con el pelo suelto volando a merced del viento y con la cara pálida como si fuera perseguida por mil indios, se quedó pasmado y absorto.

-¿Qué te pasa, Betty? ¿Qué es lo que ocurre? - gritó el coronel al llegar su hermana a su lado.

-¿Por qué no me dijiste que ese hombre estaba otra vez en el fuerte? - preguntó ella excitadísima. -¡Ese hombre! ¿Pero de qué hombre me hablas, hija mía? - preguntó el coronel Zane asombrado.

-¿Pues de quién va a ser? ¡Del señor Clarke! ¡Como si no lo supieras! ¡De seguro debiste pensar que me gustaría mucho tu broma!

-¡Ah! ¿Clarke ha vuelto? Pero oye, muchacha, ¿no llegué ayer de fuera lo mismo que tú? De todos modos, no puedo explicarme por qué la presencia de ese muchacho puede excitar tu cabeza de ese modo; ¡pobre Clarke i ¿Qué es lo que ha hecho ahora?

-¡Bien podías habérmelo dicho! Tú... o alguien; y evitar que me comportara como una tonta -replicó Betty a punto de llorar-. ¡Yo que había ido tranquilamente hacia el viejo sicómoro! ¡Verme allí, que es de todos los lugares del mundo el único en donde no hubiera querido que me viera!

-¡Uf! - exclamó el coronel, quien acostumbraba soltar la exclamación india -. ¿Y eso es todo? ¡Yo creía que había ocurrido algo!

-Sí, señor, eso es todo. ¿Y no es bastante? ¡Yo no sé cómo no me he quedado muerta allí mismo! ¡ Por lo menos va a pensar que le he seguido allá abajo y que estaba esperando que... de...! ¡Ah!...

Y metiéndose en casa cerró de un portazo, dejando al coronel perdido en un mar de confusiones.

-¡Uf... estas mujeres! -exclamó rehaciéndose de la sorpresa y conduciendo el caballito al establo-. ¡La mejor es un desastre!

Betty corrió escaleras arriba a su habitación con la cabeza hecha un torbellino. Más fuerte que la sorpresa por la inesperada aparición de Alfred en Fuerte Henry y más que el disgusto de haber sido descubierta por él, yendo a un sitio cuyo recuerdo molestaba a su orgullo, era la conciencia que tenía de que la simple presencia de Alfred la había conmovido hasta lo más recóndito de su alma. Aquel sentimiento la hirió hasta el punto de odiarse a sí misma y ocultó su cara avergonzada al pensar que no podía evitar la loca alegría que invadía su alma al ver al hombre que había jugueteado con ella, al hombre que había considerado su amistad de tan poca monta que nunca, durante su ausencia, se había tomado la molestia de escribirle una sola línea o de mandarle el más pequeño mensaje. Retorciendo sus temblorosas manos, probó a tranquilizar su trastornado corazón y dominar aquel dulce y vago sentimiento que la había hecho tan débil.

Las lágrimas anegaron sus grandes ojos oscuros y, exhalando un profundo suspiro, se echó en la cama y hundió su cabeza en la almohada.

Una hora después, cuando ya se había calmado y sentado detrás de la ventana, un ligero golpecito sonó en la puerta y entró el coronel Zane. Titubeó un momento y entró casi tímidamente, ya que con su hermana no se podía tomar nadie ciertas libertades, y al verla al lado de la ventana atravesó la habitación y se sentó a su lado.

Betty no tenía ya ningún recuerdo de su padre ni de su madre. Hacía mucho tiempo, cuando aún era una chiquilla, había ido a casa de su hermano, había apoyado su cabeza en su pecho y le había contado sus penas. Aquel mismo deseo creció en aquellos momentos en su corazón al sentir el inefable consuelo de la suave presión de la mano de Eb. No pudiendo

resistir más, Betty inclinó su cabeza sobre el pecho de su hermano y lloró desconsoladamente.

Alfred Clarke había realmente reaparecido en Fuerte Henry. El pasado octubre, cuando dejó la colonia para ir con la expedición que iba a la parte alta del río Monongahela, su intención había sido de volver al fuerte tan pronto como hubiese terminado su trabajo; pero tuvo que someterse a aquella fatalidad que afecta a todos los hombres y a todas sus acciones. El hombre, lleno de esperanzas, traza sus planes, y un inexorable destino echa por los suelos las más sabias previsiones.

Los hombres de aquella expedición volvieron al Fuerte Henry en dos grupos, pero Alfred no pudo acompañarles, ya que una molesta enfermedad que había estado padeciendo durante muchos días le obligó a ir al Fuerte Pitt en busca de asistencia médica. Mientras estaba allí, recibió la noticia de que su madre yacía muy enferma en su vieja casa de Southern Virginia y que si quería verla con vida no tenía que demorar ni un momento su partida. Dejó, pues, el Fuerte Pitt y se fue a su casa, en donde permaneció hasta la muerte de su madre. Ella había sido el único lazo que le uniera al viejo hogar. Muerta ella, pues, determinó abandonar para siempre la escena de su infancia.

Alfred era el único heredero de la propiedad de su madre, pero la actitud de su viejo padrastro, egoísta, se interpuso entre él y todo goce que en ella hubiese podido hallar y, como amaba la vida atrevida de los bosques, decidió ser soldado de la fortuna y aceptar la vida dura de los colonos, despreciando la vida ociosa del rentista propietario. Declaró su propósito a su padrastro, quien mal disimuló su satisfacción ante el aspecto que tomaba el asunto; empaquetó sus cosas y su dote, se apoderó de las joyas de su madre y, despidiéndose con una mirada triste de lo que dejaba, se alejó para siempre de aquel lugar.

Era domingo por la mañana y ya hacía dos días que Alfred estaba nuevamente instalado en Fuerte Henry. Desde su pequeña habitación del blocao observaba el inolvidable panorama, las colinas que circundaban el valle, el anchuroso río, los verdes bosques, que le parecían viejos amigos.

-¡Henos aquí otra vez! -murmuró quedamente-. ¡Qué loco debo de estar! He dejado una hermosa y antigua finca, esclavos, caballos, un país célebre por sus mujeres bonitas... ¿y para qué? Aquí no puede haber para mí más que indios, trabajo duro, privaciones y penas. ¿Cómo no sé decidirme, pues, a alejarme? ¡Bah! ¿De qué me serviría pensar en la posibilidad de irme a vivir en otro sitio? Yo no puedo engañarme a mí mismo. Eso es porque aquí... ¡está ella! Y andaría mil leguas y me moriría de miseria durante meses enteros sólo por una mirada de sus dulces ojos. Sabiendo eso, ¿por qué he de preocuparme por nada más? Pero... ¡qué raro que ayer fuera a caballo hasta el viejo sicómoro, precisamente en el momento en que yo estaba pensando en ella! ¿Habrá pensado en mí durante este tiempo? ¿Debo mirar ese incidente como un
feliz augurio? Bueno; para saberlo estoy aquí y, cueste lo que cueste, he de llegar a saberlo.
¡Ah, he aquí la campana de la iglesia!

Y, riendo un poco de su anhelo, se cepilló el vestido, se puso el sombrero y bajó las escaleras. Los colonos, acompañados de sus familias, se dirigían a la iglesia y al salir del blocao, Alfred encontró a Lydia Bogg.

-¡Ah, señor Clarke! - exclamó sonriendo y alargándole amablemente la mano-. Ya había oído decir que había vuelto usted. Que sea bien venido; estoy muy contenta de verle nuevamente entre nosotros.

Mientras estaban hablando llegaron su padre y el coronel Zane, quienes saludaron calurosamente al joven.

-¡Bien, bien! Conque... de vuelta a la frontera, ¿eh? -exclamó el coronel con su peculiar franqueza-. Me alegro mucho. Le aseguro, Clarke, que ya había empezado a tomarle gusto al caballo negro que nos dejó usted el pasado otoño. Yo no supe qué pensar cuando

Jonathan trajo mi caballo a la vuelta de la expedición. Pero si he de serle franco le diré que siempre he creído que usted volvería. Vamos a ver: ¿se puede saber qué le ha pasado durante este invierno?

-He estado en mi casa. Mi madre estuvo enferma durante el invierno y murió el mes pasado.

-¡Muchacho, ésas son malas noticias! Lo siento de veras -dijo el coronel Zane poniendo paternalmente su mano en el hombro del joven-. ¡Ya me preguntaba yo qué podría ser lo que diera a usted ese aspecto grave y avejentado! Eso es muy duro, muchacho, pero ¡qué le vamos a hacer! ; es el camino de la vida.

-Coronel Zane, he vuelto para ver si quiere usted darme mi antigua plaza.

-¡Pues ya lo creo que quiero! Y además puedo prometerle algo para más adelante. Voy a abrir un camino a través de Maysville y Kentucky y a levantar nuevas colonias a lo largo del río. No hay que decir que necesitaré gente joven, por lo que estoy más que contento de que haya usted vuelto.

-Gracias, coronel; eso es mucho más de lo que yo podía esperar.

En esto, Alfred vio acercarse una delicada figurita. Eran muchas las personas que venían; pero Alfred sólo vio a Betty, quien, por una de aquellas raras casualidades, iba acompañada de Ralfe Miller, a quien miraba y sonreía en la peor ocasión de su vida. A Alfred le dió un salto el corazón.

Cuando la gente joven alcanzó las gradas de la iglesia, los ojos de los dos rivales se cruzaron por un segundo; sin embargo, hubo bastante para que los dos se comprendieran. No se dijeron palabra y Lydia, comprendiendo asimismo, titubeó un momento y miró a Betty.

-Betty -dijo en aquel momento el coronel Zane-. ¿No has visto? Aquí está...

Pero Betty pasó por delante de ellos con las mejillas encendidas y sin mirar siquiera a Alfred. Para él fue aquél un golpe terrible.

-Entremos - dijo serenamente a Lydia.

En todos los días de su vida no olvidó Alfred Clarke aquella escena. Su orgullo le retuvo encadenado en su asiento durante los divinos oficios. Exteriormente mantuvo bien su compostura, pero interiormente su cerebro parecía un torbellino de fuego. ¡Qué idiota había sido! Ahora comprendía por qué su carta no había obtenido contestación alguna: Betty amaba a Miller, un hombre que le odiaba, capaz de remover cielo y tierra con tal de destruir la más mínima inclinación que Betty hubiese podido sentir por él. He aquí que de nuevo se cruzaba Miller en su camino y le derrotaba. Con repentina desesperación se dió cuenta de que todas sus esperanzas no habían sido más que sueños de imbécil. La ilusión del momento en que había de entregarle las joyas de su madre, el sueño de aquella encantadora cara levantada hacia él, el cuadro de aquella pequeña cabaña a la cual se dirigía él presurosamente, al terminar su trabajo, y a cuya puerta esperaría ella con los brazos abiertos... ¡todo, todo quedaba para siempre destruído! Esperó a que terminara el oficio, se escabulló antes que nadie y fue a encerrarse en su habitación. Necesitaba estar solo y luchar consigo mismo para alejar aquellos pensamientos y borrar para siempre de su corazón la imagen de aquella ingrata.

Durante toda la tarde, Betty estuvo en compañía de sus amigas, y era ya anochecido cuando el coronel Zane subió a su habitación para hablar a solas con ella.

-Betty, quisiera saber por qué te has hecho la desentendida con el señor Clarke esta mañana - dijo el coronel mirando a su hermana con una expresión de severidad raramente vista en su rostro.

-No sé qué puede eso importar a nadie más que a mí misma-replicó Betty vivamente, mientras su cabeza se levantaba altiva y sus ojos relampagueaban de un modo parecido a los de su hermano.

-Dispensa, hermana, pero no estoy de acuerdo contigo -insistió el coronel- Eso concierne , también a otros. Cosas como la que has hecho esta mañana no pueden hacerse en este pequeño lugar en donde todo el mundo sabe la vida de los demás y en donde no pueden pasar inadvertidas las acciones de nadie. La esposa de Martin vió como dejaste cortado a Clarke, y no ignoras lo aficionada que es a comadrear. Desde esta mañana todo el poblado anda hablando de ti y de Clarke.

-¡Eso me tiene sin cuidado!

-¡Pues a mí, todo lo contrario! ¡No me da la gana de que la gente hable de ti 1 -replicó el coronel empezando a perder la paciencia-. El pasado otoño permitiste a Clarke que te dedicara muchísima atención y, según todas las apariencias, cuando se marchó, estabais en las mejores relaciones del mundo. ¿A qué viene, pues, que ahora que el muchacho ha vuelto te niegues incluso a saludarle, mientras permites que ese otro muchacho, Miller, vaya corriendo siempre detrás de ti? En mi apreciación, Miller no puede compararse con Clarke y, a juzgar por los cariñosos saludos que esta mañana recibía de todo el mundo, la mayor parte de nuestra gente es de mi opinión. No vengo yo ahora a hacerte la propaganda de Clarke; sólo digo eso porque para Bessie, para Jack, para todo el mundo, tu actitud es incomprensible. La gente dice que eres una coqueta y que sería mucho mejor que te comportaras como todas las muchachas de tu edad en el país.

-¡Yo no he permitido nunca que el señor Miller vaya detrás de mí en la forma que tú te complaces en echarme en cara! -replicó Betty, indignada-. En primer lugar, no me gusta; y después, nunca le he visto más que en presencia de Bessie o de alguien. ¡Demasiado sabes tú eso! Yo no podía privarle que se pusiera a mi lado esta mañana al ir a la iglesia.

-Sé muy bien que no; pero ¿eres del todo inocente de aquellas dulces miradas que le dirigías esta mañana?

-Yo no he hecho eso! -gritó Betty terriblemente irritada v cubriéndose de rubor-. ¡Yo no puedo tolerar que ni tú ni nadie me llame coqueta! ¡Qué asco! En el momento en que una se comporta educadamente con un muchacho, en seguida tiene que verse llamada coqueta.

-Mira, Betty, no te exaltes tanto y vayamos al asunto. ¿Por qué no te has comportado educadamente con Clarke esta mañana? - preguntó seriamente el coronel.

Betty permaneció callada, y al cabo de un momento su hermano continuó

-Si ha ocurrido algo con Clarke, que yo ignoro y debiera no ignorar, te mando que me lo digas en seguida. A mí, personalmente, me gusta mucho; pero eso no quiere decir que a ti tenga que ocurrirte lo mismo. Puedes, si quieres, no interesarte nada por él; pero ni así queda justificada tu actitud. Betty, en estas colonias de la frontera, un hombre se conoce muy pronto por lo que en realidad vale. A toda la gente del fuerte le gusta Clarke; los chiquillos le adoran; a Bessie le es muy simpático; tú sabes que con Isaac intimó muchísimo; y hoy se ha comportado como un hombre. Vi la mirada que Miller le dirigió y... ¡Vamos, que no me gusta ese Miller de ninguna manera! Hasta aquí te he expuesto mi punto de vista. No se trata aquí de que te guste o no te guste Clarke; ése no es asunto mío. Se trata sencillamente de que aunque no fuera el hombre que todos vemos, tu conducta con él no es propia de una Zane y no me da la gana de que ese estado de cosas continúe.

Betty había visto más de una vez al coronel enfadado, pero nunca con ella. Sin embargo, reconoció que le había disgustado y aun olvidó su propio resentimiento con las alabanzas que su hermano hiciera de Clarke; pero recordando nuevamente lo pasado, volvió a irritarse contra sí misma por su debilidad y, ante la revulsión de aquellos sentimientos, rompió a llorar exclamando:

-No es más que un fresco despreciable! ¡Nunca se interesó por mí! ¡Me ultrajó villanamente!

Al oír aquellas palabras, el coronel Zane cogió su sombrero y, sin decir ni una palabra, se fue escaleras abajo. Betty no tuvo intención de contestar a su hermano en la forma

que lo había hecho, y al momento se arrepintió (le sus imprudentes palabras y llamó al coronel, pero éste ni le contestó ni volvió.

-¡Betty! ¿Qué demonios le has dicho a mi marido? -dijo la señora Zane entrando en el cuarto casi sin aliento por lo de prisa que había subido las escaleras, y mirándola con angustiosa inquietud-. Ha bajado más blanco que esta sábana y se ha marchado al fuerte sin decirme ni una palabra.

-Pues, sencillamente: le he dicho que Clarke me habla injuriado - contestó Betty, lo más tranquila que pudo.

-¡Santo cielo! ¡Betty! ¿Qué has hecho? -exclamó la señora Zane -. ¿Pero no conoces tú a Eb cuando está enfadado? ¿No sabes lo loco que está por ti? ¡Es capaz de matar a Clarke!

Sin embargo, Betty no se inmutó y replicó a su cuñada que no llegaría la sangre al río.

-Y ¿cuándo te injurió? - insistió su cuñada con curiosidad.

-En octubre pasado.

-¡Uf ! -exclamó la señora Zane -. ¡Pues sí qué has tardado en darte por agraviada! Estoy segura de que al fin y al cabo será alguna tontería. No es hombre el señor Clarke para injuriar a una señorita. ¡Si todas las muchachas andaban locas detrás de él el año pasado! Si no fuera un hombre como es debido, bien seguro que no habría ocurrido así.

-Pues si estaban locas por él, a mí no me importa. ¡Que se lo guarden y que le den la bienvenida! Yo no le quiero para nada, ni le quise nunca, y ya empiezo a estar cansada de oír a todo el mundo elogiándole. ¡Le detesto l ¿Lo oyes? ¡ ¡Le detesto! ! Y te agradeceré que te marches y me dejes sola.

-Bueno; lo que yo te digo es que eres una muchacha muy rara -contestó la señora Zane al adivinar que la explosión de violencia de Betty presagiaba una terrible tempestad de llanto -. No creo ni media palabra de lo que me has dicho. - Y al llegar a la puerta, se volvió e insistió con maliciosa intención -: Y sobre todo, no creo que le detestes. ¡Ahí lo tienes!

El coronel Zane se fue directamente al fuerte, entró en el blocao y llamó a la puerta del cuarto de Clarke. Una voz contestó desde el interior: "Adelante". Empujó la puerta y entró. En aquel preciso momento acababa de llegar Clarke dé dar un paseo por el bosque y sus zapatos
y su vestido estaban todavía empolvados. Tenía el aspecto de estar algo cansado, pero su cara estaba tranquila.

-¡Hola, coronel Zane! - exclamó al verle -. ¿En qué puede servirle a usted?

-Vengo a verle, Clarke, porque necesito que me dé usted algunas explicaciones sobre un asunto relacionado con mi hermana.

-Estoy a sus órdenes - contestó despacio Alfred, encendiendo tranquilamente su pipa.

Después apagó la mecha y miró abierta y francamente al coronel.

-Mi hermana acaba de informarme de que usted la injurió el pasado otoño, antes de que dejara el fuerte. Estoy seguro de que no es usted ni un embustero ni un cobarde y de que me contestará como un caballero.

-Coronel Zane, ha hablado usted muy bien. No soy ni un cobarde ni un embustero - contestó fríamente Alfred dando una fuerte chupada a su pipa y lanzando al aire una bocanada de humo.

-Le creo, pero necesito una explicación, porque a la fuerza tiene que haber una mala interpretación. Esta mañana he observado que Betty pasaba delante de usted sin saludarle. A mí no me ha gustado y le he mandado que me dijera por que hacía aquello, contestándome que usted la había injuriado. Ya se que mi hermana es propensa a exagerar, sobre todo cuando está irritada; sin embargo, ella nunca me ha dicho una mentira. Ya sabe, Clarke, que desde que sacó a mi hermano Isaac del río me he interesado mucho por usted. He aquí por qué me gustaría evitar cualquier disgusto. Sin embargo, el asunto ha ido va demasiado lejos y

espero que se hará usted cargo y, dejando a un lado su amor propio, me dejará conocer la historia de su parte.

A las primeras palabras de su visitante, en los modales del cual no se observaba confusión alguna, Alfred se había puesto pálido. Sabía que si el coronel Zane encontraba que realmente su hermana había sido injuriada por él, le haría salir y le mataría. El coronel había hablado tranquilamente, casi bondadosamente, pero había también un aire extraordinario de profundo resentimiento en su voz y dejaba adivinar un mortal intento contra quien se cruzara con él.

El primer impulso de Alfred fue contestarle que no tenía nada que decirle y que estaba dispuesto a salir para lo que creyera más conveniente. Pero, prudentemente, decidió que aquello no sería correcto, ya que, prescindiendo de lo que la muchacha hubiese podido decir de él, el coronel había sido siempre un verdadero amigo. Por lo tanto, Alfred se sobrepuso y decidió abrirle su corazón y explicarle el asunto de cabo a rabo.

-Coronel Zane: yo puedo jurarle que no debo nada a su hermana, y voy a contárselo sencillamente porque usted ha sido siempre mi amigo y no quiero de ningún modo que usted tenga una idea equivocada de mí. Le diré la verdad, pues, y usted podrá juzgar si he injuriado o no a su hermana. Yo me enamoré de ella casi desde el primer momento en que la vi. A la noche siguiente al día en que los indios cogieron nuevamente a su hermano, Betty y yo permanecimos un rato fuera, a la luz de la luna. Tenía un aspecto tan desconsolado y me sentí tan triste por ella, que llevado por mi amor, fui víctima de un momentáneo impulso y la besé. Ya sé que no tengo excusa, pero no pude evitarlo. Ella me dió un bofetón y se metió corriendo en su casa. Yo había tenido la intención de confesarle mi amor aquella noche y colocar mi destino en sus manos; pero, naturalmente, mi desgraciada imprudencia lo imposibilitó. Como al día siguiente tenía que marcharme, permanecí levantado toda la noche, pensando en lo que podría hacer, y, por fin, decidí escribirle. Le mandé una carta en la que se lo confesaba todo y le pedía si quería ser mi esposa. Di la carta a su esclavo Sam diciéndole que era cuestión de vida o muerte y encargándole que por nada del mundo la perdiera ni dejara de entregarla a la señorita Betty. Y bien: no he recibido contestación alguna, y hoy ya ha visto usted cómo me ha vuelto la cara fríamente. Esa es mi historia, coronel Zane.

-Esa carta no ha llegado nunca a manos de Betty -dijo tranquilamente el coronel-. Su conducta no es la de una muchacha que pueda contestar "sí" o «no». Sam no ha tenido simpatía por usted nunca y siempre ha aprovechado la ocasión para hablar mal de usted.

-¡Si no entregó la carta a su hermana, tengo que matar a ese condenado negro! -gritó exaltado Alfred levantándose de la silla -. Pero ¡por Dios! Nunca se me ocurrió la posibilidad de que no hubiese recibido la carta... ¡Qué habrá pensado de mí su hermana! ¡Claro! Debió pensar que me había marchado sin decir una palabra, y si realmente conoció que yo la amaba, no pudo pensar de mí de un modo más terrible.

-Bien. Ya veo que podría usted explicarse más detalladamente, pero me doy por satisfecho -dijo el coronel-. Ahora iré a ver a Sam para averiguar lo que ha sucedido con la carta. Estoy muy satisfecho de haber pensado de usted del modo que siempre lo he hecho. Ya me imagino que eso le habrá herido de veras, y no me sorprende. ¡Quién sabe si todavía podremos arreglarlo todo! Mi consejo ahora es... pero no importa eso ahora. De todos modos, ya sabe usted que soy su amigo en este asunto, y ya le comunicaré el resultado de mi entrevista con Sam.

-¡Si siempre lo había dicho yo, que ese muchacho es todo un caballero! - murmuraba el coronel Zane mientras atravesaba el verde cuadrado del fuerte y subía el pequeño declive hacia las cabañas.

El viejo esclavo estaba sentado en el umbral de su casa.

-Sam, ¿qué hiciste de una carta que te dio el señor Clarke en octubre pasado, encargándote que la entregaras a la señorita Betty? - pregunto el coronel severamente.

-Sam no lecuelda ninguna calta, zeñó - replicó el n negro.

-Mira, Sam, no mientas. El señor Clarke acaba de decirme que te la entrego a ti. Anda, dime, ¿qué hiciste de ella?

-Masa Zane, el nego no ha visto ninguna calta - contestó Sam, bastante confuso, sacando de su boca la pipa sucia que estaba fumando y mirando de reojo a su amo.

-Si vuelves a mentir te castigaré - dijo el coronel severamente-. Ya empiezas a ser viejo, Sam, y no me gustaría nada tener que azotarte; pero me veré obligado a hacerlo si no encuentras esa carta.

Refunfuñando entró Sam en su cabaña. El coronel le oyó registrar durante un buen rato y por fin salió y le alargó un papel sucio y arrugado.

-¿Qué es lo que te indujo a obrar así, Sam? Siempre te habías comportado honradamente. Tu acto ha sido la causa de un grave error que- habría podido tener consecuencias muy malas.

-Es que él es una polquelía de blanco del Sul no bueno pala nada -contesto Sam -. Yo vi que su hermana señolita Betty le gustaba y dije: "No quielo que señolita Betty tenga que ir con él .n Y no le di la calta a señolita Betty.

Viendo el coronel que sería inútil hacer hablar más al viejo negro maniático, dio media vuelta y se dirigió a su casa. Miro el papel y vio que iba dirigido a la señorita Betty Zane, y la tinta estaba tan descolorida que las letras eran apenas visibles.

Al verle llegar, su esposa respiro profundamente, sobre todo al observar que su semblante aparecía tranquilo como de costumbre.

-¿Qué es lo que traes ahí? - le pregunto.

-Es una cartita para esa joven botafuegos de ahí arriba y que creo que aclarará todo el misterio. Clarke la dio a Sam el pasado otoño para que se la diera a Betty y Sam, en lugar de entregársela, se la guardo.

-¡Ojalá sea eso la causa de que coloquemos de una vez a tu hermana! Me atormenta hasta matarme con sus asuntos de amor - dijo la señora Zane.

El coronel subió tranquilamente las escaleras y encontró a su hermana en la misma postura en que la había dejado y, al verle entrar, hizo un ligero movimiento de impaciencia.

-Bueno, señorita - exclamo alegremente -. Aquí traigo algo que puede que le interese.

-¿Qué es? - pregunto Betty estremeciéndose.

Y al ver la carta se puso encarnada como una amapola v se nego a tomarla. Betty estaba desconcertada al ver el porte alegre de su hermano, siendo así que hacía unos momentos se había marchado furioso.

-¡Anda, tómala! Es una carta del señor Clarke que tenías que haber recibido en otoño pasado. La última madrugada que estuvo en el fuerte se la dió a Sam para que te la entregara, y el viejo gandul se la guardo. Ya es muy tarde para hablar de ese asunto y créeme que es una verdadera lástima. Lo siento por los dos. Clarke nunca podrá olvidarte a pesar de que tú lo quieras así. No sé exactamente lo que contiene esta carta, pero sé que te hará avergonzar de no haber tenido confianza en él.

Y después de haberle dirigido aquel ligero reproche, el coronel salió, dejando a Betty del todo desconcertada. Las palabras «muy tarden, «nunca podrá olvidarte- y "es una verdadera lástima», danzaban sin parar en su cerebro. ¿Qué habría querido decir su hermano? Con manos temblorosas abrió la carta, y acercándola a la luz mortecina del crepúsculo, leyó

«*Querida Betty*

»Si usted hubiese esperado un momento, estoy seguro de que no habría quedado enfadada conmigo. Las palabras que tanto quise decirle, me ahogaron y tuve que callar. La amo. La he amado desde aquel primer bendito momento en que levanté la mirada por encima

de la cabeza de su pony para ver los ojos más dulces que el sol ha alumbrado; y seré el hombre más feliz de la tierra si usted me dice que se interesa un poco por mí y me promete ser mi esposa.

»Hice mal en besarla y le ruego que lo olvide. Si hubiese visto su propia cara como yo la vi, a la luz de la luna, no necesitaría defenderme. Usted sabría muy bien que el impulso que me sedujo era irresistible. En aquel beso yo le di mis esperanzas, mi amor, mi vida, mi todo. Deje que él interceda por mí.

»Espero volver de Fuerte Pitt dentro de seis u ocho semanas, pero no quiero esperar hasta entonces su contestación.

»Con toda mi esperanza me declaro suyo hasta la muerte,

ALFRED. »

Betty leyó detenidamente la carta. Poco a poco fue nublándose su vista, el papel fue borrándose de sus ojos, una sensación de vértigo le hizo extender las manos hacia delante y cayó sin sentido. Por primera vez en su vida, Betty se había desmayado. Cuando el coronel subió la encontró tendida, boca abajo, pálida e inmóvil, al lado de la ventana.

IX

Gyantwaia, más comúnmente llamado Cornplanter, era el jefe de la tribu de los Sénecas; pero cuando ésta se unió a las otras cuatro para formar la histórica «Cinco Naciones», él fue el jefe supremo de la agrupación. He aquí lo que de él cuenta una vieja historia: «Por las venas de Cornplanter corría la sangre de un hombre blanco muy famoso, y la tribu por él gobernada lo había sido en épocas anteriores por una reina india de singular poder v belleza, dotada de un carácter extraordinario para gobernar a su pueblo. Muchos fueron los jefes importantes que pretendieron hacerla su esposa, pero ella siempre rechazó la unión con alguno de sus hermanos de raza. Un día llegó al valle del Ohio un joven blanco; la reina se enamoró perdidamente de él y Cornplanter fue el fruto de su unión. »

La historia de Cornplanter es extraordinaria. Fue un sabio consejero, un gran conductor de su pueblo, obtuvo más concesiones de los blancos que ningún otro jefe indio y murió a los cien años cumplidos. El general Washington escribió de él: «Los méritos de Cornplanter y su amistad con los Estados Unidos son cosas bien conocidas. Nunca serán olvidadas.»

Sin embargo, Cornplanter no siempre fue un amigo de los rostros pálidos, ya que durante la guerra de Dunmore y aun durante muchos años después, fue uno de los más encarnizados enemigos de los pioneers invasores. Durante este período de su actividad contra los blancos fue cuando Isaac Zane tuvo la desgracia de caer en poder suyo.

Volvamos a Isaac, cuando, perdido en los bosques, agotado por el hambre y el cansancio, se había echado en unos matojos de laurel y se había quedado dormido. Al amanecer fue despertado por un perro que le lamía la cara. Oyó las voces de algunos indios; se levantó rápidamente y echó a correr tan de prisa como pudo. Sin embargo, estaba exhausto y no costó gran trabajo a sus perseguidores alcanzarle; y al ver que no podía defenderse le agarraron por los brazos y le condujeron por un sendero.

-¡Pobre corredor de rostro pálido! - exclamó uno de los que lo habían apresado-. ¡Qué malas piernas tiene! Y los otros se echaron a reír. Poco después chillaron y rápidamente acudieron otros guerreros, quienes se juntaron a ellos y le llevaron a un gran campamento.

Preguntó a uno de los que le conducían el nombre del jefe y supo que había caído en poder de Cornplanter.

Al atravesar el gran poblado indio, Isaac vio inconfundibles señales de guerra. Por todos lados se percibía el zumbido de un trabajo febril. Las squaws preparaban grandes cantidades de carne de búfalo cortada en delgadas tajadas y tostaban maíz en grandes vasos de piedra. Los guerreros limpiaban los rifles, afilaban los tomahawks y preparaban pinturas de guerra. Isaac sabía que todas aquellas cosas eran preparativos para grandes marchas v para terribles batallas. Durante aquella noche oyó hablar constantemente en la habitación contigua a la que le servía de prisión, pero no pudo entender ni una palabra por desconocer la lengua que hablaban. Después oyó los chillidos de los indios y el ruido de sus tomahawks golpeando la madera dura del poste durante sus danzas guerreras,. las cuales se prolongaron, con pequeñas intermitencias, durante los cuatro días que permaneció encerrado, recobrando poco a poco sus agotadas fuerzas. Al quinto día entró un hombre en su departamento. Era alto y fornido, su cabellera caía sobre sus hombros y llevaba el raro vestido de piel de ante de los indios, a pesar del cual Isaac conoció que era un hombre blanco ; quizás algún comerciante francés que pasaba por el poblado.

-Su nombre es Zane, ¿verdad? -preguntó en inglés el recién llegado mirando agudamente a Isaac.

-Ése es mi nombre - contestó sorprendido Isaac -. ¿Quién es usted?

-Soy Girty. Yo no le había visto nunca, pero conocí al coronel Zane y a Jonathan; he visto alguna vez a su hermana y todos os parecéis.

-Entonces ¿es usted Simón Girty?

-El mismo.

-He oído hablar de su influencia entre los indios; ¿puede usted hacer algo para sacarme de este atolladero?

-¿Y cómo ha venido usted a caer en manos de esta gente? Usted no esta a muchas millas de distancia del campo de Wingenund -dijo Girty dirigiendo una penetrante mirada a Isaac.

-Girty : yo le aseguro que no soy un espía. Me escapé del pueblo Wyandots por el río Mad y después de andar durante tres días perdí el camino. Me quedé dormido en un matojo de laureles hasta que me descubrió un perro indio. Oí voces, me levanté y arranqué a correr, pero estaba muy fatigado y me cogieron fácilmente.

-Yo sé de usted que fue hecho prisionero por los Wyandots y la hija del viejo Tarhe no consintió que fuera usted rescatado por los suyos.

-Exacto ; y de buena gana quisiera volver allí. No me gusta nada el aspecto que van tomando las cosas.

-Tiene usted razón, Zane : ha venido usted en mala hora. Los indios están como locos. Supongo que ignora usted que el coronel Crawford hizo una carnicería entre los indios, hace pocos días, y eso hace que cualquier blanco que caiga en poder de ellos lo pase muy mal. Estoy asustado y me. sabe muy mal no poder hacer nada por usted.

Unas breves palabras sobre Simón Girty, el salvaje Blanco: tenía dos hermanos, James y George, los cuales fueron adoptados por los Delawares y se volvieron salvajemente fieros e implacables con sus hermanos de raza. Simón había sido capturado al mismo tiempo que sus hermanos, pero no cayó tan de prisa bajo la influencia de la vida fácil y libre de los indios. Mientras estuvo cautivo, adquirió el poder y el secreto para gobernar a los pieles rojas, dos virtudes que pocos hombres blancos llegaron a poseer; y pronto, como el francocanadiense Joucaire, ocupó su lugar alrededor de las hogueras y tomó parte en los consejos de los indios.

Cuando estalló la revolución, Girty era un oficial comisionado de la guarnición de Fuerte Pitt, de donde desertó llevándose a Tories, a Mac-Kee y a Elliott con doce soldados

mas, con los cuales se dedicó a sembrar el terror tanto entre los blancos como entre los Delawares. Aquella tribu india había sido una de las pocas bien dispuestas para la paz ; pero a fin de decidirles a juntar sus fuerzas con el gobernador británico Hamilton, Girty les dijo que el general Washington había muerto en uno de los últimos combates y que los británicos estaban ganando todas las batallas.

Girty hablaba la mayoría de las lenguas indias y Hamilton le empleó mandándole entre aquellas tribus para que levantara en ellas el mas implacable odio contra los pioneers, a cuya tarea se debió principalmente la vida que tuvo que llevar posteriormente. Muy pronto adquirió una gran y fatídica influencia entre los pieles rojas, a los cuales organizaba y acompañaba en sus merodeos, en sus pillajes nocturnos, ayudándoles con demoníaca sagacidad en sus crueldades, a cortar pericráneos, etc., y, sobre todo, a capturar mujeres blancas.

Durante muchos años fue el sembrador de la muerte por toda la frontera. La sola mención de su nombre llevaba el terror al seno de las familias, era el llanto de los niños y hacía palidecer las mejillas de la esposa de corazón más firme. Es imposible concebir que un monstruo tan horrible pudiera esconderse bajo la figura de un hombre blanco.

Sin embargo, haciéndole justicia, debe decirse que los hechos que de él se conocieron después de su muerte demostraron que no era tan bajo y tan cruel como se había dicho, ya que se supieron rasgos de su vida que indicaban un corazón generoso; expuso su vida para salvar a Kenon de la estaca, y, en general, muchos de los terribles crímenes que le fueron imputados habían sido cometidos por sus dos hermanos.

Isaac Zane no recibió ningún mal de los guerreros de Cornplanter hasta el séptimo día de su cautiverio, y durante aquel tiempo no vio a nadie más que a la squaw que le llevaba grano y carne. Aquel día entraron dos guerreros y le condujeron a la inmensa sala de consejos de la «Five Nations». Cornplanter, sentado entre sus jefes, presidía, con Árbol Grande v Media Ciudad a su derecha, rodeados de todos sus subordinados. Un guerrero viejo estaba de pie en el centro de la sala y dirigía la palabra a los demás. Los que escuchaban estaban sentados alrededor, imperturbables, con sus rostros fríos y severos como máscaras de piedra y, aparentemente, no advirtieron la` entrada del prisionero.

-Zane: están celebrando un consejo - susurró una voz al oído de Isaac, quien se volvió y reconoció a Girty -. Prepárese para lo peor.

-Entonces, ¿no hay ninguna esperanza para mí?

-Temo que no -contestó el renegado-. No me dejan hablar en el consejo. Advertí a Cornplanter que mataros sería levantar a los Hurones contra él, pero no quiso hacerme ningún caso. Ayer, en el campo de los Delawares, vi quemar al coronel Crawford en la estaca. Era uno de mis mejores amigos de Pitt; pero no me atreví a decir ni una palabra a los furiosos indios y tuve que presenciar la tortura sin poder hacer nada por él. Los mismos Pipa y Wingenund, viejos amigos de Crawford, estaban por allí, sin prestarle la más mínima atención durante las cinco horas que estuvo sobre los leños ardiendo.

A las palabras del renegado, Isaac se estremeció lleno de terror, pero no contestó una palabra, y consideró que su caso era desesperado y que no se le presentaría ninguna ocasión de poder escapar de un campamento tan grande. Apretó los dientes y resolvió mostrar a aquellos demonios encarnados cómo sabía morir un hombre blanco.

Diversos jefes hicieron uso de la palabra y, finalmente, Árbol Grande dirigió una brillante alocución a los circunstantes, después de la cual Cornplanter alargó la terrible maza de guerra a Media Ciudad. Éste la empuñó, avanzó hasta el centro del círculo y descargó contra el suelo un terrible porrazo, pasando inmediatamente la clava a Árbol Grande, y todos los jefes fueron, sucesivamente, repitiendo la ceremonia.

Isaac contemplaba aterrado todas aquellas maniobras y no pudo entender ni una palabra de lo que dijeron, ya que hablaban una lengua desconocida para él. En diversas

ocasiones había tenido oportunidad de presenciar algunos consejos de los Hurones y sabía que aquel golpe de clava al suelo significaba guerra y muerte.

-Rostro pálido-le dijo Cornplanter en perfecto inglés -, tú eres un matador de indios. Cuando el sol vuelva a brillar, morirás.

Y acto seguido se adelantó un guerrero y pintó a Isaac la cara de negro. Eso para él significaba que la muerte le esperaba irremisiblemente para el siguiente día. De vuelta a su prisión vio que la danza guerrera iniciada por algunos pieles rojas iba en aumento.

Un centenar de guerreros con tomahawks, cuchillos y clavas en las manos formaban círculo alrededor de un poste y seguían el ritmo de un tambor sordo. Danzaban todos muy juntos, encogidos y con la cabeza agachada. A un momento dado iniciaban un movimiento con las piernas rígidas, pataleando fuertemente, profiriendo terribles alaridos, daban media vuelta y continuaban danzando con el mismo ritmo monótono de antes. A la tercera vez, avanzaba uno de los danzantes hasta el poste, clavaba en él su cuchillo, o su tomahawk, y refería a grandes gritos sus hazañas guerreras, las cuales eran celebradas por los otros con grandes alaridos de aplauso, mientras
agitaban en el aire sus armas. Un instante después daban de nuevo principio a la danza.

Durante aquella tarde fueron muchos los indios que le visitaron en su prisión para aterrorizarle amenazándole con sus cuchillos y con los puños, silbándole y gruñéndole. Sus semblantes vengativos expresaban la maligna alegría que sentían ante la perspectiva de someterle a la tortura.

Cuando anocheció, los guardianes de Isaac cerraron la puerta de la prisión para guardarle de las iras de los más enfurecidos, y la oscuridad en que se vio envuelto fue para él un poderoso alivio. Todo a su alrededor fue quedando en silencio, interrumpido sólo de vez en cuando por el grito de algún salvaje borracho o por el aullido de un perro, que resonaban a los oídos de Isaac como horrísonos gritos de muerte, a los que contestaban mil ecos por todo el campamento, que erizaban su pelo y alejaban su sueño. Finalmente, incluso aquellos ruidos cesaron, los perros guardianes se tranquilizaron y el silencio de la noche reinó de la manera más absoluta.

A través del cerebro de Isaac sólo transitaban rítmicamente, como marcadas por un péndulo, las terribles palabras: «La última noche-de mi vida... la última noche de mi vida.» Con todos los esfuerzos de su imaginación consiguió finalmente pensar en otras cosas. Él estaba allí encerrado en la oscuridad de aquel wigwam, pero su imaginación vagaba lejos, a través del pasado, con su madre y con sus hermanos, antes de venir a aquel país sangriento. Sus pensamientos erraban por los días de su niñez, cuando acostumbraba conducir las vacas al Pastoreo por las colinas, y en su soñolienta y desordenada fantasía le parecía incluso bajar la barra de la cerca, nadar por el río y perseguir las ranas con su bastón. Viejas caras olvidadas de antiguos compañeros de sus juegos le miraban desde las oscuras paredes de su wigwam; alli estaba la de su madre, serena; y como la sombra de la muerte se mecía sobre su cabeza, sentía un dulce alivio al pensar que pronto se reuniría con su madre. Poco a poco fueron disolviéndose aquellas caras en las tinieblas, cuando, de repente, se le apareció una visión. Le parecía que una luz blanca y radiante iluminaba el departamento, y el rostro de la hermosa muchacha india que tanto le había amado resplandecía como el sol. Los ojos de Myeerah brillaban con la llama del amor imperecedero y sus labios rojos se entreabrían con la sonrisa de la esperanza.

Un rudo puntapié desvaneció los sueños de Isaac y un gigantesco piel roja le obligó a levantarse y a salir a empujones fuera del departamento.

Era la primera hora de la madrugada y el sol, despuntando en el horizonte lejano, bordeaba de rojo las altas nubes y doraba la neblina que flotaba sobre las aguas del río como una inmensa cortina blanca. Aunque el aire era tibio, cuando rozó su rostro, Isaac se

estremeció. Dirigió una profunda mirada a aquel sol que asomaba en aquel Oriente lejano adonde él había esperado volver, y luego volvió resueltamente la cara para siempre.

A pesar de que era muy temprano, los indios estaban ya en pie y sus alaridos hendían los aires y resonaban por todo el valle. Los guardianes condujeron al prisionero por la calle principal del pueblo, seguidos de un tumultuoso grupo de mujeres, guerreros y chiquillos que chillaban sin parar y tiraban piedras al odiado «Cuchillo Largo».

Pronto se hubo congregado toda la gente de la aldea en la ancha plaza que había en el centro. Al presentarse el prisionero, formaron todos en dos largas hileras separadas sólo de algunos pies. Isaac tenía que correr el guantelete, una de las más terribles torturas de los indios. A excepción de Cornplanter y de varios jefes, toda la gente del pueblo estaba en línea. Chiquillos que apenas podían levantar una piedra, mujeres con garrotes y con lanzas, atléticos guerreros con sus afilados tomahawks, viejos y ceñudos pieles rojas blandiendo terribles mazos de guerra... todos formaban en la línea moviendo rabiosamente las armas y levantando una gritería espantosa.

Dada la señal, Isaac, desnudo de su guerrera, saltó hacia delante y arrancó vertiginosamente a correr como un garno. De sobra conocía lo que era el suplicio de correr el guantelete. A la cabeza de aquella larga calle estaban los guerreros y los muchachos más fuertes, v, por lo tanto, allí era donde estaba el peligro mayor. Por entre aquellas líneas pasó como una flecha esquivando a todos ya a un lado ya a otro, corriendo encogido bajo las armas levantadas, procurando parar los golpes con los brazos, va pegando un codazo a un guerrero, ya haciendo encoger a otro de un puñetazo en el estómago, sin menguar ni un momento en su rapidez por un golpe recibido e imposibilitando que le fuera descargado un solo golpe de plena efectividad. Una vez pasada aquella formidable formación, Isaac va había corrido el guantelete, ya que las squaws y los chiquillos se dispersaron corriendo y chillando ante el barrido de sus fuertes brazos.

Los viejos gruñeron su aprobación. Había recibido una herida de cierta importancia en la frente y unas gotas de sangre mezcladas con sudor se escurrían por su rostro. En distintas partes del cuerpo tenía diversas contusiones y arañazos, pero no había recibido herida alguna de gravedad y aquello constituía un hecho casi sin precedentes en la carrera del guantelete.

Cuando estuvo atado con correas de piel de ante, mojadas, al poste que se levantaba en el centro de la plaza, los chiquillos, los guerreros más jóvenes y las mujeres formaron circulo alrededor, chillando como mil demonios. Las viejas squaws arañaban sus carnes y le pinchaban con espinos mojados en' agua salada; las muchachas le golpeaban con delgadas y flexibles varas de sauce que dejaban violentas señales encarnadas en su pecho y costados; los jóvenes clavaban las afiladas hojas de sus tomahawks en el poste, tan cerca como podían de su cabeza, pero sin herirle.

Isaac conocía a fondo la naturaleza de los pieles rojas y sabía que imponer su entereza era el único medio de aminorar su tortura y que, en cambio, la menor queja de su parte sólo habría servido para aumentar sus sufrimientos sin apresurar su muerte. Resolvió, pues, morir sin exhalar el más mínimo lamento, mostrando la más absoluta indiferencia por la tortura a que le sometían. Aquélla era la única manera de, en último caso, conseguir que los indios le concedieran, hasta cierto punto, alguna merced, o tentarles a que le mataran de una vez, con lo cual habría evitado la terrible agonía que los pieles rojas se complacían en prolongar en sus víctimas.

Un apuesto guerrero lanzó repetidas veces contra el poste su centelleante tomahawk desde una distancia de quince a veinte pies, y la afilada hoja del hacha se quedaba cada vez profundamente clavada en el leño, a una pulgada escasa de la cabeza de Isaac, quien contemplaba con profundo desdén a su atormentador sin concederle la menor importancia.

-¿Acaso cree el chiquillo indio que se asusta fácilmente a un guerrero blanco? -preguntó despreciativamente Isaac al fin -. Suéltele v va verá si también él sabe ganarse sus plumas de águila[7]. El rostro pálido le desprecia.

El joven guerrero entendió el lenguaje Hurón de Isaac, ya que dio un espantoso alarido y le tiró nuevamente el tomahawk con rabia, con tal puntería esta vez, que al clavarse en el poste se llevó un mechón de pelo de su cabeza. Eso precisamente era lo que Isaac deseaba, confiando en que uno de aquellos feroces hachazos sería menos certero y le mataría instantáneamente. Pero el enfurecido muchacho no tuvo ocasión de tirar nuevamente su arma, ya que los otros guerreros empezaron a burlarse de él y le empujaron fuera del círculo. Otros guerreros probaron su habilidad en el arte de tirar los tomahawks y los cuchillos, pero no obtuvieron de Isaac más que burlas y desprecios. Al cabo de un rato la cabeza y los hombros de nuestro héroe estaban de tal modo rodeados de cuchillos y tomahawks que apenas quedaba sitio para otro.

-Águila Blanca está ya cansada de chiquillos-exclamó Isaac a un jefe que estaba por allí cerca -. ¿Qué es lo que él ha hecho para merecer que sea objeto del juego de los niños? Déjenle morir como un jefe.

Las muchachas ya hacía rato que habían desistido en sus esfuerzos de atormentar al prisionero, y aun las endurecidas squaws se habían retirado ya. La hermosa y altiva cara del prisionero, su gesto arrogante, su desprecio de sus enemigos, su indiferencia por las heridas que recibiera, habían ganado sus corazones.

No sucedió así con los muchachos. Viendo que el rostro pálido burlaba todos los esfuerzos que hacían para intimidarle, un joven guerrero se volvió hacia Árbol Grande, a una orden del cual los indios detuvieron sus maniobras alrededor del poste y formaron un ancho círculo. Un alto guerrero apareció llevando un haz de leña.

A despecho de su nervio de hierro, Isaac se estremeció horrorizado. Él ya había dado por descontado que tendría que correr el guantelete, que le arrancarían las uñas, que le dispararían tiros de sal, que, vivo, le arrancarían el pericráneo, v un sinfín de otras torturas indias, pero como no había matado a ningún miembro de aquella tribu, no podía pensar en que le quemaran vivo. ¡Dios mío, aquello era demasiado horrible!

Los indios ahora permanecían quietos; sus cantos v bailes, sin embargo, empezarían bastante pronto. Fueron amontonados haces de leña alrededor de Isaac. El guerrero indio se arrodilló en el suelo; el eslabón de acero golpeó el pedernal; una brillante chispa encendió la yesca; una delgada llama se levantó y una tenue columna de humo azul subió por los aires.

Isaac apretó los dientes y rogó con toda su alma por una muerte rápida.

Simón Girty atravesó apresuradamente la multitud que esperaba observando al prisionero. Había obtenido permiso para hablar con el hombre de su mismo color.

-Zane, usted ha hecho una valiente exhibición; se ha portado como un héroe. En otra ocasión que no fuera ésta, eso le habría salvado. Si usted quiere yo llevaré sus últimas palabras a su gente. - Y después, inclinándose y acercando su boca al oído de Isaac, murmuró -: He hecho todo lo que he podido por usted; pero ha sido demasiado tarde.

-Cuente lo que me ha ocurrido a los de Fort Henry -dijo sencillamente Isaac.

Hubo un pequeño crujido en la leña seca y una lengua de fuego encarnada se levantó de en medio y lamió las franjas de piel de ante de las piernas del prisionero. En aquel supremo momento, cuando la atención de todos estaba concentrada en aquella figura inmóvil amarrada a la estaca, y cuando el grave canto de la muerte rompía aquel silencio, un largo y agudo chillido rompió la calma de aquella mañana serena; tan fuerte, tan repentino y tan inesperado, que por un momento acalló el canto iniciado llenando a todos de estupor. Todos los ojos se volvieron al lado de la montaña, de cuya dirección venía el inconfundible ruido

[7] Por cada guerrero muerto en el combate, los pieles rojas tenían derecho a adornarse -con una pluma de águila.

del galopar de caballos sobre el suelo rocoso. Un instante después aparecía en la cumbre del pequeño promontorio vecino, destacando en el azul del firmamento, un negro caballo de cuello arqueado y flotante melena, montado por un guerrero adornado con grandes plumas y blandiendo alto en el aire su rifle. Nuevamente aquel fiero grito llegó a los oídos de los indios atónitos.

El prisionero había visto ya a aquel guerrero y aquel caballo en alguna ocasión y, al oír aquel agudo grito, su corazón saltó de esperanza. Los indios conocían aquel chillido: era el terrible grito de guerra de los Hurones.

Otro caballo seguía inmediatamente al primero v, a continuación, otro aparecía sobre la cresta de la colina. Después, dos más en línea, luego cuatro, y unos momentos después estaba la colina completamente cubierta de caballos que galopaban vertiginosamente y hacían irrupción en la estrecha calle del poblado. Cuando el caballo negro llegó a la plaza, la columna de guerreros se extendía a través de la calle y llegaban hasta la colina, en cuya loma se perdía. Sus plumas volaban a merced del viento, sus adornos resplandecían y sus armas centelleaban a la luz del sol.

Nunca se dio una más completa sorpresa. Temprano, de madrugada, los Hurones habían llegado, arrastrándose, a una distancia de un tiro de rifle del campamento, y en un momento dado, cuando todos los centinelas y exploradores se hubieron reunido en el campamento; alrededor de la estaca de la tortura, alcanzaron la ladera de la colina, desde la cual se presentaron en el poblado antes de que los habitantes pudieran darse cuenta de lo que había sucedido. Inmediatamente se levantó un inmenso griterío entre las mujeres y niños, pero a una orden de Árbol Grande todo permaneció tranquilo. Ni un indio se atrevió a levantar un arma.

Trueno de las Nubes, el jefe de guerra de los Wyandots, hizo retroceder su caballo hasta unos veinte pies de la estaca en donde permaneciera amarrado el prisionero v toda su banda de demonios pintarrajeados se apretujó detrás de él. Eran más de doscientos fuertes y escogidos guerreros, probados en cien combates. Iban desnudos hasta la cintura. A través de su musculoso tórax llevaban pintada una ancha v flamante franja encarnada, y horribles dibujos en blanco y en negro cubrían sus caras. Llevaban todos la cabeza cuidadosamente afeitada, dejando solamente un penacho en la nuca, enhiesto como cerdas de puerto espín. Cada guerrero llevaba una aguda lanza, un tomahawk y un rifle. Sus brillantes cabezas con sus mechones de pelo hirsuto, atado estrechamente a ras de piel, indicaban claramente que aquellos guerreros estaban en pie de guerra.

Una esbelta figura se apeó de uno de los caballos más avanzados y corrió hacia el prisionero amarrado al poste.

Su ondulante cabellera indicaba claramente que no era un guerrero. Ligera como una flecha, alcanzó la estaca, apartó a patadas los llameantes leños, a derecha e izquierda, desnudó un afilado cuchillo y las húmedas ligaduras cayeron al suelo. Los guerreros de las primeras filas rodearon al prisionero libertado mientras el libertador volvía a los atónitos indios su rostro pálido en el cual reconocieron a Myeerah, la princesa Wyandot.

-Que venga vuestro jefe-ordenó Myeerah.

La alta figura del jefe Séneca salió de entre los guerreros y con paso lento y mesurado se acercó a la muchacha. Su porte se acomodaba al leader de las cinco naciones indias. Era conocido como uno de los más ilustres jefes, el héroe de cien batallas. ¿Quién se atrevía a dar órdenes en su misma casa? ¿Quién se atrevía a provocar al más grande poder de todas las tribus indias? Cuando estuvo delante de la muchacha, se cruzó de brazos y esperó que ella hablara.

-Myeerah reclama a Águila Blanca - ordenó ella. Complanter no contestó en seguida. No había visto nunca a Myeerah, aunque había oído muchas historias de su enamoramiento. Ahora él estaba frente a frente de la princesa india, cuya fama había sido el tema de tantos

cuentos indios y cuya belleza fuera tantas veces cantada. La hermosa muchacha se erguía ante él sin ningún temor. Sus desordenados atavíos, despedazados por la larga carrera, mal ocultaban las gracias de su donoso talle. Su pelo oscuro ondulaba sobre su cabeza descubierta y caía en asombrosas cascadas sobre sus hombros; sus ojos oscuros brillaban con rudo fulgor; su pecho se agitaba a cada profundo suspiro. Era la hija de grandes jefes; era la personificación del amor salvaje.

-La squaw Hurón es valiente - dijo Cornplanter -. ¿Con qué derecho viene a libertar mi prisionero?

-Es un adoptado Wyandot.

-¿Por qué entonces se ocultaba como un zorro cerca del campo de Cornplanter?

-Él huía. Perdió su camino hacia el fuerte sobre el río.

-Cornplanter hace prisioneros para matarlos, no para libertarlos.

-Si no quiere entregarlo, Myeerah se lo tomará-contestó ella señalando la columna de guerreros montados -, Y la hija de Tarhe sabrá vengar la injuria.

Cornplanter miró a Trueno de las Nubes. Bien conocía las proezas de aquel jefe en el campo. Corrió los ojos sobre los silenciosos observadores Hurones, y después contempló la sombría cara de su leader. Trueno de las Nubes estaba sentado rígido sobre su caballo, con la cabeza erguida; todos los músculos contraídos y prestos a entrar en acción; estaba a punto para el combate. Él y todos sus guerreros lucharían como mil tigres por su princesa, el orgullo de la fiera raza de los Wyandots. Cornplanter vio todo eso y pensó que en la víspera de importantes marchas no debía sacrificar ni uno de sus valientes por nada del mundo, y mucho menos por un rostro pálido sin ningún valor.

-Cuchillo Largo no vale ni la vida de uno de mis perros - dijo él con despreciativa voz profunda -. Si Cornplanter quisiera empujaría a todos los Hurones como hojas secas delante de la tempestad; pero ¡llévese Myeerah el rostro pálido a su wigwam y sométase a él como una esclava! Cuando se arrastre como una serpiente por la hierba, recuerde las palabras del jefe: Cornplanter vuelve la espalda a la muchacha Hurón que olvida su sangre.

Cuando el sol llegó a su cenit, brilló sobre una larga columna de indios cabalgando en hilera por el estrecho sendero como una enorme serpiente ondulante a través del bosque y de la llanura.

Eran indios Wyandots e Isaac Zane cabalgaba entre ellos. Libre del terrible hado que le amenazara y sabiendo que estaba una vez más camino del campamento Hurón, aceptó de buena gana las cosas tal como se le presentaban, agradeciendo en el alma que le hubiesen salvado de aquella muerte tan espantosa; y resolvió no luchar más contra el destino.

Al llegar a una límpida corriente, los guerreros se apearon y descansaron mientras los caballos bebían ávidamente aquella agua fría. Un indio tocó silenciosamente a Isaac y le señaló hacia el inmenso manzano, debajo del cual estaban sentados Myeerah y Trueno de las Nubes. Isaac volvió su caballo y salvó la corta distancia que de ellos le separaba. Myeerah se levantó y apoyó su brazo en el cuello de su jaca; dirigió a Isaac una mirada fatigada y triste, reveladora de una altiva y noble resolución.

-Águila Blanca - le dijo breve y casi fríamente -. esta corriente conduce directa a tu fuerte, sobre el río.

Síguela, y cuando el sol alcance aquella cumbre estarás ya con tu gente. Ve, ¡eres libre!

Y se volvió resueltamente.

Isaac se quedó tan asombrado que la cabeza le daba vueltas. No podía creer lo que había oído. Se acercó a ella y la miró con los ojos desmesuradamente abiertos. vio que aunque su cara aparecía tranquila, un nudo oprimía su garganta y la mano que apoyaba sobre su caballo apretaba firmemente la brida. Isaac dirigió la mirada a Trueno de las Nubes v a los otros guerreros que estaban a su alrededor. Todos permanecían sentados con indiferencia, con aquella enigmática expresión en sus rostros.

-¡Myeerah! ¿Qué significa eso? ¿Qué asieres decir? -preguntó Isaac angustiosamente desorientado.

-Las palabras de Cornplanter han herido hondo en el corazón de Myeerah - contestó amargamente -. Son palabras de verdad, Águila Blanca; no te preocupes más por Myeerah; no quiere guardarte por más tiempo en su jaula. Eres libre de volar adonde quieras.

-Pero si Águila Blanca no quiere ya esa libertad. ¡Myeerah, te amo! Tú me has salvado la vida y ella te pertenece. Soy tuyo, pues, y si quieres venir a mi casa y casarte allí conmigo como se casa mi gente, yo te prometo volver a vivir contigo al pueblo Wyandot.

Los ojos de Myeerah brillaron de alegría, exhaló un ligero grito y se echó en brazos de Isaac. Después de un instante habló brevemente con Trueno de las Nubes, señalando con' su fina mano hacia el Oeste, y el jefe de guerra montó su caballo negro, dio una voz de mando y, seguido de sus guerreros, descendió hasta la orilla, penetró en el agua y remontó la corriente, vadeando la umbrosa cañada. Todos los guerreros pasaron por delante sin dirigirles la mirada, v cuando el último hubo desaparecido entre los sauces, los dos amantes volvieron sus caballos hacia Oriente.

X

Era el atardecer de uno de los primeros días de verano. Un pequeño grupo de personas rodeaba al coronel Zane, quien estaba sentado en el rellano de la puerta de su casa. De vez en cuando se quitaba la larga pipa india y echaba grandes bocanadas de humo. El Mayor Mac-Colloch y el capitán Boggs estaban junto a él ; Silas Zane, a su lado, echado sobre la hierba; la esposa del coronel, de pie en el umbral de la puerta, y Betty, sentada en el último peldaño, con la cabeza reclinada en la rodilla de su hermano. Todos presentaban graves los semblantes. Jonathan Zane, que había vuelto aquel día después de una ausencia de tres semanas, estaba sentado en el suelo, rodeado por todos ellos, y contestaba a las innumerables preguntas con que le acosaban.

-No me preguntéis más y ya os contaré todo lo que haya -les dijo finalmente mientras enjugaba el sudor de su frente.

La fatiga se pintaba en su rostro y su barba desgreñada y su aspecto general denotaban un cansancio extremo.

-Las cosas se han presentado de la forma siguiente -continuó después de una breve pausa -: El coronel Crawford llevaba consigo cuatrocientos ochenta hombres, entre las fuerzas del Fuerte Pitt y las de otras distintas colonias y fuertes de este lado del río, y Slower y yo actuábamos de guías. Ya se adivina que lo que quería hacer Crawford era aplastar a todos los Shawnees de un solo golpe. Cuando llegamos al río Sanlusky, después de una ardua marcha, no habíamos visto todavía ni un solo indio. ¿Sabéis lo que pasó? Pues que Crawford quería sorprender el campamento Shawnee, y cuando llegamos a él, lo encontramos completamente desierto. Crawford se quedó sin saber qué hacer y Slower y yo le aconsejamos una retirada inmediata; pero no quiso escucharnos. En vano probé de convencerle de que, después de la matanza de Guadenhutten, el ojo perspicaz de los exploradores indios había estado vigilando estrechamente la frontera y que, por lo tanto, las nuevas de nuestra expedición habrían llegado volando a todas las tribus indias, las cuales habrían trabajado denodadamente como abejas para prepararse contra nuestro golpe. El desierto poblado de los Shawnees significaba para mí que la alarma habría corrido por todas

las aldeas Shawnees v Delawares, y aun posiblemente por las del norte de los Wyandots. El coronel Crawford se obstinó en no hacerme ningún caso v en continuar la marcha a través del más indio, y al día siguiente nos encontramos con los pieles rojas que venían directamente contra nosotros. Eran las fuerzas combinadas de los jefes Delawares Pipa y Wingenund, y apenas empezada la batalla fueron todavía reforzados por cuatrocientos guerreros de Shanshota, el jefe Hurón. El enemigo se escondía detrás de árboles y rocas, entre barrancos y hondonadas, y se arrastraba a través de la hierba alta, de tal modo, que sólo se le habría podido hacer frente con cazadores indios, de los cuales Crawford no llevaba más allá de cincuenta. Durante todo aquel día no hicimos más que tratar de conservar nuestras posiciones, y con eso todavía perdimos sesenta hombres. Pasamos la noche descansando, apenas, alrededor de las hogueras, vigilando constantemente para prevenir cualquier sorpresa nocturna; y por la madrugada reanudamos la lucha. Yo vi a Simón Girty en su caballo blanco, alentando por todas partes a los indios e incitándoles a desesperada lucha; y su fuego llegó a hacerse tan irresistible que nos vimos obligados a replegarnos. Por la tarde, Slower, que había salido a explorar, volvió con la noticia de que se acercaban numerosas fuerzas montadas, las cuales creía que eran los refuerzos que el coronel Crawford esperaba; y lo que él creía refuerzos eran en realidad los Guardias Británicos de Detroit, al mando de Budler. Eso aturdió de tal modo a los soldados de Crawford, que se desmoralizaron por completo. El fuego del enemigo era cada vez más terrible y nuestra gente caía alrededor nuestro como hojas en otoño, hasta que por fin huyeron a la desbandada, tirando las armas, y muchos de ellos fueron a caer en las mismas manos de los pieles rojas. Seguramente los hombres de la frontera, experimentados, debieron escapar; pero la mayor parte de las fuerzas de Crawford encontraron la muerte en el campo de batalla. Yo encontré un tronco de árbol hueco y me escondí en su interior hasta el día siguiente, y cuando creí que podía salir con toda seguridad, me arrastré afuera. Por todas partes había cuerpos sin el pericráneo v mutilados, pero no pude encontrar rastro del coronel Crawford. Los indios se habían llevado los vestidos, las armas, las mantas y todos los objetos de valor que encontraron encima de los cadáveres y luego los Wyandots se retiraron en dirección noroeste, y los Delawares y Shawnees hacia levante. Yo tomé la ruta que habían seguido estos últimos porque me conducía hacia casa. Tres días después alcancé el escarpado promontorio que domina el campo de Wingenund y desde allí divisé al coronel Crawford atado al poste de tortura con el fuego encendido a sus pies. La distancia que me separaba del campo no llegaba ni a quinientos metros. Vi a los jefes de guerra Wingenund y Pipa, y cerca de ellos a Simón Girty. Los tres habían sido en otro tiempo muy buenos amigos del coronel Crawford y, sin embargo, ahora estaban allí indiferentes, viendo quemar a la pobre víctima hasta morir, mientras los indios danzaban y aullaban alrededor, ideando toda suerte de torturas, hasta que, por fin, uno de ellos saltó al poste y le arrancó el cuero cabelludo. ¡No pude ver más! Me volví y huí, horrorizado, a todo correr. Os aseguro que me he encontrado en situaciones muy comprometidas. La más terrible ha sido la que os acabo de contar.

-¡Dios mío, qué horror! -exclamó el coronel Zane-. ¡Y pensar que ese Girty ha sido uno de los nuestros!

-Pues por poco las paga todas juntas -exclamó Jonathan haciendo una mueca expresiva -, porque le descerrajé un tiro que le tumbé su enorme caballo blanco.

-¡Lástima que no le dieras! -exclamó Silas Zane.

-Mira, ahí viene Wetzel -observó el Mayor Mac-Colloch -. A ver qué noticias nos trae de la matanza.

Wetzel llegó hasta el grupo y dio un apretón de manos a Jonathan. Cuando le interrogaron acerca del desastre del coronel Crawford, dijo que Slower acababa de llegar a la cabaña de Hugh Bennet medio desnudo y casi muerto de cansancio.

-¡Cuánto me alegro de que haya escapado con vida! - exclamó Jonathan -. Él también fue siempre contrario a continuar la marcha. ¡Ah, si Crawford nos hubiese querido escuchar! No habría tenido que lamentar ese terrible desastre que le ha costado la vida. Lew, ¿sabe Slower cuántos son los que se han salvado?

-Dice que muy pocos. Los pieles rojas mataron a todos los prisioneros, excepto a Crawford y a Knigth.

-A Crawford yo vi cómo le quemaban. Al doctor Knigth de seguro le asesinarían antes de que yo llegara a la vista del campamento de los Delawares -dijo Jonathan.

-Wetzel, ¿qué repercusión tendrá en la frontera, a tu juicio, esta matanza y la muerte del coronel Crawford? - preguntó el coronel Zane.

-Otro otoño sangriento como el de 1777 - contestó Wetzel.

-¿Quieres decir que vamos a tener fandango con los indios cualquier día?

-Habrá guerra a todo lo largo del río. Hamilton está tramando nuevos planes con Girty... Coronel Zane, yo estoy convencido de que ese Girty tiene algún espía en las colonias del río y que está enterado del poder defensivo de los fuertes como pueda estarlo usted mismo.

-No querrás decir que algún espía blanco...

-Precisamente eso.

-¡Lew, eso es mucho decir! - exclamó el coronel Zane levantándose y saliendo de la cerca-. Pero diciéndolo tú... significa algo. Anda, vente conmigo y explícate.

-No me gusta nada el aspecto que van tomando las cosas - continuó el cazador -. Hará cosa de un mes pillé a Miller metiendo la nariz alrededor del blocao, en un sitio en que no tenía nada que hacer. Naturalmente, he continuado vigilándole, y si mis sospechas se confirman, ese individuo nos está jugando una mala partida. Hasta ahora no tengo ninguna prueba, pero... la cosa tiene muy mal aspecto.

-¡Qué extraño es eso, Lew! -dijo el coronel Zane, contrariado-. Ahora que dices eso recuerdo que también Jonathan dijo haber encontrado a Miller cerca del Knawha hará cosa de tres semanas, cuando el coronel Crawford estaba con su expedición camino de los poblados Shawnees. Dijo que el coronel intentó enrolar a Miller, pero éste se excusó diciendo que tenía que volver en seguida al fuerte, v ésta es la hora en que todavía tiene que llegar aquí.

-No me sorprende. Ahora, coronel Zane, es usted quien gobierna aquí, y si usted me autoriza, yo me encargo de vigilar los manejos de ese individuo. Como no soy soldado, él no puede sospechar de mí, por lo cual soy la persona más indicada para eso.

-Pues va estás autorizado. Arréglatelas como quieras y tráeme alguna noticia cierta. Sin embargo, no olvides que puedes estar equivocado, y concédele a Miller los beneficios de la duda. De todos modos, no me gusta nada ese sujeto. Tan pronto desaparece como reaparece entre nosotros sin motivo alguno que justifique su conducta, y eso me inspira un cierto recelo. Pero ¡por Dios santo, Lew! ¿Qué beneficio puede sacar con traicionarnos?

-Eso yo no lo sé. Lo único que sé es que él no deja de curiosear y vigilar ciertas cosas que no pueden interesarle más que para traicionarnos.

-Pero... ¡mi graciosísimo Lew Wetzel! -exclamó Betty al ver llegar al cazador acompañado de su hermano -. ¿Has podido de veras venir hasta aquí sin tu fusil? ¡Y qué vestido más nuevo llevas! ...

Lewis se detuvo delante de Betty mirándola con una ligera sonrisa en los labios. En verdad, Wetzel ofrecía aquel día un magnífico aspecto. Su cara no estaba todavía bronceada por el sol de verano; su larga cabellera negra, de la que estaba tan orgulloso como pudiera estarlo, cualquier mujer de la suya, y de la cual cuidaba con más. solicitud que de su fusil, caía ondulante sobre sus hombros.

-Betty, es que hoy es mi cumpleaños; pero de todos modos no es ésa la causa de que me haya puesto mis mejores trapitos - dijo Wetzel -; lo he hecho para darle una sorpresa.

-Pues me declaro completamente sorprendida. Y... oye: ¿quién te ha hecho ese vestido? ¿Y de dónde has sacado esa bonita franja y esas hermosas cuentas de colores?

-El vestido me lo he hecho yo mismo, y los adornos. los recogí cerca del campo indio.

-Pues, Lew... voy a pedirte que me ayudes a hacer mi vestido nuevo - le dijo Betty maliciosamente.

-Bueno - dijo finalmente Wetzel -, tengo que marcharme.

-¡Oh, no te vayas aún, Lew! Si todavía no me has contado nada - repuso Betty acompañando al cazador hasta la cerca.

-¿Qué va a contar un pobre cazador que pueda divertir a la bella de la frontera?

-No es precisamente divertirme lo que quiero; pero, no estoy acostumbrada a estar sin noticias, y menos sin las que provienen de ti.-Y bajando sigilosamente la voz continuó -: ¿Qué quisiste decir hablando de Miller, Lew? Oí que le nombrabas y que Eb ponía una cara muy incomodada... ¿Qué le dijiste?

-No importó eso ahora, Betty. Puede que algún día se lo diga. Bástele saber que al coronel no le gusta nada.

Miller y que yo creo que es una mala persona... A usted no le interesa Miller, ¿verdad, Betty?

-¿A mí? De ninguna manera.

-Pues no le vea nunca más, Betty. Y ahora, buenas noches; tengo que irme a cenar.

-¡No, Lew, no quiero que te marches, o si no correré tras de ti

-¿Y qué sacaría de correr tras de mí? -replicó Lew, sonriendo -. ¿Acaso cree usted que iba a atraparme? Le podría dar veinte pasos de ventaja y antes que usted llegara a aquel árbol de alli ya la habría alcanzado.

-¡A que no! A probarlo - exclamó Betty recogiéndose la falda, no pudiendo en modo alguno dejar pasar semejante desafío.

-¡Ajajá! ¿Conque carrera tenemos? -intervino el coronel Zane -. Pues si le vences, Betty, con ventaja o sin ella, habrás hecho una cosa que nadie hasta ahora lo ha conseguido.

-Pues anda, Silas, ven y mide veinte pasos -dijo Betty, impaciente -; pero que sean bien largos.

-Valdrán por cuarenta - contestó Silas empezando a dar grandes zancadas.

Wetzel, al colocarse para la carrera, se puso de cara al río, y la señora Zane notó que de pronto cambiaba la expresión de su rostro al mismo tiempo que se enderezaba y quedaba por unos momentos inmóvil como una estatua.

-¿Qué es lo que está mirando, Wetzel? -preguntó inquieta la esposa del coronel.

Aquella pregunta fijó la atención de todos los demás en el cazador.

-¡Miren! -exclamó él señalando hacia el río.

-Vamos; te aseguro, Wetzel, que tú siempre ves algo -dijo el coronel -. A ver, ¿adónde tenemos que mirar?... ¡Ah, sí! Alli se divisa una forma oscura que se mueve hacia la orilla. ¡Por Júpiter! Parece un indio.

Jonathan entró rápidamente en la casa y un segundo después salía con tres rifles diciendo:

-He visto caballos, Lew; ¿qué quieres hacer? A mí se me antoja que esa maniobra es demasiado descarada para ser cosa de indios; a no ser que vayan en gran número.

-Indios enemigos no se dejarían ver de esa manera... Puede que no sean pieles rojas. Vamos hasta la colina...

-¡Oh, sí, vamos! -exclamó Betty, yendo sendero abajo hacia donde había ido Wetzel.

El coronel Zane la siguió y todos se dirigieron hacia el río. Cuando llegaron a la colina vieron dos caballos que entraban en el agua desde la orilla opuesta y se perdían en la oscura sombra que proyectaban los árboles sobre la corriente. El coronel Zane y Jonathan se esforzaban en encontrar algún sitio desde donde poder ver claramente de qué se trataba.

-¡Alli vienen! - exclamó Silas.

-Sí, ya los veo ; ahora han salido de la sombra - repuso el coronel -. Los dos caballos llevan a alguien montado... Lewis, ¿sacas algo en claro?

-Es Isaac con una muchacha india - contestó Wetzel resueltamente. Y sus palabras causaron tal sorpresa en el pequeño grupo que se levantó un coro de exclamaciones.

-¡Cielos! Tienes una vista maravillosa, Wetzel… ¡Ojalá tengas razón! ... ¿No veis? El que va delante hace señas con la mano - exclamó el coronel.

-¡Oh, Bessie, Bessie! Me parece que Lew tiene razón - dijo Betty exaltadamente. Y cogiendo al perro le dijo-: ¡Mira, Tige!...

El animal estaba pegado a los pies de Betty. Primero gruñó, después lanzó un prolongado aullido, corrió vertiginosamente hacia la orilla y se zambulló en el agua, desde donde se dejó oír una voz demasiado clara para ser confundida:

-¡Hola, Betty!

Aunque ya hacía mucho que el sol se había escondido detrás de las lejanas colinas, la luz del crepúsculo era lo suficientemente clara para que los observadores pudieran reconocer perfectamente a Isaac Zane. Iba en pie sobre los estribos y con la mano sujetaba la brida de un poney que nadaba detrás de él, montado por una muchacha de esbelta figura, algo encorvada hacia delante, cogida a las crines de su caballo.

Mientras tanto, el coronel Zane y Jonathan habían entrado en el agua y habían avanzado hasta coger los caballos por la brida para conducirlos a la orilla. La gente del poblado, atraída por el grupo que se había congregado al lado del río, gesticulando y dando muestras de alegría, había ido acudiendo también alli. El capitán Boggs y Alfred Clarke se habían juntado a los otros, el viejo Sam salió corriendo del granero, y entre el bullicio de aquel gentío, el coronel y Jonathan subieron la resbaladiza pendiente conduciendo los dos caballos.

- ¡Eh, Jack, Silas, aquí me tenéis vivo y sano! -exclamó Isaac mientras se apeaba del caballo -. ¡Betty querida! ¿No me ves? Soy Isaac... ¡Por Dios, no me mires de ese modo, como si fuera un aparecido!

Betty corrió hacia él y se echó en sus brazos, estrechándole con toda su alma. Isaac la besó con ternura y, desprendiéndose de sus brazos, le decía:

-Mira, mujer, que vas a mojarte toda. ¿Estás contenta de verme? Yo creo que nunca he sido tan feliz como en este momento. Betty, mira: he traído conmigo a alguien a quien has de querer muchísimo. Ésta es Myeerah, tu nueva hermana. Viene mojada como yo y tiene frío. Anda, llévala a casa v ayúdala a secarse y a calentarse. Tienes que olvidar todo lo pasado: Myeerah me ha salvado de morir en la estaca.

Betty había ya olvidado a la compañera de su hermano, y ante aquellas palabras se volvió y vio una figura esbelta, cuyo vestido indio, mojado, manchado de barro y ajado por el largo viaje, no llegaba a ocultar las gracias que la adornaban. Betty vio un rostro de singular hermosura, tan blanco como el suyo y unos grandes ojos oscuros preñados de lágrimas.

-Águila Blanca es libre - dijo con melodiosa voz la muchacha india.

-Y tú ríos lo has traído a casa -contestó Betty cogiendo su mano temblorosa-. Ven.

Y la acompañó a casa del coronel mientras los colonos rodeaban a Isaac y le saludaban calurosamente, acosándole con innumerables preguntas sobre su libertad, sobre quien era aquella muchacha india y si había huído con ella, sobre los indios y si se preparaban para la guerra...

Durante el trayecto que les separaba de la casa, Isaac contó brevemente su fuga del campo Wyandot, su captura por los guerreros de Cornplanter y su rescate por los guerreros de Myeerah; hizo mención de los preparativos de guerra observados en el campamento de los que le habían apresado y la historia que Girty le refirió de la muerte del coronel Crawford.

- Y cómo es que llevas contigo a la muchacha india?
-le preguntó el coronel Zane cuando, libres de los colonos, entraban en su casa.

-Porque voy a casarme con Myeerah. Con esa intención la he traído. En cuanto nos hayamos casado nos volveremos con los Wyandots y con ellos viviré hasta que la paz con los indios sea un hecho.

-¡Hum! ... ¿Pero tú crees que eso puede conseguirse?

-Myeerah me lo ha prometido y yo sé bien que puede conseguirlo, especialmente si me caso con ella. La paz con los Hurones nos ayudaría en gran manera a conseguir la de los Shawnees, y yo no dejare de trabajar para conseguir este fin. De todos modos, aunque la paz no estuviera asegurada, mi deber es permanecer, desde ahora en adelante, al lado de Myeerah. Ella me ha salvado de la más horrenda de las muertes.

-Pues mira que si tu casamiento con esa muchacha nos llegara a asegurar los negocios amistosos con el viejo guerrero Tarhe, eso sería mucho más de lo que podría conseguirse luchando... De todos modos, no sé si consentir que te marches otra vez; porque, ¿volveríamos acaso a verte nunca más?

-¡Oh, ya lo creo! Y muy a menudo. Mira; si me caso con Myeerah, los Hurones me dejarán en libertad completa de entrar y salir de su campo como y cuando me plazca.

-¡Ah, bien! Eso ya tiene otro aspecto.

-¡Cuánto me habría gustado que tú y Jonathan hubieseis visto a Trueno de las Nubes con doscientos guerreros haciendo irrupción en el campo de Cornplanter! ¡ Fue un espectáculo maravilloso! Los guerreros estaban alrededor del poste donde me ataron, y la leña, a mis pies, empezaba a arder ya, cuando, de repente, fue interrumpido el silencio por un espantoso aullido. Era el grito de guerra de Trueno de las Nubes. Yo lo conocí al punto, ya que el que lo ha oído una vez no lo olvida en su vida. En menos tiempo del que empleo en contároslo, Trueno de las Nubes y sus guerreros se plantaron en medio del poblado. La sorpresa fue tan completa que, a ser necesario, habrían podido exterminar a mis enemigos e incendiar el poblado sin darles ni tiempo para coger sus armas. Estoy seguro de que Cornplanter tardará muchas lunas en olvidar aquella sorpresa.

La simple mención de la muchacha india, causante de la prolongada ausencia de Isaac, había sido siempre suficiente para despertar el odio de Betty. Sin embargo, se sintió tan feliz al volverlo a ver, que al momento echó todo lo pasado al olvido. La dulce expresión del rostro pálido de la muchacha india, en el que se pintaba la inquietud y el cansancio, impresionó profundamente el ardiente corazón de Betty, quien con su viva intuición adivinó que aquélla era la más dura prueba a que Myeerah había querido someterse en aras de su amor por Isaac. Indudablemente, la muchacha india temía las burlas y el desprecio de las gentes de su amante; se notaba en el temblor de su voz y de sus manos, se adivinaba en la timidez de sus miradas temerosas. Viendo Betty que Myeerah hablaba y entendía el inglés, se interesó extraordinariamente por ella y procuró que no se sintiera nada extraña en su casa. La hizo sentar en un sitio confortable y le estuvo hablando constantemente mientras revolvía y arreglaba sus vestidos mojados. Le contó lo feliz que se sentía de volver a ver a Isaac sano y salvo y le dijo que su heroísmo de salvar a su hermano borraba de tal modo lo pasado que toda su familia la recibía con los brazos abiertos.

La agitación de Myeerah fue rindiéndose gradualmente a la dulce gracia de Betty. Ésta la vistió con un traje blanco suyo, le cepilló su hermosa cabellera negra y añadió a su tocado una cinta de brillante color, con todo lo cual olvidó Myeerah de tal modo sus temores, que se complació mirándose en el espejo al tiempo que Betty exteriorizaba su alegría.

-¡Oh, qué hermosa estás así! Con este vestido nadie diría que eres una princesa Wyandot.

-La madre de Myeerah era una mujer blanca - dijo tímidamente la muchacha india.

-Ya he oído contar tu historia a Isaac; pero quiero oírla de tus propios labios, quiero que me cuentes tu vida entre los tuyos... ¡Si hablas mi idioma tan bien como yo! ¿Quién te lo ha enseñado?

-Myeerah lo ha aprendido de Águila Blanca; pero además sabe hablar francés.

-Pues mira, eso es mucho más de lo que puedo yo hacer; y eso que he tenido un profesor francés-dijo Betty, sonriendo.

-¡Hola! -gritó Isaac desde abajo-. ¿Qué pasa por ahí arriba?

-Sube, Isaac -contestó Betty.

-¡Cáspita! -exclamó Isaac parándose en la puerta-. ¿Ésta es mi enamorada Myeerah? No, no, Betty, no es ella...

-Pues ya lo creo que lo es -replicó Betty -. ¿Verdad que está hermosa?

-Ven, Myeerah, tenemos que bajar a cenar -le dijo Isaac tomándola en sus brazos y besándola -. Ahora no. tienes que tener miedo de nada y menos estando tan encantadora.

-¡Ya verás qué amables estarán todos contigo! -dijo Betty tomándola de la mano.

Myeerah se había desprendido de los brazos de Isaac y retrocedía un momento titubeando.

-Ven -continuó Betty -, yo estaré a tu lado, y si no tienes ganas no tendrás necesidad de decir ni una palabra.

Myeerah se tranquilizó y consintió que Betty la condujera escalera abajo. Isaac había pasado delante y la esperaba en la puerta.

La sala grande estaba brillantemente iluminada con teas encendidas. La señora Zane acababa de dar los últimos toques a la mesa mientras el viejo Sam y Annie iban y venían de la cocina sin darse punto de reposo. El coronel Zane acababa de subir las escaleras de la bodega llevando un barrilito de aspecto mohoso. Se habría dicho que contenía pólvora, pero en los ojos del coronel se adivinaba que si el contenido era tan precioso como la pólvora no era tan peligroso como ella. Se trataba de un barrilito de vino añejo de treinta años que había acompañado al coronel en sus viajes por las montañas de Virginia y por la cuenca de Ohio, escondido en el fondo de su wagon-train. El coronel juzgó oportuno destaparlo en ocasión de la fiesta que había preparado para celebrar la vuelta de Isaac y su boda.

El Mayor Mac-Colloch, el capitán Boggs y Hugh Bennet habían conseguido persuadir a Wetzel de que viniera, y Lydia y Alicia, las amigas de Betty, estaban allí.

Cuando Isaac, radiante de alegría, condujo a las dos muchachas a la mesa, el viejo Sam exclamó en su jerga:

-¡Voto al chápilo, Marsh Zane!... ¡Si se parecen como dos manzanas!

Betty y Myeerah tenían un cierto parecido; las dos tenían una estatura casi igual; eran ambas altas y esbeltas. Betty estaba algo sofocada, tenía los ojos brillantes v los labios sonrientes; Myeerah, al salir, estuvo por unos momentos pálida; después se cubrió de rubor.

-Amigos míos, aquí tenéis a Myeerah, la hija de Tarhe - dijo Isaac, rebosante de satisfacción -. Mañana será mi esposa.

-¡Oh! ¿Y por qué no me lo dijiste? -preguntó sorprendida Betty a Myeerah -. Isaac, Myeerah no me ha dicho de eso ni media palabra.

-Pues ya puedes aprender de ella -contestó riendo Isaac -. Myeerah, entre otras muchas, tiene la mejor virtud de una mujer... ¡ la de saber callar!

En aquel momento se abrió la puerta, dando paso a Will Martin y a Alfred Clarke.

-Bueno, Bessie; todo el mundo está aquí y me parece que va podemos sentarnos a la mesa - dijo el coronel Zane -. Amigos míos, permitidme que os diga que pocas ocasiones tendremos como ésta para regocijarnos. No me refiero precisamente al casamiento, ya que esa ocasión nos la darán cualquier día Lydia o Betty si se deciden a mostrar las buenas disposiciones que procuraron tan buen marido a Alicia. Isaac es ya un hombre libre y esperamos que su casamiento nos traerá una paz definitiva con una poderosa tribu india. Para nosotros, y muy especialmente para vosotros, gente joven, es éste un asunto de gran importancia, ya que la amistad con los Hurones no podrá menos que ejercer una poderosa influencia sobre las otras tribus. Yo mismo confío vivir el tiempo necesario para poder ver mi

sueño realizado. Paz y amistad con los pieles rojas, libertad de nuestra tierra, haciendas bien cultivadas, colonias crecientes y, finalmente, la abertura de este glorioso país al mundo. Ahora, pues, a regocijarnos; que cada uno de nosotros se sienta tan feliz como pueda : que resuenen en esta sala nuestras más sonoras risas de alegría y que cada uno cuente su mejor historia.

Betty se había ruborizado hasta las orejas, tanto al entrar Clarke como al oírse aludida por su hermano el coronel al hablar de casamientos; y para remate de su confusión se encontró sentada enfrente mismo de Alfred. Aquélla era la primera vez que le veía de cerca después del infortunado encuentro a la puerta de la iglesia, y se sintió repentinamente poseída de tal timidez, que apenas pudo levantar la vista del plato. Sin embargo, al cabo de un rato se las compuso para echar una ojeada a Clarke, y no pudo menos de quedarse pasmada al no advertir en su cara radiante signo alguno que pudiera denotar aquel corazón destrozado de que le hablara su hermano. Ofrecía muy buen semblante, comía con excelente apetito, como cualquier otro hombre rebosante de salud, y hablaba y reía de buena gana con su amiga Lydia, de tal modo, que Betty se sintió invadida por un incomprensible resentimiento. ¿Quién había visto nunca un hombre tan enamorado como en su carta decía, teniendo tan buen aspecto v divirtiéndose con otra que no fuera el objeto de su amor? Alfred debía de haberse sobrepuesto y... ¡eso era todo!

En aquel momento preciso, Clarke se volvió y la miró de lleno. Betty bajó rápidamente los ojos, pero no tan de prisa que no tuviera tiempo de advertir una expresión de reproche en la mirada de Alfred.

-Te quedarás algún tiempo con nosotros, ¿verdad, Isaac? - preguntó Betty a Isaac para distraerse.

-No, Betty; sólo un par de días... !Vamos... no me pongas esa cara tan afligida! Has de pensar que no me marcho como un prisionero; Myeerah y yo vendremos a visitaros a menudo; pero ahora tenemos que marcharnos en seguida para evitar que los Delawares instiguen a Tarhe a hacernos la guerra.

-Amigo Isaac - repuso el capitán Boggs -, yo creo que lo que usted se dispone a hacer es lo mejor que puede ocurrírsele... Y cuanto más miro a su novia, menos acierto a comprender cómo ha podido permanecer soltero durante tanto tiempo.

-Tiene usted razón, capitán - contestó Isaac -. Pero mire : yo nunca pude sentirme satisfecho ni contento mientras estuve cautivo... Yo no podía desear nada más que la libertad.

-En otras palabras - repuso sonriendo Alfred -, ¡estaba ciego!

-Sí, Alfred, confieso que lo estaba, y ya me figuro que si usted hubiese estado en mi lugar, habría descubierto la belleza y las virtudes de mi princesa mucho antes de lo que yo lo he hecho. De todos modos... le ruego que se sirva no favorecer a Myeerah con tan profundas miradas de admiración... No está acostumbrada a ello. Eso me hace pensar en que mañana lo pasará muy mal... ¡No habrá uno de ustedes que quiera dejarse perder la ocasión de besarla!

-Pues mira que, como Betty es la dama de honor... ¡también ella pasará su disgusto!- observó riendo el coronel Zane.

-Pues, Alfred-exclamó riendo asimismo Isaac-, piense bien eso, no vaya a ser que se pierda la ocasión dé - poder besar a las dos muchachas más bonitas de la frontera... ¡Una ocasión única en la vida!

-Es la costumbre de aquí, ¿verdad?- preguntó fríamente Alfred.

-Sí; es la costumbre de nuestra gente, si pueden atrapar a la muchacha.

A las frías palabras de Alfred, Betty se cubrió de rubor. ¿Cómo se atrevía él a preguntar aquello? A pesar suyo, Betty no pudo resistir la tentación de mirarle y, tan claro como si lo llevara escrito, ella vio en la firmeza de sus ojos azules la luz inextinguible de un recuerdo... el recuerdo de un beso. Betty bajó rápidamente la cabeza. Su cara ardía y su corazón palpitaba locamente, henchido de amor, de pena y de vergüenza.

-¡Pues también será una buena ocasión para mil! - continuó Wetzel.

Aquella observación del adusto cazador hizo volver instantáneamente la cabeza a todos los circunstantes.

-¡Pero, Lew, eso es absurdo! -exclamó Isaac con énfasis, grotesco -. Tú no sabes besar a las muchachas...

-Pues yo no quiero quedarme atrás en esa faena - observó el coronel Zane sonriendo.

-Porque has olvidado el alboroto que armaste cuando los muchachos me besaban a mí en el día de nuestra boda - comentó la señora Zane burlonamente.

-¡Querida! -replicó el coronel, algo amoscado-. No armé ningún alboroto, como tú le llamas, hasta que te besaron muchísimas veces más de lo que era razonable.

-Vamos, Isaac, cuéntenos algo más - repuso el capitán Boggs -. ¿Cómo supo Myeerah que Cornplanter le Había hecho prisionero? Porque de seguro que no debió de ser que siguiera la pista de usted en su huída...

-¿Quieres decírnoslo? - preguntó Isaac a Myeerah.

-Un pajarillo lo contó a Myeerah - contestó ella.

-No conseguiréis que os lo diga - dijo Isaac-. Sin embargo estoy convencido de que fue Simón Girty quien hizo llegar hasta ella la noticia de que yo había caído en las manos de Complanter, ya que en el último momento, cuando los indios me amarraron al poste, Girty se me acercó y me dijo que había hecho cuanto había podido, pero que ya era demasiado tarde.

-Puede que haya sido él-dijo el coronel Zane-, a pesar de que no quiso atreverse a interceder en favor del pobre Crawford.

-Isaac, ¿quieres hacer que Myeerah nos cuente algo? -dijo Betty a su hermano -. Me gusta mucho su manera de hablar.

-Myeerah, a ver si nos cantas una canción Hurón -dijo Isaac a su novia -. Y si no tienes ganas de cantar, cuéntanos algún cuento. Quiero que vean lo bien que hablas nuestro idioma.

-¿Qué quieres que cuente Myeerah? - preguntó ella tímidamente.

-Cuéntales la leyenda de la Roca Enhiesta.

-Había en tiempos muy remotos una hermosa muchacha india que vivía escondida en los pinares sombríos -empezó Myeerah con la vista baja y buscando la mano de Isaac con la suya-. Su voz era como el murmullo de . las aguas, su rostro como el sol de levante. Tan singular era su belleza, que de cerca y de lejos llegaban guerreros ansiosos de contemplarla.

La hermosa a todos sonreía, por lo cual la llamaron la Luna Sonriente. Vivía en aquellos tiempos en el Gran Lago un jefe Wyandot joven y valiente. Ningún guerrero igualaba la grandeza de Tarhe, cuyo corazón quedó hechizado por los encantos de Luna Sonriente. Él fue a menudo a visitarla tratando de conquistarla y hacerla su esposa; pero ella le contestó: Antes tienes que realizar grandes hazañas., Tarhe recorrió todas las tierras, desde Oriente hasta Occidente, y le trajo raros presentes de tierras extrañas. Ella le dijo: “Ve y destruye a mis enemigos”, y Tarhe partió al punto pintado para la guerra y no paró hasta matar a todos los guerreros que la habían llamado Luna Sonriente. Volvió a ella para contarle las hazañas v ella le dijo: “Ve v corre más ligero que el ciervo, sé más astuto que el castor, busca más hondo que el somorgujo”. Al cabo de algún tiempo, Tarhe volvió a la isla donde vivía Luna Sonriente. El hielo era duro y espeso, la nieve cubría la tierra y los árboles, y Luna Sonriente, sin moverse del lado del fuego en donde estaba calentándose, le dijo: «El jefe es un-gran guerrero, pero Luna Sonriente no se conquista con facilidad. Hace mucho frío. Si Tarhe convierte en verano el invierno, Luna Sonriente le amará. » Entonces Tarhe llamó con su voz potente al Gran Espíritu y le dijo : “¡Hazme todopoderoso!” Una voz terrible que venía de las profundidades del bosque le contestó: "Tarhe, gran guerrero, jefe sabio, que no malgaste su tiempo, que se vuelva a su wigwam. » Tarhe se irguió replicando : “Tarhe vence o muere. Hazle todopoderoso para que pueda empujar los hielos hacia el Norte” ... Se

desencadenó una tempestad horrible, los ríos de hielo levantaron un fragor espantoso, el viento del norte sopló con mugidos terribles, el cierzo del noroeste se levantó helado contra el suave céfiro del sur. los espíritus de la nieve v del granizo volaron por entre la lluvia... Pero he aquí que, de pronto, se levanta el sol por oriente y derrite las cumbres blancas de las montañas, empuja las tormentas hacia septentrión y... ¡oh, prodigio! ... ¡El verano había llegado!

Mientras tanto, Tarhe, erguido en la cumbre de la montaña, aguardaba a la novia; incansable, inconmovible, siempre constante, siempre fiel, esperó durante años y más años, hasta que se convirtió en piedra. Y allí está todavía hoy; es la Roca Enhiesta; y allí continuará por todos los siglos. Y Luna Sonriente, convertida por el Gran Espíritu en viento de la noche, gime y gemirá eternamente en la oscuridad, a través de los árboles de los bosques y por los riscos de las cumbres de las montañas. »

La leyenda de Myeerah fue celebrada con una salva de aplausos y con calurosos elogios de todos los circunstantes. Todos le rogaron con insistencia que contara todavía otra, pero ella rehusó sonriendo y moviendo negativamente la cabeza. Sin embargo, ahora ya no se sentía tan extraña y tomó mucho interés en las bromas y conversación general.

El vino añejo del coronel Zane corría como agua, ya que era costumbre llenar las copas de los invitados así que estaban vacías. Bebiendo mucho se cobran bríos insospechados ; sin embargo, el coronel Zane nunca permitió que aquella costumbre fuera demasiado lejos en su casa.

-Bueno, amigos - dijo finalmente -; ya empieza a ser tarde. Mañana, después del gran acontecimiento, tendremos juegos, concursos de tiro, carreras a pie y torneos de todas clases. El capitán Boggs y yo lo hemos arreglado todo : habrá premios muy interesantes y esperamos que las muchachas querrán ofrecer también algo para que las contiendas tengan todavía más interés.

-¿Podrán tomar parte en las carreras las muchachas? -preguntó Isaac -. Porque si es así, me gustaría ver correr a Betty v a Myeerah.

-Betty puede ganar, corriendo, a cualquier mujer de la frontera, blanca o roja - comentó Wetzel -, y podría igualar a algunos de nuestros mejores corredores.

-Bien; quizá la dejemos participar en las carreras de mañana - dijo el coronel Zane -. Betty corría muy bien ; sin embargo, durante estos últimos tiempos se ha aficionado a los libros y...

- ¡Oh, Eb! Eso no es cierto - interrumpió Betty al tiempo que su hermano le golpeaba sonriendo la mejilla.

-Bueno, Betty, no te enojes por eso. Señores. ahora, a beber por la salud de los novios. Capitán Boggs, le invito a que brinde usted.

El capitán levantó la copa y dijo solemnemente

-Por la encantadora belleza de la novia y por la buena suerte del novio.

-¡Pues ha olvidado a la dama de honor! - exclamó el coronel Zane-. Señor Clarke, ¿quiere usted decir algo adecuado?

Clarke se levantó y dijo

-Me complacería mucho hablar con propiedad en esta ocasión, pero no creo poder hacerlo como es debido. Yo creo, como el coronel, que esta hermosa princesa india constituye el primer eslabón de la gran cadena de paz y de amistad que, a no tardar, unirá los hombres blancos y los rojos. Así, pues, en lugar de llamarla Grulla Blanca, ¿no la llamaríamos con más propiedad Paloma Blanca? Señores, levantemos las copas y bebamos por su felicidad y por su larga vida, sin olvidar en nuestro brindis a su dama de honor. Señorita Zane, vuestra salud y vuestra felicidad en este buen vino añejo.

Y acercó su copa a la de Betty.

-Gracias -murmuró Betty con los ojos bajos y cubriéndose de rubor -. Les deseo a todos muy buenas noches. Ven, Myeerah.

Una vez a solas con Betty, la muchacha india volvió sus ojos brillantes como dos estrellas hacia ella y le dijo

-Mi hermanita ha hecho muy feliz a Myeerah y ha llenado su corazón de alegría.

-Te creo, Myeerah, porque sé que amas mucho a Isaac

-Myeerah lo ha amado siempre y así amará también a su hermanita.

-Y yo a ti; porque le quieres y porque le has salvado la vida. ¡Ah, Myeerah, qué maravillosa es la historia de vuestro amor!

-Pero mi hermanita también es amada... - murmuró quedamente la muchacha india -. Myeerah lo ha visto en la mirada ardiente del gran cazador... Era como la luz triste de la luna rielando sobre las aguas del lago. Él la ama, pues; pero el otro que estaba enfrente también está enamorado de ella. Sus ojos miraban a mi hermanita serenos como el azul firmamento del Norte.

-¡Chist! -murmuró Betty temblando y llevándose el índice a los labios -. ¡Chist, Myeerah, no hables de él!...

XI

Al día siguiente por la tarde, el sol brillaba con todo su esplendor, la suave fragancia de la corteza de las encinas perfumaba el ambiente y los pajarillos entonaban sus dulces melodías. La escena que se ofrecía delante del viejo fuerte, cubierto de cicatrices que recibiera en las batallas, era pintoresca en extremo. Las cabañas de los colonos, cubiertas de verdes parrales, mejor parecían pintadas en un cuadro que hechas de verdad para servir de habitación a aquellas gentes. Al fondo se levantaba el viejo molino con el techo consumido por el fuego en recuerdo de los pieles rojas, con su gran rueda, ahora silenciosa e inmóvil.

En la cima de un pequeño promontorio cubierto de aterciopelada hierba estaban sentados Isaac y su novia Myee-rah. Él había elegido aquel lugar porque desde alli se dominaba la amplia extensión de terreno en donde tendrían lugar las carreras y los concursos. Numerosas mujeres se habían situado en su derredor dirigiendo indiscretas miradas a la novia y cuchicheando sobre su cutis blanco, sus manos pequeñas o sobre su portentosa belleza. Las más jóvenes les miraban embobadas mientras los chiquillos correteaban por entre los grupos, jugando y embistiéndose v levantando un griterío ensordecedor. Era aquel un día de gran fiesta y toda la gente de la colonia, hombres, mujeres y niños, se había reunido en la verde llanura.

El coronel Zane y Sam estaban plantando un poste en el centro cuadrado, en donde habría el blanco para el concurso de tiro, mientras el capitán Boggs y el Mayor Mac-Colloch ordenaban a los contendientes Jonathan Zane, Will Martin, Alfred Clarke, etc., todos los cuales habían cargado cuidadosamente sus rifles. Betty había montado el negro enterizo que el coronel ofreciera generosamente como primer premio, acababa de acariciar a Isaac en agradecimiento por haberla ayudado a montar y desde alli se disponía a presenciar la fiesta. Sólo Wetzel parecía no haberse contagiado por el espíritu bullicioso que reinaba y permanecía apartado, de pie, apoyado en su inseparable rifle, sin interesarse lo más mínimo en los preparativos que se estaban haciendo, absorto, según parecía, en la contemplación del bosque que se extendía a la orilla opuesta del río.

-Bueno, muchachos - gritó el coronel Zane -, me parece que todo está a punto. Sólo hay derecho a disparar un tro por barba, ¿entendéis?, excepto en el caso en que haya igualdad de puntos. Y ahora que cada uno haga lo mejor que pueda.

El primer número consistía en un concurso de tiro conocido con el nombre de «hincadura del clavo». Como el nombre lo indica, había que disparar contra la cabeza de un clavo, sólo apuntado en un poste, y acabar de hundirlo de un balazo. A falta de clavos, porque la verdad es que iban muy escasos en aquellas tierras, se empleaba la hoja de un cuchillo, o un pedacito de alambre y, a veces, incluso algún objeto puntiagudo de plata. El lugar desde donde se disparaba era tan alejado del blanco como lo permitía la vista, y hay que reconocer que el hecho de hundir el clavo a cien metros de distancia era una cosa apenas nunca vista. Para muchos de aquellos cazadores era mucho más sencillo «apagar una vela»,otro de los pasatiempos de la frontera, consistente en colocar una vela encendida en un sitio oscuro y apagarla de un balazo. ?duchos de ellos, y especialmente aquellos que manejaban más a menudo el arado que el rifle, tenían que apoyar el brazo en algún sitio para afinar la puntería y todavía colocaban un poco de musgo debajo del cañón del rifle para prevenirse del culatazo que daba al disparar.

Y el concurso empezó. De los seis primeros tiradores, los que mejores blancos hicieron fueron Jonathan Zane y Alfred Clarke, ya que los dos colocaron la bala dentro, del círculo que se había dibujado a media pulgada alrededor del clavo.

-¡Muy bien, Alfred! -exclamó el coronel-. Desde el último concurso ha mejorado usted mucho la puntería.

Fue tocando el turno a otros varios colonos, pero ninguno de ellos consiguió colocar la bala dentro del círculo. Tenían que disputarse el premio, pues, Alfred y Jonathan.

-Afina bien el tiro, Alfred - le gritó Isaac -. Me gustaría que le ganaras para que no pudiera alardear como hacía cuando me ganaba a mí.

El segundo tiro de Alfred fue peor que el primero, y como Jonathan dio todavía más cerca del clavo, se adjudicó definitivamente el premio.

-Ahí viene Miller -exclamó Silas Zane-; quizá quiera él también probar suerte.

El coronel Zane se volvió y vio que Miller se había juntado a la partida. Llevaba su rifle, y sus atavíos revelaban que acababa de llegar a la colonia.

-¿Quiere usted tirar para el primer premio?-le preguntó el coronel-. Estaba a punto de adjudicárselo a Jonathan.

-No; he llegado demasiado tarde y no tengo derecho a ello. Probaré suerte en los otros-replicó Miller.

Al entrar Miller en escena, Wetzel había cambiado de posición y se había acercado más al grupo. El perro Tige le había seguido pegado a sus talones sin que nadie se diera cuenta del gruñido que había dejado escapar ni de la palabra de Wetzel imponiéndole silencio. Se apoyó en la grupa del caballo de Betty y se quedó mirando, en apariencia, a todos los tiradores, pero en realidad vigilando estrechamente todos los movimientos de Miller.

-Este premio sí que vale un buen tiro-anunció el coronel balanceando en el aire un hermoso bolso de piel de ante para balas, primorosamente bordado por Betty, quien lo había ofrecido para premio de uno de aquellos concursos.

Como Jonathan había ya ganado un premio, quedaba definitivamente eliminado de todos los otros concursos de tiro, lo cual daba derecho a Alfred para disparar el primero en este nuevo concurso. Alfred hubiera dado un mundo por ganar aquella delicada fruslería que el coronel levantara en alto. Se echó el rifle a la cara y por dos veces tuvo que bajar el cañón para rehacerse, sin atreverse a disparar. Cuando por fin lo hizo, la bala quedó empotrada en el segundo círculo alrededor del clavo. No dejaba de ser un buen tiro, pero Alfred vió en seguida que el premio se le había escapado.

-Son los nervios -observó maliciosamente Miller, con una burlona sonrisa en su cara morena.

Fueron disparando los otros concursantes sin que obtuvieran mejor puntuación que Alfred. El pequeño Harry Bennet ocupó su puesto; había ganado muchos premios en concursos anteriores y se le consideraba como a uno de los mejores tiradores del poblado.

-Vamos a ver, Harry -le dijo el coronel-; quedan pocos detrás de ti y tienes grandes probabilidades de llevarte el premio.

-Tratándose del premio de Betty, el que quiera ganármelo tendrá que afinar mucho la puntería -contestó el muchacho relampagueándole los ojos.

Apuntó cuidadosamente, y una salva de aplausos saludó el blanco de Harry Bennet. La bala se había colocado tan cerca del clavo que entre éste y aquélla no habría pasado ni la hoja de un cuchillo. A continuación le tocaba el tumo a Miller. Era muy buen tirador y él de sobra lo sabía. Con la ciega confianza de una larga experiencia y de un profundo conocimiento de su arma, apuntó con desenfado aunque cuidadosamente, e hizo fuego, completamente seguro de que se llevaba el codiciado premio. La bala de Miller había rozado el clavo y el buen tirador se hizo a un lado con una sonrisa de satisfacción.

Pero Miller no contaba con la huésped. Betty, al ver el resultado de aquel tiro y la sonrisa de Miller, comprendió que ninguno de los contendientes que quedaban podrían mejorar aquella puntuación, y dirigiéndose a Wetzel le dijo angustiosamente mientras apoyaba su mano en el brazo del cazador:

-Lew, Miller se lleva mi premio y yo no quiero que ese hombre tenga nada mío. Sólo tú podrás hacer mejor blanco que él...

-Y quisieras que yo tirara por usted, ¿verdad, pequeña? -contestó Wetzel afectuosamente.

-Sí, Lew; hazlo por mí.

Todo el mundo sabía que Wetzel jamás malgastaba pólvora. Nunca se le vio tomar parte en ninguna carrera ni en concurso de tiro alguno, a pesar de que se le tenía por el mejor corredor y por el ojo más certero de la frontera. Así, pues, ante la sorpresa de todo el mundo y la alegría del coronel Zane, Wetzel anunció que iba a tomar parte en el concurso. Miller sonrió despechado y pensó para sus adentros que Wetzel o quienquiera que fuera tendría que hacer muy buen disparo para ganarle.

-Este tiro... para Betty exclamó el cazador dando un paso para colocarse en el sitio de otro. Fijó su ojo penetrante en el poste; cogió uno de los mechones de cabello que ondulaban sobre sus anchas espaldas y lo sostuvo un momento delante de sus ojos para asegurarse de que no hacía viento que pudiera desviar su tiro. Desde aquel sitio y a tal distancia no se distinguía el clavo más que. como un diminuto punto negro. Finalmente, el negro cañón de su fusil empezó a levantarse tan despacio que a los impacientes espectadores les parecía que nunca iba a alcanzar e! nivel necesario; y llegó un momento en que hombre y rifle aparecieron inmóviles como si estuvieran esculpidos en piedra. De pronto se vio un fogonazo y sonó el disparo, y muchos creyeron que Wetzel había errado el tiro, ya que el punto negro del clavo se veía intacto y en el círculo de cal que alrededor se había pintado no se veía señal alguna; pero al acercarse para examinarlo de cerca vieron con sorpresa que su bala había hundido completamente el clavo dando de lleno en su cabeza e incrustándose en el poste detrás de él.

-¡Un tiro maravilloso, Wetzel! -exclamó el coronel-. No recuerdo haber visto más que otro igual en mi vida. Wetzel, sin contestar palabra, se apartó v volvió a ocupar su sitio de antes, procediendo a cargar de nuevo su rifle, mientras Betty iba corriendo hacia él con los brazos abiertos, zarandeando el bolso bordado que ofreciera en premio.

-¡Oh, Lew ! - exclamaba !oca de alegría -. Si me atreviera... ¡te besaría! Ha sido el tiro más certero que se ha disparado en el mundo. Toma. Me ha gustado más que lo ganaras tú que nadie.

-Betty - murmuró el cazador sonriendo -, me parece que para servir contra los pieles rojas... esa labor es demasiado delicada... ¡Pero no importa! ¡Me servirá de salvaguarda!

Aquellas sencillas fiestas que despertaban amistosas rivalidades de fuerza y de destreza entre la juventud eran la alegría de aquellas gentes, y todos hacían sus máximos esfuerzos para vencer a sus contrincantes. En aquellas circunstancias era difícil esperar que Alfred pudiera llegar a adjudicarse alguno de los laureles, acostumbrado como estaba a una relativa ociosidad, mientras sus rudos contendientes habían sido criados en una vida dura y activa, y para los cuales una caminata de diez millas detrás del arado o un centenar de árboles cortados en un día eran simples bagatelas. Alfred, pues, perdió todavía en las carreras a pie y en las de sacos ; y sin embargo, al echarse sobre la hierba para cobrar aliento, se sintió más feliz que en los días pasados. Por dos veces durante aquella tarde su mirada se había cruzado con la de Betty y su corazón había palpitado con una rara sensación de temor y de esperanza.

Al quedarse por unos momentos meditando sobre lo ocurrido entre é! y Betty, su distraída mirada se detuvo en la figura de Wetzel, quien, al parecer, estaba contemplando un grupo de muchachos que jugaba cerca de él. Sin embargo, un atento observador como Alfred habría visto en la rígida e inmutable figura del cazador, recostado contra un roble blanco y con su inseparable fusil en la mano, cierto aire inquieto del que vigila disimuladamente pero con toda su atención. Wetzel miraba fijo al extremo oeste de la isla y Alfred, casi involuntariamente, dirigió allí su mirada. En el punto indicado, en un terreno bajo, cubierto de escaramujos y de hierba alta, vio moverse cautelosamente una forma oscura. Observó atentamente por unos instantes y se convenció al punto de que no se había equivocado. Se levantó poco a poco v. con aire indiferente, fue paseando hasta donde estaba Wetzel.

-Lewis - le dijo en voz baja -, acabo de descubrir un objeto que se mueve entre aquellos zarzales del extremo de la isla. No estoy seguro de si es algún animal o algún indio...

-Son indios - murmuró Wetzel -; pero vuélvase a donde estaba y disimule. No diga nada y observe cuidadosamente a Miller.

Excitado por el desarrollo de los últimos acontecimientos y preguntándose qué iba a suceder, Alfred se alejó; y apenas se había juntado a los otros oyó la voz de Betty que se levantaba en indignada protesta:

-Le digo que hice atravesar el río nadando a mi jaca; y era precisamente en una ocasión en que el agua estaba, en aquel momento, mucho más alta que ahora.

-Usted debe de exagerar- replicaba Miller sonriendo desagradablemente-. En alguna ocasión he visto el río tan bajo que podía ser fácilmente vadeado; pero ahora su jaca no podría llegar ni hasta la mitad de la distancia...

-¡Pues va usted a verlo! -gritó Betty relampagueándole los ojos. Y apoyó el pie en el estribo y saltó sobre Madcap.

-Vamos, Betty -exclamó la señora Zane -, no intentes otra vez aquella locura. ¿Qué te importa a ti que los extraños lo crean o no? Eb, mándaselo tú.

El coronel Zane sonrió y no intentó siquiera detener a Betty. ¡Era tan indulgente con todos sus caprichos! -¡Detenedla! -gritó Clarke.

-¡Betty! ¿Adónde va usted? -preguntó Wetzel intentando coger de la brida a Madcap.

Pero Betty lo advirtió a tiempo y esquivó con destreza al cazador; soltó una sonora carcajada y espoleando a su pequeña y fiera jaca la precipitó hacia la orilla con tal rapidez, que antes de que nadie pudiera adivinar su propósito, el agua llegaba va a las rodillas del animal.

-¡Betty! -gritó Wetzel imperativamente-. ¡Deténgase!

Pero ella no hizo el menor caso a la voz de Wetzel, y un momento después el caballo había dejado ya el bajío y nadaba briosamente en dirección a la otra orilla.

-¡O se detiene usted o disparo a la cabeza de la jaca! -gritó nuevamente Wetzel con una angustia mortal en la voz, al tiempo que se echaba resueltamente a la cara el fusil, dispuesto a unir la acción a sus palabras.

Betty, alarmada, dió media vuelta a su caballo y volvió a la orilla, mirándole sorprendida e inquieta, sabiendo como sabía que Wetzel no era hombre para gastar bromas.

-¡Pero por Dios, Wetzel!... -exclamó el coronel Zane mirando asombrado a la cara pálida y grave del cazador.

-¿Has dicho que ibas a matar a Madcap? - preguntó Betty asustada y en tono de reproche al llegar a la orilla.

Todos los presentes rodearon silenciosamente a Wetzel esperando ansiosamente la aclaración de lo que ocurría,, con aquella opresión de ánimo que presagia la revelación de horribles acontecimientos. El coronel Zane y Jonathan, al instante en que advirtieron el semblante de Wetzel, conocieron que debía ocurrir algo extraordinario. Su rostro aparecía hosco y sombrío, con los labios fuertemente apretados y los ojos abiertos y brillantes con un fulgor siniestro.

-¿Adónde dirigía usted su jaca?-preguntó Wetzel con aire fiscalizador.

-Quería llegar a aquel punto de la otra orilla... - murmuró Betty, llena de confusión.

-¡Lo presumía! Bueno, Betty; indios hostiles están escondidos entre aquellos arbustos que hay, allí, adonde usted se disponía a llegar, esperándola precisamente -. Y echándose el rifle al hombro, se alejó precipitadamente hacia el sendero.

-¡Oh! -exclamó Betty, muerta de miedo- ¡Pero eso no puede ser! ¡Qué loca soy!

-¡Venga! -gritó el coronel Zane imperativamente -. Todo el mundo fuera de- la orilla del río. ¡Al fuerte! -Coronel Zane - dijo en voz baja Clarke juntándose al coronel -, yo advertí que Wetzel estaba mirando hacia la isla con una atención que juzgué singular; dirigí allí, mi vista y vi una forma oscura agazapándose entre unos: matojos. Fui a decírselo a Wetzel y me dijo que en la isla había indios enemigos.

-Pero eso es condenadamente extraño -contestó el coronel encolerizándose repentinamente-. Wetzel sospecha; Miller vuelve al fuerte e imbuye a Betty a que intente de nuevo la travesía del río hasta la isleta... ¡y alli están esperando los pieles rojas! Puede que sean toda coincidencias; pero ¡vamos!, eso tiene en conjunto muy mal cariz.

-Coronel Zane -dijo Miller juntándose al grupo-, ¿no cree usted que Wetzel tiene que haberse equivocado forzosamente? Esta mañana yo he venido al fuerte por aquel lado y le aseguro que no he visto la menor señal de pieles rojas en todos aquellos contornos. Wetzel nos ha alarmado inútilmente.

-El hecho de que haya usted venido por aquel lado no demuestra que no haya indios por alli - replicó ásperamente el coronel -. ¿Acaso se atreverá usted a discutir una afirmación de Wetzel?

-¡Yo vi un indio! -interrumpió Clarke, encarándose con Miller-. ¡Y si usted dice lo contrario, miente! Y aún hay más. yo creo que usted lo sabe mejor que nadie de nosotros. He estado observándole y he podido ver que estaba usted inquieto mirando ansiosamente al río de vez en cuando. Lo mejor que podría hacer es explicar al coronel la razón por la cual usted ha tentado a su hermana para que emprendiera la travesía del río.

Con un gruñido que más parecía de fiera que de un ser humano, Miller se precipitó encima de Clarke mientras sacaba su asqueroso cuchillo, con una expresión feroz pintada en su rostro, al tiempo que se levantaba una tremenda gritería de espanto entre las mujeres y los niños. Alfred se echó a un lado con la maravillosa rapidez de un entrenado boxeador y le disparo tan fuerte puñetazo en la cara Con el brazo derecho, que Miller rodó por el suelo mientras su cuchillo salía volando por los aires. Sin embargo, esta escena se desarrolló tan rápidamente que todo el mundo se quedó casi paralizado viendo cómo Miller se levantaba trabajosamente y, rehaciéndose, aullaba encolerizado:

-¡Venga mi cuchillo!

El arma-de Miller había ido a parar al lado del Mayor Mac-Colloch, quien al punto le puso el pie encima para impedir que fuera nuevamente recogida.

-¡Vamos, este asunto se ha terminado! -ordenó el coronel Zane interponiéndose -. Usted, Clarke, ha hecho un relato demasiado fuerte; ¿tiene usted pruebas de lo que ha dicho?

-¡Ya lo creo que las tengo! -afirmó Clarke, erguido, con la cara pálida y con sus azules ojos brillantes como el acero -. ¡Como que ya le conozco de Fuerte Pitt por lo borracho v embustero que era allí! ¡Fue nada menos que Wetzel quien me dijo que le vigilara! Y tanto Wetzel como yo estamos convencidos de que él sabe de sobra que en la isla había indios.

-Miente, coronel Zane -replicó Miller-. Lo que ése quiere es que usted se predisponga contra mí porque su hermana de usted...

-¡Ah, canalla! -gritó Clarke abalanzándose contra Miller al tiempo que el coronel Zane paraba el brazo del muchacho enfurecido y se interponía entre ellos nuevamente.

-¡Venga, cuchillos... o algo! -aullaba Miller, intentando a su vez echarse contra Alfred.

-Capitán Boggs - ordenó el coronel -, llévese a Clarke al blocao y prohíbale la salida de allí aunque tenga que encerrarle. En cuanto a usted, Miller, yo no puedo condenarle sin tener pruebas suficientes. Si llegara a saber que en la isla había indios y que usted lo sabía, era usted hombre muerto en menos tiempo del que empleo en decirlo. Le concedo el beneficio de la duda y veinticuatro horas para dejar el fuerte.

Los espectadores se dispersaron marchándose a las respectivas cabañas. Todo el mundo estaba al lado de Clarke; el muchacho, con su excelente carácter, con su buen humor, con la voluntad que ponía en ayudar a todos, con su amistad con los niños y con los actos de heroísmo que realizara, se había granjeado la estima y consideración de toda la gente del fuerte; mientras que Miller, con su afición a la bebida, con su descaro y con su carácter pendenciero había eliminado las pocas amistades que hiciera durante los primeros días de su estancia en el poblado.

-Jonathan: eso parece obra de Girty. Quisiera saber la verdad, costara lo que costara - dijo el coronel Zane, al entrar en su casa con sus hermanos y con Myeerah -. ¡Maldito sea!... ¡Mira que no poder tener siquiera una tarde de expansión! Necesito ver a Lewis en seguida. No puedo fiarme de Clarke. El muchacho está resentido con Miller desde Fuerte Pitt y si no hubiéramos intervenido se habrían matado. Lo peor es que mucho me temo que no será ésta la última de sus riñas.

-Eso si vuelven a encontrarse; pero ¿cómo puedes mantenerlos separados? - repuso Silas -. Porque aunque Miller deje el fuerte, se ocultará en los bosques y esperará la ocasión de descerrajar un tiro a Clarke que le deje en el sitio.

-Eso no será mientras Wetzel esté con nosotros - replicó el coronel. Y encarándose con Betty continuó-:

¿Estás viendo tú lo que...? - pero al ver el rostro pálido v descompuesto de su hermana, no se atrevió a terminar la frase.

-No te preocupes, Betty - exclamó cariñosamente Isaac, rodeando con su brazo el talle de su hermana -. No es tuya la culpa de lo que ha pasado. Yo también creo lo que Clarke ha dicho de que Miller sabía que en la isla había indios. Eso es un complot suyo para raptarte. Pero no temas por Alfred. El muchacho se basta a sí mismo; bien lo ha sabido demostrar hace un momento.

Una hora más tarde Alfred había terminado su cena y estaba sentado a la ventana de su cuarto fumando tranquilamente su pipa. Su furor se había ya calmado bastante y en sus reflexiones no sacaba deducciones de las más desagradables. Le dolía haberse rebajado tanto luchando con un hombre que no era mucho mejor que cualquier bandido; pero estaba

satisfecho de haberle dado aquel golpazo que le hizo rodar por los suelos, y recordaba que había pedido un cuchillo y que, de tenerlo a mano, habrían luchado hasta morir uno de los dos. Y, al fin y al cabo, quién sabe si, bien mirado, habría sido la mejor solución de su riña. Demasiado conocía él a Miller; había asesinado a más de un hombre blanco y sabía que ahora, en lo sucesivo, ya no sería posible luchar de nuevo con él cara a cara. Bueno, pensó, ¿y eso qué importa, no teniendo hogar ni medio de construirlo con la mujer que él amaba? El era un soldado del azar que estaba a merced del Hado y que tenía que dar la bienvenida a lo que sucediera, fuera lo que fuese. Un leve ruido de pasos en la escalera y un golpe en la puerta fueron a interrumpir sus pensamientos.

-Adelante - dijo él.

La puerta se abrió y Wetzel entró en la habitación. -He venido para decirle algo - dijo el cazador cogiendo una silla y dejando el rifle entre sus rodillas.

-Me complacerá mucho escucharle, o hablar... como desee - contestó Alfred.

-No voy a entretenerme en decirle que el trompazo que dió a Miller era bien merecido. Si él v Girty no han tramado ese ardid para raptar a Betty, yo soy un zopenco que no sabe nada de nada. Pero no tenemos ninguna prueba contra él y lo mismo puede ser que él supiera que había pieles rojas al otro lado del río, como que no supiera nada. Yo, personalmente, estoy convencido de que lo sabía; pero no puedo matar a un hombre por una simple suposición, aunque sea muy fundada. Yo necesito una seguridad. Pero a lo que he venido es a encargarle que se ponga en guardia contra ese hombre, el más canalla de toda la frontera.

-Ya sé de quién se trata, Wetzel -contestó Alfred-. Conozco su triunfo de Fuerte Pitt; pero ¿qué quiere que haga?

-Estar encerrado hasta que él se haya marchado del fuerte.

-¡Eso sería muy cobarde para mí!

-No; no lo sería. El es muy capaz de descerrajarle un tiro desde detrás de un árbol o desde alguna esquina.

-Bueno; le agradezco mucho el consejo, pero pase lo que pase yo no sabría quedarme en casa - replicó Alfred, algo sorprendido por las maneras solemnes del cazador. -Usted está enamorado de Betty, ¿no es eso?

La pregunta fue hecha con tal rudeza, tan habitual en Wetzel, que Alfred se quedó confuso y titubeando sin saber qué contestar. El cazador, sin esperar, continuó.

-No necesita decírmelo porque ya lo sé; del mismo modo que sé que también ella le ama. He aquí por qué quiero que se guarde de Miller.

-¡Pero, por Dios, Wetzel!... ¡Usted está loco! -replicó desconcertado Alfred-. ¡Si Betty no me quiere ni pizca!

-Esa es su grave equivocación, muchacho. Usted deja volar la fantasía con mucha facilidad; lo mismo que le ocurre a Betty. Los dos se quieren y, sin embargo, se hacen mutuamente desgraciados. Usted no conoce a Betty y ella se esfuerza en darle a entender todo lo contrario de lo que siente...

-¡Por Dios santo, Wetzel! -interrumpió Alfred cambiando de expresión -. ¡Si es que sabe algo dígamelo en seguida! ¿Que si la amo? ¡Oh, mis palabras no aciertan a explicarlo! ¡Es tanto lo que la quiero, que hace una hora habría aceptado gustoso la muerte de manos de Miller sólo por caer y morir a los pies de ella en su defensa! Pero... dígame: ¿qué motivos tiene usted para decirme lo que me ha dicho? ¿Cómo lo sabe?

El cazador se inclinó un poco hacia Alfred y puso la mano encima de su hombro. En su pálida cara podía contemplarse aquel sublime resplandor que emana de las almas grandes cuando van a revelar el profundo secreto guardado durante la vida o cuando se disponen a sacrificar lo más querido de su corazón. El ancho y generoso pecho de Wetzel se dilató y, con voz profunda y ligeramente temblorosa, continuó

-Escuche. Yo no soy hombre de palabras y me cuesta mucho decir las cosas. Betty le ama. ¿Cómo no voy a saberlo si yo la he mecido entre mis toscos brazos cuando era niña; si era yo quien hacía sus juguetes y aun quien jugaba con ella cuando era una chiquilla:? Yo conozco todos sus caprichos y leo en sus ojos como en el musgo de los bosques o en las hojas de los árboles. Clarke: yo conozco todos los pensamientos de Betty... ¡porque, como usted, también la amo desde toda mi vida! He aquí por qué sé que ella también le ama. Lo siento; pero ahora lo único que yo quiero es su felicidad; es lo único que me importa en el mundo. Y he aquí por qué soy su mejor amigo.

En el silencio que siguió a aquellas palabras, Wetzel se levantó, abrió la puerta y cerró detrás de sí. Se había ido. Betty se despertó sobresaltada y repentinamente. Fue cosa de un segundo y ya estaba en el pleno dominio de todas sus facultades. Los rayos de la luna, filtrándose a través de las ramas del manzano que había cerca de su ventana, proyectaban fantásticas sombras en la pared v en el suelo de su cuarto. Betty permaneció inmóvil con los ojos fijos en las mágicas sombras de la pared y con el oído alerta. ¿Qué podía ser lo que la había despertado? La noche seguía su curso tranquila y el canto del gallo que se oía en la lejanía indicaba que el amanecer estaba cerca. Betty esperaba oír, de un instante a otro, el ladrido de Tige al pie de la ventana, la voz del negro Sam o el piafar de los caballos en el patio. De repente percibió unas leves pisadas afuera y, a continuación, el ruido de una china que desde el exterior echaron a su ventana y saltó por el suelo de su cuarto hasta el rincón. No cabía duda, pues, de que alguien tiraba piedras, desde fuera, a su cuarto. Saltó rápidamente de la cama y, apoyándose en el antepecho de la ventana, se asomó al exterior. La luna acababa de esconderse en la lejana colina, pero la claridad de la noche permitía distinguir perfectamente los objetos, y Betty descubrió una figura oscura que se acercaba desde la cerca a la casa.

-¿Quién es?-preguntó Betty, algo inquieta.

-¡Chist! ... -contestó el desconocido-. Soy Miller. Aquella figura anduvo cautelosamente hasta el pie de la ventana de la muchacha, y al llegar a ella se enderezó. La luz era escasa; sin embargo, Betty reconoció la bronceada cara de Miller. Llevaba el rifle en la mano y un paquete al hombro.

-Márchese o llamo a mis hermanos -dijo Betty bruscamente disponiéndose a abandonar la ventana -. No quiero escucharle ni un instante.

-¡Chist!... No tan alto - replicó Miller en voz baja -. Hará usted mucho mejor escuchándome. Voy a juntarme con Girty, quien se dispone a traer los indios y los ingleses hasta aquí para incendiar la colonia. Si usted consiente en venirse conmigo ahora, salvaré la vida de sus hermanos y la de sus familias. Si se niega usted a ello, será usted hecha prisionera y verá a todos sus parientes y amigos sin pericráneos y quemados. ¡Conteste de prisa!

-¡Nunca, traidor, monstruo! -exclamó Betty con voz ronca de emoción -. Prefiero ser quemada viva en la estaca antes que dar un paso con usted. ¡Canalla!

-Entonces... acuérdese de que se ha cruzado en la vida de un hombre desesperado, y si llega usted a salvarse de la matanza, ha de venir de rodillas tras de mí. La sentencia de Fuerte Henry está irremisiblemente dictada. Y ahora... ¡váyase usted con su ardiente amante de «rostro pálido»! ¡Lo encontrará usted «muy frío,,! ¡Ja, ja, ¡a! - y al soltar aquella carcajada sarcástica, saltó la cerca y desapareció en las tinieblas de la noche.

Betty se quedó como clavada en la ventana, aturdida y aterrorizada, temblando ante la enormidad de lo que acababa de expresarle Miller. ¿Cómo había podido ella dejarse engañar nunca, ni por un solo instante, por él? ¡Un aliado de Girty, un salvaje, un renegado, un criminal! Betty fue resiguiendo todas las palabras de Miller, una por una. «Su ardiente amante de rostro pálido...." «Lo encontrará usted muy frío... ¿Qué quería decir con eso? De pronto una terrible idea cruzó sus pensamientos. Miller había asesinado a Clarke. Un chillido de agonía se escapó de los labios de Betty y sintió como si un cuchillo se clavara en su

costado, al tiempo que todos sus miembros paralizados recobraban el poder de acción. Salió precipitadamente al pasillo y golpeó con mortal angustia la puerta de la habitación unos momentos.

- ¡Eb! ... ¡Eb! . . .

-Levántate! ... ¡Deprisa, por amor de Dios!

Una ahogada exclamación contestó a sus palabras, mientras oía la voz de una mujer hablando asustada y el ruido de los pies descalzos contra el suelo. La puerta se abrió al cabo de unos momentos.

-¿Qué pasa, Betty? -preguntó con voz rápida el coronel al mismo tiempo que se abría la puerta de la habitación de Isaac y salía éste sobresaltado.

-Eb, Betty, ¿qué ocurre? He oído voces aquí y afuera, ¿qué es esa algazara?

-¡Oh, Isaac! ¡Oh, Eb! ¡Algo terrible ha sucedido! - exclamó Betty casi sin aliento.

-Entonces no es cuestión de excitarse - contestó el coronel con calma rodeando con su brazo el talle de su hermana y haciéndola entrar en su habitación -. Isaac, baja los rifles. Vamos, Betty; el tiempo es precioso. Dime en pocas palabras, de prisa, lo que haya.

-El ruido de una piedra al caer en el suelo de mi cuarto me ha despertado; corrí a la ventana y vi a un hombre en la cerca, quien al verme se acercó hasta el pie de mi ventana. ¡Era Miller! Me ha dicho que iba a juntarse con Girty y que si consentía en seguirle salvaría la vida de todos mis parientes, y que si no, todos seríais asesinados y yo hecha prisionera y llevada cautiva con ellos. Yo le contesté que prefería morir antes que ir con él y entonces me dijo que todos estábamos perdidos y que mi amante de rostro pálido estaba frío. Soltó una carcajada que me heló de miedo y se alejó hacia el no. ¡Ah, el bandido ha asesinado a Clarke

-¡Hum! -exclamó el coronel vistiéndose rápidamente-. ¡Vaya un canalla! Betty, ¿no tenías un fusil contigo? ¿Por qué no le tiraste? ¡Tenías que haber prestado más atención al consejo de Wetzel!

-Lo que teníais que haber hecho es dejar que Clarke le matara ayer-contestó Isaac-. Ahora nos traerá aquí a Girty con sus demonios aulladores... ¿Qué hay que hacer, Eb?

-Mandaré en seguida a Wetzel detrás de él y por el hilo sacará el ovillo-contestó el coronel Zane.

-Por favor... id en seguida... a encontrar... a Clarke ! suplicó Betty angustiosamente.

-Sí, Betty, iremos en seguida; pero no debes perder el valor. Es muy probable que Miller haya asesinado a Alfred y que todavía haya hecho algo más y peor...

-Voy a avisar a Myeerah y vengo en seguida -dijo Isaac dirigiéndose a su cuarto -. La pobre está muerta de miedo.

-Bien, pero ve de prisa - contestó el coronel cogiendo el rifle y saliendo de su habitación mientras acababa de abrocharse la guerrera.

Los primeros rayos de la aurora entraban por la ventana anunciando con su luz rojiza el nuevo día. ¿Para qué saldría el nuevo sol si no tenía que llevarles ninguna alegría? ¿Quién sabe si brillaría sobre una larga hilera de indios pintados para la guerra? ¿,Quién sabe si la fresca brisa que venía del río les traería el horrísono grito de los pieles rojas?

No es de extrañar que Noah y su hermanito, despiertos a la voz de su padre, se sentaran en su camita y miraran con ojos asustados a todas partes tratando de averiguar lo que ocurría, como no es de extrañar que el rostro de la señora Zane palideciera. ¡Cuántas veces había visto a .su marido empuñar el fusil y salir precipitadamente de su cuarto en busca del peligro!

-¡Bessie! -dijo Betty con voz trémula- Si eso es cierto yo no podré resistirlo. ¡Todo es por cuba mía! -¡Qué disparate! ¿Pero no oíste cómo Eb decía saber que Miller y Clarke habían va reñido en otra ocasión? Ellos se odiaban ya mucho antes de conocerte a ti.

Se oyó un portazo y unos pasos ligeros resonaron en la escalera. Un instante después entraba precipitadamente Isaac en el cuarto. Betty, pálida como la muerte, estaba de pie con

las manos apretadas contra el pecho; y, con mirada angustiosa, le preguntó lo que sus labios no podían.

-Betty - dijo Isaac -. Alfred está malherido, pero vive. No puedo decirte nada más por ahora. Bessie, ven de prisa y trae seda, lino, linimento v todo lo necesario para curar una mala herida.

El rostro angustiado de Betty se aligeró un poco; sus labios se movieron y, ahogando un sollozo, se dirigió a su habitación.

Dos horas más tarde, Annie servía el almuerzo a Betty y a Myeerah, cuando el coronel Zane entró en el comedor a grandes pasos.

-Bueno. Pase lo que pase... ¡se tiene que comer! -exclamó con un destello de esperanza en los ojos -. Betty... ha sido un trabajo malo... ¡muy malo! Cuando llegamos al blocao encontramos a Clarke tendido en su cama con un cuchillo clavado. No sabíamos si volverle... o qué hacer.

-¿Puedo verlo, Eb? -preguntó Betty con una palidez mortal en su rostro.

-Si la cosa toma mal aspecto te permitiré ir a verle; pero ahora no sería nada bueno que fueras y, seguramente, te enervaría demasiado. El muchacho puede todavía resistir con probabilidades de éxito.

-¿Sabes si lucharon o si fue apuñalado mientras dormía?

-Se conoce que Miller trepó hasta la ventana, se introdujo en el cuarto de Alfred y, en la oscuridad, le clavó el cuchillo. Cuando volvía he encontrado a Wetzel y le he dicho que había que seguir la pista de Miller costara lo que costara y saber si había algo de verdad en su amenaza sobre Girty y los indios. Sam acababa de encontrar a Tige atado y amordazado en la esquina de la cerca detrás del granero, cosa que explica el misterio de que Miller pudiera acercarse impunemente a la casa. Tú sabes bien que él siempre trató de ganarse la amistad del animal. El pobre tema las patas atadas y la cabeza envuelta en un saco. ¡Cuidado con Miller! ¡Es más astuto que un indio! El debía tener planeado todo eso con tiempo y llevaba más de una flecha en su carcaj ; pero me parece que, lo que es ahora, ha disparado la última.

-Me parece que... ¡podéis echarle un galgo!

-De momento, puede que tengas razón -contestó su hermano, el coronel-; pero mientras Jonathan y Wetzel vivan yo no daría un maravedí por su vida. Calla; se oye hablar a alguien; he mandado a buscar a Jack y al Mayor.

El coronel abrió la puerta y vio venir a Wetzel, al Mayor Mac-Colloch, a Jonathan y a Silas Zane, armados hasta los dientes. Wetzel iba equipado para una larga cacería; largas bandas de cuero ceñían cuidadosamente sus piernas y una voluminosa mochila de piel de ante colgaba de sus hombros.

-Mayor: es necesario que usted y Jonathan vigilen cuidadosamente el río - dijo el coronel Zane-. Silas : tú vas a llegar hasta la boca de Yellow Creek reconociendo todos aquellos contornos. Mucho me temo que, a no tardar, nos veamos sitiados por los indios y lo mismo puede durar el sitio veinticuatro liras que diez o doce días. Entre tanto, tomaré las disposiciones oportunas para resistir el ataque o lo que se presente. Lewis : tú ya has recibido mis órdenes; ¿tienes algo que decir antes que os marchéis?

-Llevaré el perro conmigo, porque así me ahorraré trabajo y tiempo-contestó Wetzel-. Seguiré las huellas de Miller v ellas deberán de conducirme a donde esté Girty, porque a mí... nadie me quita de la cabeza que este punto está en connivencia con el renegado y con sus pieles rojas. Si vuelvo de noche haré el graznido de la lechuza tres veces seguidas, para que Jack y el Mayor conozcan que me dispongo a llegar atravesando el río.

-Está bien, Lewis -contestó el coronel -, esperamos con ansia tu vuelta.

-Betty, voy a marcharme -dijo Wetzel a Betty, quien acababa de entrar en aquel momento-. ¿Quiere acompañarme hasta el sendero? Quisiera decirle una cosa.

-¡Qué mal me sabe que tengas que marcharte! -dijo la muchacha -. En cambio, mira qué contento está Tige. Y echaron a andar uno al lado del otro mientras el perro se adelantaba corriendo hacia el sendero.

-Betty, quiero pedirle que no salga del fuerte, que no monte su jaca por ahora. Créame; ese mala entraña de Miller ha preparado algunas trampas para cogerla a usted, v los indios están en pie de guerra.....Créame, Betty, no se mueva de casa por ahora.

-Tranquilízate, Lew. Jamás volveré a hacer una tontería como la de ayer. Te aseguro que me servirá bien de escarmiento. ¡Si supieras lo agradecido que te estoy por haberme salvado! ¿Hasta cuándo volverás al fuerte? -Puede que nunca, Betty.

-¡Oh, no, Lew! No quiero que digas eso. Yo sé muy bien que esa amenaza de los indios soplará por encima de nosotros como siempre ha sucedido... y tú volverás... ¡y todo quedará bien como antes!

-¡Ojalá sea como usted desea, Betty! Pero... no es probable, Betty, no es probable.

-¿Vas a ver si los indios están haciendo preparativos para venir a sitiar el fuerte?

-Sí, voy a eso; y si por el camino encuentro de paso a Miller... le daré «recuerdos» de Betty.

La muchacha se estremeció al entender el encubierto significado de las palabras del cazador. Hacía algún tiempo que, jugando un día, Betty grabó su nombre en el rifle de Wetzel, por lo cual, desde entonces éste designaba su arma fatal con el nombre de la muchacha.

-Si es que vas exclusivamente para vengarme, no quiero de ningún modo que te muevas de aquí. ¡Ya recibirá su castigo en su día, aquel miserable!

-No creo que llegue a escapar de mis manos – replicó Wetzel con seguridad -, y si por casualidad lo consiguiera... ¡todavía queda Jonathan! Esta mañana, cuando seguíamos su pista hacia el río con su hermano de usted,. Jonathan señaló hacia Occidente y me dijo: «Tú o yo». Y yo le contesté :« ¡ Yo 1 » Y quedó todo convencido.

-¿Crees que vivirá el señor Clarke?-preguntó Betty en un tono de angustia tal que revelaba muy a las claras que era la cuestión que más inquietaba a su corazón.

-Creo que sí... espero que sí. El muchacho es fuerte y la herida no es muy grave; pero como perdió tanta sangre, ha quedado muy débil. En cuanto se ponga bueno... tendrá algo que decirle a usted...

-¿Que quieres decir, Lew?-preguntó vivamente Betty.

-Él y yo hemos estado charlando largamente esta noche pasada y...

-¡Supongo que no irías a hablarle de mí! - interrumpió Betty en tono de reproche.

Acababan de llegar al cabo del sendero; Wetzel se paró y apoyó la culata de su rifle en el suelo mientras Tige se quedaba mirándole y meneando la cola con impaciencia-Pues sí, Betty, hablamos de usted.

Dicho esto, tartamudeó la muchacha.

- ¿Qué pudiste hacerle?

-¿Cree usted que hice mal?

-¡No veo la necesidad que tenías de hacerlo! Claro que tú eres mi buen amigo, pero él... no es como tú, para hablar de mí.

-Por esta vez, Betty, no estoy de acuerdo con usted. Yo sé bien lo que ocurre entre usted y él, y se lo dije. Sélo que ocurre entre usted y yo, y también se lo dije.

-¿Contigo? - murmuró Betty.

-Sí, conmigo. Eso es lo que me da un cierto derecho, ¿verdad? Atendiendo, naturalmente, a que todo es por la felicidad de usted.

-Pero... ¡contigo! -repitió como un eco Betty, empezando a darse cuenta de que no había sabido leer en el corazón de aquel hombre. Le miró y vio que sus ojos estaban

oscurecidos por una nube de inefable tristeza -. ¡Oh, no, Lew! ¡Dime que no es verdad! - exclamo transida de dolor.

Todas las cuitas de Betty pesaron en aquel momento sobre su alma de una manera atroz, y retorció angustiosamente sus diminutas manos. Los bondadosos consejos de Isaac, las amonestaciones de Bessie y las palabras de la vieja abuela Watkins acudieron en tropel a su memoria, y por vez primera se rindió a la evidencia de que... Wetzel la amaba; por vez primera, ahora que la venda había caído de sus ojos, veía a aquel hombre tal como era en realidad. Ahora comprendía claramente las innumerables atenciones que de él recibiera durante tantos años ; sus sencillas enseñanzas, su afectuoso trato, su idealidad, su vigilante protección... todo aparecía sobre su conciencia como deudas que nunca sabría cómo pagarle. Porque ¿qué podía ella dar a aquel hombre, a quien debía más que su propia vida? Ahora nada, ¡era demasiado tarde ¡Y pensar que su amor habría podido hacer de él un hombre dócil y sociable! ¡Pensar que habría podido poner fin a aquel solitario vagabundeo y convertirle en un hombre bueno y feliz!

-Sí, Betty, ya es hora de que se lo diga : yo he amado a usted siempre -dijo Wetzel quedamente, embargado por la emoción.

La muchacha se cubrió el rostro con las dos manos y ahogó un sollozo, mientras el cazador rodeaba su talle con su brazo musculoso y la acercaba cariñosamente hacia sí, hasta que su oscura cabeza reposó sobre su hombro.

-No llore, pequeñita, no sufra por mí. Mi amor por usted ha sido lo único bueno que ha habido en mi vida. Para mí ha sido una felicidad inefable amarla siempre. Ahora sólo deseo ver a usted con Alfred en un hogar feliz, rodeados de pequeñuelos de ojos negros... Uno de ellos se llamará como yo, y cuando vaya a verle, si es que vuelvo, le contaré cuentos, le explicaré los secretos de los bosques, le enseñaré a disparar y todas aquellas cosas que yo sé hacer tan bien.

-¡Ah, qué desgraciada soy; qué miserable! ¡Y... pensar que he estado tan... tan ciega... que he estado bromeando contigo!... ¡Y... pensar que podía haber sido!... ¡Ahora ya es demasiado tarde! - iba murmurando Betty entre sollozos.

-Sí, ya lo sé, pequeña; pero es mejor que sea así. Ese muchacho a quien usted ama es bueno y sincero; es educado y tiene mucha instrucción, y yo, en cambio, no tengo más que buen ojo y músculos. ¡Para usted y para Alfred servirán cuando estén en peligro! Bien: ahora tengo que marcharme. Betty, no se mueva de aquí hasta que me haya perdido de vista.

-Dame el beso de despedida, Lew -murmuró Betty. El cazador bajó la cabeza y la besó en la frente y luego, resueltamente, se volvió y, con paso rápido, se dirigió hacia el promontorio en dirección al Oeste; al llegar a los macizos de laureles que bordeaban el bosque, se volvió para ver una vez más la esbelta figura que aún permanecía inmóvil en el estrecho sendero; le hizo adiós con la mano y se internó en la selva. El perro que le acompañaba se volvió también, aulló larga y tristemente, y siguió al cazador.

Una milla al oeste del fuerte, Wetzel abandonó el bosque y siguió su camino descendiendo por el acantilado, directamente hacia el río, y se dispuso a atravesarlo a nado. Se quitó la guerrera de piel de ante, la extendió sobre el suelo, depositó en medio su mochila, hizo con ella un paquete que lió al cañón del rifle, entró en el río hasta que el agua le llegó a la cintura, en cuyo momento se volvió, apoyó la culata en su pecho y empezó a nadar de espalda para que no se mojaran los objetos contenidos en el paquete. Con la ayuda de su poderoso brazo derecho y de sus piernas atravesó rápidamente la profunda corriente, y en menos de un cuarto de hora llegaba a la orilla opuesta con su guerrera y su bagaje secos.

Wetzel estaba ahora dos millas más abajo del sitio en que el día anterior se reunieron los indios, y por el cual cruzara Miller aquella mañana. El cazador adivinó al punto que Miller, en su huída, contó sin duda en ser perseguido y trató, por todos los medios imaginables, de engañar a sus perseguidores o, en todo caso, de conducirles a una trampa

mortal. Según sus cálculos, los pieles rojas habrían estado esperando a Miller y, a una señal suya, se habrían reunido con él y habrían dispuesto una emboscada contra los que seguramente tratarían de darle alcance. Así, pues, decidió emprender el camino del fugitivo mucho más abajo, hacia el Oeste, para burlar la posible emboscada y tratar de encontrar de nuevo sus huellas bastante más lejos. Es claro que Wetzel se exponía mucho a no encontrar las huellas del espía; pero él no malgastaba ni un segundo v su decisión era firme y, por lo tanto, emprendió su camino (lo cual, tratándose de Wetzel, quería decir andar sólo cuando no se podía correr) en dirección noroeste, calculando que si Miller había tomado la dirección que él sospechaba, encontraría sus huellas unas diez millas más allá del Ohio. Pero he aquí que, apenas había andado una milla a través de la selva, el perro se detuvo, olfateó en el aire y gruñó. Wetzel refrenó su marcha y empezó a andar con precaución a través de la maleza. Pocos metros más allá, Tige dió otro gruñido y pegó su hocico en el suelo al descubrir una pista. Examinando cuidadosamente el suelo, Wetzel distinguió perfectamente las huellas de dos mocasines en el musgo. Dos indios, pues, habían pasado por aquel sitio aquella mañana en dirección noroeste, o sea hacia el campo de Wingenund. Wetzel permaneció quieto junto a aquellas huellas durante todo el día y, una hora antes de que anocheciera, oyó no muy lejos un disparo de rifle. Pocos momentos después, un gamo hembra atravesaba la espesura de la derecha de Wetzel y, veloz como una flecha, saltando un pequeño arroyo, desapareció. Un árbol de frondosa copa, arrancado de cuajo por la última tempestad, yacía encima de la corriente recostando sus espesas ramas en el suelo, cerca de Wetzel, y éste se arrastró sigilosamente hasta esconderse entre ellas, seguido en la misma forma por el perro. Antes de que la oscuridad fuera completa, el cazador observó que el agua del arroyo bajaba turbia, de lo que dedujo que los indios debían haber vadeado la corriente por algún sitio más arriba; habrían quizá cobrado algún venado y en aquellos momentos se dispondrían a preparar la cena.

Pasaron algunas horas y la oscuridad se hizo profunda. Fueron apareciendo una por una las estrellas y, poco después, la luna creciente, por encima del pinar de la colina lejana; pero el cazador permanecía inmóvil, agazapado, con Tige al lado, entre el espeso ramaje de aquel árbol caído. Con la cabeza apoyada contra el tronco, Wetzel esperó, sin impacientarse, hora tras hora, aproximadamente hasta medianoche, y entonces, después de murmurar unas palabras al perro, se deslizó fuera y empezó a remontar el riachuelo, arrastrándose por la orilla. Al poco rato, a través de la profunda oscuridad del bosque, entrevió las luces chispeantes de las hogueras de un campo indio. El cazador empleó media hora para llegar cautelosamente a cien pasos de aquellas luces, y con las mismas precauciones, fue a colocarse detrás del tronco de un árbol corpulento que había en una pequeña prominencia del terreno, desde donde se dominaba perfectamente la escena. Desde allí, Wetzel descubrió un ancho espacio rodeado de pinares y sembrado de cicuta, en el centro del cual ardía vivamente una hoguera, mientras dos indios, liados en sus mantas, dormitaban al amor de la lumbre. El cazador obligó al perro a echarse, y después de dejar a su lado el rifle, empuñó el tomahawk, se echó al suelo y, arrastrándose, emprendió su camino, pulgada tras pulgada, en dirección a los salvajes dormidos. Los altos helechos v cicutas temblaban al paso del cazador, quien se escurría entre ellos sin levantar el menor ruido, sin el más leve crujido de una rama, sin el más mínimo roce de una hoja. El viento de la noche soplaba suave a través de los pinos, arrancando brillantes chispas a los leños ardientes y levantando llameantes lenguas de fuego en aquel inmenso rescoldo, mientras barría acariciadoramente sobre los cuerpos dormidos de los dos salvajes, sin poderles advertir de que un viento más terrible, el «Viento de la Muerte, se acercaba a ellos.

Pasó más de un cuarto de hora v el cazador, despacio pero con seguridad, avanzaba más y más. Con maravillosa paciencia y con un admirable dominio de sí mismo, aquel Némesis de sangre fría se aproximaba a sus víctimas. Cualquier indio en su lugar habría

disparado su fusil contra uno v luego habría luchado con el otro con el cuchillo o con el tomahawk; pero Wetzel se complacía economizando la pólvora. Siguió arrastrándose como una serpiente hasta deslizarse encima de su presa. Alargaba una mano y la colocaba sobre el musgo suavemente primero, luego con firmeza, y en cuanto estaba seguro de que estaba bien apoyada, adelantaba su cuerpo hasta el nivel de la mano...

La arrogante figura del cazador se irguió de pronto sobre los dos indios como la figura de la Justicia; su tomahawk relampagueó por dos veces seguidas a la luz de la hoguera, y los dos pieles rojas, sin un gemido y con un temblor convulsivo estiraron sus miembros y pasaron de su sueño pesado de esta vida al sueño eterno de la muerte. Iba Wetzel a proceder a su habitual costumbre de arrancar el pericráneo de sus víctimas, cuando su cuchillo volvió rápidamente a su cinto y ligero como una centella se alejó de los dos cadáveres decapitados. Se había dado cuenta de que aquellos indios eran Shawnees cuando él estaba convencido de que estaba en el campo Delaware. Él sabía que los rojos camaradas de Miller eran de estos últimos, y la presencia de los Shawnees en aquellos lugares le convenció de que se preparaba para muy pronto un ataque combinado de las dos tribus contra el fuerte; y no le habría sorprendido hallar aquellos bosques llenos de pieles rojas.

Wetzel pasó el resto de aquella noche, agazapado en una maleza, al lado de un tronco, con el perro enroscado a su lado, y a la mañana siguiente empezó a seguir una pista que descubrió v en cuyas huellas reconoció las pisadas de un hombre blanco y las de seis indios. La siguió durante todo aquel día y hasta la mitad de la noche siguiente, sin descansar ni un momento; y después de entregarse durante unas horas al descanso, reemprendió su carrera, hasta llegar, al mediodía siguiente, al acantilado desde donde Jonathan Zane presenciara poco tiempo antes el horrible suplicio del coronel Crawford, y desde donde se dispuso a efectuar su movimiento favorito: dar una gran vuelta para situarse en el lado opuesto del campamento enemigo.

Desde la cima del peñasco en que se situó vio cómodamente el poblado Delaware en plena actividad. Todos los indios trabajaban como castores; unos, con las armas; otros pintándose para la guerra y los de más allá dedicándose denodadamente a las danzas guerreras, mientras un numeroso grupo de ellos acomodaba innumerables fardos en el lomo de los caballos de carga. Todos, en fin, iban de prisa y estaban atareadísimos en los preparativos guerreros, v el canto y la danza se prolongaron hasta medianoche.

A1 rayar el alba, Wetzel permanecía inmóvil en su sitio de observación, y, poco después de amanecer, oyó un largo chillido, anunciador de la llegada de una importante partida. Se volvió hacia el valle y vio, en medio de una gritería, no oída hasta entonces, a Simón Girty llegando al campo de Wingenund, cabalgando a la cabeza de cien guerreros Shawnees y de doscientos Guardias Británicos de Detroit. Cuando el cazador vió los uniformes encarnados de los ingleses y sus relucientes bayonetas, retrocedió un momento. Entre aquellas fuerzas y las de Pipa y Wingenund, marcharían contra el fuerte un total de más de seiscientos guerreros. Una furia indomable invadió el corazón de Wetzel al ver la marcha ordenada de los ingleses y el orgulloso porte de los guerreros indios. Miller había dicho la verdad: la sentencia del fuerte estaba dictada.

-Tige -dijo el cazador al perro -, uno de aquellos orgullosos pavos no llegará ni a ver el Ohio.

Y sacó apresuradamente la bolsa de balas que llevaba colgada del cuello, regalo de Betty en premio a su puntería; sacó una bala y, con la punta de su cuchillo, grabó honda en el plomo la letra W. Partió luego, hasta la mitad, la bala; quitó el cordón de la bolsa, lo puso en el corte y con los dientes apretó el plomo contra el cordón; hecho lo cual, lo ató al cuello del perro y, señalándole hacia delante, lo azuzó diciéndole: a ¡A casa! »

El inteligente animal le entendió perfectamente. Su deber era llevar aquel aviso a casa, y sus ojos pardos parecían decir: «No faltaré». Meneó alegremente la cola, lamió la mano del cazador y desapareció en la espesura del bosque.

Wetzel se sintió como aligerado de un peso. Él sabía que nada del mundo podría detener al animal, el cual tenía muchas más probabilidades que él mismo de alcanzar el fuerte sano y salvo. Con un brillo siniestro en los ojos se volvió ahora Wetzel hacia el campo indio; él no abandonaría su sitio sin antes haber mandado un mensajero de plomo al corazón de alguno de los del campo. Examinó sus alrededores y descubrió un sitio por donde podría acercarse con relativa facilidad al poblado, a fin de poder disparar, y. estudió cuidadosamente la disposición del terreno; los árboles, las rocas, los arbustos, la hierba... todo lo que podría ayudarle a ocultarse al ojo perspicaz de los pieles rojas primero, y luego proteger su retirada. En cuanto hubo determinado su ruta inició su arriesgado descenso. En poco más de una hora había alcanzado el fondo del acantilado, en donde volvió a echarse para emprender nuevamente su camino arrastrándose lentamente como una tortuga. Aquella región pantanosa, poblada de altos juncos y de serrátula, hizo muy fácil una parte de su camino, aunque le conducía a través del barro y del agua cenagosa. Las ranas y las tórtolas que estaban tomando el sol huían precipitadamente, alarmadas por la presencia de aquel ser extraño; los lagartos escapaban a todo correr con la cabeza levantada, y alguna que otra serpiente se escurría después de haber lanzado su lengua afilada, escapando del alcance de su cortante tomahawk. Un mirlo huyó chirriando de su nido escondido en unos matojos de serrátula y se quedó revoloteando sobre el estanque. El vuelo de aquel pájaro disgustó completamente a Wetzel; un pequeño detalle como aquél podía llamar la atención de algún centinela indio. Sin embargo, pronto se tranquilizó confiando en que la excitación de los preparativos de guerra no permitiría a los pieles rojas advertir aquellos detalles anormales; y llegó sin ningún percance al otro lado del pantano, en donde había un extenso campo de maíz a cuyo linde opuesto se levantaba un espeso grupo de laureles enanos, objetivo escogido por el cazador.

Atravesó con toda seguridad el campo de maíz, que a la sazón era crecido de unos cinco pies, y se dejó caer en el macizo de laureles, en donde permaneció descansando durante unos minutos, ya que en la huída que pronto debería emprender necesitaría de todo su aliento y ligereza. Miró hacia la derecha para ver la distancia que le separaba del bosque y vio que sólo era de unos cien pasos; ¡estaba salvado! Una vez hubiese alcanzado la tupida sombra de aquella selva ya podría la raza entera de sus enemigos los Delawares lanzarse en su persecución. Examinó su rifle, renovó la pólvora de la cazoleta, ajustó cuidadosamente el pedernal y finalmente se puso en pie. La penetrante mirada de Wetzel recorrió rápidamente de parte a parte el campo indio, descubriendo con maravillosa sagacidad hasta los más ínfimos detalles.

Podría decirse que se encontraba casi en el mismo poblado, ya que tenía un tepee a menos de veinte pasos del sitio en donde se escondía, y habría podido lanzar una piedra en medio del grupo formado por los jefes, los muchachos y las squaws.

El cuerpo principal de los indios se hallaba en el centro del poblado; los británicos, alineados algo más allá; y unos y otros descansaban sobre sus armas esperando órdenes.

De repente Wetzel se estremeció y el corazón le dió un salto. A la sombra de un manzano, a unos cien metros de su escondrijo, acababan de reunirse cuatro hombres para conferenciar. Uno de ellos era indio, y en la fiera expresión de su rostro severo, en su arrogante y altanera figura y en el vistoso gorro de guerra de largas colas, adornado con grandes plumas, reconoció al sachem[8] de los Delawares, el gran jefe Wingenund. Un oficial británico, de ceñido uniforme y brillantes charreteras, estaba junto a él; Simón Girty, el renegado, y Miller, el traidor, completaban el grupo.

[8] Sachem: cacique india.

Wetzel apoyó la rodilla en tierra. El sudor bañaba su frente y todo su cuerpo casi temblaba de emoción. ¿No estaba Girty, el salvaje blanco, la ruina y la destrucción de los pobres colonos, al alcance de su arma infalible? ¿,No tenía ante su vista a aquel indio asesino que le torturó una vez y que quemó vivo a Crawford? Wetzel sentía su pecho invadido por una diabólica alegría y, sin darse cuenta, pasó cariñosamente su mano por encima del cañón de su rifle, enorgulleciéndose de su poder de aquellos instantes, de aquel poder que le permitía colocar una bala en el ojo de una ardilla a una distancia igual a la que le separaba de aquel grupo.

Sólo por unos instantes el cazador se recreó con aquellos sentimientos e, inmediatamente, conociendo de sobra el valor del tiempo y de la oportunidad, volvió a ponerse en pie y apoyó el rifle contra su hombro en el momento en que el rostro moreno de Miller se volvía de lleno hacia él. Un temblor parecido a la conmoción intensa de un tigre cuando está á punto de lanzarse sobre su presa recorrió todo el cuerpo de Wetzel, quien en su loca alegría de hallarse sólo a un tiro de rifle de su implacable enemigo indio, había olvidado del todo al hombre cuya pista siguiera desde hacía tres días. Sólo tenía un tiro; Betty sería vengada. El jefe Delaware estaba tan seguro como si se hubiese hallado a mil millas de distancia. Aquella oportunidad que durante tantos años esperara y por el buen resultado de la cual hubiera sido capaz de ir hasta el fin del mundo, podía serle mucho más perjudicial que útil; y sin embargo, le asaltó terriblemente la tentación de disparar contra él.

El rostro de Wetzel estaba blanco como el mármol cuando levantó su rifle; su torva mirada, resplandeciente de venganza, recorrió el cañón pasando por el punto de mira hasta encontrar el rojo uniforme del oficial británico; un segundo después, el ancho pecho de Girty; de mala gana pasó por delante del corazón de Wingenund, en donde se detuvo un instante; y, finalmente, descansó en la cara tostada de Miller.

-¡Yo Betty! -murmuró entre dientes el cazador al tiempo que apretaba el gatillo.

La denotación despertó mil ecos, y la mano de Miller, que estaba gesticulando en el curso de la conversación, cayó inerte. Su cuerpo se mantuvo en pie por unos momentos; luego se dobló su cabeza y se abalanzó de cara contra el suelo como el tronco de un árbol para no levantarse más. Antes de llegar al suelo ya había muerto.

En el silencio y la confusión que siguió a aquel trágico desenlace, Wingenund, aquel indio cruel y obstinado, aunque nunca traidor, señaló un pequeño agujero sangriento en medio de la frente de Miller, y luego bajó solemnemente la cabeza, ante el espanto y estupor de todos los que inmediatamente le rodearon.

Un instante después una imponente bandada de guerreros se precipitó vertiginosamente dando alaridos hacia el campo de maíz y examinaban enfurecidos aquellos matojos de laurel enano y sus alrededores; pero sólo pudieron descubrir las huellas de unos mocasines y una nubecilla de humo blanco que acababa de deshilar la cálida brisa del verano.

XII

Alfred Clarke estuvo entre la vida y la muerte. El cuchillazo de Miller, aunque le causó una profunda y peligrosa herida, no había interesado ninguna víscera importante y solamente a causa de la gran pérdida de sangre el muchacho se vió en situación muy apurada.

Sin embargo, a no ser por su maravillosa vitalidad, no habría vivido ni un solo días después de la agresión.

La esposa del coronel, a quien había sido confiada la tarea de cuidar la herida, después de haber examinado cuidadosamente la dirección del corte, movió negativamente la

cabeza. La hoja del cuchillo fue desviada por una costilla, gracias a lo cual no llegó a atravesar el pulmón.

La herida fue cuidadosamente lavada y vendada con las más grandes precauciones; y cada día, cuando la señora Zane acababa su tarea de enfermera, era esperada en la puerta del blocao por Betty, quien a causa de la angustia de aquellos días había perdido su habitual frescura, y cuya pálida cara revelaba bien a las claras que pasaba largas noches sin poder conciliar el sueño.

-Betty -le dijo un día la señora Zane al regresar a casa con evidentes señales de un profundo cansancio-, ¿quieres ir al fuerte a relevar a la señora Martin durante un par de horas? Las dos estamos muertas de cansancio v Nell Metzar no puede ir ahora. Clarke está todavía sin conocimiento y, aunque te viera, no podría reconocerte. Además, ahora está durmiendo.

Betty se apresuró a ir a la cabina del capitán Boggs, en donde yacía el herido, y con el corazón palpitante y procurando mantener su entereza y serenidad, llamó quedamente a la puerta.

-¡Ah. Betty, es usted! -murmuró una mujer pequeñita abriendo la puerta-. ¡Que Dios bendiga su buen corazón l Entre; el pobre muchacho está durmiendo ahora y, en realidad, es su primer sueño desde que fue herido. Ha estado delirando durante cuarenta y ocho horas.

-Señora Martin, ¿qué es lo que hay que hacer? - murmuró Betty.

-¡Oh! Nada más que vigilarle, querida- contestó la viejecita-. Si me necesita, me manda a buscar por uno de los chicos; de todos modos ya volveré tan pronto como pueda. Procure alejar las moscas... ¡son muy molestas!... y de vez en cuando báñele la frente con agua. En el caso de que se despertara y probara de sentarse en la cama, como ha hecho alguna que otra vez, sosténgale echado; no le costará a usted mucho trabajo, porque, el pobre, está débil como un gato. Si delira, procure calmarlo hablándole con dulzura...

Betty se quedó sola en la pequeña habitación, y aunque se sentó cerca de la cama en que Alfred estaba echado, no se atrevió a mirarlo hasta después de un rato, cuando, venciendo su emoción, dirigió sus ojos hacia el herido. Alfred estaba abrigado con una manta acolchada. La luz escasa que entraba por la ventana iluminaba su rostro. ¡Qué mortalmente pálido estaba! ¡Ni el más leve vestigio de color se adivinaba en él! Su frente parecía cincelada en mármol, profundas sombras amoratadas subrayaban sus ojos y en todas sus facciones se pintaban la fatiga y el sufrimiento.

Hay veces en que todos los sentimientos de una mujer, y entre ellos el amor, se toman completamente maternales. De repente, aquel hombre le pareció a Betty como un niño desamparado y sintió que su corazón experimentaba sentimientos hasta entonces desconocidos. Olvidó su orgullo, sus temores y sus disgustos, y sólo pudo pensar en que aquel hombre, tan fuerte pocas horas antes, ahora yacía alli, a las puertas de la muerte, sólo porque había oído un insulto dirigido a ella. Todo lo pasado, con sus amarguras y sinsabores, desaparecía para ceder su sitio a un inefable sentimiento que se levantaba en ella potente y esperanzador. Su amor, como el fuego escondido, sin apagarse bajo la ceniza, se reanimaba al soplo suave de la brisa, al depositar por un momento su fina mano sobre la frente helada del muchacho.

Pasó una hora. Betty se sentía ahora mucho más feliz de lo que lo había sido durante aquellos últimos meses. El paciente continuaba durmiendo beatíficamente y sin sueños. Con un sentimiento de femenina curiosidad, dirigió su mirada a su alrededor por toda la habitación. Sobre la tosca repisa de la chimenea estaban colgados dos cuadros, una espada y dos pistolas. Los cuadros interesaron muy mucho a Betty; eran dos retratos. Uno de ellos era el de una mujer de rostro dulcemente expresivo, en el que Betty instintivamente reconoció a la madre de Alfred; y sus ojos reposaron tiernamente en aquella cara, tan parecida a la que descansaba sobre la almohada. El otro retrato era el de una muchacha joven, cuyos ojos

oscuros miraban desafiadores a Betty. ¿Sería aquélla su hermana... o alguna otra?... Betty no pudo reprimir los celos y se sintió molesta al darse cuenta de que, involuntariamente, trataba de comparar aquel rostro con el suyo. Volvió la cara a aquel retrato y continuó el examen del cuarto, poco antes empezado. Sobre la puerta colgaba un sombrero de anchas alas adornado con plumas de águila; en un rincón, un par de botas de montar, una silla de montar y un látigo; sobre la mesa, desordenados, calcetines de seda, pipas indias, un bolso de tabaco, espuelas y otros varios artículos.

De pronto Betty sintió que alguien estaba mirándola; se volvió tímidamente hacia la cama v tuvo un sobresalto al encontrarse con la mirada profunda e intensa de unos ojos azules. Con la impresión recibida le faltó poco para caerse de la silla; sin embargo, pronto se rehizo al recordar que Alfred había estado delirando durante dos días y que en aquel momento no podía reconocer a la persona que estaba al lado de la cama.

-¿Eres tú, madre? -preguntó Alfred quedamente y con voz débil.

-Sí, aquí estoy-le contestó Betty recordando el consejo que le diera la viejecita al dejarla al cuidado del Herido.

-Pero yo creía que estabas enferma.

-Lo estaba, pero ya estoy mejor. Ahora eres tú quien está enfermo.

-¡Me duele tanto la cabeza! ...

-Aguarda; voy a mojártela un poco.

-¿Cuánto tiempo hace que he vuelto a casa? -siguió preguntando el muchacho mientras Betty le mojaba la frente. De pronto le cogió las manos y se quedó mirándola con ojos maravillados -. ¡Madre! Yo creí que habías muerto... Bueno; debo haberlo soñado. Soy feliz aquí, contigo; pero... dime: ¿tampoco hoy ha llegado ningún mensaje para mí?

Betty no pudo articular palabra alguna y tuvo que limitarse a mover negativamente la cabeza. Conoció que, en su delirio, el muchacho revivía escenas pasadas y pedía a su madre aquella carta que de tan buena gana le hubiera escrito ella si hubiese recibido la que él le escribiera antes de marcharse del fuerte.

-¡Ningún mensaje... y tanto tiempo como hace!

-Deberá llegar mañana-murmuró Betty.

-¡Vamos, madre! Eso es lo que me dices siempre -replicó el pobre inválido moviendo desesperadamente la cabeza-. Y, sin embargo, eso no es propio de ella; tenerme así, en suspenso, durante tanto tiempo. Madre, te aseguro que es la muchacha más dulce, más sincera v más encantadora que hay en el mundo. En cuanto esté bueno me dejarás que vaya por última vez a ver si me quiere.

-¡Oh, ya lo creo que sí! - contestó cariñosamente Betty, -. Ya sé yo que ella te quiere.
-Eres muy buena, madre, en decirme eso - continuó charlando en su desvarío-. Si pudiera te la traería aquí, contigo, y la haría reina de mi hogar; entonces sería ya bueno y no me marcharía más de tu lado... ¡Ya sé que yo he dado muchas penitas a mi vieja madre! Pero ahora todo ha pasado ya; el vagabundo ha vuelto al hogar. Ahora bésame y buenas noches, madre; quiero dormir.

Betty y miró con los ojos anegados en lágrimas aquella cara macilenta. Inconscientemente había dejado correr sus dedos por entre el hermoso pelo que caía húmedo sobre su frente. Su piedad y, su ternura la llevaron más allá de su voluntad y a las últimas palabras del herido, bajó la cabeza y le besó en los labios.

-¿Quién es usted? ¡Usted no es mi madre! ¡Mi madre ha muerto! -exclamó de pronto Alfred mirándola con ojos extraviados y brillantes.

Betty dejó caer el abanico y se levantó vivamente. ¡Qué había hecho! Un pensamiento terrible atravesó su cerebro. ¿Y si hubiese sido una farsa? ¿Y si hubiese fingido que deliraba y la hubiese engañada` ¡Oh, si pudiera esconderse en algún sitio o si se abriera la tierra y se la tragara! ... ¡O, por lo menos, si viniera alguien en su auxilio! ... En aquel momento se oyeron

pasos en la escalera y Betty corrió a la huerta. Para su gran consuelo, era la señora Martin quien subía.

-Puede ya volverse usted a su casa, querida -dijo la vieja dama al entrar -. Son varias las personas que se han ofrecido para velarle durante esta noche y, si no se muere, en cuanto empiece a mejorar, se pondrá bueno en pocos días. ¿Se ha portado bien mientras he estado fuera? ¿No ha preguntado por ninguna muchacha en particular?... No tema nada, Betty; yo le guardaré el secreto. Si no se lo dice usted, por mí nunca sabrá que usted ha estado con él...

Durante aquellos días, el coronel Zane estuvo muy atareado preparando el fuerte para el ataque anunciado de los indios: disponiendo la fortificación del refugio de los colonos y tratando de hacer el blocao inexpugnable. Todo lo que fuera transportable y tuviera algún valor fue conducido al interior de la empalizada del fuerte, al abrigo de la acción destructora de los pieles rojas; todos los caballos y demás ganado, en general, fueron conducidos dentro del cercado, y enormes carretas de heno y de sacos de grano, almacenadas al lado del blocao.

-Nunca se había visto tal excitación en la frontera. Numerosos corredores que constantemente llegaban de Fuerte Pitt, de Short Creek y de otras colonias confirmaban el rumor de que todos los pobladores del margen del Ohio se aprestaban a la defensa y se disponían a la guerra contra los pieles rojas y podía afirmarse que, desde que estallara la revolución, jamás hubo tanta confusión y alarma entre los pioneers. Indudablemente, los que, como Fuerte Henry, estaban mas alejados de la frontera, poco habían tenido que temer, hasta entonces, de parte de los ingleses, y descontando las agresiones aisladas que de vez en cuando sufrían de alguna tribu india, puede decirse que siempre habían gozado, relativamente, de paz en toda la frontera del Oeste. Ahora, en cambio, circulaban toda suerte de rumores. Se decía que Washington había sido derrotado; que Inglaterra se había aliado con las tribus confederadas del Oeste; que Girty contaba con el apoyo de los británicos y tantas otras alarmantes noticias por el estilo. La muerte del coronel Crawford había causado terrible impresión en todo el país y por todas partes se levantó un profundo deseo de venganza. Crawford había sido un hombre tan preeminente, tan popular y, a excepción de la última campaña que emprendiera, un jefe tan experto para la guerra, que su repentina desaparición constituyó una verdadera calamidad nacional. De hecho, nadie lamentó tanto su muerte como el mismo Washington, quien le contaba entre sus amigos más queridos.

El coronel Zane estaba convencido de que el Fuerte Henry iba a constituir el principal objetivo, el blanco de los ingleses y de los indios. El último correo llegado de Fuerte Pitt le dijo, al hablarle al coronel de Miller y describirle su figura, que ésta correspondía exactamente a la de uno de los diez hombres que en 1778 desertaron de aquel Fuerte con Tories, Girty, Mac-Kee y Elliot; y, por lo tanto, contando el coronel que aquel individuo era un agente de Girty y, por consiguiente, de los ingleses, trató de fortalecer los puntos débiles de la colonia, ya que, conocidos de Girty mediante su espía, por ellos habría de esperar los ataques más encarnizados.

Jonathan Zane y el Mayor Mac-Colloch tenían a su cargo la vigilancia del río, mientras Wetzel había desaparecido, como si le hubiera tragado la tierra. Muchos eran los que decían que el cazador ya no volvería más; pero el coronel Zane siempre replicaba, convencido de que en el momento menos pensado reaparecería en el fuerte completamente informado del movimiento del enemigo y de sus preparativos; tal como había hecho siempre durante los diez años que llevaba en el fuerte. Sin embargo, iban pasando los días y ningún acontecimiento iba a turbar la vida de nuestra colonia. Listos todos los preparativos, los colonos esperaron la primera señal del enemigo para aprestarse a la lucha; pero como no sucedía nada anormal, fueron gradualmente abandonando sus temores y empezaron a creer que todo había sido una alarma infundada.

Durante aquel tiempo, Alfred Clarke iba recobrando su salud y sus fuerzas; y llegó un día en que pudo dejar la cama y sentarse al lado de la ventana. ¡Qué contento se sintió al ver

nuevamente la verde pradera, los bosques sombríos, el límpido espejo de las aguas del Ohio! ¡Qué dulce sonaba a sus oídos el canto de los pajarillos y el zumbido de las abejas revoloteando alrededor de la fragante madreselva que trepaba hasta su ventanal Su tedio por la vida había sido cosa pasajera; ahora sonreía irónicamente al recordarlo. ¡Qué tontería haber pensado ni un momento que no valía la pena de vivir, cuando la vida era tan agradable, tan hermosa! Alfred había llegado al borde del sepulcro, pero había sabido nadar bien a través del río de la muerte; aquello le había servido para aprender a conocer bien la gloria de amar y la dulzura de vivir. Si lo que Wetzel le había dicho era cosa cierta, si en realidad no había amado en vano, la copa de su felicidad rebosaba. Un recuerdo vago como una lejana melodía casi olvidada luchó en su cerebro para tomar forma definitiva; pero era tan confuso, tan borroso, que no acertó a reconstruirlo.

Isaac Zane y su esposa india visitaron a Alfred aquella tarde.

-Alfred, no sé cómo explicarle cuánto me alegra verle otra vez en pie-dijo Isaac estrechando efusivamente la mano del muchacho -. Le aseguro que ha escapado usted de una buena...

Lo más agradable fue el tímido y elocuente saludo de Myeerah, quien, alargándole su pequeña mano, le dijo en su peculiar estilo figurativo:

-Myeerah es feliz por usted y por los otros. Usted es fuerte como el viento del oeste, que nunca muere.

-Hemos venido Myeerah y yo para decirle adiós; esta tarde nos marchamos - continuó Isaac-. Llevamos intención de seguir río abajo unas quince millas y luego atravesarlo, con lo cual esperamos evitar el encuentro con alguna banda de indos.

-¿Y qué tal le ha parecido la colonia a Myeerah durante este tiempo? -preguntó Alfred.

-¡Oh, le ha gustado muchísimo! Ella y Betty se han enamorado mutuamente. Es muy divertido oír a mi hermana cómo prueba de decir algo en lengua Wyandot, y ver la consternación de Myeerah cuando Betty le daba alguna lección de buenos modales.

-Se me antoja que debe de haber sido muy interesante... Pero, oiga, ¿no van ustedes a regresar al campo Wyandot en tiempo muy peligroso?

-A eso, francamente, no sé qué contestarle. Sin embargo, creemos que será mejor que volvamos al campo de Tarhe antes de que hayamos tenido algún disgusto con los indios y, sobre todo, deseo llegar allí antes de que lo hagan Girty o alguno de sus agentes.

-En fin; si tiene que ser así, que tengan buen viaje y buena suerte, y que todos podamos encontrarnos con buena salud.

-Estamos seguros de que eso será a no tardar. Y... a ver si cuando Myeerah y yo volvamos por aquí -continuó Isaac con una significativa sonrisa en los labios -, le van todas las cosas... tal como usted desea... ¡Alégrese y que le viva todo bien!

Todos los preparativos para la partida de Isaac y Myee-rah a su lejano hogar habían sido cuidadosamente hechos. Los nuevos esposos marcharían con los caballos indios en que habían llegado al fuerte, y el coronel Zane dió a Isaac uno de sus caballos de carga, con el cual transportaron mantas, ropas y alimentos suficientes para su largo viaje a través de las selvas.

-Seguiremos el viejo camino hasta llegar al nogal del valle -dijo Isaac al coronel-, y desde allí doblaremos hacia dentro vara buscar el río. Una vez llegados de nuevo al Ohio, creo que podremos hacer el viajecito en dos días.

-Yo creo que lo haréis perfectamente -asintió él coronel Zane.

-Y aunque encontrara indios - continuó Isaac conduciendo el pony de Myeerah hasta la puerta de la cerca -, no tendría que temer nada, llevando tan buen protector como el que llevo.

-Adiós, Myeerah; puedes decir que te llevas lo que es tuyo - dijo Betty abrazando y besando a la muchacha india -, pero no olvides nunca que también nosotros le queremos muchísimo.

-Mi hermanita no conoce a Myeerah -contestó cariñosamente ella- Águila Blanca volverá siempre que quiera.

-Adiós, Betty; no llores, tontina. Ya verás tú como volvemos otra vez a casa y aun llegamos a tiempo para celebrar otro acontecimiento, del cual serás tú la heroína... Bueno, adiós, adiós.

Los caballos echaron a andar camino abajo y, al llegar a la curva, Isaac y Myeerah saludaron con las manos hasta que el follaje de los árboles les ocultó completamente.

-¡Bien! -exclamó el coronel Zane al perderlos de vista- ¡Esas cosas ocurren porque tiene que ser así Claro que yo habría preferido que Isaac se quedara aquí con su mujer, a vivir con nosotros... ¡Hola! ¿Qué diantre es aquello?... ¡Si es Tige!

La exclamación que siguió a la observación del coronel atrajo al perro de Betty, el cual venia del lado del río cojeando penosamente, v cuando vio al coronel Zane gruñó y llegó hasta sus pies. El animalito venía mojado, lleno de cardencha, y su lustroso pelo, que fuera el orgullo de Betty, goteando sangre por distintos lados.

-¡Silas, Jonathan, venid! -gritó el coronel-. He aquí a Tige que vuelve sin Wetzel. Pero... ¡si lo han hecho pedazos!... ¡Animalito!... ¿Qué significa eso?

-¡Indios! -exclamó Jonathan saliendo de la casa con la señora Zane, Betty v Silas, quienes habían oído las voces del coronel.

-¡El pobre! -dijo Silas acariciando al perro-. Se conoce que viene de muy lejos. Miradle las patas ensangrentadas.

-¡Hola? Este animal viene del campo de Wingenund - continuó Jonathan -. ¿Veis esa arcilla encarnada que lleva en las patas? Pues no hay de ella mas que por los alrededores de los campos Delaware, y desde allí hasta aquí hay muchas millas.

-¿Qué le pasa a Tige? - preguntó Betty, asustada. -Pues que te lo han despachado - contestó tristemente Silas-. ¡Pobre amigo! Pero ¿cómo ha podido llegar hasta casa, si lo han atravesado de un tiro?

-¡Oh, no; espero que no! -exclamó Betty arrodillándose al lado del animal y colocando con ternura su cabeza en su falda. -¡Querido Tige, viejo Tige! ... Pero ¿qué es esto? Yo nunca le puse esto aquí... Eb, Jack, mirad lo que lleva: una cuerda atada al cuello. -

Y Betty señalaba un delgado cordel casi oculto por su espesa y rizada melena -. ¡Qué raro! Eb, mira: es el cordón de la bolsa de balas que di de premio el día de la boda de Isaac y que fue ganada por Wetzel. Vamos; eso es un mensaje de Lew.

-¡Diantre, pues sí que lo es! - exclamó el coronel -. Córtala y sácala, Jack.

Cuando Jonathan hubo cortado el cordón del cuello de Tige todos vieron que del mismo colgaba una bala de plomo, en la cual descubrieron, al observarla cuidadosamente, que se había garrapateado una letra con la ayuda del cu-chillo

-Es una W -dijo el coronel-. Eso significa Wetzel.

-No, Eb - replicó Jonathan -, eso significa guerra[9] , no tengáis la menor duda. Wetzel nos manda eso porque sabe que pronto seremos atacados y no está seguro de poder venir a decírnoslo personalmente... Y Tige ha sido herido en su camino de regreso a casa.

Aquellas palabras volvieron la atención hacia el pobre animalito, momentáneamente olvidado. En aquel instante su cabeza resbaló de las rodillas de Betty, mientras un temblor convulsivo estremecía su cuerpo. Probó a incorporarse, pero sus fuerzas ya hacía tiempo que estaban exhaustas. Se arrastró penosamente hasta los pies de Betty, mirándola casi con humano afecto; después cerró los ojos y se quedó inmóvil: Tige había muerto.

[9] Guerra, en inglés war.

-Todo se ha terminado, Betty - dijo tristemente el coronel -. Tige ya no jugueteará más contigo; pero nunca será olvidado entre nosotros, porque ha sido fiel hasta la muerte. Jonathan, id a contar al Mayor el aviso de Wetzel v luego volved a vuestro sitio, a vigilar el río. Silas, mándame el capitán Boggs.

Una hora después de la muerte de Tige. los colonos esperaban de un momento a otro el sonido de la campana de la iglesia que los llamara a reunirse en el fuerte. Aquella noche, la cena en casa del coronel Zane no dió ocasión a las bromas de costumbre, ni al buen humor y agradable conversación de siempre. El rostro de la señora Zane tenía una profunda expresión de angustia; Betty estaba pálida y quieta; el coronel permaneció callado y taciturno y los niños se apretujaban contra su madre.

Cuando la oscuridad de la noche fue completa, los ánimos de aquellas gentes se sintieron aliviados, ya que los indios raramente atacaban de noche a las colonias. Al cabo de un rato llegó el capitán Boggs y estuvo conversando en voz baja durante largo rato con el coronel Zane.

-Lo primero que de usted necesito es que mañana por la mañana se dirija a Short Creek en busca de refuerzos. Mandaré también al Mayor, pero por distinto camino. Tengo confianza en que esta noche llegará Wetzel y veremos lo que nos dice. Por doce veces ha cruzado el umbral de esta puerta durante muchos años, trayendo siempre la seguridad de que no nos veríamos sorprendidos por los indios; y esta vez espero que también será así.

-¿Habéis oído? - exclamó sobresaltada Betty desde el umbral de la puerta en donde estaba sentada.

-¡Chist! - murmuró el coronel con el índice en los labios.

La noche transcurría cálida y tranquila, y en el silencio que siguió a la exclamación del coronel se habrían podido oír los latidos de sus corazones. De pronto, de la orilla del río llegó hasta ellos, como si flotara en el aire tibio de la noche, el grito de una lechuza; y su único sonido melancólico les hizo estremecer. Un instante después, débil y lejana, se percibió, hacia el lado de la isla, la unísona respuesta.

-¿Lo ve? -dijo el coronel-. ¡Si ya lo había dicho yo! Ahora lo sabremos todo. La primera llamada era de Jonathan y acaba de ser contestada.

Transcurrió un largo rato sin que se percibiera el rumor más leve. Los niños se habían dormido sobre las mantas de piel de oso. La señora Zane y Betty habían oído los comentarios del coronel y permanecían sentadas, con cara pálida y ojos asustados, sin saber lo que esperaban.

Ligeras y sosegadas pisadas resonaron en el sendero y una figura corpulenta apareció en la oscuridad; subió las escaleras y atravesó el umbral.

-¡Wetzel! -exclamaron a coro los que esperaban. Efectivamente, era el cazador; pero ¡qué espantoso era su aspecto! Todas sus vestiduras aparecían mojadas, destrozadas, hechas jirones y llenas de barro. El agua que de todo su cuerpo se escurría iba formando pequeños charcos en el suelo; sólo su rifle y el cuerno de la pólvora estaban secos. Su cara era blanca como el papel, excepto en una sien, en donde de una herida de bala se escapaba un hilo de sangre que se escurría hasta su mejilla, mientras una luz siniestra resplandecía en sus ojos. En aquellos momentos, el aspecto de Wetzel era espantoso.

-Coronel Zane -dijo con voz sonora-, habría llegado mucho antes aquí, pero equivocadamente me metí en el campo de los Shawnees y me dieron una caza condenada; tengo que comunicarle que Girty con cuatrocientos indios y doscientos ingleses vienen camino de Fuerte Henry.

-¡Dios mío! - exclamó el coronel Zane. A pesar de ser un hombre fuerte y valiente, las palabras del cazador le habían impresionado vivamente.

La aguda voz de la campana de la iglesia vibró en el silencio de la noche. Su tañido fue único, pero los ecos de las colinas lo repitieron indefinidamente como si tocaran a

muerto; y, a continuación, los que lo oyeron esperaban percibir el horrísono grito de guerra de los pieles rojas; aquel grito que para muchos no significaba otra cosa más que muerte y desolación.

XIII

Cuando amaneció, todos los colonos, a excepción del coronel Zane, su hermano Jonathan, Martín Wetzel v el negro Sam, estaban va dentro del fuerte. El coronel hacía tiempo que había determinado servirse de su casa como de un puesto avanzado, en el caso de que tuvieran que resistir un sitio de los pieles rojas. Por dos veces había sido destruida su casa por el fuego de los indios; así, pues, al rodearse de aquellos tres hombres, todos ellos tiradores excelentes, el coronel pensó que al mismo tiempo que protegería su propiedad prestaría una valiosa ayuda a los del fuerte.

A primera hora de la mañana había llegado una piragua de Louisville, que se dirigía a Fuerte Pitt cargada de municiones de cañón, y su tripulación, compuesta por el capitán Sullivan y tres hombres más, habían pedido ser admitidos en el fuerte. Silas Zane, que había sido designada por su hermano el coronel para gobernar el fuerte, en ausencia del capitán Buggs y del Mayor Mac-Colloch, recibió al capitán Sullivan, quien le refirió que, viéndose duramente hostilizado por los indios de las orillas, no se atrevía a continuar el viaje y decidía pedir protección en el Fuerte Henry, ofreciéndose él y sus hombres voluntariamente para coadyuvar en su defensa. Silas Zane aceptó de muy buena gana sus servicios y les destinó sitio inmediatamente.

Contados todos, la fuerza del blocao no excedía de cuarenta y dos personas, incluyendo entre ellos a las mujeres y chicos capaces de manejar el rifle. Todos los preparativos estaban hechos v ya sólo esperaban silenciosos la aparición del enemigo. Los niños fueron colocados en lugar seguro, al abrigo de las balas, y permanecían todos apiñados, asustados y quietos. Mujeres de cara pálida, pero con semblante resuelto, casaban de un lado a otro por todo el blocao, llevando cubos de agua y cestos de víveres de todas clases, o vendas, lino y material de enfermería, mientras los hombres, con rostro severo, vigilaban estrechamente por las aspilleras la llegada del enemigo.

El horrísono grito de guerra de los pieles rojas no se hizo esperar mucho, ya que antes del mediodía resonó por los aires desde la orilla del río al tiempo que centenares de indios aparecían tumultuosamente. Las aguas bajas y tranquilas de la cristalina corriente pronto se convirtieron en un lodazal turbulento al paso de los guerreros montados que hostigaban a sus caballos a través del río, mientras los de a pie improvisaban balsas y jangadas, sobre las cuales colocaban armas y municiones y nadaban empujándolas, aullando ferozmente v sosteniendo las riendas de los caballos de carga. Un destacamento de soldados ingleses seguía a los pieles rojas; y en menos de una hora pasaron todos el río y se situaron en el promontorio del lado de acá, a trescientos metros escasos del fuerte. Se veía que no tenían ninguna prisa por empezar el ataque y, especialmente los indios, parecían divertirse con la calma que precedía a la terrible tempestad, ya que iban de aquí para allá a la vista de la guarnición, o se reunían en grupos chillando con alegría desbordante, mostrando sus horribles pinturas de guerra y sus brillantes armas, profiriendo de vez en cuando el peculiar aullido de los Shawnees, mientras sus adornos y sus plumas eran empujados por la brisa del mediodía. Los soldados se habían colocado a un lado, fuera del alcance de los rifles de los colonos, v sus casacas encarnadas y sus brillantes bayonetas ofrecían un espectáculo completamente nuevo para muchos de los hombres del blocao.

-¡Ah del fuerte! -gritó con voz autoritaria un hombre que acababa de llegar cerca de la empalizada montando un caballo negro.

-¿Qué pasa, Girty? - contestó desde dentro Silas Zane.

-Pedimos vuestra rendición incondicional.

-¡Eso nunca! -replicó Silas.

-Tomad más tiempo para pensarlo; ya veis que disponemos de fuerzas suficientes para tomar el fuerte en menos de una hora.

-¡Eso se verá! - gritó una voz desde una aspillera. Girty se volvió y durante una hora indios y soldados permanecieron echados sobre la hierba o bien andurreando de un lado a otro, lanzando de vez en cuando el horrísono grito guerra. Al cabo de aquel plazo, tres jinetes avanzaron hasta la empalizada. El primero, Girty, iba vestido de piel de ante; el otro llevaba el uniforme de oficial británico y el tercero era un jefe indio cuyo tronco aparecía desnudo y horriblemente pintarrajeado.

-¿Queréis rendiros? - preguntó nuevamente la voz ronca y arrogante del renegado.

-¡Nunca!-gritó el capitán Sullivan-. ¡Ya podéis volveros con vuestras squaws!

-Yo soy el capitán Pratt, de los Guardias de la Reina - intervino el oficial inglés -. Si os rendís, yo os prometo la mejor protección que el rey Jorge concede a sus vasallos.

-¡Al infierno con el rey Jorge! -gritó Hugh Bennet-. Ya podéis volveros y decirle a Hamilton que ni con todo el ejército británico ha de conseguir nuestra rendición.

-Si no os entregáis inmediatamente, el fuerte será incendiado -continuó Girty-, vuestros hombres degollados y vuestras mujeres entregadas a los indios.

-¡No cogeréis ningún hombre, ninguna mujer ni ningún niño vivo! -replicó Silas- Nos acordamos perfectamente de Crawford, traidor blanco, y ,no vamos a entregarnos a ti para que nos despedaces. ¡Ea, va puedes venir cuando gustes con tus chaquetas encarnadas y con tus demonios rojos! ... ¡Te esperamos!

-Debo advertiros - continuó Girty - que hemos capturado y matado al mensajero que mandasteis a pedir refuerzos; debéis, pues, abandonar toda esperanza de socorro. Vuestra sentencia está echada.

-¿Cómo era ese mensajero?-preguntó Sullivan. -Era un muchacho joven y valiente... -contestó el renegado.

-¡Mientes, canalla! -interrumpió Silas-. Era un hombre viejo de pelo blanco.

En el momento en que el oficial y el bandido se volvieron al jefe indio para parlamentar, de una de las aspilleras del blocao salió un fogonazo seguido de una detonación. El jefe indio se llevó fieramente las manos al pecho y cayó sobre el cuello de su caballo; hizo sobrehumanos esfuerzos para sostenerse sentado y, finalmente, se desplomó al suelo; trató por un momento de incorporarse nuevamente, pero cayó de espaldas y quedó muerto. Doscientos metros no fueron obstáculo para el arma mortal de Wetzel, y Zorro Rojo, el primer jefe de guerra de los Shawnees, fue la primera víctima de la venganza del cazador; detalle muy característico de Wetzel, ya que hubiera muy bien podido disparar contra el oficial inglés o contra el bandido.

Los dos jinetes volvieron grupas v se alejaron rápidamente de la línea de tiro del fuerte, dejando el cuerpo de su compañero en el sitio en que cayera, mientras el caballo, asustado, relinchaba y desaparecía al galope a través del bosque vecino. El conocido grito de Wetzel, que sonara inmediatamente después de su disparo, excitó frenéticamente a los pieles rojas, los cuales se lanzaron en vertiginosa carrera contra el fuerte descargando sus rifles y aullando espantosamente. Una espesa nube de humo envolvió momentáneamente a aquella bandada de demonios. el grupo más numeroso de los cuales se precipitó contra la potente puerta de la empalizada atacándola con sus tomahawks y con un grueso tronco que empleaban a manera de ariete.

Pero la puerta resistió la fiera acometida de los pieles rojas, y el fuego efectivo que sin cesar vomitaban las aspilleras del blocao pronto obligó a los atacantes que quedaron con vida

a refugiarse detrás de los árboles y a agazaparse entre las rocas, desde donde sostuvieron un constante tiroteo con los del fuerte.

En los primeros momentos, los soldados ingleses se arrojaron con ímpetu al ataque, tratando de escalar asimismo la empalizada, chillando sarcásticamente al pequeño cañón francés que había sido montado en la parte superior del blocao, creyendo, sin duda, que se trataba de un «mudo, ya que sabían que durante el sitio de 1777 el fuerte no contaba más que con un cañón de madera, naturalmente inservible. Chillaron y se mofaron de aquella pieza desafiando a la guarnición a que la disparara. El capitán Sullivan, que era el encargado del cañón, esperó la ocasión oportuna de que los soldados estuvieran lo más agrupados posible tratando de asaltar nuevamente la puerta de la empalizada y, apuntando el pequeño bulldog al grueso de las huestes británicas, lo disparó con tal acierto que sembró la muerte y el pánico entre los burlones asaltantes.

-¡Atrás... atrás! -se oyó gritar al capitán Pratt -. ¡Por Júpiter, que no hay madera de ninguna clase en ese cañón!

Y todos los. sitiadores se retiraron prudentemente para una tregua, durante la cual se vio a los indios abordando la piragua de Sullivan, de la que descargaban las balas de cañón para transportarlas a la cima del promontorio que dominaba el fuerte. En sus sencillos cerebros habían concebido una feliz idea: se procuraron un tronco de roble blanco de un diámetro de unos treinta centímetros aproximadamente; lo partieron a lo largo por la mitad y, con la ayuda de sus tomahawks, lo vaciaron completamente, después de lo cual unieron de nuevo las dos mitades y las ataron fuertemente con cadenas de hierro y barras que cogieron del almacén del herrero Reihart, abandonado en el exterior del fuerte. Llevaron el improvisado cañón hasta cerca de la empalizada, lo colocaron sobre los troncos y lo sujetaron con grandes piedras, llenándolo, acto seguido, con una enorme cantidad de pólvora y balas. Los soldados británicos, aunque muy interesados en todas aquellas maniobras, se retiraron a una distancia prudente, mientras numerosos indios rodeaban la nueva arma, de la que tan grandes resultados esperaban. Finalmente fue aplicada y encendida la mecha; brilló una llamarada rojiza y...! ¡buum! ... Una tremenda explosión estremeció toda la colina, mientras una horrible humareda envolvía aquellos contornos. Una vez disipado el humo se ofreció a los ojos de los espectadores un cuadro espantoso. Por todas partes aparecieron miembros ensangrentados de los indios que se encontraban más cerca en el momento del estallido, mientras gran número de ellos se agitaban por el suelo en terribles convulsiones; y las barras con que lo ataran y las enormes piedras con que lo sujetaron fueron mortales proyectiles que se volvieron contra aquellos desgraciados artilleros.

Los pieles rojas abandonaron de momento toda nueva tentativa y emprendieron su peculiar sistema de guerrear. Todos ellos desaparecieron entre la hierba alta, entre las cabañas abandonadas detrás de los troncos, en las copas de los árboles, de tal modo que ni uno solo se dejaba ver, a pesar de que una verdadera lluvia de metralla caía continuamente sobre el blocao.

Las tropas británicas intentaron en un postrer esfuerzo abrir una brecha en la empalizada y, finalmente, en vista de que sus guerreras encarnadas ofrecían un blanco excelente a los defensores del fuerte, se retiraron definitivamente. El capitán Pratt había recibido un balazo en el muslo que le hacía sufrir mucho y estaba profundamente decepcionado por la formidable e inesperada defensa de aquella 'guarnición que él suponía presa fácil para los soldados del Rey. Una tercera parte de sus hombres habían muerto ante aquella muralla y los que le quedaban, heridos o sanos, se negaban a hacer frente a una muerte segura, ya que no estaban acostumbrados a luchar con un enemigo invisible. El capitán Pratt se vio obligado a tocar retirada hacia el promontorio, en donde conferenció con Girty.

En el interior del blocao reinaba gran actividad, pero ninguna confusión. Aquel puñado de luchadores estaban disciplinados de tal modo que habrían podido formar en la

guardia de corps de un rey. Arrodillado cada uno de ellos delante de su aspillera, habría sido capaz de luchar hasta su último momento. Nadie disparaba su rifle a la ventura, como hacían los salvajes, sino que esperaban distinguir bien la silueta de un indio, una casaca encarnada o bien una bocanada de humo que indicara un tirador; era entonces cuando el cañón del rifle tomaba puntería y se disparaba instantáneamente. Al lado de cada tirador había una mujer de cara pálida, quien, sin decir palabra, sumergía la boca caliente del rifle en un cubo de agua para enfriar el cañón, lo sacaba con presteza y lo devolvía al hombre que tenía a su lado.

Silas Zane había sido herido al primer fuego. Una bala enemiga le había causado una dolorosa herida en la cabeza y ahora se la lavaba y vendaba cuidadosamente la esposa del coronel, los dedos de la cual estaban ya cansados de tanto lavar y vendar heridas. Ella estaba en todas partes y acudía a todos. En medio de aquel espantoso fragor los aullidos horrísonos de los salvajes, las roncas voces de los colonos, los rugidos del cañón de arriba, los crujidos de los rifles y los silbidos de las balas enemigas; en medio de aquel indescriptible alboroto, a través de aquel humo sofocante, impregnado del acre olor de la pólvora y a la vista de tantas heridas como había tenido que curar, de tanta sangre como había tenido que restañar y de los que expiraron en sus brazos, la valiente esposa del coronel Zane no vaciló nunca. Ella estaba aquí y allá vendando heridas, ayudando a Lydia y a Betty a fundir y a moldear balas, dando ánimos a los hombres con sus palabras y a las mujeres con su ejemplo, y en especial a aquellas para quienes la guerra de la frontera era una cosa nueva y se veían víctimas de sus propios nervios.

El capitán Sullivan, que estaba en la parte alta del blocao con el cañón, bajó la escalera casi sin tocar los peldaños, mientras la sangre que manaba de su mano se escurría por su robusto brazo.

-Zane: Martin acaba de caer víctima de un balazo de un piel roja, del mismo que me ha quitado esos dedos de un tiro -dijo roncamente-. Parece que las balas vienen de algún punto elevado. Tendríais que mandar un buen vigía arriba para que descubriera en dónde diablos se esconde ese maldito indio.

-¿Que Martin ha muerto? -exclamó Silas-. ¡Cielos, su pobre esposa!... ¿Pero está muerto?

-Todavía no; Bennet va a bajarlo en seguida. ¡Venga; necesito que me venden esta mano para que no me resbale el fusil!

A Wetzel, mientras tanto, se le veía correr de una tronera a otra, al tiempo que su terrible aullido resonaba por encima de todo aquel espantoso ruido. Parecía poseer arte de brujería, ya que ni una sola bala le había rozado. Cuando Silas le comunicó lo que Sullivan le dijera, se le vio subir como una exhalación la escalera, y al cabo de breves instantes bajaba de nuevo para ir corriendo al lado oeste del blocao; se arrodilló al lado de una aspillera por la cual sacó el cañón de su rifle y apuntó a la espesa copa de un frondoso álamo de la colina del oeste. Silas y Sullivan corrieron a su lado y miraron al sitio a donde Wetzel apuntaba. En aquel instante apareció entre el follaje una bocanada de humo blanco seguida de un disparo; y apenas había tenido tiempo de verla cuando el rifle de Wetzel fue disparado. Algo se removió ene las hojas del álamo; sus ramas se agitaron y desde o alto se desplomó pesadamente al suelo una figura humana, dando contra el rocoso declive y rodando hacia el lado opuesto hasta desaparecer, mientras resonaba el salvaje aullido del cazador.

-¡Gran Dios! -exclamó horrorizado el capitán Sullivan, mirando sorprendido el rostro descompuesto de Wetzel-. ¡Este hombre se ha vuelto loco!

-¡Oh, no! -replicó Silas Zane tranquilamente-. Es cosa de su carácter...

En aquel momento, la gigantesca figura de Bennet llenó completamente el ojo de la escalera y empezó a descender pesadamente llevando en brazos el cuerpo fláccido de un muchacho. Al llegar abajo, dejó cuidadosamente su carga en el suelo y pidió los auxilios de la señora Zane. Era Will Martin. Es verdad que todavía estaba con vida, pero en el brillo

vidrioso de sus ojos y en el color plomizo de su rostro se adivinaba que estaba herido de muerte. Alicia, su esposa, se echó de rodillas a su lado y con inefable ternura levantó su pesada cabeza. No hay palabras humanas que puedan expresar el acerbo dolor, el desesperado sufrimiento traslucido en el rostro de aquella mujer cuando levantó los ojos hasta la señora Zane en muda súplica de una palabra de esperanza; pero ésta bajó tristemente la vista al suelo v volvió a su tarea. No había necesidad de sus servicios allí. Alfred Clarke, designado para ir a ocupar el puesto del moribundo en la parte alta del blocao, se detuvo un momento delante de ellos en piadoso silencio; y al ver en el pecho desnudo del desgraciado aquel pequeño agujero del que manaba a borbotones un espantoso torrente de sangre, un escalofrío estremeció todo su cuerpo y continuó su camino, mientras Betty, que había levantado un momento la vista de su trabajo, tenía que volverla casi desmayada moviendo trémulos sus pálidos labios como si murmurara una oración.

Alicia se quedó sola con su marido agonizante. Con inefable ternura sostenía su cabeza contra su pecho, apoyaba contra ella la suya y besaba sus labios fríos y amoratados, murmurando a su oído ya sordo las viejas palabras y nombres queridos. El desgraciado la reconoció, ya que hizo un débil esfuerzo para pasar su brazo alrededor de su cuello al tiempo que una triste sonrisa iluminaba su cara; y un instantes después se lo llevó la muerte. Con los ojos extraviados y desmesuradamente abiertos, la desventurada esposa se levantó, oprimiéndose desesperadamente las sienes con las manos.

-¡Dios mío!... ¡ ¡Dios mío! -exclamó en un grito desgarrador.

Y su plegaria fue oída, ya que una bala enemiga pasó silbando por una aspillera y con un escalofriante chasquido se clavó en su pecho. Alicia, sin un grito, sin un suspiro siquiera, se desplomó sobre el cuerpo exánime de su marido. Unos momentos después, al pasar Silas Zane por delante, cubrió los dos cadáveres con una manta y continuó su triste camino de inspección.

Los sitiadores se vieron confundidos no sólo por el terrible fuego del blocao, sino por el inesperado y efectivo de la casa del coronel Zane. Era en extremo difícil para los indios y enteramente imposible para los británicos acercarse la suficiente a la casa referida para lograr un buen tiro. El coronel y sus hombres tenían la ventaja de estar en terreno más elevado y de disponer de cuatro rifles por barba, con los cuales (cargados en cualquier momento de tregua) podían hacer un fuego mortal cuando la ocasión se presentaba, al tiempo que daban la impresión de que disponían de una fuerza muy superior a la que en realidad tenían.

Al oscurecer, el fuego cesó y los indios reaparecieron en el promontorio del lado del río para encender sus hogueras; y finalmente, unas horas más tarde, cuando aquéllas se extinguieron, todo quedó sumido en el silencio v la oscuridad más absolutos. Pasaron todavía dos horas, al cabo de las cuales se aclararon las nubes que habían cubierto el firmamento, y-el campo quedó lo suficientemente iluminado para que los centinelas pudieran descubrir los objetos de los alrededores. El coronel Zane había reunido a sus hombres para conferenciar, ya que temía alguna mala partida de los indios durante la noche.

-Sam - le dijo el coronel-, toma alguna cosa que te venga a mano para comer y sube en seguida al desván. Vigila con mucha atención y si ves algo de extraordinario baja en seguida a contárnoslo a Jonathan o a mí.

Durante toda aquella tarde, Jonathan Zane había estado cargando y disparando sus fusiles con feroz tenacidad, hasta reventar uno y dejar inservible otro. Los demás hombres no dejaban también de ser buenos tiradores, pero era indudable que lo que había hecho la casa invulnerable era la certera puntería de Jonathan. Éste se servía de unos rifles de largo cañón, extremadamente pesados, los cuales, en manos de un hombre tan fuerte como el para resistir el culatazo del disparo, hacían las veces de un verdadero catión. Los indios aprendieron muy pronto a respetar la línea de tiro de aquellas armas, y dejaron un ancho espacio alrededor de la casa. Sin embargo, ahora que todo permanecía envuelto en aquella semioscuridad, la

ventaja estaba de parte de los salvajes, y el coronel Zane miró con semblante tranquilo el rostro sombrío de su hermano.

-¿Crees tú que podrán sostenerse los del fuerte? - preguntó con voz ronca. El coronel era un hombre intrépido; pero en aquel terrible momento pensó en su mujer y en sus hijos.

-No sé - contestó Jonathan después de un momento de silencio -. He vasto la enorme figura de aquel jefe Shawnee que se llama Fuego y... ¡te aseguro que lleva un buen nombre! ¡Es un monstruo! Girty ha escogido bien su banda esta vez.

-Pues yo bien he visto que el fuerte resistía sorprendentemente los feroces ataques combinados de esa canalla; de tal modo, que los indios están desesperados. ¡Si se les veía lanzarse como locos al asalto, despreciando en absoluto sus propias vidas! ¿Te has fijado en el cuadro alrededor de la empalizada? Está cubierto de indios muertos...

-Si no nos llega algún auxilio dentro de veinticuatro horas, no escapará con vida ni un solo hombre. ¡Ni Wetzel sería capaz de abrirse paso a través de esas líneas! Ahora, si consiguiéramos mantenerlos alejados durante un día más, es probable que se cansaran. Los británicos ya quedan descontados. No están acostumbrados a esta clase de guerra. ¡Claro, si no pueden ni llegar a disparar! Ya habrás visto que el mal que nos han hecho es cuestión de muy, poca cosa.

-¡Bien; ahora cada uno a su sitio! -exclamó el coronel Zane -. Y sobre todo, pensad que nuestras mujeres y nuestros hijos están en el blocao.

Pasó un largo rato, que pareció un siglo a nuestros héroes, sin que se oyera ruido alguno, ni diera señal de su existencia el enemigo. La neblina, en tanto, había cubierto de nuevo la luna, permitiendo tan sólo pasar una tenue claridad que iluminaba débilmente el valle. Poco a poco fueron condensándose las nubes otra vez hasta oscurecer de la manera más completa el cielo. Mientras tanto seguían reinando la calma v el silencio más absolutos.

-¿Qué es eso? - susurró de pronto el coronel Zane.

-Me parece que ha sido un silbido de Sam - contestó Jonathan-. Yo creo que haríamos mejor yendo todos arriba.

Y acto seguido subieron todos hasta el segundo piso y de allí al desván mediante una escalera de mano. Aquella parte de la casa estaba oscura como la boca de un lobo y, por lo tanto, empezaron todos a andar a gatas por entre los montones de pieles y cueros almacenados alli, sin mirar adónde iban, ya que habría sido del todo inútil.

Cuando llegaron al lado de una de las pequeñas ventanas, descubrieron la forma del viejo negro.

-¿Qué ocurre, Sam? - preguntó quedamente Jonathan.

-¡Mile, mile, Masa Zane! - contestó azorado el negro señalando el cuadrado.

El coronel Zane alargó la cabeza al lado de la de Jonathan y los tres hombres esforzaron la vista tratando de penetrar aquellas profundas tinieblas.

-¿Ves algo, Jack? - preguntó el coronel a su hermano.

-No; espera que la luna claree por entre aquellas nubes. Hacía poco que se había levantado aire y ahora las nubes discurrían rápidas por el cielo, asomando la luna, de vez en cuando, por alguna rendija e iluminando por unos instantes el campo de batalla.

-¡Ahora, Masa Zane, alli! -exclamó el esclavo.

-Pues no veo nada. ¿Ves tú algo, Jack?

-No estoy seguro aún; veo algo... pero no sé si es un leño o no... No sé.

En aquel instante distinguieron perfectamente en medio del cuadrado una chispa rápida y débil como una luciérnaga, y Jonathan masculló un juramento.

-¡Maldita sea...! ¡Ya estamos con el fuego! Ya me temía yo que toda esta calma significaba algo. El cuadro. está lleno de indios arrastrándose y llevando flechas encendidas debajo del cuerpo para que no podamos ver la luz. Pero... ¡esperad; ya veréis si os divertís esta vez!

-¡Yo los veo, Masa Zane!

-¡Chist... a callarse ahora! -replicó el coronel.

Esperaron todos con los rifles amartillados, y en el momento en que se distinguió otra chispa, esta vez más cerca de la casa, el disparo del rifle de Sam retumbó por el valle despertando los ecos durmientes, al tiempo que se percibía un grito de dolor. Como movidos por un resorte y como si brotaran de la tierra, una serie de bultos oscuros se incorporaron dejando al descubierto las flechas encendidas que hasta aquel instante llevaran escondidas debajo de sus cuerpos; y unos instantes después podía distinguirse en el silencio de la noche el peculiar ruido de los arcos indios al dispararse, al tiempo que se veían las flechas cruzar por los aires como cometas, arañando con sus arcos parabólicos de luz aquellas tinieblas, hasta caer a pocos metros de la casa, en donde quedaban chisporroteando clavadas en el suelo. El rifle de Jonathan habló en aquel momento y uno de los fugitivos rodó por el suelo, mientras un coro de aullidos saludaba el último disparo.

Unos instantes después iniciaban la misma táctica contra el blocao, hacia el cual dirigían sus flechas encendidas; y aunque algunas de ellas llegaron hasta la puerta de la barrera, no pudieron causar ningún daño. El coronel había tenido siempre cuidado de que la hierba de alrededor del fuerte no creciera; y he aquí que ahora tocaban bien las consecuencias de aquella prudente medida, ya que los que probaron de acercarse al fuerte arrastrándose eran rápidamente descubiertos en aquel suelo pelado.

Al ver que les fallaba aquella intentona, los pieles rojas se retiraron con el fin de tramar otro complot para incendiar el fuerte.

-¡Fijaos allí! -exclamó repentinamente Jonathan. Allá lejos, en el fondo del camino, a unos quinientos metros del fuerte, acababa de aparecer un punto luminoso. Al principio permaneció quieto durante unos momentos; después inició un movimiento desigual, saltando de un lado a otro y de arriba abajo como un fuego fatuo.

-¡Demonios! -exclamó inquieto el coronel-. Jack, eso es muy raro... y se está volviendo más grande... Evidentemente, aquella chispa o lo que fuera iba creciendo y acercándose. En el primer momento se le antojó al coronel Zane que podía ser un hombre a caballo llevando alguna antorcha encendida; pero si eso era cierto ¿cómo era que no se oía el ruido de los cascos? No podía,, pues, tratarse de ningún caballo, ya que por el suelo rocoso de aquel promontorio era imposible galopar sin hacer ruido. Inquietos y como fascinados por aquel nuevo misterio que parecía presagiarles alguna desgracia, nuestros observadores esperaron el desenlace de aquel enigma con aquella paciencia sólo conocida por los que están acostumbrados al peligro; convencidos, sin embargo, que se trataba de una nueva estratagema de los pieles rojas para atacar el fuerte.

La luz continuaba acercándose a ellos con maravillosa velocidad y con rápidos movimientos de zigzag; de un lado a otro y de delante a atrás, en un vivo balanceo. Un momento más de suspensión sin aliento y pudieron distinguir perfectamente, detrás de aquella luz movediza, la figura de un joven indio que corría con ligereza increíble; y al llegar a pocos metros de la puerta de la empalizada disparó, con ayuda del arco y con arrojo insospechado, a que? dardo flameante. Como una serpiente de fuego fue proyectado por los aires, cruzó por encima del blocao y fue a clavarse en el tejado de una de las cabañas que había al otro lado del fuerte, mientras el intrépido muchacho desaparecía velozmente de la vista de los que le disparaban inútilmente sus armas.

Hechos como aquél enardecían a los pieles rojas y eran suficientes para convertir en «guerrero. a un simple muchacho; por cuyo honor cualquier indio arriesgaría una y más veces su vida. Una horrísona algarabía saludó entre los salvajes el éxito de aquella acción, mientras la brisa soplaba sobre el dardo humeante avivando la llama y prendiendo fuego voraz en el seco tejado de la cabaña.

-Esa mala pieza ya a repetir la jugada - murmuró Jonathan.

Y en efecto, al cabo de unos momentos reapareció la lucecita en el fondo del camino, adelantándose con la misma velocidad de antes. Sin duda era el mismo indio, quien, animado por el éxito de la primera vez y enloquecido por aquella sed de gloria, a menudo tan fatal para los de su raza, intentaba nuevamente la suerte para incendiar el blocao. Los ojos del coronel Zane y de sus compañeros seguían ávidamente la luz que se acercaba; el rojizo resplandor de la cabaña ardiendo iluminaba el cuadrado del fuerte, en el que acababa de aparecer la arrogante figura del muchacho indio, corriendo vertiginosamente como si tuviera alas en los pies. ¡Qué magnífico nervio, qué terrible seguridad había en su acción! El dardo llameante, al ser disparado, chisporroteó y emprendió su raudo camino en derechura al blocao, en cuyo tejado fue a clavarse. En aquel mismo instante, una de las aspilleras del fuerte vomitó un fogonazo, y mientras el intrépido muchacho caía rodando hasta el camino polvoriento, resonaba por los aires aquel conocido grito demoníaco.

-¡Un cumplido de Wetzel! -exclamó Jonathan-. ¡Lástima que se lo haya mandado un poco tarde! Ved, si no, aquella condenada flecha ardiendo. Si no la apagan pronto, el fuerte está listo.

El dardo incendiario era bien visible desde la casa del coronel Zane, y palidecía y se reanimaba alternativamente; hubo un momento en que lo creyeron apagado, pero al instante siguiente resplandecía con más ardor que nunca,- apareciendo a los ojos de aquellos hombres impotentes para prevenir el incendio como si fuera la mismísima boca del infierno.

-¡Ah del fuerte! - gritó el coronel Zane con voz estentórea v con toda la fuerza de sus pulmones-. ¡Silas,- vuestro tejado está ardiendo!

Una espantosa gritería se había levantado ahora entre los pieles rojas, las inquietas figuras de los cuales se veían perfectamente al resplandor de la cabaña en llamas. Había, sido aquélla una estación muy seca, y las toscas tablas que cubrían los tejados de aquellas humildes viviendas habrían podido arder como la yesca. He aquí por qué prendió tan rápidamente el fuego en aquella cabaña; de tal modo, que el resplandor del incendio llegaba a iluminar hasta los más alejados extremos del bosque, ofreciendo un horrible espectáculo que infundía terror a los más arrojados. Amarillas y negras columnas de humo ascendían altísimas; todos los objetos aparecían teñidos de rutilante carmín; los árboles adquirían, a aquella luz siniestra, las más fantásticas formas, y las aguas del río parecían cubrirse de un velo rojo de púrpura, mientras los horrísonos gritos de los salvajes se mezclaban con el espantoso crujir y chisporrotear de los leños que ardían. Como furias desencadenadas corrían de aquí para allá, sus cuerpos desnudos y pintarrajeados brillando con aquel horrible resplandor; otros saltaban y brincaban formando corro, dándose las manos como las muchachas de la escuela en una fiesta de mayo; otros luchaban cuerpo a cuerpo entre ellos, lanzando chillidos y aullando ferozmente, manifestando por todos los medios imaginables su brutal regocijo.

En honor a la verdad debe decirse que los soldados ingleses no tomaron parte en aquella alegría bulliciosa y permanecían alejados y echados sobre la hierba, como si se avergonzaran de tomar parte en aquella guerra terrible contra gentes de su propia raza.

-¿Y por qué no disparan el cañón? -preguntó el coronel Zane impacientándose -. ¿Por qué no hacen algo?

-Quién sabe si está ya inutilizado -sugirió Jonathan-, o, lo que es peor, quizás han acabado las municiones.

-El blocao se quemará ante nuestros ojos. ¡Mira; esos perros del infierno han prendido fuego a la empalizada! ¿No ves gente que corre y echa cubos de agua?

-¿No ves en el tejado del blocao? -continuó Jonathan -. Allí... a la sombra de la chimenea... Como pecador viviente que soy, juraría que aquello es uno de los nuestros arrastrándose por el tejado hacia la flecha encendida... No le han descubierto todavía los

indios; pero le verán. ¡Por vida de...! ¡Cuidado que se necesita un buen temple para hacer eso en las barbas de los indios! ¡Si es ir a una muerte segura!

-¡Ya le han descubierto! -exclamó el coronel. Gritando espantosamente, los pieles rojas echaron a correr contra el fuerte y dispararon sus rifles contra la figura que se agazapaba en el tejado. Algunos, ocultándose detrás de los árboles, habían avanzado hasta muy cerca de la muralla, mientras otros, con singular atrevimiento, arrostraban el fuego que sin cesar les hacían de las aspilleras. Al verse descubierto, aquel hombre no titubeó ni perdió un segundo. Se incorporó, y cómo pudo correr por aquel tejado inclinado, llevando un cubo de agua en la mano, es una cosa incomprensible. En momentos como aquél, a los hombres parece que les nacen fuerzas sobrehumanas. En un instante llegó hasta la flecha ardiendo, la apagó a pisotones y echó el cubo de agua sobre las tablas que habían empezado a arder. En aquellos momentos su arrogante silueta destacaba de un modo terrible sobre el resplandor rojizo de la cabaña que ardía en el fondo; y centenares de rifles vomitaron contra él su metralla. Las balas chocaban como el granizo sobre el tejado del blocao sin que, al parecer, ninguna consiguiera dar en el blanco, ya que el muchacho se volvió corriendo y desapareció.

-¡Ha sido Clarke! - exclamó el coronel Zane con entusiasmo -. Nadie como él tiene el pelo tan claro y ligero. ¿Y no es ése un acto heroico?

-Ha salvado el blocao por esta noche - contestó Jonathan-. ¡Ved, si no, cómo retroceden los indios! No pueden resistir el fuego de los nuestros... ¡Hurra! ¡Mira cómo caen! ... El resplandor de la cabaña en llamas privará que intenten ningún nuevo ataque durante una hora, y la luz del nuevo día está ya muy cerca.

XIV

El disco rojizo del sol apareció en Oriente, v sus tibios rayos, asomando sobre las lejanas montañas, besaban las copas de los árboles y los peñascos de las cimas cubriéndolos de oro brillante, mientras las tinieblas de la noche se alejaban del valle para esconderse en el Occidente lejano. Aquellos tibios rayos penetraban por las rendijas de las aspilleras del fuerte y proyectaban violentas sombras en las paredes opuestas; pero lejos de llevar un poco de alegría a los desvelados y casi exhaustos defensores, les evocó la máxima tan familiar al viejo lobo marino: «Rojizo sol mañanero, congoja al marinero.» Aquella luz dulce y tibia fue poco a poco inundando el valle, tiñendo el río, bañando las hojas, la hierba, las piedras, con aquel imponente color cadmio que cubría las escaleras, los bancos, el suelo y las paredes a través de las aspilleras del blocao.

Aquellos tiempos, según cuentan las historias, ponían a prueba el temple de los hombres, y si eso era así, calcúlese lo que debía hacer con las almas de aquellas grandes heroínas que con ellos estaban. Aquellas mujeres habían pasado cerca de cuarenta y ocho horas ayudando a cargar rifles sin un minuto de descanso; y a pesar de que casi sucumbían de agotamiento ; a pesar de que aquellos departamentos estaban llenos de un humo sofocante v de un mareante hedor a madera quemada y a pólvora, y de que un lúgubre silencio se cernía alrededor de los cadáveres, jamás asomó en ellas el pensamiento de rendirse. La muerte, entre aquellas paredes, sería cosa dulce, comparada con lo que sería caer en manos de los pieles rojas.

Cuando salió el sol, Silas Zane, con el pecho desnudo y una sombría fiereza pintada en el rostro, entró en el bastión que conectaba con el blocao (un cuarto pequeño como una barraca, con aspilleras mirando al río y al bosque), en el cual habían encontrado la muerte cinco de los defensores del fuerte. Cuando Silas entró, cuatro hombres flacos, ennegrecidos por la pólvora, le miraron con ojos feroces, sin moverse de sus sitios, de rodillas al lado de las aspilleras. En un rincón yacía muerto un hombre.

- ¡Ha muerto Smith! - exclamó Silas -. ¡Ya van quince! Quien quita quince de cuarenta y dos, se encuentra con veintisiete. Hay que mantenerse firmes y, sobre todo, no exponerse descuidadamente. ¿Cómo van en el baluarte del Sur?

-Bien; han estado disparando durante toda la noche -contestó uno de aquellos hombres -. Me parece que la cosa ha ido caliente por aquel lado; pero ahora hace ya rato que no se ha oído ningún disparo por allí.

-Tienen con ellos al chico de Bennet -contestó Silas -, y si necesitaran algo, lo mandarían. Bueno, voy a hacer que os traigan alimentos y agua; ¿hay algo más?

-Mándanos también pólvora. Apenas nos queda -contestó uno de ellos -, y si volvieran a atacar fuerte no haríamos mucha broma. Esos demonios encarnados no han permanecido quietos ni un momento durante estas últimas horas.

Silas pasó otra vez a través del estrecho corredor que
conducía del baluarte a la sala principal del blocao, y al doblar la esquina, frente a la escalera, encontró un muchacho que se arrastraba penosamente para acabar de subir los últimos peldaños.

-¡Eh! ¿Quién es ése?... ¡Diablos, si es Harry! -exclamó Silas agarrando al muchacho y llevándolo al centro del cuarto.

Cuando lo tuvo a la luz, Silas vió que el chico estaba tan débil que no podía ni tenerse en pie. Estaba cubierto por todas partes de sangre que manaba de una herida fuertemente vendada en el brazo, de un agujero que no se veía en su camisa de caza y de un balazo que recibiera en la sien. La sombra de la muerte se extendía ya sobre su pálida cara, pero en sus ojos grises brillaba aquel espíritu indómito, aquella luz que sólo la muerte podría apagar.

-¡De prisa! -exclamó jadeante el muchacho-. Mande hombres al... muro del Sur. Los pieles rojas... lo están rompiendo por el sitio... por donde el agua de la mina... corre por debajo de la muralla...

-¿En dónde están Metzar y los otros hombres?

- ¡Muertos! . . . Matados la última noche. . . He estado allí... solo toda la noche... disparando. Pero ahora me han tocado aquí... en la cabeza... y he conocido que todo estaba terminado... para mí ... y he desertado de mi sitio al oír que los indios... agujereaban la muralla por el sitio... desde donde me han estado haciendo fuego durante toda la noche. Pero yo solamente... he desertado... he corrido... porque... van a entrar...

-¡¡Wetzel, Bennet, Clarke!! - aulló Silas mientras dejaba al muchacho.

Casi en el mismo instante en que pronunciara la última palabra, la gigantesca figura del cazador apareció delante de Silas y, unos momentos después, Clarke y los otros hombres.

-¡Wetzel, hay que correr a la muralla del Sur! Los indios están agujereándola.

Wetzel, sin decir palabra, agarró su rifle y un hacha y se alejó como una flecha.

-Sullivan, usted gobierne los hombres de aquí. Bessie, haz lo que puedas por ese valiente muchacho. Vengan, Bennet, Clarke, debemos ir con Wetzel - ordenó Silas.

La señora Zane se arrodilló apresuradamente al lado del muchacho que se desmayaba, lavó la sangre que manaba de su sien y vio que la bala se había desviado al dar con el hueso y que la herida no era profunda ni peligrosa. Desabrochó la camisa de caza y al apartarla vió horrorizada, encima de la tetilla derecha, una ancha herida que le causara un pedazo de metralla de los británicos, y por cuya boca sangrienta salía un torrente de sangre oscura a cada latido del corazón. La señora Zane volvió por un segundo su blanca cara; después, suspirando profundamente, introdujo un pedazo de lino en la herida, la apretó fuertemente y colocó una toalla alrededor del cuerpo del muchacho.

-No malgaste el tiempo conmigo -murmuró-. ¡Todo está terminado para mí! ... ¿Quiere decir a Betty que venga un minuto?

Betty llegó al, cabo de un momento, horrorizada y con la cara pálida. Hacía más de cuarenta horas que vivía en un laberinto espantoso de terrores de toda suerte; sus movi-

mientos se habían vuelto automáticos y casi había dejado (le oír y de sentir. Sin embargo, la luz de los ojos de aquel muchacho agonizante la volvió a la horrorosa realidad.

- ¡Oh, Harry! ... ¡Harry! . . . -sólo pudo murmurar con los ojos preñados de lágrimas.

-Me voy, Betty, y quisiera que... usted rezara una pequeña plegaria para mí ... y que me diga adiós - murmuró angustiosamente el muchacho. Betty se arrodilló al lado del banco y probó de rezar-. Yo no... quería abandonar mi puesto, Betty... pero esperé... y esperé... y como no venía nadie y los indios iban a entrar... He matado muchos... los encontrarán a montones allí fuera... ¡Yo disparaba por usted, Betty; y cada vez que apuntaba... pensaba en usted.

El pobre muchacho siguió todavía hablando; después su voz fue haciéndose cada vez más débil hasta que se extinguió del todo. La mano que tan fuertemente se había asido a la de Betty, fue perdiendo su presión y sus ojos se cerraron. Betty pensó que había muerto, pero todavía respiraba. De repente sus ojos se abrieron nuevamente, la expresión de sufrimiento había desaparecido para ceder su lugar a un hermoso y radiante fulgor.

- ¡Betty! - continuó el muchacho -. He pasado muchísima inquietud por usted... y estoy muriéndome feliz... porque he luchado por usted... y algo me dice que... usted será.. . salvada... ¡Adiós! ...

Una dulce sonrisa transfiguró su rostro mientras sus ojos se fijaban tiernamente en los de ella; y con un profundo suspiro exhaló su alma valiente.

Hugh Bennet miró una vez más la pálida cara de su hijo y luego se fue corriendo escaleras abajo, detrás de Silas y de Clarke. Cuando los tres hombres salieron de detrás ` de la cabina del capitán Boggs, que estaba contigua al blocao y que ocultaba el muro del Sur a su vista, estaban a unos doscientos pies de Wetzel, y oyeron el golpe pesado de un tronco empujado como un ariete contra la muralla. Un instante después, al empuje de un segundo golpe, se rompía por su parte baja uno de los troncos de roble de seis pulgadas, dejando un espacio justo y suficiente para que pudiera pasar un hombre a través de él. Los tres hombres se lanzaron en auxilio de Wetzel, quien se había situado a un lado del agujero con el hacha levantada. En aquel momento sonó un disparo a través del bajo agujero de la empalizada, y]Bennet se tambaleó y cayó exánime, en vista de lo cual, Silas y Alfred corrieron hacia la muralla para ponerse fuera del alcance de los disparos que les hacían a través de aquel maldito agujero. Cuando estaban a veinte pies de Wetzel, vieron aparecer por la brecha la negruzca cabeza de un atlético salvaje, el cual, tras duros esfuerzos consiguió arrastrar su cuerpo hasta el interior; y en el momento en que se disponía a incorporarse, el hacha del terrible cazador caía sobre su cráneo y lo reventaba como un cascarón de huevo, rodando el indio sin exhalar el más leve gemido. Mientras tanto, un segundo salvaje se había introducido por la brecha, y al descubrir al cazador, hizo un rápido movimiento para esquivar el hachazo que a la cabeza le dirigiera, pero sin• poder evitar que el arma mortal cayera en medio de su espalda, hundiéndose en aquella mole de carne, al tiempo que un espantoso alarido se escapaba de su contraída boca mientras el horrísono glu-glu del torrente de sangre que de la herida manaba llegaba a los oídos de Clarke y de Silas Zane. Con extraordinaria rapidez, Wetzel arrancó el hacha del cuerpo de su víctima, y haciéndola voltear por encima de su cabeza, la descargó en el cráneo del tercer piel roja que en aquel momento acababa de entrar, produciendo el chasquido del mazo del matarife al descargarse sobre el testuz de la res, mientras el rifle del salvaje caía pesadamente y su tomahawk volaba por los aires, rodando su cuerpo por el terraplén de la mina. Otros indios que sucesivamente trataron de introducirse a través de la muralla tuvieron la misma suerte que los primeros, hasta que dos de ellos se esforzaron para rasar a la vez, y la terrible hacha de Wetzel, en un abrir y cerrar de ojos, los despachó con tal rapidez que sus dos cuerpos quedaron obstruyendo la brecha.

Silas y Alfred permanecían clavados en el mismo sitio. En aquellos momentos, Wetzel, radiante en el pleno de su horrible gloria, ofrecía un espectáculo capaz de helar la

sangre del hombre más arrojado. Al correr hacia la muralla, Wetzel había arrojado a un lado su guerrera y ahora aparecía materialmente cubierto de sangre. Los férreos músculos de sus anchas espaldas de sus brazos se hinchaban y parecían hervir debajo de su piel morena, y a cada golpe de su hacha terrible se escapaba de su garganta un horrísono alarido, jamás oído por nuestros hombres : el loco grato de venganza del cazador, quien, en el delirio de su fiebre, había olvidado que estaba defendiendo el fuerte y ya solo le llevaba su rabioso afán de destruir la raza de los pieles rojas.

Silas Zane oyó un creciente clamoreo en el lado opuesto de la empalizada y, conoció que centenares de indios se dirigían furiosamente hacia aquel punto; había, pues, que hacer algo inmediatamente. Miró a su alrededor y sus ojos se detuvieron en un montón de troncos de roble blanco que habían sido llevados días atrás al interior del fuerte. Silas agarró del brazo a Clarke, y al tiempo que le comunicaba rápidamente su plan, le empujó hacia ellos. juntos llevaron un tronco hasta la muralla y lo dejaron caer junto al agujero, e inmediatamente después, Wetzel se colocaba fieramente sobre él y descargaba un terrible hachazo en la cabeza de un indio que trataba de introducir su rifle oblicuamente a través del agujero, para disparar contra los que se disponían a taparlo. Y mientras el cazador mantenía a raya a los pieles rojas, Silas y Clarke fueron amontonando los troncos unos encima de otros hasta dejar la brecha completamente obturada, con lo cual quedaba fortificado el punto más débil del fuerte, mientras los colonos abrían un fuego tan intenso contra los atacantes, que les obligaba a replegarse y retroceder fuera de la línea de fuego.

Mientras Wetzel se lavaba la sangre que cubría su cuerpo desde la cintura hasta la cabeza, Silas v Alfred corrieron hasta donde había caído Bennet, convencidos de que iban a encontrarle muerto; pero con inmensa alegría vieron que había llegado a gatas hasta el borde de la mina, en donde se había sentado, y ahora estaba vendándose tranquilamente la herida después de habérsela lavado.

-No ha sido gran cosa -exclamó -; sólo un arañazo. Pero no sé por qué me ha hecho caer. Ahora mismo habría ido a ayudarles. Pero... ¡qué horrible montón de carne de indios me han dejado ustedes allí! ¿Por qué han tapado ustedes la brecha? Yo habría dejado que continuaran entrando... ¡Si Wetzel solo se bastaba para la tribu entera! Lo que habría hecho yo en su lugar, habría sido ir retirando los indos muertos a un lado y dejar que Wetzel continuara «trabajando» a sus anchas.

En aquel momento se juntó a ellos Wetzel y todos juntos regresaron al blocao. El fuego desde el promontorio había cesado. En las escaleras encontraron a Sullivan, que se dirigía hacia ellos.

-Zane, los indios y los británicos se preparan para un esfuerzo más persistente y más determinado que los que hasta ahora han intentado - dijo Sullivan.

-¿Cómo?

-Sí; en mi bote han encontrado un saco de clavos, han buscado martillos en la cabaña del herrero y están construyendo escaleras portátiles. Si emprenden el ataque todos a la vez y consiguen colocar las escaleras contra la muralla, en menos de diez minutos tendremos el fuerte lleno de indios. Lo único que puede hacerles frente es el cañón; debemos, pues, emplearlo en seguida.

-Clarke, vaya a la cabina del capitán Boggs y traiga dos sacos de pólvora - ordenó Silas.

Y Alfred se volvió en dirección a la cabina, mientras Silas y los otros subían las escaleras.

-Ahora el fuego parece venir todo del lado del Sur -dijo Silas -, y creo que no es tan fuerte como antes.

-Sí; pero eso es porque ahora casi todos los indios están al lado del río ocupados en los planes que le he dicho -contestó Sullivan.

-¿Cómo es que tarda tanto Clarke? -preguntó Silas, después de esperar unos momentos a la puerta de la habitación-. No podemos perder más tiempo; hay que repartir un saco de pólvora entre los hombres...

En aquel momento apareció Clarke respirando pesadamente como si hubiese subido corriendo las escaleras o como si se encontrara bajo la influencia de alguna extraordinaria emoción, con la cara mortalmente pálida.

-¡No encuentro la pólvora! - exclamó -. He buscado por todos los rincones de la casa del capitán Boggs y no hay nada de pólvora allí.

Un breve silencio siguió a las palabras de Clarke. Todos los del blocao oyeron perfectamente lo que acababa de decir y nadie se movió. Todos parecían esperar que alguien hablara. Finalmente, con énfasis indescriptible, Zane exclamó

-¿Que no la encuentra? ¡Usted no debe de haber buscado bien! ¡Si el mismo capitán Boggs me dijo que había tres sacos en el almacén! Voy yo mismo a buscarla.

Alfred no contestó y se dejó caer en un banco con el corazón terriblemente encogido al ver la catástrofe que se avecinaba. Había estado varias veces en casa del capitán Boggs y había visto aquellos sacos de pólvora; sabía perfectamente el sitio donde se encontraban y ahora habían desaparecido de allí y no estaban en el almacén, y mientras permanecía sentado, esperando la confirmación de la horrible verdad que se cernía sobre aquellas gentes; Mis ojos vagaban de un lado a otro por aquella ancha sala hasta que encontraron lo que deseaban. Una muchacha, casi una niña, arrodillada delante de un fuego de carbón, estaba avivando las ascuas con un fuelle; era Betty. La palidez de su rostro indicaba una profunda fatiga; pero a pesar de su cabello desgreñado y de sus brazos ennegrecidos por el humo, su semblante aparecía tranquilo y resuelto. Lydia estaba arrodillada a su lado sosteniendo el molde para fundir balas, encima de un pedazo de madera; Betty sacaba el cazo de entre los carbones ardientes y echaba el metal en el molde con mano firme y admirable precisión. Poco plomo, o demasiado, habría hecho imperfecta la bala que tan justa tenía que ser para aquella clase de armas de cañón liso y de metal tan blando. Después Lydia sumergía el molde en un cubo de agua, lo removía y golpeaba con él el suelo; y una brillante bala de plomo salía rodando, para ser inmediatamente recogida, frotada con un trapo engrasado y guardada en una jarra. Durante más de cuarenta horas seguidas habían estado aquellas muchachas en sus puestos, sin dormir, sin descansar v casi sin comer.

Silas Zane entró corriendo en la habitación; su rostro parecía el de un espectro; incluso sus labios eran blancos.

-¡En nombre de Dios, Sullivan! ¿Qué podemos hacer ahora? ¡¡La pólvora ha desaparecido!! -exclamó Silas con terrible acento.

-¿Desaparecido? - exclamaron varias voces.

-¿Desaparecido? - repitió Sullivan como un eco -. ¿Pero cómo... dónde?...

-¡Dios lo sabe! En el sitio en que estaba hace unos días hay señales en el polvo... Los sacos han sido movidos.

-Quizá Boggs los cambió de sitio y los llevó a otra parte... Podemos buscar -dijo Sullivan.

-¡Es inútil, es inútil! Todos teníamos siempre mucho cuidado de no tocar la pólvora de allí por temor a un incendio. . .

-Miller los robó - dijo Wetzel con su voz tranquila.

-¿Y qué importa eso ahora? - gritó apasionadamente Silas volviéndose al cazador, cuya voz serena parecía indiferente a la angustia de aquellos hombres -. ¡La cuestión es que la pólvora ha desaparecido!

En el silencio sepulcral que siguió a aquellas palabras, aquellos hombres palidecían mientras se miraban unos a otros. No hacían falta las palabras; sus ojos se decían lo que todos sabían que se acercaba. El horrible destino que alcanzara a tantos otros fuertes de la frontera

iba a alcanzarlos a ellos. ¡Estaban perdidos! Y cada uno de aquellos hombres no pensaba en sí mismo, no se inquietaba por su suerte, sino por la de aquellos inocentes niños, por la de aquellas valientes muchachas, por la de aquellas heroicas mujeres.

Un hombre puede morir tranquilamente y se cubre de gloria al caer luchando como un tigre, la espalda contra la pared, con un arma rota en su mano y con su generoso pecho cubierto de sangre. A su vista se llenan de respeto todas las armas, incluso las de sus más feroces enemigos; pero ¿qué pueden hacer las pobres mujeres en tiempo de guerra? Ayudar a los hombres, tratar de endulzar sus penas y de aligerar sus corazones; pero cuando la causa se ha perdido no les queda otro remedio más que aceptar la muerte antes que caer en manos de los vencedores, ya que ellas saben que sus cuerpos constituyen el principal botín de guerra.

No es de extrañar, pues, que Silas Zane y sus hombres flaquearan en aquellos momentos. Con sólo algunas cargas para sus rifles y ninguna para el cañón, ¿cómo podían esperar resistir el ataque de los pieles rojas? Si hubiesen estado solos habrían podido empuñar sus tomahawks v tratar de abrirse camino a través de las líneas enemigas; pero ¿cómo pensar en eso teniendo entre ellos a sus mujeres y a sus hijos?

- ¡Wetzel!... ¿Qué podemos hacer? ¡Por el amor de Dios, aconséjanos! - clamaba Silas con voz ronca -. Sin pólvora no podemos defender el fuerte... no podemos dejar a nuestras mujeres y a nuestros hijos aquí... ¡Antes preferiría matarlos a todos, a que cayeran en las garras de Girty!

-Manda a alguien por pólvora - contestó fríamente Wetzel.

-¿Lo crees posible? -aulló Silas mientras un rayo de esperanza iluminaba sus feroces facciones -. En el almacén de Eb debe de quedar todavía muchísima pólvora; pero... ¿a quién mandaremos? ¡A ver, un voluntario!

Tres hombres se adelantaron mientras otros hacían un movimiento para ofrecerse.

-¡Antes de que cualquiera de vosotros haya dado diez pasos, le habrán acribillado a balazos! -exclamó Wetzel-. Yo mismo iría, pero sé que no serviría de nada. Manda allá algún chiquillo que pueda correr como un rayo.

-No hay ningún chico bastante grande para llevar un saco de pólvora - replicó Silas -. Harry Bennet podría ir; ¿cómo sigue Harry, Bessie?

-¡Ha muerto! -contestó la señora Zane.

Wetzel hizo un gesto violento y se alejó mientras reinaba de nuevo el más absoluto silencio, durante el cual algunas mujeres se cubrieron la cara para esconder las lágrimas. De pronto una voz sonora vibró en la sala del blocao:

-¡Iré yo!

Era la voz de Betty. Al oírla, las mujeres levantaron sus cabezas caídas y se quedaron atónitas contemplando a la muchacha, mientras los hombres la miraban asombrados. Clarke parecía haberse convertido en piedra, y Wetzel se volvía a ella con los brazos abiertos.

-¡Imposible! -exclamó Sullivan.

Y Silas Zane movió negativamente la cabeza mientras
levantaba la diestra extendida como si aquella idea fuese el más enorme de los absurdos.

-¡Déjame ir, hermano, déjame ir! -suplicaba la voz sonora de Betty mientras sus pequeñas manos se colgaban del musculoso brazo de Silas acariciándole -. Yo sé muy bien que hay pocas probabilidades de que me salga con éxito de esa tentativa, pero... ¡déjame que lo intente! ¿No es mejor morir de esa manera que permanecer aquí esperando que venga la muerte por sus propios pasos?

-Silas, el pensamiento de Betty no es descabellado -interrumpió Wetzel-; ella corre como un gamo, tú lo sabes bien; y tratándose de una mujer no me extrañaría que la dejaran llegar a la casa del coronel sin hacerle ni un disparo.

Silas permanecía con los brazos cruzados sobre su robusto pecho, y al contemplar a su hermana, dos gruesas lágrimas resbalaron por sus tostadas mejillas y salpicaron aquellas

diminutas manos que tan tiernamente se cogían a las suyas. Betty, de pie delante de él, estaba transfigurada; todas las señales de cansancio habían desaparecido de su cara; sus ojos brillaban a la luz interior de una resolución fatal y su pálido rostro aparecía iluminado por un destello de esperanza.

-¡Déjame ir, hermano! Tú sabes de qué modo puedo correr y... ¡oh, lo que es hoy, te aseguro que volaré! Vamos, los momentos son preciosos... ¡Quién sabe! Quizás el capitán Boggs está ya cerca con refuerzos... y tú no puedes exponerte a perder otro hombre... ¡Déjame ir!

-Betty, que el cielo te bendiga y te salve: irás - dijo al fin Silas Zane.

-¡Oh, no; no la deje ir! -exclamó de repente Clarke poniéndose frente a ellos con los brazos abiertos, temblando, mirándolos con ojos extraviados y con la expresión del hombre que se ha vuelto repentinamente loco-. ¡Ella no irá!

-¿Qué autoridad tiene usted aquí? -preguntó Silas Zane severamente-. ¿Con qué derecho habla usted así?

-Con ninguno más que con el de que la amo con toda mi alma y de que antes quiero ir yo por ella -contestó Alfred desesperadamente.

-¡Retírese, muchacho! -gritó Wetzel, colocando su poderosa mano en el pecho de Clarke y obligándole a retroceder- Si la ama no puede consentir que se quede aquí aguardando la llegada de los demonios rojos -y movió su brazo en dirección al río-. Si consigue volver, habrá salvado el fuerte, y si muere en el camino, habrá escapado de las manos de Girty.

Betty miró al cazador y después a Alfred, y comprendió a ambos. Uno la mandaba que fuera a la muerte porque sabía que ésta sería mil veces más benigna que el destino que le habría esperado en manos de los indios. El otro no tenía valor para ver cómo iba a la muerte y se ofrecía a sí mismo antes que ver como iba ella.

-Ya lo sé -dijo Betty sencillamente-; los dos me salvaríais si estuviera en vuestras manos. Ahora no podéis hacer nada más que rogar a Dios para que me permita regresar a la muralla con la pólvora. Silas, estoy a punto Un instante después, un grupo de hombres de cara pálida iba escaleras abajo y se dirigía a la puerta de la muralla. Silas Zane había levantado la barra de hierro; Sullivan estaba a punto de abrir la pesada puerta y Wetzel hablaba con un claridad y rapidez maravillosas.

-Al salir fuera de la muralla-decía el cazador a la muchacha-tendrá que recorrer un pedazo de sendero descubierto: corra, pero no demasiado; vale más que economice las fuerzas para la vuelta. Dígale al coronel que vacíe un saco de pólvora en un mantel; se lo echa usted a la espalda y se vuelve corriendo. Betty, corra usted coma cuando hacía carreras conmigo; y procure ocultarse tanto como pueda. Ahora, vaya.

Los goznes de la enorme puerta chirriaron al abrirse hacia dentro y Betty salió corriendo como una flecha mirando recto hacia delante. Había recorrido ya la mitad de la distancia cuando una ensordecedora gritería se levantó entre los salvajes.

-¡Squaw... waugh ! ¡Squaw... waugh! - aullaban despreciativamente los pieles rojas, sin disparar un tiro.

Aquellos aullidos fueron repetidos por todo el frente hasta el río, revelando que centenares de indios habían distinguido la ligera figura de la muchacha remontando velozmente la colina en dirección a la casa del coronel Zane. Betty siguió fielmente las instrucciones que Wetzel le diera; corrió con facilidad, sin apresurarse, y tan serena como si no hubiera indios en muchas millas a la redonda.

El coronel vió asombrado cómo se abría la puerta de la muralla y cómo Betty salía por ella y se dirigía corriendo hacia la casa; bajó rápidamente las escaleras y en el momento de franquearle la puerta, su hermana se echó en :sus brazos.

-¡Betty, por amor de Dios! ¿Qué es esto?-le preguntó azorado.

-¡Que no tenemos pólvora! ¡De prisa! ... Vacía un saco en un mantel; no puedo perder ni un segundo-. Y mientras decía esto se quitó la falda de encima para que nada pudiera entorpecer la carrera que iba a emprender hacia el blocao.

Jonathan Zane, que haoído las palabras de su hermana, fue rápidamente al cuarto-almacén y salió con un saco en brazos; lo apoyó encima de la mesa, lo rajó de un hachazo y en un abrir y cerrar de ojos un negro montón del precioso material aparecía sobre el mantel, cuyas esquinas fueron recogidas y cuidadosamente atadas. Una vez asegura el lío en las espaldas de Betty, el coronel abrió la puerta, exclamando

-¡Valiente muchacha!... ¡Vive Dios, que vas a conseguirlo! Ya sé yo que puedes... pero corre como nunca hayas corrido en tu vida.

Betty salió de la puerta de su casa como una flecha al partir del arco; y apenas había recorrido diez metros de los centenares que tenía que-recorrer, los espantosos alaridos de los pieles rojas le dieron a entender que habían descubierto el bulto que llevaba a cuestas, comprendiendo que habían sido burlados por una chiquilla. El traqueteo de los rifles que en aquel momento empezara entre los peñascos' vecinos a la casa del coronel Zane, pronto se extendió hacia el bosque. Los plúmbeos mensajeros de la muerte silbaban al paso de la muchacha, ya delante de ella, ya detrás; rebotando contra las rocas y guijarros, levantando nubes de polvo y abriendo pequeños surcos en el suelo... ¡La cuarta parte de la distancia había sido cubierta! Ahora Betty había alcanzado ya la cima del pequeño promontorio y bajaba por el suave declive con la ligereza del viento. Nadie sino un tirador extraordinario podía hacer blanco en aquella pequeña figurilla voladora. Los alaridos de los pieles rojas se habían hecho, en tanto, horriblemente ensordecedores, y el ruido de sus disparos iba a aumentar aquel horrísono fragor. No obstante, por encima de aquel espantoso ruido. Betty oía la potente voz de Wetzel que la animaba y parecía hacerle salir alas en los pies. ¡Ya había cubierto más de la matad del camino! De pronto sintió en el brazo un dolor caliente y punzante a la vez; pero no le hizo caso. Las balas rebotaban en su derredor, silbaban sobre su cabeza, zumbaban cerca de sus oídos y parecían rayar la hierba delante de sus pies, golpeando la pared de la empalizada como el granizo; y aquella delicada muchachita volaba hacia aquella puerta, detrás de la cual la esperaban con tal angustia. Ya había recorrido más de las tres cuartas partes de su camino cuando un mechón de su pelo voló por los aires llevado por una bala enemiga, y se quedó flotando a merced de la brisa. En aquel momento, Betty vió que la puerta de la muralla se entreabría de nuevo y aparecían en ella Wetzel y su hermano... Sólo le faltaban unos metros más... ¡Adelante!... ¡¡Adelante!!... Un velo encarnado oscureció sus ojos y borró de su vista la puerta de la muralla que unos segundos antes viera tan claramente; pero continuó corriendo a ciegas. Un momento después sintió que tropezaba y caía, al mismo tiempo que unos brazos pronto la recogían. Oyó todavía chirriar los goznes de la puerta y el ruido de la barra de hierro al caer en su sitio; después.... ya no oyó ni sintió nada más.

Silas Zane corrió escaleras arriba con una carga doblemente preciosa en sus brazos; y una loca gritería de entusiasmo acogió su llegada a la gran sala del blocao y volvió en sí a Alfred Clarke, quien había caído sentado en un banco, perdiendo en absoluto la noción del tiempo y del lugar en que se hallaba. ¿De qué sollozaban aquellas mujeres? ¿De quién era aquella cara blanca? ¿No era la de la mujer a quien él amaba, la de aquella que había ido a la muerte y por la agonía de la cual se sentía morir? En aquel momento sucedió algo maravilloso. Un vivo rubor tiñó aquellas pálidas mejillas; aquellos párpados entornados se abrieron y aquellos ojos oscuros, radiantes, profundos, miraron fijamente los de Alfred, quien no acertaba a explicarse lo que veía. Aquella cara pálida y aquellos maravillosos ojos, ¿no serían del espectro de su amada que iba a visitarle después de su muerte? En aquel momento Alfred percibió perfectamente una voz muy clara que, en tono plañidero, exclamaba:

-¡Ay, cómo me duele este punto amoratado!

Unos momentos después aquella misma voz reía y lloraba a la vez de alegría y hablaba con el entusiasmo de quien vuelve a la vida cuando se ha visto al borde de la muerte. Como movido por un resorte, Alfred recobró su uso de razón, empuñó un rifle y de un salto se arrodilló al lado de una aspillera mientras sus labios murmuraban, como una oración, el nombre de la mujer amada.

La verdad es que no eran tiempos aquellos para la inacción. Los indios comprendieron que se les había escapado una buena oportunidad y se lanzaban rabiosamente al ataque para tratar de llevar a cabo lo que habían proyectado durante aquella tregua relativa. Por todos los lados del fuerte se veían grupos de pieles rojas que se aprestaban al asalto con la furia desesperada del que ve escapársele la victoria cuando ya casi la tocaban con la mano, v por todos lados fueron recibidos con un fuego mortal. Rugió el cañón y el grupo más numeroso dejó caer las escaleras de mano y huyó a la desbandada, dejando en el sitio numerosos muertos y heridos. El pequeño bulldog giró sobre su plataforma y fue apuntado hacia otro grupo cuyo ataque se hacía peligroso; re tumbó de nuevo y su metralla destruyó casi por completo aquel destacamento.

Aquel puñado de hombres, cuyos ánimos empezaron a decaer, gracias al heroísmo de aquella muchacha fueron más allá de su propio valor y lucharon con una fe y con un entusiasmo desconocidos hasta entonces. Cada disparo era la muerte de un enemigo; cada bala, impelida por aquella pólvora por la cual una muchacha valiente había ofrecido el sacrificio de su vida; cada bala, guiada por las manos y los brazos de aquellos héroes, salía de la boca del rifle para ir a alojarse en la cabeza o en el corazón de un piel roja.

Ante la violencia y la efectividad de aquel fuego mortífero, los salvajes tuvieron que ir retrocediendo, centímetro tras centímetro. Girty ya no fue visto de nuevo entre las filas enemigas. Luego, el jefe Shawnee yacía muerto casi en el mismo sitio en donde, dos días antes, cayera su hermano el Zorro Rojo para no levantarse jamás; y cuando llegó la noche, los exhaustos y casi hambrientos sitiadores no buscaron más que descanso y alimentos.

La luna apareció reluciente y clara, como si se hubiera arrepentido de la traidora parte que tomara en los acontecimientos de la noche anterior, y alumbró el valle y bañó el fuerte, el río y el bosque con su plateada luz.

Al día siguiente, apenas clareó el alba, los indios iniciaron un leve tiroteo y, desconfiando ya del éxito, se agruparon, completamente a la vista del fuerte, como si trataran de la conveniencia de levantar el sitio, cuando el agudo y prolongado grito de un vigía indio anunció la llegada de una columna de refuerzos para el fuerte; y apenas cesó de resonar por el valle el peculiar aullido, indios y británicos iniciaban la retirada hacia el río, abandonando los cadáveres en el campo de batalla.

Después de un corto intervalo se vió galopar por el camino del remanso una columna de setenta hombres, con el capitán Boggs, Swearengen y Williamson a la cabeza; y ¡que inmensa alegría experimentaron unos y otros al verse.

El capitán Boggs creía encontrar sólo las cenizas humeantes del fuerte y se encontraba con aquel puñado de héroes que había visto caer uno a uno la mitad de sus compañeros; pero que podía enorgullecerse de haber repelido y derrotado a las fuerzas unidas de los guerreros Delawares y de los guardias británicos.

XV

La paz y la tranquilidad reinaron una vez más en Fuerte Henry .

Antes que los gloriosos días de otoño llegaran, los colonos habían reparado los desperfectos causados en sus cabañas por los pieles rojas, y muchos de ellos estaban ya dedi-

cándose de lleno a las tareas pacíficas de la labranza. jamás había el fuerte presenciado días tan ocupados. Numerosas caras nuevas fueron vistas los domingos en la iglesia; eran pioneers de Virginia, de Fuerte Pitt v de diversos puntos del Este, los cuales, al enterarse de que Fuerte Henry había rechazado y derrotado a los indios y al ejército que el gobernador Hamilton formara con sus lindos soldados para ir conjuntamente contra ellos, habían ido a establecerse en la colonia del coronel Zane, por considerarla más segura que aquella en que se encontraban.

Nuevas cabañas se levantaron en la falda de la colina y, poco más tarde, ofrecía ya el aspecto de una pequeña ciudad, mientras el golpear de los martillos, el ruido de los hachazos y el crujido de los formidables álamos o pinos al caer no dejaban de resonar en todo e día.

El coronel Zane se sentaba ahora más a menudo, y durante más largos ratos que antes, en el umbral de su puerta, su lugar favorito. Aquella tarde acababa de llegar a su casa después de una dura jornada en su campo y se sentó un rato al fresco antes de ir a cenar. Hacía algunos días que Isaac Zane y su esposa Myeerah habían traído un tratado de paz firmado por Tarhe y por todos los jefes Wyandots, y la en otros tiempos implacable tribu Hurón se disponía a ser la mejor amiga de los rostros pálidos. El coronel Zane y sus hermanos habían firmado el tratado y Betty, a fuerza de ruegos y de sermones, había conseguido que Wetzel enterrara para siempre el tomahawk que en otros tiempos levantara contra los Hurones. He aquí, pues, que el amor de Myeerah, como el amor de tantas otras mujeres, había conseguido lo que no pudieron tantos años de guerra y tantos torrentes de sangre.

Aquella franca y feliz sonrisa no abandonaba nunca, ahora, el rostro bondadoso del coronel Zane; y cuando contemplaba la llegada o la partida de las balsas por el río, cargadas de mercancías, y la vida y la animación que reinaban en la colonia, un destello de orgullosa satisfacción relucía en sus ojos oscuros. La profecía que doce años antes hiciera se veía cumplida; su sueño se había convertido en realidad; aquel salvaje y hermoso lugar en donde él había construído una choza de corteza de abedul y en donde acampó durante medio año sin ver ni un sólo hombre blanco, era ahora el escenario de una floreciente colonia la cual confiaba ver convertida en ciudad prospera antes de sucumbir bajo el peso de los años. Él no había pensado nunca en los miles de acres de aquellos terrenos que un día le harían inmensamente rico; le cabía el honor de haber descubierto aquel hermoso país y de haber vencido todos los obstáculos, y ello era suficiente para hacerle feliz y contento.

-Papá, ¿cuándo seré bastante grande para luchar con los búfalos y con los pieles rojas? -preguntó Noah, dejando sus juegos y saltando a las rodillas de su padre.

-¡Pero, chico! ¿Todavía no has tenido bastantes indios durante estos últimos tiempos?

-¡Papá, si no pude ver ninguno! Sólo pude oír los disparos y los gritos que daban. Sammy estaba muy asustado, pero yo no; y hasta quise asomarme por los aguieritos del cuarto oscuro de arriba; allí donde nos encerraron.

-Si ese niño crece con las aficiones de Jonathan y de Wetzel, te aseguro que va a ser mi muerte -dijo la esposa del coronel al oír la charla de su hijo.

-No te apures, Bessie. Cuando Noah sea un hombre, los indios ya se habrán ido muy lejos.

En esto, el coronel Zane oyó el galope de un caballo; levantó la vista y al ver venir a Alfred Clarke por el camino, montando su negro caballo de pura sangre, se levantó y fue a su encuentro.

-¿Qué hay de bueno, Alfred? ¿Viene usted de dar un paseíllo?

-Sí; he querido dar a Roger un poco de ejercicio; le hacía mucha falta.

-¡Ah, qué magnífico animal tiene usted! Nunca se cansaría de verle correr... ¡Nada, que es la mejor pieza de este lado del río! Y dígame, ¿cómo es que desde el sitio del fuerte se le ha visto tan poco por aquí? Ya supongo que debe de haber estado usted muy ocupado arre-

glando y remendando sus armas y sus cosas, y eso es lo que tienen que hacer los jóvenes; pero... ¡vamos!, tiene que venir a vernos a menudo.

-Ya he probado a venir, coronel; pero usted sabe lo que me ocurre... con Betty. Coronel Zane, yo... yo la amo... ¡y eso es todo!

-Sí, lo sé, Alfred; y no me admiro de sus temores. Usted, Clarke, me ha gustado siempre; se lo digo francamente; ,y me parece que ya es hora de que me decida a poner palos en su rueda de la fortuna. Si mi hermana. Betty se interesa por usted (y tengo una idea bastante aproximada de que así es), desde ahora le digo que se la concederé por esposa.

-Pero... coronel Zane; es que yo no tengo nada; lo abandoné cuando dejé mi casa.

-Muchacho, eso no importa lo más mínimo -replicó el coronel con dignidad -. Aquí no son riquezas lo que necesitamos, sino brazos fuertes y corazones honrados y de buena voluntad, y de todo eso a usted no le falta. ¡Eso es lo que me basta, tanto para mí como para mi gente! En cuanto a terrenos... ¡vaya, tengo bastantes para usted... y quiero darlos muy baratos! ¿Ve usted la isla? Pues se la compré a Cornplanter. En cuanto usted quiera será de usted... y si le gusta más cualquier otra extensión de tierra a lo largo del río, no tiene más que decírmelo. Por otro lado, había pensado para más adelante ponerle al frente de mis hombres para abrir el camino hasta Maysville, y en esas obras habrá trabajo para algunos años... ¡Oh, tengo trabajo abundante para usted, Alfred!

-Coronel Zane -contestó Alfred profundamente emocionado -, no sé cómo agradecerle lo que por mí hace... Yo le aseguro que sabré merecer su amistad y su estimación. Así, pues, le agradeceré que me haga el favor de decir a su hermana que mañana por la mañana iré a su casa y quisiera hablar un momento a solas con ella.

-Así lo haré, Alfred. Buenas noches.

El coronel Zane atravesó el umbral de la puerta con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Le gustaba mucho bromear y chancear, y no dejaba escapar nunca la oportunidad que para ello se le presentara.

-¡Bueno! -murmuró entre dientes-. Todo va por muy buen camino. Ahora nos divertiremos un poco con... ¡Su Alteza!

Al entrar en el comedor se ofreció a sus ojos la inefable escena de su hogar y sintió que todos sus anhelos en esta vida se veían satisfechos. Los niños estaban jugueteando con un pequeño cachorro lanudo que había venido a ocupar la plaza que Tige dejara vacante. Su esposa estaba canturreando mientras mecía dulcemente la cuna en la que dormitaba pacíficamente aquella pizca chiquitina de humanidad, mientras Annie empezaba a poner la mesa para la cena. Isaac se había dormido en el camastro, con una sonrisa de satisfacción en los labios, y Betty estaba leyendo un libro a Myeerah, cuyos ojos resplandecían con éxtasis mientras apoyaba su cabeza en el hombro de su hermana, la voz queda de la cual escuchaba con avidez.

-¡Bueno, Betty! ¿Qué es lo que piensas? - exclamó el coronel Zane, plantándose delante de las muchachas con los brazos cruzados.

-¿Qué es lo que pienso? -replicó Betty, amoscada -. Pues pienso que eres muy descortés en venir a interrumpirme, estando como estoy leyendo la primera novela a Myeerah.

-Pues tengo un recado muy importante para ti.

-Para mí? ¿Qué es? ¿De parte de quién?

-Adivínalo.

Betty fue enumerando la lista de todas sus relaciones v amistades, después de cada uno de cuyos nombres su hermano movía negativamente la cabeza.

-¡Ah, bueno! -exclamó al fin la muchacha ruborizándose repentinamente-. ¡No me interesa!

-¿Que no te interesa? Pues bien; no diré ni media palabra más.

En aquel intermedio, Annie les anunció que la cena estaba servida.

Más tarde, cuando el coronel Zane se sentó a fumar en el umbral de la puerta, Betty se sentó a su lado y descansó la cabeza sobre su hombro. El coronel advirtió al punto la maniobra; sonrió satisfecho, pero continuó fumando sin decir palabra. Aquella linda cabecita estaba barruntando sin descansar. Por fin, con voz suplicante y trémula, murmuró

-Eb... dame el recado.

-¿Recado? ¿De qué recado me hablas? -preguntó con fingida sorpresa el coronel.

-¡Anda, no me impacientes! Dímelo en seguida...

Aquella voz dulzona y suplicante tocó el corazón bondadoso de su hermano.

-¡Bueno, pues te lo diré! -contestó después de un breve silencio-. El caso es que esta tarde cierto muchacho me ha preguntado si consentiría yo en que él me relevara de la responsabilidad de cuidarme de... cierta joven...

-¡¡Oh!!

-Espera un momento. Yo le contesté que estaría encantado de semejante relevo...

-¡Eb, eso fue muy poco amable!

-Luego me pidió que comunicara a la interesada que él vendría mañana a casa para ajustarlo con ella...

-¡Oh, eso es horrible! - exclamó con indescriptible acento -. ¿Pero fueron ésas sus palabras?

El coronel Zane la miró un momento sonriendo v después contestó

-Betty, si he de decirte la verdad honrada, te diré que el muchacho no dijo gran cosa de nada. Me dijo... "¡La amo!", y sus ojos relampaguearon.

Betty profirió un grito inarticulado y huyó corriendo hacia su cuarto con el corazón terriblemente revuelto. ¿Qué podría hacer? Ella sintió que si se veía obligada a mirarse cara a cara en los ojos de su amado, no tendría fuerzas para resistirlo. ¿Cómo osaría ella aceptar la obligación de verse tan débil? Al darse cuenta de que aquello tocaba al fin y de que ya no le sería posible engañarle por más tiempo, sintió en el corazón una agitación loca, más fuerte que su resistencia, una exquisita agonía; el dulce, inefable, tumultuoso y ciego transporte de la mujer que ama y es amada.

-¡Qué te parece eso! -exclamó el coronel entrando en la cocina un poco de mal humor-. A ver qué es lo que opinas, Bess. Acaba de llegar Clarke y de preguntar por Betty; yo la llamo y ella baja en seguida, con un aire tan dulce y tan frío como un lirio de primavera; y al verle exclama: ¡Ah, es usted, señor Clarke! Pero si casi no le conocemos; nos alegramos mucho de verle por aquí. Todos estamos muy contentos de saber que está ya repuesto de sus quemaduras... Y ha seguido (hablando al muchacho en ese tono, como si el chino no le interesara ni medio pepino. ¡Y ella sabe tan bien como yo el motivo de la visita del muchacho, Bessie! No sólo eso, sino que ella ha estado durante todos estos meses rompiéndose el corazón por él. Y... ¡vamos a ver! ¿Cómo se atreve ahora a hacer eso? ¡Oh, vosotras, las mujeres, sois capaces de abatir el corazón más animoso!

-Pero... ¡qué tonto estás! ¿Acaso esperabas que Betty iría volando hacia él y se dejaría caer en sus brazos? -preguntó indignada la esposa del coronel.

-No esperaba eso precisamente; pero se ha comportado con él demasiado fríamente; demasiado... como una amiga. ¡Pobre Alfred! Tenía el aspecto de no haber dormido en toda la noche; estaba nervioso y espantado como si fuera a la muerte. Pero en cuanto Betty ha subido escaleras arriba para buscar un pañuelo para irse con él a dar un paseo... le he puesto una chinche en el oído a Alfred. ¡Ya se saldrá con la suya si sigue mi consejo!

-¡Hum ! -exclamó la señora Zane -. Y vamos a ver, ¿qué le ha dicho el señor coronel Ebenezer Zane a Clarke?

-¡Oh, poca cosa! Le dije sencillamente que no perdiera los ánimos; que una mujer no significa nunca una negativa y que muy a menudo dice "que no" cuando está pensando "que sí"; y acabé recomendándole que si la niña se pone terca, como ocurre algunas veces... que empleara bien... la fuerza de sus brazos; ¡ése es mi sistema! -y acompañó sus palabras con un expresivo gesto.

-¡Coronel Zane! -contestó indignada su mujer-. Si mal no recuerdo, usted se comportaba tan humilde y tan suplicante como pueda desear la más orgullosa de las muchachas. Delante de mí usted parecía... ! una gallina mojada!

-¿Yo suplicante y humilde? ¡¡Nunca!!

-Bien; yo espero que Alfred se comportará bien; es un muchacho que me gusta, pero tengo miedo de Betty; tiene un carácter tal, que es capaz de rehusarle por el simple hecho de que haya empezado a construirse la casa ante: de obtener su consentimiento.

-¡Qué tontería! Pero si él ya le hizo indicaciones hace mucho tiempo. No temas, Bess; ya verás como, si sigue mis consejos, nuestra hermana volverá sumisa como un cordero.

Entre tanto, Betty y Alfred iban por el viejo sendero hacia el río. El aire fresco de octubre parecía traer ligeramente la sospecha de hielos y nieves lejanas. Las claras notas de un cuerno de caza resonaban por las colinas y parecían flotar en el ambiente, mientras una bandada de gansos se posaba en el suelo cenagoso del extremo de la isla sin cesar de graznar. Las azuladas colinas que recortaban el horizonte, los bosques encarnados y los prados rojizos estaban en el apogeo de su belleza otoñal. No tardaría el septentrión de noviembre en desnudar de sus hojas a los árboles y en inclinar las orgullosas cabezas de las floridas mayas y las varas doradas de los juncos; pero ahora el sol lucía con triunfante esplendor, y árboles y flores se balanceaban gloriosos a los destellos de su luz radiante.

-Veo que todavía cojea-iba diciendo Betty -; luego no está usted del todo bien de sus quemaduras.

-¡Oh, sí, estoy perfectamente, muchas gracias! - replicó Alfred-. Ahora que, como las quemaduras de este pie fueron bastante fuertes, todavía está algo tierno.

-También le ha tocado a usted su parte en todas esas calamidades -continuó la muchacha -. Oí decir a mi hermano que, en un año, había sido herido tres veces.

-¡Cuatro veces, Betty!

-Jonathan me contó la herida del hacha; luego la puñalada de Miller y finalmente las quemaduras del fuerte... Así son tres, ¿verdad?

-Sí, pero ¿ve usted? Las tres juntas no pueden compararse con la que usted olvida de mencionar.

-Pasemos de prisa por aquí -dijo Betty tratando de cambiar el curso de la conversación -. En este sitio fue en donde tuvo usted la terrible lucha con Miller...

-Sí; Miller fue a juntarse con Girty, y en cambio, no vino con el renegado a sitiar el fuerte; eso me hace pensar que quizás esté ya muerto. Naturalmente, no sabemos que eso sea un hecho cierto; pero hay algo que me hace pensar así. Jonathan y Wetzel no han dicho nada y no puedo tener completa satisfacción sobre este asunto; sin embargo, yo sé que ninguno de los dos descansaría hasta que Miller hubiese muerto.

-Tiene usted razón... pero ¡quién sabe si nunca lo sabremos! Lo único que puedo asegurarle es que Wetzel y Jack siguieron la pista de Miller, y los dos volvieron hace ya mucho tiempo. Yo fui la última que vió a Lewis aquella noche, antes de que se fuera a seguirle la pista, y no es probable que en mi vida pueda olvidar lo que Lewis me dijo y el aspecto que tenía. Miller era un hombre perverso... ¡un traidor!

-Era un mala sangre y, no obstante... todo le salía bien. No me cabe la menor duda de que si él se hubiese abstenido de tomar parte en el concurso de tiro, habría conseguido raptar a usted, matarme a mí y conducir a Girty aquí mucho antes de lo que todos esperábamos.

-Hay muchas cosas que nunca podremos explicarnos. ¿Cómo consiguió amarrar a Tige?

-A mi modo de ver no es tan fácil eso como trepar hasta mi cuarto y apuñalarme, o robar la pólvora del cuarto del capitán Boggs.

-¡Oh! Lo que es eso último, por lo menos me dio ocasión de ser útil a todos los del fuerte -replicó Betty irónicamente.

-¡Es lo más grande que ninguna mujer haya hecho en el mundo! -murmuró quedamente Alfred.

-¡Oh, no! Si no hice nada más que correr.

-Yo habría dado un mundo por ver a usted, pero me quedé en el banco sin desear nada más que la muerte y sin tener valor ni para asomarme a una aspillera... ¡Oh, aquel tiempo horroroso! ¡En mi vida podré olvidarlo! Ahora todavía, durante la noche, despierto, oigo los chillidos y los disparos... después sueño que corro por encima de los tejados ardiendo, y todo se vuelve tan real que siento el chasquido de las llamas y el crujir de la madera y de los leños en ascuas. Después, cuando despierto, pienso en aquel terrible momento en que fue usted llevada al interior del blocao tan blanca que yo creí que estaba muerta.

-¡Pero no lo estaba!... Bien; me parece que lo mejor que podemos hacer es olvidar todos los detalles de aquel sitio tan horrible. Es un verdadero milagro que todos nosotros hayamos escapado de él; pero... ¡ya está pasado! Ebenezer dice que no debemos torturarnos por los que se han ido. Fueron héroes y ellos salvaron el fuerte y nuestras vidas. Ahora asegura que ya no volveremos nunca a vernos molestados por los pieles rojas y, por consiguiente, que tenemos que olvidarlo todo y ser felices. Yo, por mi parte, he olvidado ya completamente a Miller, y usted puede esforzarse en hacer lo mismo.

-Sí, ya le olvido -contestó quedamente Alfred. Y después de un largo silencio continuó-: ¿Quiere usted que lleguemos allá abajo, hasta el viejo sicómoro?

Y fueron bajando por el sinuoso sendero. Al llegar a un mal paso entre las rocas de la orilla, Alfred saltó v se volvió rápidamente para ayudar a Betty; pero ella esquivó su mirada y, como si no hubiera visto las manos que Alfred le tendía, saltó ligera a un lado dejándole y echando a correr hasta la orilla del estanque antes de que él tuviera tiempo de decirle ni una palabra. Él la siguió despacio y pensativo; había llegado el momento supremo y no podía de ningún modo sentir la confianza que el coronel Zane tratara de inspirarle. Para él había sido fácil pensar en subyugar a aquella muchacha imperiosa; pero ahora que había llegado el momento de poner a prueba su voluntad, notaba que había olvidado completamente lo que había pensado decirle y pesaba tanto en su corazón el amor infinito que por ella sentía como el espantoso miedo de perderla para siempre.

Cuando llegó al sicómoro encontró a Betty sentada a su sombra con un ramo de lirios amarillos en la falda. La miró consciente de que todas sus esperanzas de felicidad dependían quizá de las primeras palabras que pronunciara. Ella, con sus diminutas manos morenas, arreglaba nerviosamente las flores.

-¿Verdad que son preciosas? -preguntó Betty dirigiéndole una rápida mirada-. Nosotros las llamamos «susanas de ojos negros"... ¿Ha visto usted nunca ninguna flor de un color más adorable que éste?

-Son hermosísimas -asintió Alfred mirándola a los ojos.

-Pero... si ni las ha mirado siquiera -dijo Betty bajando la vista.

-Sí, las he mirado, Betty... ¿Se acuerda usted? Hace un año que también vinimos a este sitio.

-¿Aquí? ¡Ah, sí; me parece recordar! Fue aquel día en que vinimos en mi canoa e hicimos una pesca maravillosa...

-¿Es eso todo lo que usted recuerda?

-No recuerdo nada más de particular... ¡Hace tanto tiempo! ...

-Supongo que no pretenderá usted hacerme creer que no tiene ninguna idea del motivo por el cual he querido venir precisamente a este sitio...

-He pensado que querría usted dar un paseo y... como este sitio es muy agradable...

-Entonces su hermano, el coronel Zane, ¿no le había dicho a usted nada? -preguntó Alfred. Y viendo que no obtenía contestación alguna, murmuró -: ¿Leyó usted mi carta?

-¿Qué carta?

-La que el viejo Sam tenía que haberle entregado el otoño pasado; ¿la leyó usted?

-Sí... sí-contestó Betty lánguidamente, ruborizándose.

-¿Y no le dijo su hermano que esta mañana yo quería hablar a solas con usted?

-Sí... me lo dijo, y... me disgustó mucho - contestó Betty levantando la cabeza y mostrando sus mejillas rojas
como la grana -. Usted... usted parece que... pensaba que yo... ¡bueno, no me gustó!

-¡Ya comprendo, Betty! Sólo que se equivoca por completo; yo nunca he creído que usted se interesara lo más mínimo por mí. Ninguno de mis ensueños, ni aun los más desordenados, me dieron nunca la menor confianza en ese sentido. El coronel Zane y Wetzel tenían una noción completamente engañosa de que usted se interesaba. ..

-¡Ellos no tienen ningún derecho a decir ni a pensar eso! - replicó Betty con violencia, poniéndose en pie y dejando caer el manojo de lirios sobre el mullido césped -. Todo cuanto ellos pudieran presumir con referencia a mi interés por usted era completamente absurdo. ¡Nunca les di motivo alguno para pensar así, porque... porque yo... no me he interesado nunca!

-Está bien, Betty - contestó Alfred con voz aparentemente tranquila y ligeramente fría -. Entonces no hay que hablar ni una palabra más y siento mucho haberla molestado. La verdad es que he sido muy loco, pero yo le prometo que no tiene usted que temer que vuelva a molestarla nunca más. ¿Vamos? Me parece que deberíamos volver a casa.

Y se volvió y echó a andar despacio en dirección al sendero. Había dado media docena de pasos cuando ella le llamó

-¡Oiga, señor Clarke!

Alfred se volvió, retrocedió algunos pasos y se detuvo delante' de ella. Betty estaba completamente transfigurada. Su altivez había desaparecido como por encanto, su cabeza permanecía inclinada v con la vista baja, mientras sus diminutas manos apretaban nerviosamente su pecho.

-Diga -exclamó Alfred después de un momento.

-Es que... ¿Por qué tiene usted tanta prisa... en volver a casa? -murmuró Betty embarazosamente.

-Porque ya sé todo cuanto quería saber; y luego... porque se me antoja que mi compañía no puede serle muy agradable. Me voy; ¿viene usted?

-Es que no quise decir... precisamente... precisamente lo que dije...

-Entonces, ¿qué quería decir? - preguntó Alfred con voz severa.

-No sé... ¡Por favor, Alfred, no me hable así!

-Betty, perdone mi rudeza, pero ¿puede usted pensar que un hombre, sintiendo lo' que en estos momentos siento yo, pueda permanecer y contestar tranquilo y sereno? Usted sabe que yo la amo y no puede ya engañarme por más tiempo; usted no puede luchar ya ni un momento más.

-Pero... si no quiero... luchar...

-¡Míreme! -exclamó de pronto Alfred cogiéndole las manos-. ¡Déjeme ver sus ojos! Yo estoy convencido de que usted se interesa por mí, porque si no fuera así no me habría llamado ahora... ¡Yo la amo! ¿Puede usted comprender eso?

-¡Sí... puedo!... -murmuraba la muchacha con torpeza-. ¡Pero... me parece que tendría usted... que amarme muchísimo... para recompensar todo cuanto me ha hecho sufrir!

-¡Betty, míreme!

La chiquilla levantó lentamente la cabeza y sus profundos ojos negros, traidores, no pudieron ocultar por más tiempo su secreto. Con un grito loco de alegría, Alfred la cogió entre sus brazos; ella intentó ocultar la cara en su pecho, pero él le puso la mano debajo de la barbilla y la sostuvo firmemente. ¡Aquellos dulces labios, rojos como cerezas, estaban tan cerca de los suyos! ... Alfred bajó poco a poco la cabeza y Betty, sofocada, angustiosamente, cerró los ojos murmurando

-¡Alfred... por favor... eso no está bien!... ¡Oh!... Aquel beso fue la ruina de Betty. Profirió un suave chillido, más bien un suspiro, y luego su oscura cabeza encontró un pequeño rincón en donde esconderse encima del corazón de su amado. Aquella fierecilla que unos momentos antes resistiera con tal orgullo, estaba vencida para siempre al influjo de aquel estrecho abrazo.

-¡Betty! -susurró Alfred con los labios pegados a aquella cascada de pelo negro como la noche, que caía ondulante sobre su pecho -. ¿Te atreverías a decir ahora que no te interesa mi amor?

Las manos de la muchacha se apoyaron suavemente en el pecho de Alfred para apartarse un momento; después levantó su cara teñida de grana y anegada en lágrimas y, con labios temblorosos y los ojos brillantes, contestó

-Alfred... te amo, ¡te amo con todo mi corazón! ¡Nunca lo supe como hasta ahora!

Las horas volaron con pasmosa rapidez, hasta que el prolongado tañido de la campana de la hora de comer despertó de su ensueño a los dos amantes y les devolvió la noción de que en el mundo había otros seres además de ellos. Emprendieron el regreso por el viejo sendero, pero nunca como ahora les había parecido tan hermoso. Andaban cogidos de las manos, y al llegar a la cumbre del promontorio volvieron la vista hacia atrás, como para cerciorarse de que no estaban soñando. El agua, al caer en la cascada, murmuraba ahora más melodiosa; la blanca espuma flotaba en el cristal sombrío del estanque, en cuyas aguas mansas se reflejaba el frondoso sicómoro dulcemente mecido por el céfiro perfumado de otoño, mientras un picamaderos de pintadas plumas martilleaba industriosamente las altas ramas de su copa.

-Antes de que perdamos de vista este lugar y ese viejo árbol, testigo mudo de nuestros amores, quiero hacerte una confesión -murmuró la muchacha tirando, nerviosamente del fleco de la guerrera del amado.

-No necesitas hacerme confesión alguna-replicó cariñosamente Alfred.

-Pero ésta... ¡es espantosa! Pesa de un modo atroz sobre mi conciencia...

-Pues venga... yo seré tu juez. Ya te anuncio que el castigo será bien ligero.

-Pues un día, cuado tú estabas postrado sin conocimiento, a causa de tu herida, Bessie me mandó que fuera a velarle. Estuve cuidando de ti durante unas horas, y... y... ¡no pienses mal de mí!, ¿eh?... ¡Te besé!

-¡Mi tesoro! -exclamó el muchacho en un transporte de ternura.

Cuando llegaron al poblado encontraron al coronel Zane en el umbral de la puerta.

-Pero... ¿en dónde os habéis metido, muchachos? -exclamó al verles llegar-. Hasta ahora ha estado aquí Wetzel. Acaba de marcharse al bosque y me ha dicho que no quería veros... En este mismo momento acaba de perderse detrás de aquellos laureles.

La pareja se volvió hacia el punto que el coronel les indicara y vieron todavía asomar la gigantesca figura del cazador por entre aquellos matojos. Se detuvo un instante
y se apoyó sobre su rifle; permaneció inmóvil por unos momentos y finalmente saludó con la mano y se internó en la espesura. Betty sonrió tristemente mientras Alfred murmuraba

-¡Pobre Wetzel! ¡Siempre lo mismo; ni un solo día de descanso en sus merodeos!

- ¡ Eh! ¿Qué hay por ahí? - exclamó alegremente una voz conocida.

La alegre pareja se volvió y vieron aparecer sonriente la cara alegre y franca de Isaac y, sobre su hombro, la de Myeerah, iluminando sus almas con su dulce sonrisa.

-¡Vamos, Alfred; usted sí que puede decir que es un perro afortunado! Pero ya puede darnos las gracias a Myeerah y a mí, porque si no llego yo a dejarme pescar por usted en el río, no habría usted tenido la oportunidad de gastarme esa cara de pascuas que me gasta hoy... ¡Anda, Betty, sonrójate! ¡Todo tu poder y tu gracia están en eso 1

-¡Bessie!... -gritó alegremente el coronel- Mira ellos, ya están ahí... Y lo que es ella... ¡viene del todo domesticada! Bueno, Alfred, nada de cumplidos. Vamos a comer.

Y así diciendo, empujó a la gente joven al interior de su casa y, deteniéndose un momento en el rellano, golpeó con la pipa la pared para vaciar la ceniza, con una ancha sonrisa de satisfacción iluminando su rostro.

EPILOGO

Betty pasó todo el resto de su vida en la misma escena de su famosa hazaña; fue una esposa enamorada y una madre alegre y feliz, y cuando llegó a vieja se complacía en sentar a sus nietecitos alrededor de sus rodillas y contarles como, siendo todavía una muchacha, había corrido el guantelete entre los pieles rojas.

El coronel Zane fue para siempre el mejor amigo de los indios; ensanchó poderosamente sus relaciones comerciales y sus negocios fueron siempre excelentes y honrados. Cuando aquel país quedó del todo colonizado, recibió en distintas ocasiones varias muestras de distinción y recompensas de los Gobiernos de las colonias, del Estado y de la nación; hasta que en 1796 terminó la obra que mas fama dio a su nombre. El presidente Washington, rindiendo homenaje al talento y a las aptitudes del coronel Zane, le confió la ardua misión de abrir una carretera nacional que uniera Fuerte Henry con Maysville, en Kentucky; aquel camino para el trazado del cual a través de los bosques vírgenes tan buenos servicios le prestaron su hermano Jonathan y el guía indio Tomepomehala, fue durante largos años conocido con el nombre de «La Ruta de Zane", constituyendo la verdadera llave que abriera el fértil valle del Ohio a la civilización, por cuyo inestimable servicio el Congreso confirió al coronel Zane plenos poderes de gobierno militar sobre unas extensiones de terreno de tres millas cuadradas en conjunto, la propiedad de las cuales le fue finalmente regalada. A él se debió la fundación de las colonias de Wheeling, Zanesville, Martin's Ferry y Brideport. Murió en 1811.

Isaac Zane obtuvo del Gobierno el privilegio de dominio de diez mil acres de terreno a orillas del río Mad, en el centro de cuyas propiedades estableció su hogar entre los Wyandots, en compañía de los cuales vivió hasta su muerte. Más tarde surgió en aquel distrito una potente colonia de gentes de raza blanca y en nuestros días constituye la importante ciudad de Zanefield.

Una vez fue un hecho la paz con los indios, Jonathan Zane se buscó una esposa, se estableció y acabó siendo un influyente ciudadano; sin embargo, nunca abandonó del todo su amor al bosque salvaje. De vez en cuando descolgaba su viejo rifle y desaparecía por dos o tres días, después de los cuales regresaba satisfecho de sus largas cacerías solitarias.

Sólo Wetzel se mostró siempre reacio al empuje de la, civilización; pero es que mas que un colonizador él era un cazador empedernido. No dejó de mantener su palabra dada a sus antiguos enemigos los Hurones; pero nunca. renunció a la persecución implacable de los indios Delawares.

A medida que fueron pasando los afros, Wetzel fue volviéndose mas y mas silencioso v taciturno. De vez en cuando visitaba Fuerte Henry, y durante aquellas visitas se pasaba largas horas jugando con los pequeñuelos de Betty; pero siempre se mostraba inquieto en la colonia, y sus estancias en ella fueron siendo cada vez mas cortas y menos frecuentes. Leal a su convicción de que en el mundo no existía ninguna mujer para él, no se casó nunca y jamás tuvo otro hogar que la selva sombría.

Fue extraordinario el hecho de que su larga cabellera negra nunca fue a adornar el hogar de algún indio y ninguno de ellos pudo vanagloriarse diciendo: « ¡Ya no soplará mas por las colinas y los valles el "Viento de la Muerte"!

Podríamos contar todavía cómo el austero cazador volvió a mirar con sus ojos penetrantes a su viejo enemigo Wingenund a través del punto de mira del cañón de su fusil y cómo volvió a caer prisionero entre sus guerreros; pero ésa es una historia larga que puede que contemos algún día.

En nuestros tiempos aparece floreciente la hermosa ciudad de Wheeling a orillas del caudaloso Ohio; y nadie diría que por sus alrededores resonara un día el horrísono alarido de los indios que hiciera palidecer a los pioneers. Sólo el río anchuroso y profundo sigue su curso sinuoso lo mismo que en aquellos tiempos. ¿Qué influencia pueden ejercer en él los indios o los colonizadores, los fuertes a las ciudades? Siglos y siglos antes de la existencia humana fluían sus aguas mansas hacia el mar, y siglos y siglos después que haya desaparecido la raza humana y sus obras, continuara tranquilo su curso eterno a través de valles y montañas.

En aquella isla tan conocida quedan todavía espesos robledales y sombríos castañares; árboles de cuyos troncos han desaparecido ya las viejas cicatrices recibidas durante aquellos encarnizados combates, y cuyas narraciones nos llenarían de espanto si por un momento pudieran hablar. Pero en nuestros días, aquella isla se encuentra agraciada con parques hermosísimos y con magníficos palacios, y por sus grandes avenidas circulan elegantes carruajes por los mismos lugares que sólo conocieran en otros tiempos el paso ligero de los gamos y las huellas furtivas de las abarcas.

La Roca de Mac-Colloch se asoma todavía, tosca y escarpada; en el acantilado sobre el río, lo mismo que en el día en que el Mayor Mac-Colloch dio su famoso salto desde ella a la gloria de la posteridad; y la cueva de Wetzel, así llamada aún en nuestros días, mantiene todavía abiertas sus fauces sobre la cañada. Las viñas salvajes y los rosales silvestres entrelazan sus ramas a su entrada, igual que durante aquellos días en que el traidor piel roja imitara el canto del pavo para engañar a los incautos pioneers, y los sábados por la tarde nuestros chiquillos la visitan para jugar en ella "a los indios".

No hace mucho tiempo, el autor de estas líneas pasó una tarde tranquila en aquellos lugares escuchando el dulce murmullo de las aguas y soñando en los que vivieron, amaron, pelearon y murieron hace ciento veinte años al lado de aquellas aguas. La populosa ciudad, con sus grandes edificaciones, con sus altas torres y con sus puentes a través del río, se desvaneció completamente para dejar su lugar a la misma escena de los tiempos de Fuerte Henry, no ennegrecida todavía por el humo de las fábricas; el río no surcado por las jadeantes embarcaciones a vapor de nuestros tiempos, y todos aquellos alrededores cubiertos por el verdor lujuriante de aquellas selvas sombrías. No faltaba absolutamente nada en aquel cuadro de ensueño Betty, montada a caballo, pasaba veloz como una flecha, mientras unos pacíficos colonos araban tranquilamente su campo; el furtivo piel roja se aproximaba arrastrándose por entre la maleza; Wetzel y Jonathan acechaban vigilantes a través de las aguas del río; en aquel prado pacían unos ciervos mezclados entre una manada de vacas, el sonido de cuyas esquilas parecía llegar como si flotara por los aires hasta mi oído; y la vieja fortaleza se levantaba con aire fiero y amenazador en lo alto del promontorio...

Cuando el autor abrió de nuevo los ojos a la realidad y vió que todos aquellos sueños habían pasado a los dominios de la Historia, sintió su corazón invadido por una triste melancolía al pensar que aquellos trabajos heroicos de los colonizadores se habían acabado para siempre y que aquel hermoso país que a costa de sus sacrificios nos legaran, quedaría siempre como un monumento a sus vidas heroicas.

Pero en su triste melancolice tuvo un recuerdo piadoso para los pobres indios, relegados a las tinieblas profundas del olvido. Sus melodiosas canciones ya han dejado para siempre de resonar en aquellos bosques de ensueño; sus poesías no loarán más a aquellas hermosas de rostros bronceados; sus gloriosas hazañas ya no llenarán más de admiración a sus gentes. Ya no se jactarán más de poseer el brazo más fuerte y la velocidad de los vientos del Norte, ni saltarán sus corazones de contento al oír el mugido de algún venado. Los pobres indios duermen para siempre el sueño eterno a la sombra de los robledales, cubierta su tumba por el musgo y los helechos.